FRIEDRICH

NIETZSCHE

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

«Humano, demasiado humano», libro en el cual se engloban reflexiones que van desde problemas tan profundos como «La química de las ideas y los sentimientos» hasta otros en apariencia triviales como las recomendaciones para una «Táctica de la conversación», pero que en la brillante y apasionada pluma de Friedrich Nietzsche adquieren su fundamental importancia para todos aquéllos que tienen la misión de liberarse de «las ataduras del deber», como una primera victoria en el camino de constituirse hombres libres.



Friedrich Nietzsche

Humano, demasiado humano (trad. Jaime Gonzales)

Un libro para pensadores libres

ePub r1.2
Titivillus 17.09.2023

Título original: *Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister*
Friedrich Nietzsche, 1878
Traducción: Jaime Gonzales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PREFACIO

I

Se me ha dicho repetidas veces, con profunda sorpresa por mi parte, que en todas mis obras, desde *El origen de la tragedia* hasta *Preludios para una filosofía del porvenir*, había algo de común; se me ha dicho que en todas había redes para atrapar pajarillos inocentes, y una especie de provocación al derrumbamiento de todo lo que habitualmente se estima. ¡*Cómo*! ¿*Todo no es humano, demasiado humano*? Era la exclamación que, según dicen, arrancaban mis obras, mezclada a cierto sentimiento de horror y de desconfianza. Se ha dicho que mis libros son escuela de desprecio y de valor temerario.

Efectivamente, no creo que nadie haya considerado el mundo abrigando las sospechas que yo, no sólo como abogado del diablo, sino también, empleando el lenguaje teológico, como enemigo y partidario de Dios; y el que sepa adivinar algo de las consecuencias que entraña toda sospecha profunda, algo de la sensación de fiebre y de miedo y de las angustias de soledad a que se condenan todos los que están por encima de la *diferencia de miras*, comprenderá también cuánto tengo que hacer para descansar de mí mismo, casi para olvidarme de mi propio yo, buscando refugio en cualquier sitio, llámese hostilidad o ciencia, frivolidad o tontería; porque cuando no encontré *lo que necesitaba*, me lo he procurado con artificio o falsificación. ¿Han procedido de otro mundo los poetas? ¿Ha sido distinta la manera de crear el arte en el mundo? Pues bien; *lo que yo necesitaba* con mayor exigencia cada día para mi restablecimiento, era adquirir la creencia de que *no estaba solo* en el existir así, en *ver* desde ese prisma mágico un presentimiento de afinidad y semejanza de percepción y de deseo, un descanso en la amistad, una ceguera de dos, completa, sin intermitencia alguna, un sentimiento de placer alcanzado desde el primer momento en lo cercano, en lo vecino, en todo aquello que tiene color, forma y apariencia. Pudieran reprochárseme a este respecto no pocos «artificios», y algo también de falsa acuñación; por ejemplo, que tengo con cabal conocimiento y plena voluntad cerrados los ojos ante el ciego deseo que Schopenhauer siente por la moral desde una época en que ya tenía yo bastante clarividencia de ella; que me he engañado a mí mismo respecto al incurable romanticismo de Ricardo Wagner, como si fuera un principio, no un fin (pasándome lo propio con relación a los griegos y a los alemanes y su porvenir); hasta podría presentárseme una larga lista de observaciones. Pero aun suponiendo que todo esto fuera cierto, ¿qué sabéis, qué podréis saber de lo que haya de astucia, de instinto de conservación, de razonamiento y de precaución superior en semejante autoengaño, y *de lo que necesito* para que pueda permitirme siempre el lujo de mi verdad? Vivo todavía, y la vida no es, después de todo invención de la moral; *quiere* el engaño; *vive* del engaño. ¿Que no es así? ¿Que vuelvo a comenzar ya y hago de viejo inmoralista, cazador de pájaros, y que hablo de modo inmoral, extramoral, «por encima del bien y del mal»?

II

Por estas razones, en cierta ocasión inventé para mi uso, cuando de ello tuve necesidad, los «espíritus libres», a los que he dedicado este libro de aliento y desaliento a la vez, titulado *HUMANO, DEMASIADO HUMANO*; «espíritus libres» de este género no los hay ni los ha habido nunca; pero yo tenía entonces necesidad de su compañía, para conservar el buen humor entre mis malos humores (enfermedad, destierro, aislamiento, *acedía*, inactividad), y los creé a la manera de compañeros fantásticos con los cuales se bromea y se charla y se ríe cuando se quiere charlar y bromear y reír y se les envía al cuerno cuando se hacen pesados. Que *podrá* haber un día espíritus libres de este género; que nuestra Europa *tendrá* entre sus hijos de mañana o de pasado mañana ejemplares que se parezcan a mis alegres y osados compañeros, corporales y visibles, y no como en lo que a mí se refiere, a manera de esquemas y de sombras que juegan para entretener a un anacoreta, sería el último en dudarlo. Los veo venir lenta, muy lentamente: ¿y no hago esfuerzos por apresurar su llegada cuando escribo de antemano los auspicios bajo los que les *veo* nacer y los caminos por los que les *veo* venir?

III

Esperemos a que un espíritu, en el cual el tipo de espíritu libre deba madurar hasta la perfección, haya corrido su aventura decisiva de un cambio de frente, cuando antes no había sido sino un espíritu siervo encadenado a su rincón y a su columna. ¿Cuál es el vínculo más sólido? ¿Qué lazos es imposible romper? Para ciertos hombres de especie rara y exquisita, serán los deberes: el respeto, tal como conviene a la juventud; la timidez y el enternecimiento en presencia de todo lo que es de antiguo, venerado y digno; la gratitud al suelo en que ha vivido, a la mano que la ha guiado, al santuario en que murmuró la primera plegaria; los momentos más importantes y trascendentales de su vida, son los que la encadenarán más duradera y sólidamente. La gran transformación llega para siervos de esta especie como un terremoto: el alma joven se siente en un sólo instante conmovida, desasida, arrancada de todo lo que antes amaba; ni aun se da cuenta de lo que le pasa. Extraña investigación, desconocida fuerza impulsiva la dominan y se apoderan de ella, hasta imponérsele como una orden; se despierta el deseo, la voluntad de ir adelante, no importa adónde, a toda costa; violenta y peligrosa curiosidad de un mundo no descubierto brilla y flamea en todos sus sentidos. «Antes morir que vivir aquí» —le dice la imperiosa voz de seducción—: Y este «aquí», este «en nuestra casa», ¡es todo lo que amó hasta esa hora! Miedo, desconfianza repentina de todo lo que amaba, relámpagos de desprecio por todo lo que para ella significaba «deber», deseo

sedicioso, voluntarioso, irresistible como un volcán, de viajar, de alejamiento, de expatriación, de refrigerio, de salir de la embriaguez, de tornarse de hielo; odio para el amor; a veces un paso y una mirada sacrílega hacia atrás, hacia allá, hacia donde hasta entonces se había orado y amado; quizá una sensación de vergüenza por lo que se acaba de hacer, y un grito de alegría al mismo tiempo por haberlo hecho; angustia y embriaguez de placer en que se revela una victoria —¿una victoria?, ¿sobre qué?, ¿sobre quién?— victoria enigmática, problemática, sujeta a caución, pero que es, en fin, la *primera victoria*: tales son los males y los dolores que componen la historia de la gran transformación. Al propio tiempo es una enfermedad que puede destruir al hombre esta explosión primera de fuerza y de voluntad para marcarse a sí mismo rumbos fijos, para estimarse a sí mismo esta voluntad de *libre* querer: ¡y qué clase de enfermedades y a qué grados alcanza, se descubre en las pruebas y actos de bizarría salvaje con que el liberto quiere, desde lo que es, probar su dominio sobre las cosas! Por seguir adelante en todos sentidos con insaciable avidez, lo que adquiere del botín debe pagar la peligrosa excitación de su orgullo; rasga, rompe, tira lo que se granjea. Con maligna sonrisa revuelve todo lo que estaba velado o no manifiesto por alguna causa de pudor: inquiere lo que las cosas parecen cuando se las pone del revés. Es todo caprichos y goza con sus caprichos; quizá presta hoy favor a lo que ayer tenía en mal concepto y así anda vagabundo, curioso y husmeador de torno de lo prohibido. En el fondo de sus agitaciones y desbordes —pues en su camino se encuentra inquieto y sin rumbo como en desierto—, se hace a sí mismo interrogaciones de curiosidad más y más peligrosas cada vez: «¿No pueden mirarse por el reverso todas las medallas?». «¿El bien no puede ser el mal?». «¿No puede ser Dios una invención del demonio?». «Y si nosotros estamos engañados, ¿no somos también engañadores?». Tales son los pensamientos que le guían y que le extravían: va siempre más adelante, siempre más lejos. La soledad le tiene encerrado entre su círculo y comprimido entre sus anillos, siempre más amenazadora, más sofocante, más punzante, esta terrible diosa y *mater saeva cupidinum*… pero ¿quién sabe hoy lo que es la soledad?

IV

Desde este aislamiento enfermizo, desde el desierto de estos años de ensayos, es muy largo todavía el camino que hay que recorrer hasta llegar a ésa inmensa seguridad y desbordante salud, que no puede prescindir de la enfermedad como medio y sistema de conocimiento a esa libertad *madurada* del espíritu, que es también dominio sobre sí mismo y disciplina del corazón, que permite el acceso de múltiples y opuestas maneras de pensar; a ese estado interior, extenuado por el exceso de riquezas, que excluye el peligro de que el espíritu se pierda dentro de sus propias vías, por decirlo así, y se quede en cualquier sitio y se apoltrone en cualquier rincón;

a esa superabundancia de fuerzas plásticas, educadoras y reconstituyentes, que son precisamente la señal de la *gran* salud, superabundancia que da al espíritu libre el peligroso privilegio de vivir *a título de experiencia* y correr aventuras, el privilegio del espíritu libre. De entonces a hoy, de allá hasta aquí, puede haber largos años de convalecencia, años de matices múltiples, mezcla de dolor y de encanto, dominados y refrenados por la tenaz *voluntad de obtener la salud*, que se atreve ya a vestirse y disfrazarse como si estuviera del todo sana. Existe un estado intermedio que el hombre que tenga este sino no podrá recordar sin emoción: halla en él algo como una luz, como el goce de un sol pálido y delicado, como el sentimiento de la libertad, del golpe de vista, de la petulancia del pajarillo, algo como una combinación en que la codicia y el compasivo menosprecio están amalgamados. «Espíritu libre», estas frías palabras son beneficiosas en este estado, reconfortadoras. Se vive sin estar ya entre los lazos del amor ni del odio, sin sí y sin no, cerca o lejos, voluntariamente, gozándose sobre todo en escaparse, en evadirse, en tender el vuelo, tan pronto huyendo como remontándose por el aire; se encuentra uno en ese estado, como el hombre que ha visto *debajo de él* multiplicidad de objetos, y viene a ser lo contrario de aquéllos que se preocupan enteramente de las cosas que ni les atañen siquiera. Efectivamente, lo que el espíritu libre contempla en lo sucesivo son solamente cosas —¡y cuántas cosas!— que no le preocupan ya.

V

Adelantamos en la curación: el espíritu libre vuelve a acercarse a la vida, lentamente, casi a su pesar, desconfiando. Todo en torno de él parece que se hiciera más cálido, más dorado, por decirlo así; sus sentimientos y simpatías adquieren profundidad, brisas tibias pasan delante de él. Se encuentra en cierto modo como si se abrieran sus ojos por primera vez para apreciar *las cosas próximas*. Está maravillado y se recoge en sí mismo, *silencioso*: ¿dónde estaba, pues? Todas estas cosas próximas y contiguas, ¡qué cambiadas se le aparecen! ¡Qué encantos revisten para él ahora! Dirige a su pasado una mirada de reconocimiento por sus viajes, por su fortaleza, por sus miradas hacia lo lejano y sus vuelos a las alturas frías. ¡Cuán grande es su dicha por no haber permanecido «en el terruño», siempre en casa, como un afeminado, como un perezoso! ¡Qué sensación no experimentada hasta entonces! ¡Qué felicidad aun en la laxitud, en la antigua enfermedad, en las recaídas del convaleciente! ¡Cómo se complace en permanecer tranquilo con su mal, en ejercitar la paciencia, en acostarse al sol! ¿Quién comprende como él la dicha que hay en el invierno, en ver las manchas que el sol deja en la muralla? Son los animales más reconocidos del mundo y los más modestos; los convalecientes, esas salamandras, vueltos a medias a la vida, hay entre ellos algunos que no dejan pasar un día sin colgar bajo su hábito talar una pequeña copla lisonjera. Hablando seriamente: es una *curación* radical

contra todo pesimismo (cáncer, como se sabe, de los viejos idealistas y héroes de la mentira) caer enfermo a la manera de los espíritus libres, prolongarse la enfermedad un buen espacio de tiempo y después lenta, muy lentamente ponerse bueno, o mejor recobrar la completa salud. Hay ciencia, ciencia de vivir, en no administrarse uno a sí mismo la salud sino en pequeñas dosis.

VI

Entonces puede acontecer que, entre las repentinas vislumbres de salud todavía incompleta, todavía sujeta a variaciones, comience a los ojos del espíritu libre, más y más libre cada vez, a descubrirse el enigma de esa gran transformación total, de ese cambio de frente que hasta entonces había permanecido obscuro, casi intangible, en su memoria. Durante mucho tiempo apenas si se atrevía a preguntarse: «¿Por qué me hallo tan apartado de todo?, ¿por qué tan solo?, ¿por qué en esta dureza, esta desconfianza, este odio a mis propias virtudes?, ¿por qué renunciar a todo lo que respetaba y hasta a ese mismo respeto?». Ahora se atreve a hacerlo descaradamente, propone la cuestión en alta voz y oye ya algo semejante a una respuesta, que le dice: «Necesitabas hacerte dueño de ti mismo, dueño también de tus propias virtudes. Antes eran ellas tus señoras; pero ya no tienen derecho para ser más que tus instrumentos». Necesitabas enseñorearte de tu pro y tu contra, y aprender el arte de tomarlos o dejarlos, de aprovecharlos o no, según tu fin del momento. Necesitabas llegar al conocimiento de los elementos de perspectivas de toda apreciación: la deformación, la distensión, la aparente teología de los horizontes y todo lo que concierne a la perspectiva, y más todavía de la indiferencia que es indispensable para apreciar con cabal criterio valores opuestos y las pérdidas intelectuales con que se hace pagar todo *pro* y todo *contra*. Necesitabas aprender a escoger lo que hay de injusticia *necesaria* en todo pro y contra; la injusticia como inseparable de la vida, la vida misma como *acondicionada* por la perspectiva y su injusticia. Necesitabas, antes que todo, ver con tus propios ojos en dónde existe mayor injusticia, esto es, allí donde la vida tiene desenvolvimiento más mezquino, más estrecho, más pobre, más rudimentario, y donde, por lo tanto, la vida no puede hacer otra cosa que *tomarse a sí misma* como un fin y medida de las cosas, analizando furtiva, menuda, asiduamente, por amor a su conservación, lo que hay de noble, grande y rico. Necesitabas ver con tus propios ojos *el problema de la jerarquía* y la protección en que la potencia y la justicia y la extensión crecen juntas a medida que te levantas. «Necesitabas» —pero basta—; el espíritu libre *sabe* a qué necesidad ha obedecido y cuáles son ahora *su poder y su derecho*…

VII

De esta suerte el espíritu libre se da respuesta exacta al estudiar el enigma de su cambio de frente y acaba generalizando, decidiéndose *en tal sentido*, para lo cual toma por base lo que se ha producido en su vida. Lo que me ha sucedido, dice, debe suceder a todo hombre que *tenga una misión* que haya de «presentarse». La potencia y la necesidad secreta de esta misión trabajarán en sus destinos individuales y debajo de ellos a manera de una preñez inconsciente, durante mucho tiempo, aun antes de que se haya dado cuenta de esa misión y de conocer siquiera su nombre. Nuestra vocación se enseñorea de nosotros, aun cuando no la conozcamos todavía; es el porvenir quien señala las reglas de conducta a nuestro hoy. *Es el problema de la jerarquía* el que nos da derecho a hablar, porque es *nuestro* problema, el problema de los espíritus libres; hoy, en el zenit de nuestra vida, comenzamos a comprender qué preparativos, que rodeos, pruebas y ensayos tuvimos que hacer y cuántas desilusiones que soportar para llegar a plantear el problema, antes de que se *atreviese* a presentarse delante de nosotros, y cuántas horas de desgracia, múltiples y contradictorias, debieron sufrir antes nuestro cuerpo, y nuestra alma, siendo como éramos aventureros, circunnavegantes de este mundo interior que se llama *hombre*, agrimensores de todo *lo más elevado y relativamente superior* que también se llama hombre, yendo adelante en todas direcciones, sin temor, burlándose de todo, sin perder nada, probando de todo, purificándolo todo, y por decirlo así, pasándolo por un cedazo, para echar fuera lo accidental, hasta adquirir el derecho de exclamar, como espíritus libres que somos: «¡*He aquí un problema nuevo*! ¡He aquí una gran escala, cuyos peldaños hemos subido! ¡También hemos sido alguna vez peldaños! ¡He aquí un algo *más alto, más profundo, más por debajo* de nosotros!, ¡he aquí una gradación inmensa, una jerarquía que *nosotros vemos*! ¡He aquí nuestro problema!».

VIII

No habrá psicólogo ni agorero a quien se oculte, ni por un momento siquiera, a qué grado de la evolución acabo de describir corresponde el presente libro (o en qué grado *ha sido colocado*). Pero ¿en dónde están los sociólogos? En Francia, desde luego, quizá en Rusia, pero no en Alemania. No faltan razones para que los alemanes modernos hagan de ello un título honorífico; tanto peor, por consiguiente, para el hombre cuya naturaleza y vocación sean en este respecto antialemanes. Este libro alemán, que ha sabido encontrar lectores en un círculo extenso de comarcas y de pueblos, desde hace diez años, y que debe ser hábil en alguna clase de música, aunque sea la de sonar la flauta, puesto que se necesita del arte musical para cautivar aun los oídos ásperos de los extranjeros, es en la misma Alemania donde ha sido más detenidamente oído y peor comprendido. ¿De qué depende esto? «Está escrito —se me ha dicho— para hombres ya libertados de los deberes groseros, busca inteligencias finas y delicadas, necesita de lujo, del lujo en la comodidad, en la pureza

del cielo y del corazón, en el *otium*, en su sentido más atrevido; cosas muy buenas todas, que nosotros los alemanes de hoy no tenemos, y que, por lo tanto, tampoco podemos darlas». Ante respuesta tal, mi filosofía me aconseja callarme y no llevar más lejos estas argumentaciones, sobre todo porque en ciertos casos, como dice el proverbio es *uno filósofo guardando silencio*.

Niza, primavera de 1886.

CAPITULO I

DE LAS PRIMERAS Y ÚLTIMAS COSAS

1

Química de las ideas y de los sentimientos.— Los problemas filosóficos revisten hoy las mismas formas que hace dos mil años: ¿cómo puede nacer una cosa de su contraria, por ejemplo, lo razonable de lo irracional, lo sensible de lo muerto, la lógica del silogismo, la contemplación desinteresada del deseo avaro, el altruismo del egoísmo, la verdad del error? La filosofía metafísica, para vencer esta dificultad, se ha valido hasta hoy de la negación de que una cosa naciera de otra, y aceptando para las de alto valer un origen milagroso: la separación del núcleo y la de la esencia de «la cosa en sí». La filosofía histórica, el más reciente de los sistemas filosóficos, que no puede concebirse separado de la ciencia natural, descubre casos particulares y verosímilmente derivará de ellos esta conclusión primordial: que no existen cosas contrarias, sino la exageración habitual de la concepción popular o metafísica, y que la base de esta pregonada oposición está en un error de raciocinio. Conforme a sus explicaciones, no hay, en sentido estricto, ni conducta altruista, ni contemplación enteramente desinteresada, puesto que ambas son sublimaciones, en que el elemento fundamental parece casi volatizado y no revela su presencia hasta que no se hayan hecho más sutiles observaciones. Todo lo que necesitamos, y que afortunadamente se nos puede ofrecer hoy por primera vez, merced al nivel de las ciencias particulares, es una *química* de las representaciones y de los sentimientos morales, religiosos, estéticos, y de las emociones que sentimos en las relaciones grandes y pequeñas de la civilización y de la sociedad, y tal vez hasta en el destierro. ¿Pero para qué, si esa química tiende a demostrar que en su dominio aun los colores magníficos son producto de materias viles, casi despreciadas? ¿Sentirán satisfacción muchas personas en continuar tales investigaciones? La humanidad procura alejar de su pensamiento todas las cuestiones de origen y de principios: ¿no es necesario estar separado de ella para sentir inclinación opuesta?

2

Pecado original de los filósofos.— Todos los filósofos tienen en su activo esta falta común: partir del hombre actual y pensar que en virtud del análisis pueden llegar hasta el fin propuesto. Involuntariamente, se representan al hombre como una *aeterna veritas*, como elemento fijo en todas las variantes, como medida cierta de las cosas. Pero todo lo que el filósofo enuncia respecto del hombre, es un testimonio acerca del hombre mismo en relación a un espacio de tiempo *muy limitado*. La falta de sentido histórico es el pecado original de los filósofos; muchos llegan hasta tomar en su ignorancia, como forma fija de que es necesario partir, la forma más reciente del hombre, tal como se ha producido bajo la influencia de religiones determinadas y aun

de tales o cuales sucesos políticos. No quieren comprender que el hombre, que la propia facultad de conocer, es resultado de una evolución, sin que falten algunos que hacen derivar el mundo entero de esta facultad de conocer. *Lo esencial* del desenvolvimiento humano ha pasado en tiempos remotos, muy anteriores a estos cuatro mil años que conocemos; en éstos puede ser que el hombre no haya cambiado mucho Pero el filósofo ve «instintos» en el hombre actual, y admite que estos instintos corresponden a cifras y cálculos inmutables en relación a la humanidad y que pueden darle una clave para la inteligencia del mundo general; la teología está construida sobre este hecho; hablan del hombre de los cuatro mil años últimos como de un hombre *eterno*, con el cual tienen desde su principio relación directa natural todas las cosas del mundo. Pero todo ha evolucionado; *no existen hechos eternos ni verdades absolutas*. Por eso *la filosofía histórica* es para en adelante una necesidad, si la acompaña la virtud de la modestia.

3

ESTIMACIÓN DE LAS VERDADES SIN APARIENCIA.— Muestra de alta civilización es tener más estimación por las verdades sin apariencia encontradas con un método severo, que de los errores benéficos y deslumbradores que se derivan de edades y de hombres metafísicos y artistas. De pronto se tiene contra las primeras la injuria en los labios, como si no pudiera encontrarse igualdad de derechos entre ellas; tan honradas, modestas tranquilas, humildes aun en apariencia son éstas, como hermosas, brillantes, ruidosas, quizá hasta beatíficas aquéllas. Pero lo que se ha conquistado tras ardorosa lucha, durable y por lo mismo nutrida de consecuencia para todo conocimiento ulterior, es sin duda lo más valioso; sostenerse en ellos es viril y da muestra de valor, de honradez y de temperancia. Poco a poco, no sólo el individuo, sino la humanidad, se eleva a esta virilidad, cuando se acostumbra a tener más alta estimación por los conocimientos seguros duraderos, y ha perdido la creencia en la inspiración y en la comunicación milagrosa de las verdades. Los adoradores de las formas, con su escala de lo bello y lo sublime, tendrán de pronto razones para ridiculizar, desde que comienza a prevalecer la estimación de las verdades sin apariencia y el espíritu científico; pero es porque su vista no está todavía abierta a la atracción de la forma *más simple*, o porque los hombres educados en este espíritu tardan mucho en compenetrarse con él, íntima y plenamente, mientras que sin pensar en ello van todavía tras las viejas formas (y esto malamente, como lo hace quien no tiene mucho interés por una cosa). Antes, el espíritu no se hallaba confinado en un estricto método de pensar; entonces su actividad consistía en preparar bien los símbolos y las formas. Esto ha modificado ya: toda aplicación seria del simbolismo se tiene ahora como carácter de una civilización inferior. Del mismo modo que hasta nuestras artes se hacen más intelectuales y nuestros sentidos más espirituales, y del mismo modo que,

por ejemplo, se juzga hoy de manera diversa, respecto a lo que aparece bien a los sentidos, de lo que se juzgaba hace cien años, así también las formas de nuestra vida se hacen cada vez más *espirituales, más feas* quizá para la vista de las edades anteriores, porque no eran capaces de ver cómo el imperio de la belleza interior espiritual va siendo sin cesar más profundo, más amplio, y en qué medida todos nosotros hoy podemos dar mayor valor a la visión espiritual interior, que a la composición más bella o al edificio más sublime.

4

ASTROLOGÍA Y SUS ANÁLOGOS.— Es perfectamente verosímil que los objetos del sentimiento religioso, moral, estético y lógico no pertenezcan sino a la superficie de las cosas, mientras que el hombre cree de buen grado que por lo menos toca el corazón del mundo, y se hace esta ilusión porque las cosas le brindan tan profundo bienestar y tan profundo infortunio, que le mueven a tener el mismo orgullo que si se ocupara de la astrología. Juzga ésta que el cielo estrellado cambia en presencia de la suerte de los hombres; el hombre moral, por su parte, supone que le toca esencialmente al corazón, debe ser también la esencia y el corazón de las cosas.

5

DESESTIMACIÓN DEL SUEÑO.— Durante el sueño, el hombre, en las épocas de civilización y rudimentaria, aprende a conocer un *segundo mundo* real; tal es el origen de toda metafísica. Sin el sueño no habría ocasión de distinguir el mundo. La división en alma y cuerpo está también, ligada a la concepción antigua del sueño, del mismo modo que la creencia en una envoltura aparente del alma es el origen de la creencia en los espíritus y acaso también en la de los dioses. «Lo muerto continúa viviendo, pues se presenta en los vivos durante el sueño»; así se razonaba en otro tiempo, razonamiento que duró millares de años.

6

EL ESPÍRITU DE LA CIENCIA ES GRANDE EN EL DETALLE, NO EN EL TODO.— Los dominios *menores* separados de la ciencia se tratan de una manera puramente objetiva; las ciencias generales, por el contrario, se proponen, consideradas como un todo, traer a la mente esta cuestión —cuestión en verdad puramente ideal—: ¿Para qué?, ¿con qué objeto? Como consecuencia de esta preocupación por la utilidad, son

las ciencias tratadas en el conjunto menos impersonalmente que en sus partes. Luego, como la filosofía se halla en la cúspide de las ciencias, la cuestión de la utilidad del conocimiento en general se encuentra involuntariamente realzada y toda filosofía tiene inconscientemente necesidad de atribuirle la *utilidad más alta*. Así es como existe en todas las filosofías tanto temor a las soluciones de la física que aparecen insignificantes, aunque el conocimiento de la vida se debe aparecer tan grande como sea posible. De ahí el antagonismo entre los dominios científicos particulares y la filosofía. La última quiere lo que quiere el arte, dar a la vida y a la acción la mayor profundidad posible y la mayor significación; en los primeros se busca el conocimiento y nada más, como algo que de ellos debe emanar. No existe hasta aquí filósofo para quien la filosofía no sea apología del conocimiento; a éste debe darse la mayor utilidad. Están tiranizados por la lógica y la lógica es optimismo.

7

EL PERTURBADOR DE LA FIESTA EN LA CIENCIA.— La filosofía se separó de la ciencia cuando propuso esta cuestión: ¿cuál es el conocimiento del mundo y de la vida con el que el hombre vive más dichoso? Hízose esto en las escuelas socráticas; por la consideración de la *dicha*, se ligaron las venas de la investigación científica, y hoy se hace así todavía.

8

INTERPRETACIÓN NEUMÁTICA DE LA NATURALEZA.— La metafísica de una interpretación *neumática* de la Naturaleza, semejante a la que la Iglesia y sus sabios dieron de la Biblia en otro tiempo. Se necesita mucha inteligencia para aplicar a la Naturaleza el mismo género de interpretación que los filólogos han establecido para todos los libros, proponiéndose comprender simplemente lo que en el texto quiere decir, y no investigar un *doble* sentido, ni aun suponerlo siquiera. Pero así como en lo que toca a los libros la mala manera de interpretar no está completamente vencida, y hasta en la sociedad más culta se echa mano de los restos de explicación alegórica y rústica, así también pasa en lo que toca a la Naturaleza, y a un algo peor.

9

MUNDO METAFÍSICO.— Podría existir un mundo metafísico; su posibilidad absoluta apenas puede discutirse. Estudiamos todas las cosas con la cabeza de

hombre y no podemos cortar esta cabeza; pero queda pendiente la cuestión de lo que sería el mundo si se hubiera llegado a cortar aquélla. Éste es un problema puramente científico, y no muy propio ciertamente para preocupar a los hombres; pero todo lo que les han producido las hipótesis metafísicas, *temibles, agradables*, lo que han creado en ellos, es pasión, error y engaño de sí mismos. Son las peores métodos de conocimiento, los que han enseñado a creer en esas hipótesis. Desde que se revelaron estos sistemas como fundamento de todas las religiones y metafísicas existentes, se les refutó. A pesar de todo, la referida posibilidad subsiste siempre; pero de ella no se puede sacar nada, salvo que se quiera hacer depender la felicidad, la salud y la vida de los hilos de araña de semejante posibilidad. Puesto que no se puede explicar nada del mundo metafísico, sino que es diferente de nosotros, diferencia que nos es inaccesible, incomprensible, sería una cosa de atributos negativos. La existencia de semejante mundo, aun cuando fuese lo mejor probado, nos dejaría establecido que su conocimiento es entre todos los conocimientos el menos importante; es más indiferente para nosotros todavía que para el navegante, en medio de una tempestad, el conocimiento del análisis químico del agua.

10

INOCUIDAD DE LA METAFÍSICA EN LO PORVENIR.— Desde el momento en que la religión, el arte y la moral se describen en su origen de manera que pueden explicarse completamente sin recurrir a la adopción de *conceptos metafísicos* ni en su principio ni en su curso, cesa el gran interés que despierta el problema puramente teórico de «la cosa en sí» y de la «apariencia». Porque como quiera que sea, con la religión, el arte y la moral no tocamos a la esencia del mundo en sí. Estamos en el dominio de la representación, y ninguna intuición puede hacernos avanzar. Muy tranquilamente abandonará la cuestión de saber cómo nuestra imagen del mundo puede diferir tanto del mundo establecido por el razonamiento en la filosofía y en la historia de la evolución de los organismos y de las ideas.

11

EL IDIOMA COMO PRETENDIDA CIENCIA.— La importancia del idioma para el desenvolvimiento de la civilización, estriba en que el hombre ha colocado un mundo propio al lado del otro, posición que juzgaba bastante sólida para levantar desde ella el resto del mundo sobre sus goznes y hacerse dueño de él. Porque el hombre ha creído durante largo espacio de tiempo en las ideas y en los nombres de las cosas, como en *ceterne veritates*, se ha atribuido este orgullo, con el cual se elevaba sobre la

bestia; pensaba en realidad tener en el lenguaje el conocimiento del mundo. El creador de palabras no era bastante modesto para creer que no hacía más que dar nombres a las cosas; se figuraba, por el contrario, expresar por medio de las palabras la ciencia más alta de las cosas; en el techo, el lenguaje es el primer grado de esfuerzo hacia la ciencia. *La fe en la verdad encontrada* es la fuente de donde derivan su fuerza los poderosos. Muy tarde, casi en nuestros días, los hombres comienzan a entrever el monstruoso error que han propagado con su creencia en el lenguaje. Por fortuna, es demasiado tarde para que esto determine un retroceso en la evolución de la razón que descansa en esta creencia. La lógica también descansa sobre cuestiones a las que nada responde en el mundo, por ejemplo, la verdad de las cosas, la identidad de la misma cosa en diferentes puntos del tiempo; pero esta ciencia ha nacido de la creencia opuesta (que existían ciertamente cosas de este género en el mundo real). Lo mismo sucede con las matemáticas, que seguramente no habrían nacido si se hubiera sabido desde el primer momento que no hay en la Naturaleza ni línea exactamente recta, ni círculo verdadero, ni grandeza absoluta.

12

El sueño y la civilización.— La función del cerebro que más se altera con el sueño es la memoria, no porque se suspenda enteramente, sino porque durante él se halla en un estado de imperfección semejante al que debió tener el hombre en los primeros tiempos de la humanidad, en la vigilia. Caprichosa y confusa como es, confundo perpetuamente las cosas por razón de los puntos de semejanza más insignificantes, pero tan caprichosamente como los pueblos inventaban sus mitologías; aún hoy, los viajeros pueden observar la tendencia de los salvajes a olvidarlo todo; que su espíritu, después de pequeño esfuerzo de memoria, comienza a vacilar, y que, por puro decaimiento, no da de sí sino mentiras y absurdos. En el sueño nos asemejamos todos a los salvajes. El reconocimiento imperfecto y la asimilación errónea son la causa del mal razonamiento de que nos hacemos culpables en el sueño, hasta el extremo de que ante la lúcida representación de un sueño tenemos miedo de nosotros mismos, ocultamos tanta y tanta locura. La perfecta claridad de todas las representaciones en el sueño, que descansa en la creencia absoluta en su realidad, nos recuerda los estados de la humanidad anterior, en los que la alucinación era frecuente y se enseñoreaba de tiempo en tiempo de comunidades enteras a la vez y aun de pueblos enteros. Así, en el sueño rehacemos una vez más la tarea de la humanidad anterior.

13

LÓGICA DEL SUEÑO.— Durante el sueño el sistema nervioso se encuentra continuamente excitado por múltiples causas interiores; casi todos los órganos se separan y se ponen en actividad: la sangre realiza su impetuosa revolución, la posición del que duerme comprime ciertos miembros, las mantas influencian sus sensaciones de diversas maneras, el estómago digiere y agita con sus movimientos otros órganos, los intestinos se tuercen, la situación de la cabeza produce estados musculares no acostumbrados: los pies, sin calzado, no hollando el suelo con la planta, ocasionan el sentimiento de lo no acostumbrado, del mismo modo que el diferente vestido de todo el cuerpo; todo, según su cambio, su grado cotidiano, conmueve por su carácter extraordinario el sistema, hasta el funcionamiento del cerebro; y así, hay cien motivos de admiración para el espíritu al *buscar* las razones de esa emoción; pero el sueño es el *inquirimiento y representación de las causas* de las impresiones así despertadas, es decir, de las causas supuestas. El que, por ejemplo, se envuelve los pies en dos fajas, puede soñar que dos serpientes se le enroscan: esto es primeramente una hipótesis, luego una creencia, acompañada de la representación e invención de forma. —«Estas serpientes deben ser la *causa* de la impresión que siento durmiendo»—; así juzga el espíritu del durmiente. El pasado próximo, así encontrado por razonamiento, se le pone delante por la excitada imaginación. Todos sabemos por experiencia con qué rapidez introduce el hombre que sueña un sonido fuerte que llega, por ejemplo, el toque de las campanas, los cañonazos, en la trama de su sueño; es decir, saca de ella la explicación al revés, si bien pensando experimentar primero las circunstancias ocasionales y después el mismo sonido. Pero ¿cómo puede ser que el espíritu de los soñadores dé siempre en falso, siendo así que ese mismo espíritu durante la vigilia, tiene el hábito de ser tan reservado, tan prudente, tan escéptico en todo lo que se relaciona con las hipótesis? ¿Cómo puede ser que llegue hasta el punto de que la primera hipótesis que se le aparezca para la explicación de una sensación, le basta para creer *in continenti* en su verdad?, (puesto que nosotros durante el sueño creemos en los sueños como si fueran una realidad; es decir, que tenemos nuestra hipótesis como completamente demostrada). Pienso que de la misma forma con que el hombre saca hoy sus conclusiones durante el sueño, así concluía también la humanidad, *aun en la vigilia*, durante no pocos millares de años: la primera causa que se presentaba al espíritu para explicar alguna cosa que tenía necesidad de explicación le bastaba y pasaba como verdad. (Es lo que hacen todavía los salvajes, según los relatos de viajeros). En el sueño continúa actuando en nosotros aquel tipo muy antiguo de la humanidad, por eso es el fundamento sobre el cual se ha desarrollado la razón superior y se desarrolla todavía en cada hombre: el sueño nos hace volver a lejanos estados de la civilización humana, y pone en nuestras manos un medio de comprenderlos. Si durante largos períodos de la evolución de la humanidad hemos sido adiestrados en esta forma de agitación fantástica de la primera idea que surge. Así, el sueño es una *recreación* para el cerebro, que durante el día satisface las severas exigencias del pensamiento, tales como han sido establecidas por la

civilización superior. Hay un fenómeno hermoso en la inteligencia despierta que podemos tomar en consideración como pórtico y vestíbulo del sueño. Si cerramos los ojos, el cerebro produce una multitud de impresiones de luz y de color, semejantes realmente a una especie de resonancia y de eco de todos los efectos luminosos que durante el día actúan sobre él. Hay más; la inteligencia, de acuerdo con la imaginación, elabora bien pronto de estos juegos de colores, de suyo informes, figuras determinadas, personajes, paisajes, grupos animados. El fenómeno particular que acompaña este hecho es, además, una especie de conclusión del efecto por la causa; mientras el espíritu inquiere de dónde vienen tales impresiones de luz y de colores, supone como causas esas mismas figuras, esos personajes; desempeñan para él el papel de ocasión de los colores y las luces, porque en el día, y con los ojos abiertos, está habituado a encontrar para cada color, para cada impresión de luz, una causa ocasional. Entonces, la imaginación le suministra constantemente imágenes, tomándolas de prestado a las impresiones visuales del día. Eso es justamente lo que hace la imaginación en el sueño; lo que significa que la pretendida causa es deducida del efecto y presupuesta después del efecto, y todo con extraordinaria rapidez, si bien entonces, como pasa al ver un prestidigitador, puede nacer de confusión de los juicios, y una sucesión interpretarse como algo simultáneo, y viceversa. Podemos deducir de estos fenómenos, *cuan tardíamente* el pensamiento lógico, un poco preciso, la indagación severa de la causa y el efecto, se han desarrollado, si nuestras funciones intelectuales y racionales, aun *ahora*, vuelven a las formas primitivas de razonamientos, y si vivimos quizá la mitad de nuestra vida en ese estado. También el poeta, el artista, *supone* causas que no son del todo verdaderas; se acuerda en esto de la humanidad anterior y nos ayuda a comprenderla.

14

RESONANCIA SIMPÁTICA.— Todas las disposiciones algo *fuertes* llevan consigo cierta resonancia de impresiones y de disposiciones análogas; excitan igualmente la memoria. Se despierta en nosotros, con motivo de ellas, el recuerdo de alguna cosa y la conciencia de estados semejantes y de su origen. Formándose así rápidas asociaciones habituales de sentimientos y pensamientos, que, en último término, cuando se siguen con la viveza del relámpago no son percibidos como complejas, sino como *unidades*. En este sentido se habla del sentimiento moral, del sentimiento religioso, como si fueran puras unidades, cuando en realidad son corriente de cien manantiales. En esto, pues, como tan frecuentemente pasa, la unidad de la palabra no da ninguna garantía de la unidad de la cosa.

15

NADA DE FUERA NI DE DENTRO EN EL MUNDO.— Del mismo modo que Demócrito transportaba los conceptos de arriba y de abajo al espacio infinito, en el que carecen de sentido, así también los filósofos en general transportan el concepto de *dentro y de fuera* a la esencia y a la apariencia del mundo; piensan que por sentimientos profundos puede penetrarse en lo interior, que nos acercamos al corazón de la Naturaleza. Pero estos sentimientos son profundos solamente en tanto que con ellos, de una manera apenas sensible, son regularmente excitados ciertos grupos complejos de pensamiento que nosotros llamamos profundos: un sentimiento es profundo porque tenemos como profundo los sentimientos que lo acompañan. Pero el pensamiento profundo puede, con todo, estar muy lejano de la verdad, como por ejemplo, todo pensamiento metafísico; si quitamos del sentimiento profundo los elementos de pensamiento que se ha entremezclado en él, queda el sentimiento *fuerte*, y éste para el conocimiento no se garantiza más que a sí mismo, de igual suerte que la creencia fuerte no prueba sino la fuerza, no la verdad de lo que se cree.

16

LA APARIENCIA Y LA COSA EN SÍ.— Los filósofos han acostumbrado a colocarse delante de la vida y de la experiencia —delante de lo que llaman el mundo de la experiencia— como delante de un cuadro desarrollado que representa inmutablemente, invariablemente, la misma escena; esta escena, piensan ellos, debe ser bien explicada para deducir de ella una conclusión sobre el ser que ha producido el cuadro; de este efecto van a la causa, partiendo de lo incondicionado, que se mira siempre como razón suficiente del mundo de la apariencia. Contra esta idea se debe, tomándola en su concepto metafísico exactamente por el de lo incondicional, y *consecuentemente también de lo incondicionado* (el mundo metafísico) y el mundo conocido de nosotros; si bien que en la apariencia no aparezca, *absolutamente la cosa en sí* y que toda conclusión de una a la otra deba rechazarse. De un lado no se tiene en cuenta este hecho: que el cuadro —lo que para nosotros, hombres, se llama actualmente vida y experiencia— ha llegado poco a poco a ser lo que es, que se halla todavía hoy en el periodo del desarrollo, y que por esta razón no debería ser considerado como una grandeza estable, de la cual pueda tenerse derecho para deducir, o simplemente separar, conclusión alguna sobre su creador (la causa suficiente). Porque nosotros venimos mirando el mundo desde hace miles de años con pretensiones morales, estéticas, religiosas, con una ciega inclinación, pasión o temor, y formado nuestro bagaje de las impertinencias del pensamiento ilógico, es por lo que el mundo *ha llegado a ser* poco a poco tan maravillosamente pintarrajeado, terrible, profundo de sentido, lleno de alma: ha sido coloreado, pero nosotros hemos sido los coloristas; la inteligencia humana, por causa de los apetitos humanos, de las afecciones humanas, ha hecho aparecer esta «apariencia», y transportado a las cosas

sus concepciones fundamentalmente erróneas. Tarde, muy tarde se ha puesto a reflexionar: y ahora el mundo de la experiencia y la cosa en sí le parecen tan extraordinariamente diversos y separados, que rechaza la conclusión de aquél a ésta, o reclama de una manera misteriosa, capaz de hacer estremecer, la abdicación de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad personal, para llegar a la esencia por esta vía, para hacerse esencial. A la inversa, otros han reunido todos los rasgos característicos de nuestro mundo de la apariencia, es decir, de la representación del mundo salida de los errores intelectuales, y transmitida a nosotros por herencia, y en vez de acusar a la inteligencia, han hecho responsable a la esencia de las cosas, a título de causa de ese carácter real tan inquietante del mundo, y predicado la manumisión del Ser. Por todos estos conceptos, la marcha constante y penosa de la ciencia, celebrando, por fin, alguna vez su más completo triunfo, en una *historia de la génesis del pensamiento*, llegará a su fin de un modo definitivo, cuyo resultado podría conducir a esta proposición: lo que llamamos actualmente el mundo, es el resultado de multitud de errores y fantasías, que han nacido poco a poco en la evolución del conjunto de los seres organizados, se han entrelazado en esa creencia y nos llegan ahora por herencia como tesoro acumulado en todo el pasado, como un tesoro, sí, pues el *valor* de nuestra humanidad se funda en eso. De este mundo de la representación, la ciencia puede libertarse en realidad solamente en una medida mínima, aunque, por otra parte, no sea ello muy de desear, por el hecho de que no puede destruir radicalmente la fuerza de los antiguos hábitos de sentimiento, pero puede iluminar muy progresivamente, y paso a paso, la historia de la génesis de este mundo como representación, y elevarnos, a lo menos por algunos instantes, por encima de toda serie de los hechos. Acaso reconociéramos entonces que la cosa en sí es digna de una carcajada homérica; que *parecía* ser tanto, quizá todo, y que, sin embargo, es propiamente vacía, en especial de sentido.

17

EXPLICACIONES METAFÍSICAS.— El joven se apodera de las explicaciones metafísicas porque le muestran en las cosas que encontraba desagradables o despreciables algo que puede tener interés, y si está descontento en sí mismo acaricia este sentimiento cuando reconoce el íntimo enigma del mundo o la miseria del mundo en lo que tanto reprueba en sí. Sentirse irresponsable y encontrar al mismo tiempo mayor interés en las cosas, es para él un doble beneficio que debe a la metafísica. Más tarde, es cierto, desconfiará de todos esos géneros de explicación metafísica, dándose cuenta de que los mismos efectos puede alcanzarlos tan bien y más científicamente por otro camino, de que las explicaciones físicas e históricas nos traen por lo menos sentimientos de alivio personal y que el interés por la vida y sus problemas toma en ellas quizá mayor intensidad.

18

CUESTIONES FUNDAMENTALES DE LA METAFÍSICA.— Una vez escrita la historia de la génesis del pensamiento, la siguiente frase de un lógico distinguido se iluminará nuevamente: «La ley general original del sujeto cognoscente consiste en la necesidad interior de reconocer todo objeto en sí, en su esencia propia, como idéntico a él, existente por él mismo, y que permanece en el fondo siempre semejante e inmóvil; en resumen, como una substancia». Aún esta ley, llamada aquí «original», es también resultado de un cambio; algún día se demostrará cómo nace esta tendencia poco a poco en los organismos inferiores; como los débiles ojos de los topos, de esas organizaciones, no ven de pronto sino lo siempre idéntico; cómo cuando las diversas emociones de placer y de disgustos se hacen más sensibles, poco a poco van distinguiéndose diversas substancias, pero cada una con un solo atributo, es decir, una relación única con tal organismo. El primer grado de la lógica es el juicio, cuya esencia consiste, según la afirmación de muchos lógicos, en la creencia. Toda creencia tiene por fundamento *la sensación de lo agradable o de lo desagradable,* con relación al sujeto que siente. Una tercera sensación nueva, resultado de dos sensaciones aisladas precedentes, es el juicio en su forma más inferior. A nosotros, seres organizados, no nos interesa el origen de cada cosa sino en su relación con lo que atañe al placer y al sufrimiento. Entre los momentos en que tenemos conciencia de esta relación, entre los estados de sensación, hay momentos de reposo, de no sensación; entonces el mundo y todo lo que existe carece de interés para nosotros, no vemos en ellos modificación alguna (nos encontramos a la manera de un hombre que en el momento en que se halla vivamente interesado por algo no nota que alguien pasa cerca de él). Para las plantas, todas las cosas son de ordinario inmóviles, eternas, cada cosa idéntica a ella misma. De su período de organismo inferior el hombre ha heredado la creencia de que hay cosas idénticas (sólo la experiencia, formada por la más alta ciencia, contradice esta proposición). La creencia primitiva de todo ser organizado en sus principios, es tal vez la de que todo el resto del mundo es uno e inmóvil. Lo que hay más alejado relativamente de este grado primitivo de lógica, es la idea de *causalidad*; cuando el individuo que siente se observa a sí mismo, toma cualquier sensación, cualquier modificación, por algo aislado, es decir, incondicional, independiente: surge de nosotros sin vínculo alguno con la anterior o la ulterior. Tenemos hambre, pero no pensamos en su origen, en que el organismo necesita ser mantenido; la sensación parece que se deja sentir sin razón ni fin, se aísla y se la tiene como arbitraria. Del mismo modo, la creencia en la libertad del querer es un error original de todo ser organizado, que se remonta hasta el momento en que las emociones lógicas existen en él; la creencia en las substancias incondicionales y en las cosas semejantes es también otro error tan antiguo como el de todo ser organizado. Por consiguiente, una vez expuesto que la metafísica se ha ocupado

principalmente de las substancias y de la libertad del querer, bien puede tenérsela por la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, pero como si fuesen verdades fundamentales.

19

El número.— El descubrimiento de las leyes del número se ha fundamentado sobre la base del error, ya reinante desde su origen, de que habría muchas cosas idénticas (pero en el hecho no hay nada idéntico), o por lo menos de que existirían cosas (pero no hay «cosas»). La sola noción de pluralidad supone que ya existe *algo* que se presenta muy repetidas veces; en ello cabalmente está el error, pues entonces imaginamos seres, unidades, que no tienen existencia. Nuestras sensaciones del tiempo y del espacio son falsas, pues nos conducen, si se las examina, a contradicciones lógicas. En todas las afirmaciones científicas hay inevitablemente algunas falsas grandezas; pero como estas grandezas son de lo menos *constantes* (por ejemplo, nuestra sensación del tiempo y del espacio), los resultados de la ciencia no adquieren tampoco exactitud y seguridad completas en sus relaciones mutuas; puede continuarse con ellas hasta el momento en que las suposiciones fundamentales equivocadas, esas faltas constantes, entren en contradicción con los resultados, por ejemplo, en la teoría atómica. Entonces nos hallamos obligados a admitir una *cosa* o un «substrato» material en movimiento, mientras que el procedimiento científico ha perseguido justamente la tarea de resolver todo lo que tiene el aspecto de una cosa (materia) en movimiento; nosotros separamos una vez más con nuestra sensación el motor de lo movido y no salimos de este círculo, porque la creencia en las cosas se encuentra infundida en nuestro ser desde la antigüedad. Lo de Kant: «La razón no tiene la fuente de sus leyes en la Naturaleza, sino que se las prescribe», es una gran verdad en relación al *concepto de la Naturaleza*, que nos hallamos obligados a ligar a ella. (Naturaleza, mundo, en tanto es representación, es decir, en tanto que es error), pero que es la totalización de multitud de errores de la inteligencia. En un mundo que *no es* nuestra representación, las leyes de los números son completamente inaplicables: sólo tienen valor en el mundo del hombre.

20

Hacia atrás.— Alcanza el hombre un grado muy elevado de cultura cuando llega a sobreponerse a las ideas y las inquietudes religiosas; cuando, por ejemplo, deja de creer en el ángel de la guarda o en el pecado original y se ha olvidado de la salvación de las almas: una vez llega este grado de liberación, tiene todavía que triunfar, a costa

de los más heroicos esfuerzos de su inteligencia, de la metafísica. *Entonces es* necesario un *movimiento de retroceso*; es necesario que tome tales representaciones su justificación histórica y psicológica; le es necesario reconocer como lo mejor de la humanidad ha venido de allí, y como, sin movimiento de retroceso, nos despojaríamos de los productos más elevados de la humanidad. En lo que atañe a la metafísica filosófica, veo ahora mayor número de hombres inclinados al fin negativo (que toda metafísica positiva es un error), pero a muy pocos que retrocedan; parece como que se vieran por encima de los últimos grados de la escala. Los videntes ven lo bastante lejos para independizarse de la metafísica.

21

VICTORIA CONJETURAL DEL ESCEPTICISMO.— Admitamos por un momento el punto de vista escéptico: supuesto que no existe otro mundo metafísico, y que todas las explicaciones suministradas por la metafísica del único mundo conocido por nosotros nos sean inútiles, ¿cómo ver los hombres y las cosas? Ésta es una de las cosas que podrían ser útiles, aun en el caso de que la cuestión de saber si probaron algún cálculo metafísico Kant y Schopenhauer, fuese alguna vez descartada. Pues es muy posible, según la verosimilitud histórica, que los hombres lleguen a ser *escépticos* en este sentido. Otra cuestión: ¿cómo se arreglará la sociedad humana bajo la influencia de tales convicciones? Quizá la *prueba científica* de algún mundo metafísico, cualquiera que lo sea, es ya tan difícil, que la humanidad no llegará jamás a mayor desconfianza. Y si se desconfía de la metafísica se sacan las mismas consecuencias que si fuese directamente refutada y no se tuviese *el derecho* de creer ya en ella. La cuestión histórica, tocando una convicción no metafísica de la humanidad, permanece idéntica en ambos casos.

22

INCREDULIDAD EN «EL MONUMENTUM AERE PERENIUS».— Una desventaja que trae consigo la desaparición de las miras metafísicas, consiste en que el individuo restringe demasiado su mirada a su corta existencia y no siente ya fuertes impulsos por trabajar en instituciones duraderas; quiere coger él mismo los frutos del árbol que exigen cultivo especial durante siglos y que están destinados a cubrir con su sombra a muchas generaciones. Pues las miras metafísicas dan la creencia de que en ellas se encuentra el último fundamento valedero y legítimo sobre el cual tiene que establecerse y edificarse necesariamente en adelante el porvenir de la humanidad; el individuo da un gran paso adelante en la senda de su salvación, cuando, por ejemplo,

funda una iglesia o un monasterio; esto lo será —piensa él— contado y puesto en su haber en la eterna vida de las almas; es trabajar por la salvación eterna de las almas. ¿Puede la ciencia despertar semejante creencia en sus resultados? La ciencia emplea como a sus más fieles asociados la duda y la desconfianza; con el tiempo, sin embargo, la suma de verdades intangibles, es decir, que sobrevivan a todas las tempestades del escepticismo, a todos los análisis, puede hacerse bastante grande (por ejemplo, en la higiene de la salud), para que alguien se determine a fundar obras «eternas». Entretanto *el contraste* de nuestra existencia efímera, agitada por el reposo de largo aliento de las edades metafísicas, trabaja todavía con demasiado vigor, porque las dos épocas están aún muy cercanas; el hombre aislado tiene que examinar demasiadas evoluciones interiores y exteriores para que se atreva a establecer nada que no sea para su propia existencia de manera durable y de una vez por todas. Un hombre completamente moderno, que quiere, por ejemplo, construirse una casa, siente del mismo modo que sentiría si quisiera, estando vivo, meterse en un mausoleo.

23

EDAD DE LA COMPARACIÓN.— Cuanto menos encadenado están los hombres por la herencia, mayor se hace el movimiento interior de sus motivos, mayor a su vez, por correspondencia, la agitación exterior, la penetración recíproca de los hombres, la *polifonía* de los esfuerzos. ¿Para quién existe actualmente todavía la obligación estricta de vincularse, él y su descendencia, a una localidad? ¿Para quién existe, de una manera general, ningún vínculo estrecho? Pues del mismo modo que todos los estilos del arte son imitados los unos de los otros, así también lo son todos los grados y los géneros de moralidad, de costumbres, de civilizaciones. Esta época toma su significación de que en ella las diversas concepciones del mundo, costumbres, civilizaciones, pueden ser compradas y vivir las unas al lado de las otras, cosa que en otro tiempo no era posible fuera de la dominación siempre localizada de cada civilización, por causa de la vinculación de todos los géneros de estilo artístico al lugar y al tiempo. Hoy, un aumento del sentimiento estético decidirá definitivamente entre las múltiples formas que se ofrecen a la comparación: ésta dejará perecer a la mayor parte, a todas las que sean rechazadas por ese sentimiento. Del mismo modo hay también hoy lugar para hacer una elección en las formas y costumbres de la moralidad superior, cuyo fin no puede ser otro que el anonadamiento de las moralidades inferiores. ¡La edad de la comparación! Éste es su orgullo, pero también su desgracia. No nos aterremos por esta desgracia. Formémonos, por el contrario, del deber que nos impone esta edad, una idea elevada: así nos bendecirá la posteridad, una posteridad que se conocerá tan superior a las civilizaciones originales de los pueblos encerrados dentro de sí mismos, como a la civilización de la compensación,

pero que mirará con reconocimiento a esas dos clases de civilización como a respetables antigüedades.

24

POSIBILIDAD DEL PROGRESO.— Un sabio de la cultura lleva razón al no frecuentar el trato de hombres que creen en el progreso. Puesto que la cultura antigua tiene detrás de sí su grandeza y su bien, y la educación histórica obliga al individuo a confesar que no recobrará jamás su lozanía, es necesaria una obcecación de espíritu intolerable, un insoportable prejuicio para negarlo. Pero los hombres pueden decidir con plena conciencia de su desarrollo para en adelante por una cultura nueva, mientras que antes era inconscientemente y al azar como se desarrollaban: hoy pueden condicionar mejor la producción de hombres, su alimentación, su educación, su instrucción, organizar económicamente el conjunto y la destrucción de la tierra, pesar y ordenar las fuerzas de los hombres en general, los unos en relación a los otros. Esta nueva cultura consciente mata a la antigua, que, considerada en conjunto, trajo una vista inconsciente de bestia y de vegetal; mata también la desconfianza en el progreso, *es posible*. Quiero decir: es un juicio precipitado y falto casi de sentido el creer que el progreso debe *necesariamente* salir adelante; pero ¿cómo se podría negar que sea posible? Por el contrario, un progreso en el sentido y por la senda de la cultura antigua, no es siquiera concebible. La fantasía romántica emplea la palabra «progreso», hablando de sus fines (por ejemplo, de las civilizaciones de los pueblos originales y determinados): en todo caso, viviendo del pasado; pensamiento y concepción en este dominio no tienen ninguna originalidad.

25

MORAL PRIVADA Y MORAL UNIVERSAL.— Desde que no se cree en que Dios dirige los destinos del mundo, y a despecho de todas las desviaciones en el camino de la humanidad, los conduce como un señor hasta su término; los hombres se proponen fines económicos que abarcan toda la tierra. Al menos deben proponérselo. La vieja moral, la de Kant, reclama de cada individuo acciones que desearía en todos los hombres. Tiene esto algo de bella ingenuidad, como si cada uno supiera que género de acción asegura el bienestar del conjunto de la humanidad, y, por consiguiente, cuáles fueran las acciones que, de un modo general, merecieran ser deseadas; es una teoría análoga a la del libre cambio, al establecer en principio que la armonía general debe producirse por sí misma conforme a las leyes innatas del mejoramiento. Quizá una mirada sobre el porvenir no haga aparecer como digno de desearse que todos los

hombres realicen actos semejantes; quizá se debería más bien, en interés de los fines ecuménicos para toda la extensión de la humanidad, proponer deberes especiales. En cualquier caso, si la humanidad no quiere marchar a su ruina, es necesario, en primer término, que se encuentre un *conocimiento de las condiciones de la civilización,* superior a todos los alcanzados hasta hoy. En esto consiste el deber de los grandes espíritus del siglo próximo.

26

La reacción como progreso.— Algunas veces aparecen espíritus revoltosos, violentos y atrayentes; pero a pesar de todo, retrógrados que evocan una vez más la humanidad vieja, sirven para probar que las tendencias nuevas, contra las que van, no son aún suficientemente fuertes; de otro modo, se habrían impuesto en el cerebro de tales evocadores. Así, la reforma de Lutero atestigua, por ejemplo, que en su siglo todos los sentimientos nacientes de libertad del espíritu eran poco seguros, demasiado tiernos, juveniles; la ciencia no podía todavía alzar la cabeza; el aspecto general del Renacimiento se presentaba como la primavera, que iba a morir y a dejar paso a otra primavera más floreciente. También en el siglo presente la metafísica de Schopenhauer ha comprobado que aún hoy el espíritu científico no es lo suficientemente fuerte: así es como el concepto del mundo y la idea de la humanidad de la Edad Media y cristiana ha podido resucitar en la teoría de Schopenhauer, a pesar del anonadamiento a que por largo tiempo quedaron reducidos todos los dogmas cristianos. Se pregona en su teoría, pero lo que en ella predomina es la ciencia vieja *necesidad metafísica,* harta conocida. Seguramente una de las mayores ventajas que sacamos de Schopenhauer es que obligue a nuestro sentimiento al retroceso hacia los géneros de concepción del mundo y del hombre. Lo que para la justicia y para la historia es provechosísimo nadie llegaría hoy fácilmente, sin el auxilio de Schopenhauer, a hacer justicia al cristianismo y a sus hermanos asiáticos, cosa, como otras, imposible dentro del propio terreno del cristianismo. Sólo después de haber corregido la concepción histórica sobre ese punto tan esencial, nos ha hecho posibles tres nombres: Petrarca, Erasmo, Voltaire. Hemos hecho un progreso de la reacción.

27

Sucedáneo de la religión.— Se cree honrar a la filosofía, presentándola como un sucedáneo de la religión para el pueblo. En el hecho, tiene una de un orden de pensamiento intermediario; así, el paso de la religión a la concepción científica es un salto violento, peligroso, que no debe aconsejarse. En este sentido hay razón para tal

elogio. Pero a este fin, debería saberse que las necesidades que la religión satisface y que la filosofía debe satisfacer, no son inmutables, y que aún por ella misma *puede debilitárselas* y hasta *echarlas fuera*. Por ejemplo, en la miseria del alma cristiana, en los gemidos por la corrupción interior, en la inquietud por la salvación, cuestiones todas que no se derivan sino de errores de la razón. Una filosofía puede servir para *satisfacer* estas necesidades, o para *descartarlas*, pues son limitadas en el tiempo y descansan sobre hipótesis opuestas a la de la ciencia. Para una transición, debe utilizarse más bien *el arte*, como medio de proporcionar alivio a la ciencia, sobrecargada de sensaciones, pues por él serán estas concepciones mucho menos sostenidas por la filosofía metafísica. Del arte se puede pasar fácilmente a una ciencia filosófica verdaderamente libertadora.

28

PALABRAS PROHIBIDAS.— ¡Abajo las palabras empleadas por el optimismo y por el pesimismo! Cada día escasean más los motivos para emplearlas: sólo a los charlatanes son necesarias. ¿Con qué motivo se puede hoy ser optimista, si ya no hay que hacer la apología de un Dios que ha creado el mejor de los mundos, siendo él en sí la esencia de lo bueno y de lo perfecto? ¿Qué ser que piense tiene ya necesidad de la hipótesis de Dios? Por consiguiente, tampoco existe el menor motivo para una profesión de fe pesimista, si es que no se pretende vejar a los abogados de Dios, a los teólogos o a los filósofos teológicos y en exponer fuertemente la afirmación contraria: que el mal gobierna, que el dolor es mayor que el placer, que el mundo es un absurdo, la aparición de la vida de una voluntad malvada. ¿Pero quién se preocupa ya de los teólogos, a no ser los teólogos mismos? Abstrayendo de toda teología y de la guerra que se le hace, se desprende que el mundo no es bueno ni es malo, ni el mejor ni el peor, y que estas ideas de lo bueno y de lo malo, no tienen sentido sino con relación a los hombres, y aun así no resultan justificadas: debemos renunciar a la concepción del mundo injuriosa o panegirista.

29

EMBRIAGUEZ POR EL PERFUME DE LAS FLORES.— Créese comúnmente que la nave de la humanidad tiene mayor porte a medida que se la carga más; se supone que cuanto más profundo es el pensamiento del hombre, más tierno es su sentimiento, más alta estima tiene de sí, mayor es su alejamiento de los demás animales. Cuanto más genio parece entre las bestias, más se acerca a la esencia real del mundo y a su conocimiento; es bueno en realidad lo que hace por la ciencia, pero cree hacerlo

mejor todavía por las religiones y por las artes. Son, en verdad, una florescencia del mundo, que *no están en modo alguno más próximas a la raíz del mundo* que el tallo; no se puede sacar de ellos ningún conocimiento mejor entre la ciencia de las cosas, aunque así se crea. El *error* ha hecho al hombre bastante profundo, para hacer proceder de él las religiones y las artes. El conocimiento se hubiera descentrado para poderlo realizar. Quien nos descorriera el velo que oculta la esencia del mundo, nos causaría una desilusión. No es el mundo como cosa en sí, sino el mundo como representación (como error), el rico de sentido, el profundo, el maravilloso, el que lleva en su seno dicha y desgracia. Este resultado conduce a una filosofía *de negación lógica del mundo*, que, por lo demás, puede unirse lo mismo a una afirmación práctica del mundo que a su contraria.

30

MALOS HÁBITOS DEL RAZONAMIENTO.— Las conclusiones erróneas más habituales en el hombre son éstas: una cosa existe, tiene su legitimidad. En este caso se infiere de la capacidad de vivir a la adaptación a un fin, de la adaptación a un fin a su legitimidad. Una opinión es benéfica, luego es verdadera; su efecto es bueno, luego la opinión misma es buena y verdadera. En este caso se aplica al efecto el predicado: benéfico, bueno, en el sentido de útil, y entonces se dota a la causa del mismo predicado: buena, pero en el sentido de valedero lógicamente. La recíproca de estas proposiciones es: una cosa no puede imponerse ni sostenerse, luego es injusta; una opinión atormentada, luego es falsa. El espíritu libre que no aprende a conocer, sino por frecuentes aplicaciones, lo que tiene de viciosa esta manera de razonar y tiene que soportar sus consecuencias, cede a menudo a la tentación seductora de hacer las deducciones contrarias, que de un modo general son igualmente erróneas; una opinión no puede imponerse, luego es buena; causa inquietud, angustia, luego es verdadera.

31

LO ILÓGICO NECESARIO.— Entre las cosas que pueden llevar a un pensador a la desesperación, debemos enumerar el hecho de reconocer que lo lógico es necesario a los hombres, y que de lo ilógico nacen muchos bienes. Está esto tan sólidamente anclado en las pasiones, en el idioma, en el arte, en la religión, y generalizando, en todo lo que da valor a la vida, que no se puede desprender de ellas sin causarles incurable prejuicio. Sólo los hombres, demasiado sencillos, pueden creer que su naturaleza pueda trocarse en puramente lógica; pero si debería haber en ello grados

de aproximación hacia el fin, ¡cuántas pérdidas no se producirían en el camino! Aún el hombre más razonable tiene necesidad de volver a la Naturaleza, es decir, *a su relación fundamental ilógica con todas las cosas*.

32

INJUSTICIA NECESARIA.— Todos los juicios sobre el valor de la vida se desarrollan ilógicamente y, por consiguiente, son injustos. La inexactitud en el juicio proviene primeramente de la manera con que las materias se presentan, es decir muy incompletamente; en segundo lugar, de la manera de sumarlas, y en tercer lugar, de que de cada una de estas piezas se hace, a su vez, el resultado de un conocimiento inexacto. Ninguna experiencia que se relacione directamente con un hombre, por ejemplo, aun cuando se encuentre próximo a nosotros, puede ser completa en forma tal que tuviéramos derecho para hacer apreciación directa en conjunto; todas las apreciaciones son prematuras y tienen que serlo. Por último, nuestro ser no es tampoco invariable: tenemos tendencias y fluctuaciones, y sin embargo, deberíamos ser una unidad fija, para apreciar las relaciones de una cosa cualquiera respecto a nosotros, de modo justo. Quizá se siga de todo esto que no se debería juzgar absolutamente; ¡si pudiéramos vivir sin hacer apreciaciones, sin tener afectos ni desafectos!… pero toda aversión está ligada a una apreciación, como puede estarlo una inclinación afectuosa. Una impulsión a aproximarnos o separarnos de algo, sin un sentimiento de querer lo ventajoso, de evitar lo dañino, una impulsión sin apreciación por el conocimiento que influye en el valor del fin, no existe entre los hombres. Somos, por nuestro destino, seres ilógicos, y por lo mismo injustos, y, *sin embargo, no podemos reconocerlo*. Tal es una de las mayores y más irresolubles inarmonías del universo.

33

EL ERROR SOBRE LA VIDA NECESARIA EN LA VIDA.— Toda creencia sobre el valor y la dignidad de la vida descansa en un pensamiento y falso: creencia que es posible solamente porque la simpatía por la vida y por los sufrimientos de la humanidad, se ha desenvuelto muy débilmente en el individuo. Aún los pocos hombres de pensamientos elevados, no abarcan con su mirada toda esta vida en su conjunto, sino que observan sólo partes limitadas. Si se es capaz de hacer observaciones sobre casos excepcionales, quiero decir, sobre grandes talentos y almas puras; si se es capaz de tomar las producciones como fin de toda la evolución del universo, y se encuentra en la acción de ellas sentimientos de placer, puede creerse en el valor de la vida, porque

para nada se tiene en consideración a los demás hombres; pero también entonces se piensa inexactamente. Del mismo modo si se abarca con la mirada verdaderamente a todos los hombres, pero no se da importancia de entre ellos sino a los que tienen cierta especie de instintos, a los menos egoístas y a quienes se les justifica en relación a los demás instintos, entonces puede esperarse algo de la humanidad en su conjunto y creerse en el valor de la vida; pero también en este caso tal creencia proviene de la inexactitud del pensamiento. Con todo, ya proceda de una manera o de otra, quien así observe será una *excepción* entre los hombres. Es evidente que la gran mayoría de los hombres soportan la vida sin quejarse, y *creen* por lo mismo en el valor de la existencia; lo que proviene justamente de que cada cual no quiere ni afirma sino de sí mismo y sólo sale de él en casos excepcionales; todo lo que no les es personal pasa para ellos como inadvertido o advertido cuando más como débil sombra. La gran falta de imaginación de que padecen, hace que no puedan penetrar por el sentimiento en otros seres, y por lo tanto, tomar tan pequeña parte como le es posible en su suerte y sus sufrimientos. Aquél que *pudiera* tomar parte en ellos, desesperaría de la vida; si llegase a comprender y a sentir en sí mismo la conciencia total de la humanidad, prorrumpiría en maldiciones contra la existencia, pues la humanidad no tiene en su conjunto *ningún* fin, y por consiguiente, el hombre, examinando su marcha total, no puede encontrar en ello consuelo ni reposo, sino, por el contrario, desesperación. Si toma en cuenta para todo lo que hace la ausencia final de un fin respecto a los demás hombres, su propia acción tomara ante sus ojos el carácter de la prodigalidad. Pero sentirse en el sentido de la humanidad (no solamente del individuo) *prodigado* tanto como las flores aisladas que la Naturaleza prodiga, es un sentimiento superior a todos los sentimientos. ¿Quién es capaz de ello, sin embargo? Tan sólo un poeta, y los poetas saben consolarse siempre.

34

PARA TRANQUILIDAD.— Nuestra filosofía, ¿no llega a ser una tragedia? La verdad, ¿no es hostil a la vida? Una cuestión asalta nuestros labios aunque no quiere ser enunciada: la de si se *puede* conscientemente permanecer en la contraverdad, o si en el caso de que *fuere necesario* hacerlo, ¿no sería preferible la muerte? Ya no existen deberes; la moral, como deber, está tan anonadada como la religión. El conocimiento no puede dejar subsistentes, como motivos, más que placer y pena, utilidad y daño; pero ¿cómo se arreglarán esos motivos con el sentido de la verdad? También tocan en el error (porque la simpatía y la aversión y todos sus injustísimos medios son los que determinan esencialmente el placer y la pena). La vida humana está profundamente sumergida en la *contraverdad*; el individuo no puede sacarla de ese pozo sin horrorizarse de su pasado, sin encontrar sus motivos presentes, desprovistos de toda razón de ser, sin oponer a las pasiones que conducen al porvenir y a la dicha en el

porvenir, la burla y el desprecio. ¿Es verdad que no queda más que una manera de ver que lleva consigo la desesperación, la disolución, el anonadamiento del yo? Creo que el golpe decisivo a la acción final del conocimiento lo dará el *temperamento* del hombre; yo podría, igualmente que el efecto descrito y posible en naturalezas aisladas, imaginarme otro en virtud del cual brotaría una vida mucho más sencilla, más limpia de pasiones que la actual, si bien es verdad que los antiguos motivos de deseo violento tendrían todavía fuerza, por causa de una costumbre hereditaria, también lo que es poco, bajo la influencia del conocimiento purificado, irían haciéndose más débiles. Viviríase, en fin, entre los hombres como en la *Naturaleza*, sin alabanzas, reproches o entusiasmos, recreándose como en un espectáculo con muchas cosas que hasta entonces se temían. Nos libertaríamos del énfasis y no sentiríamos más el aguijón de este pensamiento: que no somos solamente naturaleza o que somos más que naturaleza. A la verdad, sería necesario para ello un buen temperamento, un alma grave, dulce y en el fondo alegre, una disposición que no tuviera necesidad de estar siempre en guardia contra sacudidas y estallidos repentinos, y que en sus manifestaciones no adoptase tono gruñón ni semblante hosco, caracteres odiosos, como los perros viejos y los hombres que han estado mucho tiempo encadenados. Por el contrario, un hombre libertado de los lazos de la vida hasta el punto de no continuar viviendo sino para hacerse cada día mejor, debe renunciar sin despecho a ver muchas cosas y *hallarse* satisfecho, de poder elevarse libremente por encima de los hombres, de las costumbres, de las leyes y de las apreciaciones tradicionales de las cosas. Anhela comunicar el contento que le brinda tal situación, y puede no tener nada distinto que comunicar, en lo que hay una privación, una abdicación.

CAPITULO II

PARA SERVIR A LA HISTORIA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES

35

VENTAJAS DE LA OBSERVACIÓN PSICOLÓGICA.— Que la reflexión sobre lo humano, demasiado humano, o usando la expresión técnica, la observación psicológica, forma parte de los medios que permiten hacer más llevadera la carga de la vida; que el ejercicio de este arte procuraba presencia de espíritu en situaciones difíciles y distracción en medio de un círculo fastidioso; que se puede, aun de lo más espinoso y desagradable de la propia vida, sacar máximas y ponerse por ellas un poco mejor: es lo que se creía y se sabía en los siglos precedentes. ¿Por qué se ha olvidado en este siglo en el que, a lo menos en Alemania y aun en Europa, la pobreza de observación psicológica se delataría por bastantes señales con sólo que hubiese gentes de mirada capaz de ver en lo que puede mostrarse? Esto no se encuentra en el romance, la novela y los estudios filosóficos —que son la obra de hombres excepcionales—: Está en los juicios formados sobre los sucesos y las personalidades públicas: pero donde falta más que nada el arte del análisis y del cálculo psicológico es en la sociedad en que se habla mucho de los hombres y nada *del hombre*. ¿Por qué se deja escapar la más rica y más inocente materia de entretenimiento? ¿Por qué no se lee ya a los grandes maestros, de la máxima psicología? Porque dicho sea sin exageración, hombre culto que haya leído a La Rochefoucauld y sus antecesores en el espíritu y el arte, es raro encontrarlo en Europa, y mucho más raro todavía quien conozca y no los desdeñe. Es probable que ese lector excepcional encuentre menos placer que el que debería producirle la forma de esos artistas, pues aun el cerebro más sutil no es capaz de apreciar suficientemente el arte de sutilizar una máxima, si no ha sido educado para ello y si no lo ha ensayado. Se cree que esta agudeza es más fácil de lo que en realidad es, y no se notan tampoco sus alcances y atractivos. Por eso los actuales lectores de máximas encuentran en ellas un goce relativamente insignificante. Pasa con ellos lo que de ordinario con los examinadores de camafeos: son gentes que alaban porque no son capaces de amar, prontas para la admiración, pero más prontas para la huida.

36

OBJECIÓN.— ¿Sería necesario suponer que la observación psicológica forma parte de los medios de atracción, de salud y alivio de la existencia? ¿Sería necesario decir que se está bastante convencido de las consecuencias enfadosas de este arte, para separar intencionalmente la vista de los educadores? En efecto; cierta fe ciega en la bondad de la Naturaleza humana, cierta repugnancia hacia la descomposición de las acciones humanas, cierta especie de pudor con relación a la desnudez de las almas, podían ser realmente cosas más dignas de desearse para la felicidad total de un

hombre, que aquella cualidad, ventajosa en casos particulares, de la penetración psicológica, y quizá la creencia en el bien, en los hombres y en los actos virtuosos, en una plenitud de bienestar impersonal en el mundo, haya hecho mejores a los hombres, en el sentido de que los hacía menos desconfiados. Si se imita con entusiasmo a los héroes de Plutarco, repugna inquirir dudando los motivos de sus acciones. El error psicológico y generalmente la grosería en estas materias ayuda a la humanidad a ir adelante, al paso que el conocimiento de la verdad gana siempre más y más por la excitante fuerza de una hipótesis que La Rochefoucauld, en la primera edición de sus Sentencias y máximas morales, exponía así: *Lo que el mundo llama virtud no es ordinariamente sino un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un nombre honrado para hacer impunemente lo que uno quiere*. La Rochefoucauld y otros franceses maestros por el examen de las almas (a los cuales se ha unido recientemente un alemán, el autor de las *Observaciones psicológicas*), se asemejan a diestros tiradores, que tocan siempre el centro, pero el centro de la Naturaleza humana. Su arte causa admiración, pero al fin el espectador que no está guiado por el espíritu científico maldice aquél que parece inculcar en las almas el deseo del rebajamiento del hombre.

37

Sobre lo mismo.— Haya lo que hubiera de aumento o disminución acerca de esto, en el estado presente de la filosofía, el despertar de la observación psicológica es necesario. El aspecto cruel de la mesa de disección psicológica, de sus escalpelos y de sus pinzas, no puede evitarse a la humanidad. Allí está el dominio de esta ciencia que se pregunta el origen y la historia de los sentimientos llamados morales, y que en su marcha debe proponer y resolver los problemas complicados de la sociología. La antigua filosofía no conocía estos últimos y siempre trató de evitar la investigación del origen y de la historia de las estimaciones humanas, bajo la sombra de pobres refugios; por eso puede hoy verse con bastante claridad que los errores de los más grandes filósofos son de ordinario su punto de partida para una explicación falsa de ciertas acciones y ciertos sentimientos humanos; del mismo modo que se funda sobre la base de un análisis erróneo, por ejemplo, el de las acciones llamadas altruistas, una ética falsa, y después, por amor a ella, se apela a la ayuda de la religión y la nada mitológica, y, en fin, las sombras de esos confusos fantasmas se introducen en la física y en la consideración del mundo. Pero si está confirmado que la falta de profundidad en la observación psicológica ha tenido y continúa tendiendo peligrosos lazos para los juicios y razonamientos humanos, lo que hoy se necesita es la austera perseverancia en el trabajo que no se cansa jamás de colocar piedra sobre piedra, guijarro sobre guijarro; es el valor que permite no sonrojarse por una labor tan modesta y desafiar todos los desdenes que pueda ocasionar. Por último, he aquí otra

verdad: gran número de observaciones sobre lo humano, demasiado humano, han sido desde luego descubiertas y expuestas en esferas de la sociedad acostumbradas a hacer por ello toda clase de sacrificios, no por la indagación científica, sino por espiritual deseo de satisfacción; y el perfume de esa antigua patria de la máxima moral, perfume muy seductor, ciertamente, se ha unido casi indisolublemente al género todo, aunque en su provecho y por cuenta propia el hombre de ciencia deja involuntariamente ver alguna desconfianza contra el género y su valor serio. Basta apuntar las consecuencias, puesto que desde ahora se comienza a ver qué resultados de la más seria naturaleza nacen sobre el suelo de la observación psicológica. ¿Qué es esto, sin embargo, sino el principio al que ha llegado uno de los pensadores más osados y más fríos, el autor del libro *Sobre el origen de los sentimientos morales*, gracias a su análisis incisivo y decisivo de la conducta humana? «El hombre moral —dice— no está más cercano del mundo inteligible metafísico, que el hombre físico». Esta proposición, nacida con su dureza y su filo, bajo los golpes de martillo de la ciencia histórica, podrá llegar a ser, en un porvenir cualquiera, el hacha con que se atacará la raíz de la «necesidad metafísica» del hombre. Si esto será para bien del hombre o atraerá sus maldiciones, ¿quién podrá decirlo? Pero, en todo caso, subsiste una proposición de la más grave consecuencia, fecunda y terrible a la vez, que mira al mundo con esa doble vista que tienen todas las grandes ciencias.

38

¿Útil, en qué proporción?— Si la observación psicológica produce a los hombres mayor provecho o mayor daño, es cuestión que debe quedar sin respuesta; pero está confirmado que es necesaria, porque la ciencia no puede prescindir de ella. La ciencia no conoce las consideraciones de los fines últimos, como tampoco las conoce la Naturaleza; pero así como ésta realizó por accidente cosas de la más alta oportunidad sin haberlas querido, así la verdadera ciencia, *siendo como es la imitación de la Naturaleza en la idea*, habrá que progresar accidentalmente, de diversas maneras, la utilidad y bienestar de los hombres, y encontrará los medios oportunos para ello, pero igualmente *sin haberlo querido*.

Por lo mismo que por el soplo de tal especie de consideración se siente helado el corazón, es posible que en ella haya demasiado poco calor: no tiene, sin embargo, más que mirar a su alrededor, y notará hombres de tal manera forjados en el ardor y el fuego, que apenas encuentran un lugar en que el aire sea para ellos bastante frío y penetrante. Por otra parte, así como los individuos y los pueblos demasiado serios tienen necesidad de frivolidades, otros, demasiado ligeros y excitables, tienen a veces necesidad para su salud de cargas pesadas que los depriman; ¿no es necesario que nosotros los hombre *más inteligentes* de esta época, que visiblemente entra cada vez más en combustión, tratemos de apoderarnos de todos los medios de extinción y

refrigerio que existen, a fin de conservar a lo menos el asiento, la paz, la medida que tenemos todavía, y llegar a ser útiles en esta época, dándole un espejo, una conciencia cierta de ella misma?

39

La fábula de la voluntad inteligente.— La historia de los sentimientos en virtud de los cuales hacemos a alguno responsable partiendo de los sentimientos que llamamos morales, recorre las fases siguientes. Al principio se llama buenas o malas a acciones sin ninguna relación con sus motivos, sino exclusivamente por las consecuencias útiles o enojosas que tienen para la comunidad. Pero en seguida se olvida el origen de estas designaciones, y uno se imagina que las acciones en sí, en relación a sus consecuencias, entrañan la calidad de «buenas» o de «malas», cometiéndose el mismo error que al llamar dura a la piedra y verde al árbol, tomando la consecuencia como causa. Después se relaciona el hecho de ser bueno o malo a los motivos, y se consideran los actos en sí como indiferentes. Váyase algo más lejos, y entonces dase el atributo de bueno o de malo, no ya al motivo aislado, sino a todo el ser de un hombre que produce el motivo, como el terreno produce la planta. Así se hace sucesivamente responsable al hombre de su influencia primero, de sus actos después, de sus motivos a continuación, y por último, de su ser. Entonces se descubre que este ser en sí mismo no puede ser responsable, siendo como es consecuencia absolutamente necesaria y formada de los elementos y de las influencias de objetos pasados y presentes, y por lo tanto que el hombre no puede ser hecho responsable de nada, ni de su ser, ni de sus motivos, ni de sus actos, ni de su influencia. De esta manera se ve uno obligado a reconocer que la historia de las apreciaciones morales es también la historia de un error, del error de la responsabilidad, y esto porque descansa en el error del libre albedrío (arbitrio).

Schopenhauer oponía a éste el siguiente razonamiento: Puesto que ciertos actos producen, después de verificados, *remordimientos* («conciencia de la falta cometida»), es indispensable que exista la responsabilidad de ellos, pues que este *remordimiento* no tendría razón alguna de ser, si además de producirse necesariamente todas las acciones del hombre —como en efecto se producen, según la opinión del mismo filósofo—, el hombre mismo existiese, con la misma necesidad, tal cual es, lo que Schopenhauer niega. Con el hecho de ese arrepentimiento, Schopenhauer cree poder probar una libertad que el hombre debe haber tenido de alguna manera, no con relación a los actos, sino con relación al ser; libertad, por consiguiente, de ser de tal o cual manera, no de *actuar* de tal o cual manera. El *esse*, la esfera de la libertad y de la responsabilidad, tiene por consecuencia, según él, *el operari*, la esfera de la estricta causalidad y de la irresponsabilidad. Este arrepentimiento se refería en la apariencia al *operari*, y en este sentido sería erróneo,

pero en realidad al *esse*, que sería el acto de una voluntad libre, la causa fundamental de la existencia de un individuo; el hombre sería lo que *quisiera ser*; su querer sería anterior a su existencia. Hay en esto, aun prescindiendo del absurdo de esta última afirmación, una falta de lógica, que del hecho del arrepentimiento se concluye de pronto la justificación, la admisibilidad racional de ese arrepentimiento; por efecto de esta falta de lógica, Schopenhauer llega a su consecuencia fantástica de la sedicente libertad inteligible. (En esta fábula Platón y Kant son cómplices por igual). Pero el arrepentimiento después de la acción no tiene necesidad de fundamento racional alguno, ni aun otra necesidad alguna, desde que descansa en la suposición errónea de que la acción *no habría* debido producirse necesariamente. En consecuencia, solamente porque el hombre se cree libre, no porque lo sea, siente arrepentimiento y remordimiento. Por otra parte, ese pesar es cosa de que no puede uno desprenderse, porque es habitual; en algunos hombres no existe absolutamente para ciertos actos. En esto muy variable, ligado con la evolución de la moral y de la civilización, y que quizá no existe sino en un tiempo relativamente corto de la historia del mundo. Nadie es responsable de sus actos, nadie lo es de su ser; juzgar tiene el mismo valor que ser injusto, y esto es verdad aun cuando el individuo se juzga a sí mismo. Esta proposición es tan clara como la luz del sol, y sin embargo, todos los hombres quieren volver a las tinieblas y al error, por miedo a las consecuencias.

40

El superanimal.— La bestia en nosotros quiere ser engañada; la moral es una mentira harto necesaria para que seamos arrancados de ella. Sin los error que residen en los cálculos de la moral, el hombre habría permanecido animal. Por ese medio se ha tomado por algo superior y se ha impuesto leyes más severas. Tiene, por eso, odio contra los grados que han quedado más próximos a la animalidad; por esta razón debe explicarse el antiguo desprecio al esclavo, como a ser que no es aún hombre, como a una cosa.

41

El carácter inmutable.— Que el carácter sea inmutable no es una verdad en sentido estricto; en realidad, esta proposición favorita significa solamente que durante la corta existencia de un hombre los nuevos motivos que actúan sobre él no pueden de ordinario marcar lo suficiente de años, se hallaría en él un carácter absolutamente mutable y se vería que una multitud de individuos diversos tomaría de él su

desenvolvimiento. La brevedad de la vida humana conduce a muchas afirmaciones erróneas sobre las cualidades del hombre.

42

EL ORDEN DE LOS BIENES Y LA MORAL.— La jerarquía de los bienes decide el carácter de la moralidad e inmoralidad, según que un egoísmo bajo, superior, muy refinado, desea una cosa u otra. Preferir un bien mezquino (por ejemplo, el goce de los sentidos) a un bien más elevado (por ejemplo, la salud), pasa por inmoral, tanto como preferir el bienestar a la libertad. Pero la jerarquía de los bienes no es en todo tiempo estable e idéntica; cuando un hombre prefiere la venganza a la justicia, es moral según la escala de apreciación de una civilización anterior, inmoral según la del tiempo presente. «Inmoral» significa que un individuo no siente todavía suficientemente los motivos intelectuales, superiores y delicados que la civilización nueva del momento ha introducido; designa un individuo arrastrado. La propia jerarquía de los bienes no está edificada y modificada según puntos de vista morales; es, por el contrario, en atención a su fijación del momento como se decide si una acción es moral o inmoral.

43

HOMBRES CRUELES, HOMBRES ATRASADOS.— Los hombres que son crueles hoy deben hacernos el efecto de graderías de *civilizaciones anteriores* que hubiesen sobrevivido; la montaña de la humanidad presenta en ellos al descubierto las formaciones inferiores, que de otro modo quedarían ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, por causa de todos los accidentes posibles en el curso de la herencia, no ha sufrido una serie de transformaciones bastante delicadas y múltiples. Nos ponen de manifiesto lo que todos *fuimos* y nos causa miedo, pero son tan poco responsables como puede serlo un pedazo de granito de ser granito. En nuestro cerebro se encuentran algunas ranuras y repliegues que corresponden a esta manera de pensar, pero tales repliegues y ranuras no son ya el hecho en que rueda actualmente el curso de nuestros sentimientos.

44

RECONOCIMIENTO Y VENGANZA.— La razón por la cual un poderoso muestra reconocimiento, es ésta: su bienhechor con su beneficio ha violado el dominio del

poderoso e introducídose en él; a su vez, el beneficiado viola, en compensación, el dominio del bien hecho por el acto de reconocimiento. Es una forma suavizada de la venganza. Si no tuviera la satisfacción del reconocimiento, el poderoso se habría manifestado impotente y en adelante pasaría por tal. He aquí por qué toda sociedad de hombres de bien, es decir, originariamente de poderosos, coloca el reconocimiento entre los primeros deberes. Swift ha osado adelantar esta proposición: que los hombres son agradecidos en la proposición en que cultivan la venganza.

45

DOBLE PREHISTORIA DEL BIEN Y DEL MAL.— El concepto del bien y del mal tiene una doble prehistoria. Quien tiene el poder de pagar en la misma moneda, bien por bien, mal por mal, y quien así devuelve en efecto, quien, por consiguiente, ejerce el agradecimiento y la venganza, es llamado bueno. Quien no es poderoso para ello y no puede devolver así, está contado entre los malos. Se pertenece, pues, en calidad de bueno, en la clase de «buenos», a un grupo en que existe el espíritu de cuerpo, porque todos los individuos están, por el sentimiento de las represalias, encadenados los unos a los otros. Se pertenece en calidad de malo, en la clase de los «malos», a un agrupamiento de hombres esclavizados, impotentes, que no tienen espíritu de cuerpo. Los buenos son una casta, los malos una casta semejante a las de polvo. Bueno y malo equivalen por un tiempo a noble y villano, señor y esclavo. Por el contrario, no se ve al enemigo como malo cuando puede volver la semejante. Troyanos y griegos son en Homero tan buenos los unos como los otros. No es el que nos causa daño, sino el que es despreciable, quien pasa como malo. En el cuerpo de los buenos, el bien es hereditario; es imposible que un malo salga de tan buen terreno. Si, a pesar de todo, uno de los buenos comete una acción indigna de los buenos, se tiene el recurso de los expedientes; se atribuye, por ejemplo, la falta a un dios diciendo que ha herido al bueno con la ceguera y el error. Es, *en segundo término*, en el alma de los oprimidos, de los impotentes. En ésta, cualquier otro hombre es considerado hostil, sin escrúpulos, explotador, cruel, pérfido, así sea noble o villano; malo es el epíteto característico del hombre y aun de todo ser viviente, cuya existencia se supone recibida de un dios; por humano, divino, son equivalentes a diabólico, malo. Los signos de bondad, la caridad, la piedad, son recibidas con angustia como maliciosas, como preludios de una desnudez aterradora, como maliciosas, como refinamientos de maldad. Con tales disposiciones de espíritu del individuo, apenas si puede nacer una comunidad, ni aun en su más grosera forma; en todas partes en donde reine esta concepción del bien y del mal, la ruina de los individuos, de sus familias, de sus razas, está próxima. Nuestra moralidad actual se ha engrandecido en el terreno de las razas y castas que dirigen.

46

COMPASIÓN MÁS FUERTE QUE PASIÓN.— Hay casos en que la compasión es más fuerte que la pasión misma. Sentimos, por ejemplo, más disgusto cuando uno de nuestros amigos se hace culpable de alguna ignominia, que cuando nosotros mismos lo hacemos.

Y es porque, desde luego, nosotros tenemos más fe que él en la pureza de su carácter, y porque nuestro amor hacia él es, sin duda, por causa de esta fe, más intenso que el que él se tiene a sí mismo. Aun cuando en el hecho su egoísmo sufra más que nuestro egoísmo, pues que debe soportar él las consecuencias de su crimen con mayor fuerza que nosotros, lo que hay en nosotros de no egoísta —esta palabra no debe nunca entenderse estrictamente, sino sólo como una facilidad de expresión— está más mortificado por su falta, más fuertemente que lo que hay en él de no egoísta.

47

HIPOCONDRÍA.— Hay hombres que se vuelven hipocondríacos por simpatía e inquietud por otra persona; la especie de piedad que nace entonces debe tenerse como una enfermedad. Existe también una hipocondría cristiana de que son atacadas aquellas gentes solitarias, presas de la emoción religiosa, que se ponen continuamente ante los ojos la pasión y muerte de Cristo.

48

ECONOMÍA DE LA BONDAD.— La bondad y el amor, sociedad de los hombres, son hallazgos tan preciosos, que debería, sin duda, anhelarse que la aplicación de esos medios balsámicos se hiciese con la mayor economía posible. La economía de la bondad es el sueño de los utopistas más aventurados.

49

BENEVOLENCIA.— Entre las cosas pequeñas, pero infinitamente frecuentes, y por consiguiente, eficacísimas, a las cuales la ciencia debe consagrar mayor atención que a las grandes cosas raras, es necesario contar la benevolencia; me refiero a esas manifestaciones de disposición amistosa en las relaciones, a esa sonrisa de la mirada, a esos apretones de manos, a ese buen humor, de que por lo general casi todos los

actos humanos están rodeados. Todo profesor, todo funcionario hace esta adición a lo que es un deber para él; es la forma de actividad constante para la humanidad, es como las ondas de luz en que todo se desenvuelve; particularmente en el círculo más estrecho, en el interior de la familia, la vida no reverdece ni florece sino por esa benevolencia. La cordialidad, la afabilidad, la política de corazón, son derivaciones siempre resultantes del instinto altruista, y han contribuido mucho más poderosamente a la civilización que aquellas otras manifestaciones más famosas del mismo instinto, que se llaman simpatía, misericordia, sacrificio. Pero se tiene el hábito de estimarlas poco, y el hecho es que en ello no entra mucho altruismo. La *suma* de esas dosis mínimas no es menos considerable; su fuerza total constituye una de las fuerzas mayores. Así se encontrará mucho mayor dicha en el mundo que no viendo con mirada sombría; quiero decir, si uno hace bien sus cálculos y no olvida esos momentos de buen humor de que todo día está lleno en toda vida humana, aún en la más atormentada.

50

EL DESEO DE EXCITAR LA PIEDAD.— La Rochefoucauld pone ciertamente el dedo en la llaga, en el pasaje más interesante de su *Propio retrato* (impreso por primera vez en 1658), cuando despierta los recelos de todos los hombres racionales contra la piedad, cuando aconseja relegarla a la gente del pueblo, que tiene necesidad de las pasiones (puesto que la razón no fija sus rumbos) para dejarse conducir a prestar alivio a los que sufren y a intervenir con energía ante una desgracia, toda vez que la piedad, según su criterio (que es también el de Platón), enerva el alma. Se debería —dice— *dar testimonio* de la piedad, pero precaverse de tenerla, puesto que los desgraciados son, hablando claro, *tan tontos*, que un simple testimonio de piedad basta para que ellos reciban como el mayor beneficio.

Tal vez se pudiera tener mayor precaución contra tal sentimiento de piedad, si en lugar de concebir esta necesidad de los desgraciados como una necedad y un defecto de penetración, como el decaimiento de espíritu propio del desgraciado (y La Rochefoucauld parece que lo concibe así), se la viese como algo diferente, muy digno de reflexión. Se nos argüirá que se observa que no pocos niños gritan y lloran para despertar la compasión, aguardando el momento de revelar su situación; que vivimos rodeados de enfermos y de hombres de espíritu deprimido, y que debemos preguntarnos, en consecuencia, si las quejas, y los lamentos, y la exhibición del infortunio no persiguen en el fondo *el fin de hacer mal* a quienes fijen su atención en ellos. Hasta podría decirse que la compasión manifestada en tales casos, si es un consuelo para los débiles y los que sufren, es a la vez causa de que vean en ella por lo menos un derecho y quizá un *poder*, a despecho de su propia debilidad: *el poder de hacer mal*. El desgraciado siente una especie de gozo en el sentimiento de

superioridad, que le da a conocer el testimonio de piedad; su imaginación se exalta; se halla pues, bastante poderoso siempre para causar dolores en el mundo. Por lo tanto, la sed de excitar la piedad es sed de gozo del propio yo a costa de nuestros semejantes. Exhibe el hombre en toda la brutalidad de su amor propio, pero no precisamente en su «necedad», como pensaba La Rochefoucauld. En cualquier tertulia, tres cuartas partes de los temas de conversación, y tres cuartas partes de las respuestas, tienen interlocutor; ésta es la causa por la que muchos hombres tienen verdadera sed de vivir en sociedad: la sociedad les da el sentimiento de su fuerza. En esas dosis, infinitas en número, aunque muy pequeñas, la maldad se manifiesta como poderoso medio de excitación para la vida; así como la benevolencia, esparcida en la sociedad humana en forma análoga, es el medio de salud que siempre está pronto. Pero habrá muchas gentes honradas que confiesen que hay placer en hacer el mal, que no es raro que se viva —y se viva bien— ocupándose en causar desazones a otros hombres, a lo menos con el pensamiento, y en disparar sobre ellos esta granada de la maldad. La mayor parte de ellos son demasiado malos, y algunos demasiado buenos para que entiendan una palabra de este *pudendum*: unos y otros negarán siempre que Prosper Mérimée tenga razón cuando dijo: «*Sabed que no hay nada más común que hacer el mal por el placer de hacerlo*».

51

De cómo el parecer se transforma en ser.— El comediante no puede dejar, aun en medio del más profundo dolor, de pensar en su persona y en el efecto del conjunto escénico, hasta en el momento de la inhumación de su propio hijo, por ejemplo, su dolor y su llanto tendrán manifestaciones propias de su modo de ser, considerándose a sí mismo su propio espectador. El hipócrita que tiene que desempeñar siempre un papel, acaba por no serlo, del mismo modo que los sacerdotes, que, por lo general, son en su juventud, consciente o inconscientemente, hipócritas, acaban por connaturalizarse con su carácter, y es entonces cuando se hacen verdaderamente sacerdotes, sin afectación alguna, y si el padre no llegara al término que se ha propuesto, tal vez el hijo, que se aprovecha del adelanto paterno, heredará su hábito. Cuando un hombre quiere porfiadamente parecer una cosa, acabará por serle muy difícil ser otra. La vocación de casi todos los hombres, incluso los artistas, comienza por hipocresía, por la imitación de lo exterior, por copiar lo que causa efecto. El que lleva sin cesar la careta del disimulo amistoso, tiene que acabar por enseñorearse de aquellas actitudes benévolas, sin las cuales la expresión de la cordialidad no puede encontrarse, y cuando, a su vez, lleguen éstas a apoderarse de él, entonces será afable por completo.

52

El grano de honradez en el engaño.— Entre los grandes engañadores, es necesario notar un fenómeno, al que deben su poder. En el acto propio del engaño, entre todas sus preparaciones, en el carácter conmovedor impreso a la voz, a la palabra, a los gestos, en medio de todo ese aparato escénico poderosísimo, están dominados por la fe en sí mismos: y esta fe es la que entonces habla a los que le rodean con aquella autoridad que participa del milagro. Los fundadores de religiones se distinguen de estos grandes engañadores en que no salen jamás del estado de engaño de sí mismos o apenas tienen momentos de clarividencia en que la duda les asalta, y por lo común entonces buscan consuelo atribuyendo esos momentos al maligno que su adversario. Es indispensable el previo engaño de sí mismos para que aquéllos y éstos produzcan efecto de grandeza. Los hombres creen en la verdad de todo lo que ha sido creído por otros con evidencia y con firmeza.

53

Pretendidos grados de verdad.— Uno de los errores de lógica más comunes es éste: alguien es verídico y sincero para con nosotros, luego dice la verdad. Así es como el niño cree en los juicios de sus padres, el cristiano en las afirmaciones del fundador de la Iglesia. Del mismo modo, no quiere aceptarse que todo lo que los hombres prohibieron en los siglos pasados, al precio de su dicha y de su vida, eran sólo errores: cuando más, se dirá que fueron grados de verdad. Pero en el fondo se piensa que si alguno ha creído de buena fe y ha combatido y muerto por su fe, no puede creerse que a ello le hubiese impelido un puro error. Tal fenómeno parece estar en contradicción con la justicia eterna, y de ahí que en los hombres sensibles el corazón se empeñe siempre en sostener, contra la cabeza, esta proposición: que entre las acciones morales y la clarividencia intelectual tiene que existir un lazo necesario. Desgraciadamente no es esto así; la justicia eterna no existe.

54

La mentira.— ¿Por qué los hombres, en su mayoría, dicen la verdad la mayor parte del tiempo? No es porque Dios haya prohibido la mentira. Es, primero, porque la verdad les es más fácil; la mentira exige invención, disimulo y memoria; he aquí porque dice Swift: «El que lanza una mentira, rara vez se da cuenta del pesado fardo que echa sobre sí; para sostenerla necesita soltar otras veinte». Es, en segundo lugar, porque en circunstancias normales ofrece más ventajas hablar con franqueza: «Quiero

esto, quiero aquello», y así en todo. Y es, en tercer lugar porque el camino del restringimiento y de la autoridad es más seguro que el de la astucia. Sin embargo, cuando un niño se ha educado en circunstancias domésticas complicadas, se vale siempre de la mentira, y dice involuntariamente lo que conviene a su interés: el sentido de la verdad, la repugnancia a la mentira en sí, le son de todo punto extrañas e inaccesibles, y miente con la mayor inocencia.

55

SOSPECHAR DE LA MORAL POR MIRAMIENTO A LA FE.— Ningún poder logrará sostenerse si está representado sólo por hipócritas; la Iglesia católica posee todavía hermoso número de elementos «seculares», su fuerza reside en esta especie de sacerdotes, numerosos aún, que hacen vida penitente y de severa austeridad y cuyo extenuado aspecto nos habla de ayunos y de vigilias, de oraciones fervientes y quizá, sí, hasta de flagelaciones; son ellos lo que inquietan a los hombres y los obligan a pensar si será necesario vivir del mismo modo: tal es la horrible cuestión que en la mente despierta su presencia. Al sembrar tal duda no dejan por un momento de enclavar nuevos sostenes para su poder; hasta los mismos pensadores no se atreven a decir con la ruda franqueza del sentido de la verdad a estos hombres separados de ellos: «Pobres engañados, no tratéis de engañar». Sólo los separa cierta diferencia de puntos de vista, no diferencia real de bondad o de maldad; pero lo que no es amado es en la práctica tratado con injusticia. Así es como se habla de la malicia y del arte execrable de los jesuitas, sin considerar cuánta violencia tiene que hacerse a sí mismo cada jesuita y cuántas privaciones se impone, puesto que la práctica de vida cómoda que predican los manuales jesuitas debe aplicarse, no a ellos, sino a la sociedad laica. Hasta podría preguntarse si nosotros, los amigos de la luz, teniendo organización y táctica semejante, seríamos tan buenos instrumentos, alcanzaríamos victorias tan admirables sobre nosotros mismos de infatigable actividad y abnegación.

56

VICTORIA DEL CONOCIMIENTO SOBRE EL MAL RADICAL.— Para todo aquél que quiere hacerse sabio, es rico filón el haber abrigado, durante algún tiempo, el concepto del hombre malo y corrompido por naturaleza: este concepto es falso como el opuesto, ha dominado durante períodos enteros, y las raíces han echado ramales hasta nosotros y en todo el mundo. Para comprendernos, es necesario comprenderle; pero para ascender todavía más, es preciso que le hayamos afirmado. Entonces todavía más, es preciso que le hayamos afirmado. Entonces reconocemos que no hay pecados en

sentido metafísico, pero que tampoco hay virtudes en el mismo sentido; que todo este dominio de las ideas morales está continuamente en eterno vaivén; que hay conceptos más altos o más bajos del bien y del mal, de lo moral y de lo inmoral. Quien no busca en las cosas sino conocerlas, llega fácilmente a vivir en paz con su propia alma; cuanto más, podrán achacarse a ignorancia, difícilmente a concupiscencia, sus errores (pecados que dice el mundo). Ya no querrá ni excomulgar ni extirpar los apetitos; pero ese fin único, que le domina por completo, de conocer, en todos los instantes, tanto como le es posible, le dará la sangre fría que necesita y suavizará todo lo que haya de salvaje en su naturaleza. Hallase libre, por otra parte, de multitud de ideas mortificantes, no queda ya impresionado por las palabras sobre las personas del infierno, sobre el estado del pecado, sobre la incapacidad del bien: no las reconoce sino como sombras vagas de falsos conceptos del mundo y de la vida.

57

LA MORAL CONSIDERADA COMO AUTONOMÍA DEL HOMBRE.— Un buen autor que pone realmente su alma en su producción, desea que cada uno le reduzca a la nada, exponiendo el mismo asunto con mayor claridad y dando respuesta definitiva a todos los problemas que lleva consigo. La doncella amorosa desea someter a prueba, frente a la infidelidad del ser amado, la fidelidad abnegada de su propio amor. El soldado desea sucumbir en el campo de batalla en favor de su patria victoriosa, puesto que en el triunfo de la patria encuentra el triunfo de su propia suprema aspiración. La madre da al niño lo que se quita a sí misma, el sueño, el mejor alimento, y en algunos casos su salud, su fortuna. ¿Pero son estos actos manifestaciones, estados altruistas del alma? ¿Son milagros estos actos de moralidad, porque, según la expresión de Schopenhauer, son «imposibles, y sin embargo, reales»? ¿No es cierto que en estos cuatro casos el hombre tiene preferencia por algo de su ser, una idea, un deseo, una criatura, antes que por otro algo de su mismo ser también, y que, por consiguiente, secciona éste y sacrifica una parte de él en favor de otra? ¿Hay algo esencialmente distinto cuando un hombre de mala cabeza dice: «Prefiero verme arruinado que ceder a ese hombre un paso de mi camino»? La inclinación a alguna cosa (deseo, instinto, anhelo) se encuentra en cada uno de estos cuatro casos, y ceder a ella, con todas sus consecuencias, no es altruismo. Moralmente, no se trata el hombre como un individuum, sino como un dividuum.

58

Lo que se puede prometer.— Pueden prometerse acciones, pero no sentimientos, porque éstos son involuntarios. Quien promete a otro amarlo siempre u odiarlo siempre o serle siempre fiel, promete algo que no está en su mano poder cumplir; lo que puede prometer son actos o manifestaciones, que si ordinariamente son consecuencia del amor, del odio, de la fidelidad, pueden también provenir de otras causas, puesto que caminos y motivos diversos conducen a una misma acción. La promesa de amar a alguno significa, pues, lo siguiente: Mientras que te ame, te mostraré pruebas de mi amor; si dejara de amarte, continuarás, no obstante, recibiendo de mi iguales manifestaciones, aunque por motivos diferentes, de manera que en concepto de los demás hombres persista la apariencia de que el amor será inmutable y siempre el mismo. Así, pues, el hombre promete la persistencia de la apariencia del amor, cuando sin cegarse voluntariamente, promete amor eterno.

59

Inteligencia y moral.— Es necesario tener muy buena memoria para que seamos capaces de retener las promesas hechas; es necesario que se tenga gran fuerza de imaginación para ser capaces de sentir la compasión. Tan estrechamente se halla la moral ligada a la bondad de la inteligencia.

60

El deseo de vengarse y la venganza.— Concebir un pensamiento de venganza y realizarlo, equivale a padecer un fuerte acceso de fiebre: concebir un pensamiento de venganza sin tener ni el esfuerzo ni el valor necesario para realizarlo, equivale a sufrir un mal crónico, una especie de envenenamiento del cuerpo y del alma. La moral, que no mira sino a las intenciones, aprecia los dos casos de la misma manera; vulgarmente se aprecia el primer caso como el peor (a causa de las malas consecuencias que puede producir el hecho de vengarse). Una y otra apreciación son por extremo limitadas, propias de quien no mira lejos.

61

Saber esperar.— Saber esperar es tan difícil, que los más grandes poetas no han desdeñado tomar por asunto de sus poemas el hecho de no saber esperar. Así lo han hecho Shakespeare en Otelo, Sófocles en Ajax: el suicidio de Ajax no hubiera parecido a Sófocles necesario si hubiera dejado calmar su impresión solamente un

día, como indica el oráculo; seguramente que hubiese hecho burla de las terribles insinuaciones de la vanidad herida y se habría dicho hablando consigo mismo: «¿Quién no ha tomado, en mi situación, un carnero por un héroe? ¿Hay en ello algo de monstruoso?». Por el contrario, en esto no hay sino un hecho generalmente humano[1]: Ajax hubiera podido así consolarse. La pasión no quiere esperar: lo trágico en la vida de los grandes hombres consiste, no en su conflicto con su época y con la poquedad y bajeza de sus contemporáneos, sino en su incapacidad para postergar su obra un año o dos años. No saben esperar. En todos los duelos los amigos que aconsejan tratan de penetrarse de este punto único: si los duelistas pueden esperar todavía; si esto no puede ser, entonces el duelo es razonable, pues cada uno de los empeñados en él se dice: «O seguiré yo viviendo, en cuyo caso él morirá en el campo de honor, o a la inversa». Esperar sería, en caso semejante, continuar sufriendo el espantoso martirio del honor herido, en presencia de quien lo hirió, y éste puede ser el colmo del sufrimiento, puesto que la misma vida no vale nada.

62

LA EMBRIAGUEZ DE LA VENGANZA.— Los hombres groseros que se creen ofendidos tienen costumbre de aumentar tanto como pueden el grado de ofensa que se les ha inferido, y de narrar sus causas exagerándolas demasiado, sólo para tener el derecho de embriagarse con los sentimientos de odio y de venganza luego que despiertan en su corazón.

63

VALOR DEL EMPEQUEÑECIMIENTO.— Muchos hombres, tal vez la inmensa mayoría, tienen absoluta necesidad, para sostener el respeto de sí mismos y cierta lealtad de conducta, de rebajar en su concepto y humillar a todos los hombres que conocen. Y como las naturalezas mezquinas se encuentran en mayoría, e importa mucho que tengan esta lealtad o la pierdan, se desprende…

64

EL ARREBATADO.— Frente a frente de un hombre que se subleva contra nosotros, debemos tomar todas las precauciones que tomaríamos en presencia de otro que haya atentado contra nuestra vida, puesto que si vivimos aún depende de la ausencia en él del poder de matar; si las miradas bastaran para matar, ya hubiéramos muerto hace

tiempo. El intento de hacer que alguien se calle dando muestras de ferocidad física que inspiren terror constituye un rasgo de una cultura primitiva. Cosa análoga se ve aquel aspecto frío que los nobles tienen al tratar con un servidor suyo: es un resto de la separación de razas entre hombres y hombres, una reminiscencia de la antigüedad primitiva; las mujeres, conservadoras de lo antiguo, han conservado más fielmente este atavismo.

65

ADONDE PUEDE LLEVAR LA HONRADEZ.— Alguien tenía la enojosa costumbre de explicar, cuando la ocasión se presentaba, muy honradamente los motivos que inspiraban sus procedimientos, que eran tan bueno y tan malos como los de los demás hombres. De pronto, promovió fuerte escándalo, después despertó sospechas, y poco a poco llegó hasta ser inscrito en el índice y proscrito de la sociedad, hasta el punto de que la justicia se pusiese sobre aviso respecto de un ser tan digno de reproche, en aquellas circunstancias en que de ordinario la justicia no tiene ojos, y si los tiene los cierra. La falta de discreción en lo que respecta al secreto general y la inclinación inexcusable de ver lo que nadie quiere ver, le llevaron a prisión y a una muerte prematura.

66

PUNIBLE Y JAMÁS CASTIGADO.— Nuestro crimen en lo que respecta a los criminales consiste en que los tratamos como lo harían los cobardes.

67

SANTA SENCILLEZ DE LA VIRTUD.— Toda virtud tiene sus privilegios: por ejemplo, el de llevar a la hoguera de un condado el contingente de su pequeño haz de leña.

68

MORALIDAD Y CONSECUENCIA.— No son tan sólo los espectadores de un acto los que miden con más frecuencia la moralidad de sus consecuencias, no; el mismo autor hace esa apreciación, puesto que los asuntos y la intención son rara vez claros y sencillos, y con frecuencia la memoria se turba por la consecuencia de la acción, lo

mismo que se atribuyen a la propia acción motivos falsos, o se hacen no esenciales los que lo son. El éxito da frecuentemente a un hecho todo el honrado esplendor de la buena penetración, el fracaso sombrea con el remordimiento el acto más respetable. De allí nació la conocida práctica del político que dijo: «Dadme solamente el éxito; con él pondré de mi lado a todas las almas honradas, y me haré honrado ante mis propios ojos». Todavía hoy, bastantes hombres cultos piensan que la victoria del cristianismo sobre la filosofía griega es prueba concluyente de la verdad del primero, aun cuando en este caso no haya existido sino el triunfo de la grosería y de la violencia sobre la inteligencia y la delicadeza. Lo que hay de grande en esta verdad, puede deducirse del hecho que el despertar de las ciencias ha reunido de nuevo punto por punto la teoría de Epicuro, pero no ha refutado al cristianismo.

69

AMOR Y JUSTICIA.— ¿Por qué se enaltece al amor con prejuicio de la justicia y se le quiere dar mayor alcance diciendo de él las cosas más bellas, como si fuera superior a la justicia? ¿No es, en último extremo, el amor infinitamente menos inteligente que aquélla? Seguramente; pero esto es sin duda lo que le hace *más agradable* a todos; es ciego y posee un rico cuerno de abundancia; de aquél saca la distribución de los dones que concede a cada cual, aunque no lo merezca, aunque por ellos no reciba la menor gratitud. Es tan imparcial como la lluvia que según la Biblia y la experiencia, cala hasta los huesos, no sólo al injusto, sino también al justo en ocasiones.

70

LA EJECUCIÓN.— ¿En qué consiste que toda ejecución choque más que un asesinato? La sangre fría del juez, los preparativos del suplicio, la idea de que en tales circunstancias se utiliza un hombre para atemorizar a los demás, y esto con tanta mayor razón cuanto que la falta no es castigada, caso de haber alguna: la falta la han cometido los maestros, los padres, los amigos de la víctima; nosotros mismos, no el sentenciado; creo que hablo de circunstancias determinantes.

71

LA ESPERANZA.— Pandora llevó su caja llena de males, y la abrió. Era el presente de los dioses a los hombres; presente bello en apariencias y seductor; se le llamaba el

«vaso de la dicha». Entonces salieron juntos con vuelo igual todos los males, seres vivos alados: desde entonces revolotean alrededor de nosotros y nos mortifican noche y día. Sólo un mal no se había escapado del vaso; entonces Pandora, siguiendo la voluntad de Zeus, tiró la cobertera y quedó dentro. Desde entonces el hombre tiene en su propia casa, dentro de sí mismo, el vaso de la dicha, y piensa maravillas del tesoro que posee aquél; se entrega a su servicio, y busca la manera de cogerlo cuando de ello tiene deseo; porque no sabe todavía que el vaso que le llevó Pandora es el vaso de los males, y que el mal que guarda en su fondo es la mayor de las infelicidades (la Esperanza). Zeus quería, en efecto, que el hombre, cualesquiera que fuesen lo males que soportara, no echase lejos de sí el de la vida, para que así tuviera que dejarse torturar siempre de nuevo. Por esto es por lo que dejó al hombre la Esperanza, y la Esperanza es en verdad el peor de los males, porque prolonga los suplicios de los hombres.

72

El poder calórico moral es desconocido.— El hecho de haber o no tenido ciertas impresiones o presenciado ciertos espectáculos, por ejemplo, el de un padre injustamente condenado a muerte o martirizado, de una mujer infiel, de algún cruel ataque de un enemigo, decide que nuestras pasiones lleguen a la temperatura de incandescencia y dirijan toda la vida o no. Nadie sabe hasta dónde pueden llevarle las circunstancias, la piedad, la indignación; nadie conoce el grado de su poder calórico. De miserables pequeñas circunstancias nace lo miserable; no es ordinariamente de la cualidad de los sucesos, sino de la cantidad, de lo que depende la bajeza o la elevación del hombre para el bien o para el mal.

73

El mártir a su pesar.— Había en cierto partido un hombre que era demasiado torpe y demasiado cobarde para atreverse a contradecir alguna vez siquiera a sus camaradas; se le empleaba en todo, todo se obtenía de él, porque temblaba ante la mala opinión de sus correligionarios más que ante la misma muerte: era un pobre alma débil. El cobarde se decía interiormente siempre y con gusto: «Sí» con los labios, y esto aun en el cadalso, cuando murió en defensa de las ideas de su partido, porque cerca de él veía uno de sus antiguos, compañeros que le tiranizaba con la palabra y con la vista, al punto de que sólo por esto sufrió la muerte, y sin embargo, después ha sido celebrado como un mártir y como un gran carácter.

74

Escala de medida para todos los días.— Muy rara vez se engañará el hombre si atribuye las acciones sublimes a la vanidad, las medianías a la costumbre y las pequeñas al temor.

75

Mala compresión de la virtud.— Aquél que ha aprendido a conocer la falta de virtud estando identificado con el placer, así como aquél a quien sigue una juventud ávida de goces, se imagina que la virtud debe estar unida a la falta de placer. Quien, por el contrario, ha sufrido mucho por sus pasiones y sus vicios, aspira a tener en la virtud el descanso de la dicha del alma. Por esto podríamos decir que dos virtuosos no se entienden absolutamente.

76

El asceta.— El asceta hace de la virtud una necesidad.

77

El honor transportado de la persona a la causa.— Acostumbramos honrar los actos de amor y de sacrificio en provecho del prójimo dondequiera que se presenten. Con ello acrecentamos la estimación de las cosas por amarlas de tal manera o por sacrificarnos por ellas, por más que no tengan quizá gran valor. Un ejército valeroso atrae las convicciones de todos en favor de la causa por la cual combate.

78

La ambición sucedánea del sentido moral.— El sentido moral suele no faltar en naturalezas que no tienen ambición. Los ambiciosos, a su vez, pueden pasarse sin él. Con ello acrecentamos la estimación de las cosas por casi con el mismo resultado. Por esto los hijos de familias modestas que repugnan la ambición, si llegan a perder el sentido moral se hacen rápidamente bandoleros refinados.

79

La vanidad enriquece.— ¡Qué pobre sería el espíritu humano sin la vanidad! Pero con ella se asemeja a un almacén bien lleno y siempre llenándose de nuevo, que atrae a parroquianos de toda clase: pueden encontrar allí casi todo, siempre que tengan consigo el género de moneda que circula (la admiración).

80

Anciano y muerto.— Abstracción hecha de las exigencias que impone la religión, se encuentra uno autorizado para preguntarse: ¿por qué habría más gloria para un hombre envejecido, cuyas fuerzas decaen rápidamente, en esperar su lenta disolución y agotamiento, que en fijarse él mismo su término con plena conciencia? El suicidio es, en este caso, una acción próxima y natural, que siendo una victoria de la razón, debería, en justicia y equidad, excitar el respeto: y el hecho es que lo excitaba en los tiempos en que los jefes de la filosofía griega y los patriotas romanos más valerosos tenían costumbre de morir suicidas. Por el contrario, la sed de prolongarse la vida, día por día, por medio de la consulta inquieta a los médicos y del régimen más pesado sin la fuerza de fijarse el término de la propia vida, es mucho menos respetable. Las religiones son ricas en expedientes contra la necesidad del suicidio: es un medio de insinuarse por el halago en los hombres que están enamorados de la vida.

81

Errores del pasivo y del activo.— Cuando el rico, se apodere de un bien que pertenece a un pobre (por ejemplo, un príncipe que le arrebata su mujer), se produce un error en el pobre: piensa que el otro debe ser muy abominable por haberle quitado lo poco que posee. Pero el otro está muy lejos de tener un sentimiento tan profundo de un *sólo* bien: no puede, pues, penetrar en el alma del pobre, y no le agravia tanto como éste cree. Ambos tienen idea falsa respecto del otro. La injusticia del poderoso que subleva más que nada en la historia, no es tampoco tan grande como parece. Sólo el sentimiento hereditario de ser un ser superior con derechos superiores, da bastante calma y deja la conciencia en reposo; nosotros mismos, siendo como somos, cuando la diferencia entre nosotros y los demás es muy grande, no abrigamos ya ningún sentimiento de injusticia, y matamos, por ejemplo, una mosca sin el menor remordimiento. No da, pues, señal de maldad Jerjes (a quien todos los griegos representan como eminentemente noble), cuando arrebató un hijo a su padre y le hace

despedazar por haber manifestado desconfianza inquietante y de mal agüero para el éxito de su expedición. El individuo es, en semejante caso, descastado, como un insecto desagradable; está colocado demasiado bajo para que pueda excitar remordimiento de larga duración en el señor del mundo. No; en aquél a quien maltrata; su concepto del dolor no es igual al sufrimiento del otro. Pasa lo mismo con los jueces injustos, con el periodista, que por pequeñas faltas de honradez extravía la opinión pública. La causa y el efecto corresponden en todo caso a grupos muy diferentes de sentimientos y de pensamientos; sin embargo, supone uno involuntariamente que el autor y la víctima piensan y sienten del mismo modo, y conforme a esa suposición, se mide la falta del uno por el dolor del otro.

82

LA PIEL DEL ALMA.— Así como los huesos, los músculos, las entrañas y los vasos sanguíneos están cubiertos con una piel que hace soportable el aspecto del hombre, del mismo modo las emociones y las pasiones del alma están envueltas en la vanidad, piel del alma.

83

SUEÑO DE LA VIRTUD.— Cuando la virtud duerma, se levantará más lozana.

84

SUTILEZA DE LA VERGÜENZA.— Los hombres sienten vergüenza, no por tener algún bajo pensamiento, sino porque figuran que se les atribuye ese mismo bajo pensamiento.

85

LA MALDAD ES RARA.— La mayor parte de los hombres están harto ocupados en sí mismos para ser malvados.

86

LAS PESAS DE LA BALANZA.— Se alaba o se censura, según que lo uno o lo otro nos da mejor ocasión para hacer lucir nuestra fuerza de raciocinio.

87

CORRECCIÓN A LUCAS, 18, 14.— El que se humilla, quiere hacerse ensalzar.

88

PROHIBICIÓN DEL SUICIDIO.— Hay derecho que nos permite tomar la vida de un hombre; no hay ninguno que nos permita tomar su muerte; es pura crueldad.

89

VANIDAD.— Nos inquietamos de la buena opinión de los hombres, primero porque nos es útil, después porque queremos hacernos con amigos (los hijos de sus padres, los estudiantes de sus maestros y las personas benévolas en general del resto de los hombres). Solamente cuando la buena opinión de los hombres es estimada por alguno prescindiendo de su ventaja o de su deseo de complacer, es cuando hablamos de vanidad. En este caso el hombre quiere complacerse en sí mismo, pero a expensas de los demás, o bien llevándoles a formarse una falsa opinión de él, o bien aspira a un grado tal de «buena opinión», que llegará a hacerse pesado a los demás, excitando su envidia. El individuo quiere, de ordinario, por medio de la opinión de otro, acreditar y fortificar a sus propios ojos la opinión que tiene de sí mismo; pero el poderoso ejercicio de la autoridad —usanza tan antigua como el hombre— lleva a muchas personas hasta a apoyar en la autoridad su propia fe en sí mismo, y por lo tanto, a no recibirla sino de otro: se fían en el juicio de los demás más que en el propio. El interés que uno toma en los vanidosos un nivel tal, que conducen a los demás a una estimación de sí mismo falsa, demasiado elevada, y que en seguida se someten, sin embargo, a la autoridad de los otros: así introducen el error, y al mismo tiempo no desean tanto complacer a otros como complacerse a sí mismos, y que van bastante lejos para descuidar su provecho, pues creen frecuentemente de importancia preparar a sus semejantes a disposiciones desfavorables, hostiles, envidiosas, y por lo tanto, desventajosas para ellos, nada más que por obtener la satisfacción de su yo, el contento de sí mismos.

90

LÍMITES DE LA FILANTROPÍA.— Todo hombre que se ha convencido de que otro es un imbécil, un pobre diablo, se enoja cuando éste demuestra que no lo es.

91

MORALIDAD LACRIMOSA.— ¡Cuánto placer produce la moralidad! ¡Piénsese solamente en el mar de agradables lágrimas que han corrido ya por la recitación de rasgos móviles, magnánimos! Este atractivo de la vida desaparecería si la creencia en la irresponsabilidad absoluta llegara a dominar.

92

ORIGEN DE LA JUSTICIA.— La justicia, la equidad, tiene origen en los hombres más o menos *igualmente poderosos*, como Tucídides lo ha expresado muy bien en el honroso diálogo entre los diputados atenienses y los médicos[2]. Es a saber que allí donde no hay poder claramente reconocido como predominante y donde una lucha no conduciría sino a daños recíprocos sin resultados, nace la idea de un acuerdo y de discutir las pretensiones de una y otra partes: el carácter del trueque es el carácter inicial de la justicia. Se da a cada cual lo que quiere tener, de modo que en adelante sea suyo, y en cambio, se recibe el objeto propio de deseo. La justicia es, pues, una compensación y un trueque en la hipótesis de una potencia aproximadamente igual; y así es también cómo originariamente la venganza pertenece al reinado de la justicia y es un cambio. Lo mismo sucede con el reconocimiento. La justicia se vuelve, naturalmente, al punto de vista de una observación juiciosa, y por lo tanto, al egoísmo, por medio de esta reflexión: «¿Con qué objeto causarme daño inútil, sin realizar quizá mi propósito?». He aquí el origen de la justicia. Porque los hombres, siguiendo su costumbre intelectual, han *olvidado* el fin original de los actos justos, equitativos, y sobre todo, porque durante siglos los niños han sido educados para admirar e imitar tales actos, poco a poco ha nacido la apariencia de que un acto justo sería un acto no egoísta. Es, pues, en esta apariencia donde descansa la alta estimación que se tiene por aquélla, la cual, además, como toda estimación, está continuamente empeñada en elevarse todavía, pues una cosa altamente estimada, trata de alcanzarse por medio de sacrificios, imitada, multiplicada y engrandecida por el hecho de que el valor del trabajo y del celo que cada cual dedica a ella, viene a añadirse el precio de la cosa misma ¡Qué poco moral sería el aspecto del mundo sin

la facultad del olvido! Un poeta podría decir que Dios ha instalado el olvido como un ujier en el umbral del templo de la dignidad humana.

93

EL DERECHO DEL MÁS DÉBIL.— Cuando alguien se somete, como por ejemplo, una ciudad asaltada, se somete bajo la condición a otra más poderosa; la condición es que uno puede anonadarse o incendiar la ciudad, y así causar fuerte pérdida al poderoso. Por ello se produce, en este caso, una especie de *igualdad*, que puede servir de fundamento a derechos. El enemigo encuentra su provecho en la conservación. En este sentido existen también derechos entre esclavos y amos, es decir, en la exacta medida en que la posesión del esclavo es útil e importante para el amo. *El derecho* se extiende originariamente hasta el *límite* en que uno parece al otro precioso, esencial, imperdible, invencible, etc. En este sentido, los más débiles tienen también derechos, aunque menores. Proviene de allí el famoso *unusquisque tantum juris habet, quantum potentia valet* (o más exactamente: *quantum potentia valere creditur*)[3].

94

LAS TRES FASES DE LA MORALIDAD HASTA NUESTROS DÍAS.— La primera señal de que el animal ha evolucionado hasta hacerse hombre, se presenta cuando sus actos no se relacionan ya al bienestar momentáneo, sino a las cosas duraderas, cuando, por consiguiente, el hombre busca la utilidad, la apropiación de un fin: tal es la primera aparición del libre gobierno de la razón. Se alcanza un grado superior, cuando se actúa conforme al principio del *honor*; gracias a él se disciplina, se somete a sentimientos comunes, y esto hace sobrepasar la fase en que la utilidad entendida personalmente era el solo guía; honra y quiere ser honrado, es decir, concibe lo útil como dependiente de su opinión sobre otro, sobre la opinión de otro sobre él. En fin, trabaja en el grado más elevado de la moralidad *hasta nuestros días* y conforme a su propia medida de las cosas y de los hombres, y decide por sí mismo y los demás lo que es honorable, lo que es útil; se hace legislador de las opiniones conforme al concepto siempre más desarrollado de lo útil y de lo honorable. La ciencia le hace capaz de preferir lo más útil, es decir, la utilidad general mantenida en la utilidad personal, el reconocimiento respetuoso de un valor general durable sostenido en el de un momento; vive y trabaja como una personalidad colectiva.

95

MORAL DEL INDIVIDUO LLEGADO A LA MADUREZ.— Hasta ahora hemos mirado como carácter propio de la moral la impersonalidad, y se ha demostrado que, en el principio, la consideración de la utilidad general era la causa por la que se alababan y distinguían todos los actos impersonales. ¿No habría lugar para una transformación importante de estas ideas, ahora que uno se apercibe más y más de que es precisamente en las consideraciones *más personales* posibles donde la utilidad general es también la más grande, por lo mismo que justamente la conducta personal más estricta responde al concepto actual de la moralidad (entendida como utilidad general)? Hacer de uno mismo una *persona* completa, y en todo lo que se hace proponerse uno mismo su *mayor bien*, vale mucho más que esas miserables emociones y acciones en provecho de otro. Padecemos todavía de demasiado poco respeto a la personalidad en nosotros; se ha separado muy violentamente nuestro pensamiento de la personalidad, para ofrecerla al Estado, a la ciencia, a aquél que tiene necesidad de ayuda, como si la personalidad fuera un elemento malo que debiera ser sacrificado. También hoy queremos trabajar por nuestros semejantes, pero solamente en la medida en que hallamos en aquel trabajo nuestro mayor provecho, ni más ni menos. Se trata solamente de saber que se entiende por propio provecho: todo individuo no maduro, grosero, lo entenderá siempre de modo grosero.

96

LA MORAL Y EL MORAL.— Ser moral, tener buenas costumbres, tener virtud, todo esto significa practicar la obediencia hacia una ley y una tradición fundadas desde hace largo tiempo. Que uno se someta a ellas con dificultad o con agrado es indiferente: basta someterse. Aquél que se llama «bueno» es, en resumen, el que por naturaleza, por efecto de larga herencia, y por lo tanto, con facilidad y gusto, procede conforme a la moral, cualquiera que ella sea; por ejemplo, vengarse, si vengarse es, como entre los griegos antiguos, una buena costumbre. Se le llama bueno, porque es bueno para «algo», así como la benevolencia, la piedad, la deferencia, la moderación, etcétera, concluyen en el cambio de costumbres por ser siempre sentidas como «buenas para algo», como útiles; así más tarde sólo se llama «bueno» al benévolo, al caritativo. En el origen eran otras especies más importantes de utilidad las que ocupaban lugar preferente. Ser malvado es ser no moral (inmoral), practicar la inmoralidad, resistir a la tradición por racional o absurda que sea; el daño hecho a la comunidad (y al prójimo que en ella está comprendido) ha sido, por otra parte, en todas las leyes morales de diversas épocas, considerado principalmente como la inmoralidad en sentido propio, al punto que hoy la palabra malvado nos hace desde luego pensar en el daño voluntario hecho al prójimo y a la comunidad. No es entre «egoísta» y «altruista» la diferencia fundamental que ha llevado a los hombres a distinguir lo moral de lo inmoral, lo bueno de lo malo, sino que más bien entre *el*

apego a una tradición, a una ley, y la tendencia a independizarse de ella. Cómo haya la tradición nacido es, desde este punto de vista, indiferente; en todo caso, sin relación al bien o al mal, o cualquier imperativo inmanente o categórico, sino atendiendo principalmente a la conservación de una comunidad, de una raza, de una asociación, de un pueblo; todo hábito supersticioso, que debe su nacimiento a un accidente interpretado erróneamente, produce una tradición que es moral seguir; independizarse de ella es peligroso, más nocivo aún a la sociedad que al individuo (porque la divinidad castiga el sacrilegio y toda violación de sus privilegios en la comunidad, y por ende en el individuo). Por consiguiente, toda tradición se hace más respetable a medida que su origen se aleja, que está más olvidado; el tributo de respeto que se le debe va acumulándose de generación en generación, la tradición acaba por hacerse sagrada e inspirar veneración, y así la moral de la piedad es una moral mucho más antigua que la que demanda acciones altruistas.

97

EL PLACER EN LO MORAL.— Una especia importante de placer, y por consiguiente, fuente de moralidad, proviene de la costumbre. Se hace lo habitual más fácilmente, mejor, y por lo tanto, con mayor agrado; se siente en ello placer, y se sabe que lo habitual ha sido probado, que tiene, pues, utilidad. Toda costumbre con la cual se puede vivir, ha demostrado ser saludable, provechosa, en oposición a todas las tentativas nuevas no probadas todavía. La costumbre es, por consiguiente, la unión de lo agradable y de lo útil y que no exige reflexión. Tan pronto como el hombre puede ejercer cualquier dominio, lo ejercita para conservar y propagar sus costumbres, pues a sus ojos son la sabiduría garantizada. Del mismo modo una comunidad de individuos obliga a cada elemento aislado a un mismo hábito. En ello se conoce esta falta de razonamiento, porque uno encuentra bien una costumbre o a lo menos porque con ella conserva su existencia, esa costumbre es necesaria, pues pasa por la posibilidad única en que uno puede encontrarse bien: el bienestar de la vida parece no provenir sino de ella. Este concepto de lo habitual como condición de existencia, es llevado hasta los más pequeños detalles de la costumbre: como la inteligencia de la causalidad verdadera es muy reducida en los pueblos y civilizaciones de nivel poco elevado, se aspira con temor supersticioso a que todo vaya al mismo paso que uno, aun en aquello en que la costumbre es penosa, dura, pesada; se la conserva en vista de su utilidad superior aparente. No se sabe que el mismo grado de bienestar puede existir con otras costumbres, y que hasta pueden alcanzarse grados más elevados. Pero de lo uno se da cuenta perfectamente es de que siempre las costumbres, por duras que sean, se hacen con el tiempo más agradables y más suaves, y que el régimen más severo puede trocarse en hábito, y por lo tanto en placer.

98

PLACER E INSTINTO SOCIAL.— Por sus relaciones con otros hombres, el hombre adquiere una nueva especie de placer que se añade a los sentimientos de placer que saca de sí mismo; por ello extiende considerablemente el dominio del placer en general. Quizá muchos elementos que entran aquí viénenle por herencia de los animales, los cuales sienten evidentemente placer cuando juegan juntos, por ejemplo, la madre con sus pequeñuelos. Por otra parte, que se reflexione en las relaciones sexuales, que hacen que casi toda mujer parezca interesante a todo hombre en atención al placer, y recíprocamente. El sentimiento de placer fundado en las relaciones humanas hace, en general, al hombre mejor; el gozo común, el placer que se disfruta colectivamente parecen acrecentarse, dan al individuo seguridad, le ponen de mejor humor, disuelven la desconfianza, la envidia; se siente mejor y ve que igualmente los demás se sienten mejor. *Las manifestaciones similares de placer* despiertan la imagen de la simpatía, el sentimiento de sus semejantes: es porque tienen también comunes, las mismas tempestades, los mismos peligros, los mismos enemigos. En ello, sin duda, se funda la asociación más antigua; tiene el sentido de una protección común. De esta manera el instinto social nace del placer.

99

LO QUE HAY DE INOCENCIA EN LAS ACCIONES LLAMADAS PERVERSAS.— *Todas las acciones* perversas son motivadas por el instinto de conservación, o más exactamente todavía, por la aspiración al placer y la huida del disgusto en el individuo; por lo tanto, siendo así motivadas no pueden ser perversas. Causar disgusto esencialmente *no existe* sino en el cerebro de los filósofos, como tampoco existe «causar placer esencialmente» (la piedad en el sentido de Schopenhauer). En la condición social anterior al Estado, matamos un ser, mono u hombre, que quiere coger antes que nosotros un fruto del árbol, justamente cuando tenemos hambre y corremos hacia el árbol: lo mismo que haríamos hoy con el animal viajando en comarcas salvajes. Las malas acciones que nos indignan hoy descansan en el error de que el hombre que las comete, en relación a nosotros tendría libre voluntad, y que, por consiguiente, habría dependido de *su buen deseo* el no inferirnos ese agravio. Esta creencia en el buen deseo despierta el odio, la venganza, la malicia, la perversión entera de la imaginación, siendo así que nos enojamos mucho menos contra un animal por creerlo irresponsable. Hacer el mal, no por instinto de conservación, sino por *represalia*, es la consecuencia de un raciocinio erróneo, y por lo mismo igualmente inocente. El individuo puede, en las condiciones sociales anteriores al Estado, tratar otros seres con dureza y crueldad para aterrorizarlos; quiere asegurar su existencia dando

pruebas aterradoras de su poder. Así procede el violento, el poderoso, el fundador de un Estado primitivo que somete a su dominio a los más débiles. Tiene para ello derecho, como el Estado de hoy se lo toma, o por mejor decir, no hay derecho que pueda impedírselo. La primera condición para que se establezca la moralidad es que un individuo más fuerte o una colectividad, por ejemplo, la sociedad, el Estado, someta a los individuos, y por consiguiente los saque del aislamiento y los reúna del *constreñimiento*; es ella misma por cierto tiempo todavía un constreñimiento al cual uno se adhiere para evitar el disgusto. Más tarde llega a hacerse una costumbre, más tarde aún una libre obediencia, por fin casi un instinto; entonces es, como todo lo que existe desde tiempo atrás, habitual y natural, encadenado al placer, y toma el nombre de *virtud*.

100

PUDOR.— El pudor existe en dondequiera que haya un «misterio»; es éste un concepto religioso que tenía en los más antiguos tiempos de la civilización humana una gran extensión. En todas partes había dominios limitados, a los cuales el derecho divino prohibía el acceso, salvo bajo ciertas condiciones: fue primero la prohibición enteramente local, en el sentido de que ciertos lugares no podían ser hollados por el pie de los profanos, que al acercarse a ellos sentían inquietud y espanto. Este sentimiento fue por diversos modos transportado a otros casos, por ejemplo, a las relaciones sexuales que, siendo un privilegio y un *ádyton* de la edad más madura, debían ser sustraídas de las miradas de la juventud para su bien; la custodia de estas relaciones y su santificación, eran asunto que competía a numerosas divinidades, que eran reputadas como centinelas colocados en el tálamo nupcial. «En el idioma turco, el sitio donde está colocado este *harén* “santuario”, y por consiguiente, está designado con nombre usual para los pórticos de las mezquitas». Así es como la realeza, centro del cual brotan el poder y el esplendor, es para el súbdito un misterio lleno de secreto y de pudor, a consecuencia del cual muchos vestigios se dejan sentir hoy todavía en los pueblos que no se cuentan, por otra parte, entre los pudorosos. Del mismo modo, el mundo entero de los estados interiores, lo que se llama «el alma», es todavía actualmente un misterio para todos los no filósofos, como producto de lo que, durante un tiempo indefinido, fue creído digno de un origen divino de relaciones con la divinidad; es, por consiguiente, un *ádyton* y despierta el pudor.

101

NO JUZGUÉIS.— Debe uno evitar, al estudiar las épocas antiguas, el empeñarse en una censura injusta. La injusticia en la esclavitud, la crueldad en la sujeción de las personas y de los pueblos no deben medirse con nuestra medida, puesto que en aquel tiempo el instinto de la justicia tampoco se había desarrollado. ¿Quién se atreverá a reprochar al genovés Calvino haber hecho quemar al médico Servet? Fue esto una acción lógica que se desprendía de sus convicciones, y aun la Inquisición tiene su justificación. ¿Qué es, en realidad, el suplicio de un hombre en comparación con los eternos suplicios del infierno para casi todos? Y sin embargo, esta concepción reinaba entonces sobre el mundo entero, sin que el honor más grande hiciese de ella un mal esencial ante la idea de Dios. Entre nosotros también, los sectarios políticos son tratados de manera dura y cruel, pero estando acostumbrados a creer en la necesidad del Estado, no se sienten en este caso las crueldades tanto como en aquéllos cuyas concepciones nos repugnan. La crueldad para con los animales que se muestra entre los niños y entre los italianos se produce por falta de inteligencia: el animal ha sido, particularmente por interés de la teoría clerical, puesto atrás, muy atrás del hombre. Lo que todavía atenúa muchos horrores e inhumanidades increíbles en la historia, es la consideración de que el que ordena y el que ejecuta son personalidades diferentes: el primero no presencia el hecho, y por consiguiente, no presencia ninguna dura impresión sobre su imaginación; el segundo obedece a un superior, y por lo tanto, se cree irresponsable. La mayor parte de los príncipes y de los jefes militares, producen fácilmente, por falta de la imaginación, el efecto de hombres duros y crueles sin serlo.

El egoísmo no es perverso, porque la idea del «prójimo» —la palabra es de origen cristiano y no corresponde a la realidad— es en nosotros muy débil, y nosotros nos sentimos libres e irresponsables hacia él casi como hacia la planta y la piedra. El sufrimiento de otro es cosa que debe *aprenderse*, y jamás puede ser aprendida plenamente.

102

EL HOMBRE OBRA SIEMPRE BIEN.— Nosotros no nos quejamos de la Naturaleza como de un ser inmoral, cuando deja caer sobre nosotros una tempestad y nos empapa hasta los huesos. ¿Por qué llamamos inmoral al hombre que perjudica? Porque en éste admitimos una voluntad libre que se ejerce voluntariamente, y en aquélla una necesidad. Pero esta distinción es un error. Además, hay circunstancias en que no llamamos inmoral ni aun al hombre que daña intencionalmente; no se tiene escrúpulo, por ejemplo, en matar intencionalmente a una mosca, tan sólo porque nos fastidia su zumbido; se castiga intencionalmente al criminal y se le hace sufrir para garantirnos a nosotros mismos, y con nosotros a la sociedad. En el primer caso, es el individuo quien, para conservarse o para no sufrir disgustos, hace sufrir intencionalmente; en el segundo, es el Estado. Toda moral admite el mal realizado

intencionalmente en el caso de *legítima defensa*, es decir, cuando se trata del *instinto de conservación*. Pero estos dos puntos de vista bastan para explicar todas las malas acciones cometidas por los hombres contra los hombres. Se procura o evitar el disgusto o procurarse el placer; y tanto en el uno como en el otro sentido, se trata sólo del instinto de conservación. Sócrates y Platón tienen razón: el hombre procede bien. Proceda como quiera, es decir, en favor de lo que le parece bueno (útil) según su grado de inteligencia, según su razonamiento.

103

LA INOCENCIA DE LA MALDAD.— La maldad no tiene por fin esencialmente el sufrimiento del otro, sino su propio gozo, bajo la forma, por ejemplo, de un sentimiento de venganza o de una fuerte excitación nerviosa. Nada prueba como la incomodidad cuánto placer existe en ejercer poder sobre otro y llegar por ello al sentimiento agradable de la superioridad. Veamos ahora: *la inmoralidad, ¿consiste en quitar a otro su gusto o su disgusto?* El goce de dañar, ¿es diabólico, como dice Schopenhauer? El hecho es que sacamos placer de la Naturaleza rompiendo ramas, estrellando piedras, combatiendo los animales salvajes, y todo para convencernos de nuestra fuerza. *El hecho de saber* que otro sufre por nosotros, ¿haría ahora inmoral la misma cosa, en relación a la cual nos sentimos de otro modo irresponsable? Pero si eso no se supiera, tampoco se encontraría en ello el placer de la superioridad; éste no puede manifestarse sino en el sufrimiento de otro, por ejemplo, en la incomodidad. Todo placer en sí mismo no es ni bueno ni malo; ¿de dónde vendría entonces la distinción de que para complacerse a sí mismo no tiene uno derecho de disgustar al otro? Únicamente del punto de vista de la utilidad, es decir, de la consideración de las *consecuencias*, de un disgusto eventual, en el cual el hombre perjudicado, o el Estado que lo representa, haría esperar un castigo y una venganza: sólo esto puede haber suministrado motivo originariamente para prohibir tales actos. La piedad tiene en tan pequeña escala por fin el placer de otro, como la maldad su dolor, puesto que aquélla oculta dos elementos (quizá más) de placer personal, y no equivale este punto de vista sino al contentamiento de sí mismo: al principio, existe en ella el placer de la emoción, tal como se representa la piedad en la tragedia; después al pasar al acto, el placer de contentarse ejerciendo su poder. Por poco que una persona que sufre nos esté muy próxima, nos quitamos de encima un sufrimiento realizando actos de piedad. Excepto algunos filósofos, los hombres han colocado siempre la piedad en un rango bastante bajo en la serie de los sentimientos morales, y con derecho.

104

LEGÍTIMA DEFENSA.— Si se acepta de una manera general la legítima defensa como moral, es necesario admitir también casi todas las manifestaciones del egoísmo llamado inmoral. Procede uno mal, roba, mata, o para conservarse, o para garantirse, o para prevenir algún infortunio personal; se miente uno cuando la astucia y el disimulo son el verdadero medio de satisfacer al instinto de conservación. Dañar premeditadamente cuando se trata de nuestra existencia o de nuestra seguridad (conservación de nuestro bienestar), es admitido como moral; aun el Estado daña, desde el mismo punto de vista, cuando pronuncia una sentencia. No puede, naturalmente, consistir la inmoralidad en dañar por ignorancia; en esto reina la casualidad. ¿Existe entonces una acción premeditada de dañar, aunque no se trate de nuestra existencia, de nuestro porvenir? ¿Existe entonces alguna especie de acción de dañar con premeditación, intencionalmente, por pura perversidad, como sucede, por ejemplo, en la crueldad? Si uno no sabe el mal que produce en su acto, no es una maldad la que ejecuta; así el niño, en lo que al animal se refiere, ni es perverso ni es malvado; lo maltrata y lo destruye como a un juguete. ¿Pero se sabe alguna vez plenamente el mal que un acto causa a otra persona? El límite dentro del cual se extiende la acción de nuestro sistema nervioso es aquél en que nos guarecemos del dolor; si se extendiera más, si alcanzara a más lejos, hasta a nuestros semejantes, no haríamos mal a nadie (salvo en el caso en que nos hacemos a nosotros mismos, por ejemplo, cuando nos preocupamos por nuestras comodidades, cuando nos fatigamos y esforzamos por nuestra salud). *Concluimos*, por analogía, que si alguna cosa puede hacer mal a alguien, por el recuerdo y la fuerza de la imaginación podemos también sufrir ese mismo mal en nosotros mismos. ¡Pero cuánta diferencia queda siempre entre el dolor de muelas y el mal (compasión) que produce la vista de la enfermedad de muelas! Así, pues, cuando uno daña como se dice, por maldad, *el grado* del dolor causado nos es, en todos los casos, desconocido; y cuando se ejecuta un acto a la medida del *placer* que hay en él (sentimiento del propio poder, de la propia excitación fuerte), el acto se ejecuta para conservar el bienestar del individuo, y debe mirarse, por lo tanto, desde el mismo punto de vista de la legítima defensa, de la mentira legítima. Sin placer no hay vida; el combate por el placer es el combate por la vida. Saber si el individuo libra este combate de manera que los hombres le *llamen bueno* o de manera que le *llamen malo*, es cuestión que deciden el nivel o la naturaleza de su *inteligencia*.

105

LA JUSTICIA RETRIBUTIVA.— Quien se ha penetrado plenamente de la teoría de la irresponsabilidad completa no puede ya colocar dentro de la categoría de la justicia lo que se llama justicia de las penas y de las recompensas, suponiendo que la justicia consista en dar a cada cual lo que le pertenece. Puesto que el que es castigado no

merece el castigo, que es solamente empleado como un medio de evitar la repetición en adelante de ciertos actos por medio del terror, se sigue que aquello que se recompensa no merece recompensa; lo que se hace, se hace porque no se puede hacer de otra manera. Así, pues, la recompensa no tiene otro sentido que el de alentar al que la recibe y a los demás para proporcionar un motivo de acciones futuras: el elogio se tributa al que corre en la carrera, no al que está en el término de ella. Ni castigo ni recompensa: son cosas que llegan al individuo *como perteneciéndole*; le han sido dadas por razones de utilidad, sin que haya tenido por qué pretenderlas con justicia. Es necesario decir también: «El sabio no recompensa porque se ha obrado bien», así como se ha dicho: «El sabio no castiga porque se ha obrado mal, sino para que en adelante no se obre mal». Si desaparecieran el castigo y la recompensa, desaparecerían también los motivos más poderosos, que alejan de ciertos actos y que conducen a otros; la utilidad de los hombres exige su mantenimiento, y estando expresado que castiga y recompensa, que censura y elogia, agitan la vanidad más sensible, esa misma utilidad exige el mantenimiento de la vanidad.

106

El borde de la cascada.— Contemplando una caída de agua, creemos ver en las innumerables ondulaciones serpenteos, rompimientos de las ondas, la libertad de la voluntad y el capricho; pero todo es necesario, cada movimiento puede calcularse matemáticamente. Lo mismo exactamente pasa con las acciones humanas: si uno fuera omnisciente, debería poder calcular de antemano cada acción, y hasta cada progreso del conocimiento, cada error, cada maldad. El hombre al obrar por sí mismo se halla, es verdad, en la ilusión de libre albedrío; si por un instante la rueda del mundo se detuviera y hubiese en ella una inteligencia calculadora omnisciente para aprovechar esa pausa, podría continuar calculando el porvenir de cada ser hasta en los tiempos futuros más remotos, y marcar cada trazo del camino por el que la rueda tendría que pasar en adelante. La ilusión sobre sí mismo del hombre que actúa, la convicción de su libre albedrío, pertenecen igualmente a aquel mecanismo que es objeto de cálculo.

107

Irresponsabilidad e inocencia.— La completa irresponsabilidad del hombre en relación a sus actos es la gota más amarga que el investigador debe deglutir cuando ha estado acostumbrado a ver en la responsabilidad y el deber los títulos de nobleza de la humanidad. Todas sus apreciaciones, todos sus designios, todas sus

inclinaciones aparecen, por tal causa, sin valor y falsos; su sentimiento más profundo, el que hacía al mártir, al héroe, ha adquirido *el valor de un error*; no tiene ya el derecho de alabar ni de censurar, pues a nada le conduce alabar o censurar la Naturaleza y la necesidad. Así, ama una buena obra, pero no la alaba porque no puede ella nada por sí misma; tal como se encuentra delante de una planta, del mismo modo debe encontrarse delante de las acciones de los hombres, delante de sus propias acciones. Puede admirar su fuerza, su belleza, su plenitud, pero no le es permitido encontrar mérito en ellas; el fenómeno químico y la lucha de los elementos, las torturas del enfermo que tiene sed de curación, tienen justamente tantos méritos como las luchas y angustias del alma en que se está importunando, o mejor, mortificado en diversos sentidos, hasta que al fin uno se decide por el más poderoso, como se dice (pero en realidad, hasta el más poderoso decide de nosotros). Pero todos estos motivos, por grandes que sean los nombres que les demos, han salido de las mismas raíces en que creemos que residen los venenos maléficos; entre las buenas y las malas acciones no hay diferencia de especie, sino, cuando más, de gradación. Las buenas acciones son malas acciones sublimadas; las malas acciones, son buenas acciones grosera y neciamente realizadas. Un sólo deseo del individuo, el del goce de sí mismo (unido al temor de que sea frustrado), se satisface en todas las circunstancias, cualquiera que sea la manera como el hombre pueda, es decir, deba actuar; sea con actos de venganza, de vanidad, de placer, de interés, de maldad, de perfidia, sea con actos de sacrificio, de piedad, de investigación científica. Los grados del raciocinio deciden en qué dirección se dejará arrastrar cada uno por este deseo; existe continuamente presente en cada sociedad, en cada individuo, una jerarquía de bienes, conforme a la cual determina sus actos y juzga los de otro. Pero esta escala de medida se transforma continuamente; muchos actos se llaman malos y no son sino torpes, porque el nivel de la inteligencia que se ha decidido por ellos era muy bajo. Mejor todavía, en cierto sentido, aun hoy *todos* los actos son torpes, porque el nivel más elevado de la inteligencia humana no puede alcanzarse actualmente; será, por cierto, sobrepasado, y entonces, mirando hacia atrás, toda *nuestra* conducta y todos *nuestros* juicios parecerán tan limitados e irreflexivos como la conducta y los juicios de las tribus salvajes atrasadas nos parecen hoy limitados e irreflexivos. Darse cuenta de todo esto puede causar profundo dolor; pero hay un consuelo: son dolores de un nuevo alumbramiento. La mariposa quiere romper su capullo; lo desteje, rasga; entonces viene a embriagarla la luz desconocida, el imperio de la libertad. En estos hombres *capaces* de tristeza —¡que serán pocos!— es donde hace el primer ensayo de saber si la humanidad, de *moral* que es, *puede transformarse en sabia*. El sol de un Evangelio nuevo despide su primer rayo sobre las más altas cumbres de las almas de estos hombres aislados: allí se acumulan las nubes más espesas que en cualquiera otra parte, y conjuntamente reinan la claridad más pura y el más sombrío crepúsculo. Todo es necesidad —así habla la ciencia nueva—, y aun esta ciencia es necesaria. Todo es inocencia, y la ciencia es la vía que lleva a penetrar esta inocencia. Si la

voluptuosidad, el egoísmo, la vanidad son *necesarias* para la producción de los fenómenos morales y su más lozano florecimiento, en el sentido de la verdad y de la justicia del conocimiento; si el error y el extravío de la imaginación ha sido el único medio por el cual la humanidad podía elevarse poco a poco a este grado de esclarecimiento y liberación de sí misma, ¿quién se atrevería a estar triste por divisar el fin adónde llevan estos caminos? Todo el dominio de la moral se modifica, cambia; todo en fluctuación, es verdad, pero también en movimiento *progresivo* y hacia un solo fin. El hábito hereditario de los errores de apreciación, de amor, de odio, tiene que continuar actuando en nosotros; pero influido por la ciencia en desarrollo, se hará más y más débil: un nuevo hábito, el de comprender, el de no amar ni odiar, el de ver desde lo alto, se establece insensiblemente en nosotros y será dentro de miles de años bastante poderoso quizá para que la humanidad produzca al hombre sabio, inocente (consciente de su inocencia), con tanta regularidad como produce actualmente al hombre no sabio, injusto, consciente de su falta, *es decir, el antecedente necesario, no el opuesto a aquél*.

CAPITULO III

LA VIDA RELIGIOSA

108

DOBLE LUCHA CONTRA EL MAL.— Cuando un mal nos aflige, podemos librarnos de él, o bien suprimiendo la causa, o bien modificando el efecto que produce nuestra sensibilidad, hasta por un cambio del mal en un bien, cuya utilidad revelará más tarde. La religión y el arte (así como la filosofía metafísica), se esfuerza en provocar el cambio de sensación, sea por el cambio de nuestro juicio sobre los hechos de nuestra vida (por ejemplo, valiéndose del principio de Dios castiga lo que ama), sea sacando el placer del dolor mismo, despertando la emoción general (que es lo que el arte trágico toma como punto de partida). Cuando mayor sea la inclinación de un individuo a interpretar y justificar, menor todavía será el mal que atribuye a las causas del mal y menos las evitará: el alivio y la anestesia momentáneos —como se hace con el dolor de muelas— le bastan aún en los sufrimientos más graves. Cuanto más terreno pierde el imperio de las religiones y de todas las artes de narcotismo, con mayor empeño se proponen los hombres la supresión completa de los males, lo que sienta deplorablemente por cierto a los poetas trágicos, puesto que así encuentran menos amplio el dominio del destino despiadado e inevitable; pero mucho peor sienta a los sacerdotes que han vivido hasta aquí del amodorramiento de los males humanos.

109

EL CONOCIMIENTO ES DOLOR.— ¡Cuánto diera por hacer buenas las falsas afirmaciones de los *homines religiosi*!, (que existe un Dios que nos exige el bien, que es custodio y testigo de toda acción, de todo pensamiento, que nos ama, que en las desgracias nos socorre). ¡Cuánto diera por otras verdades, que serían tan saludables, consoladoras y benéficas como estos errores! Pero tales verdades no existen; la filosofía puede, cuando más, oponerles apariencias metafísicas (en el fondo falsedades también). Precisamente por la tragedia no puedo creer en los dogmas de la religión y de la metafísica, si se tiene en la cabeza y en el corazón el método de la verdad. Por otra parte, se ha llegado, por la evolución de la humanidad, a ser bastante excitable, apasionado, para tener absoluta necesidad de medios de salud y de consuelo de género más elevado, de donde viene el peligro de que el hombre se ensangriente al contacto de la verdad reconocida, o más exactamente, del error penetrado. Esto es lo que expresa Byron en versos inmortales:

> *El conocimiento es dolor: los que más sepan más deben llorar esta verdad fatal: el árbol de la Ciencia no es el de la vida.*

Contra tales inquietudes, es grato evocar la magnífica frivolidad de Horacio, a lo menos en lo que se refiere a los errores y eclipses del sol del alma, y decir con él:

¿Por qué atormentas con designios eternos un ánimo tan pequeño?

¿Por qué no descansar bajo un plátano o bajo este esbelto pino?

Pero de todos modos, frivolidad o melancolía, vale más que un retroceso romántico y una retirada en buen orden, una nueva aproximación al cristianismo, bajo cualquiera forma que sea, pues él no podemos, según el estado actual del conocimiento, seguir entendiéndonos ya, sin mancillar incurablemente *nuestra conciencia intelectual* y traicionarla frente a frente de nosotros mismos y de los demás. Estos dolores pueden ser penosos; pero nadie sin dolor llega a ser un guía, un educador de la humanidad, y ¡desgraciado de aquél que quiera ensayarlo sin tener esa pura conciencia!

110

La verdad en religión.— Es indudable que en el período del razonamiento, nadie ha sido justo respecto a la importancia de la religión, pero es también cierto que es la reacción que siguió contra el razonamiento, se traspasó de nuevo la justicia, tratando a las religiones con amor, con pasión y atribuyéndoles, por ejemplo, una profunda comprensión del mundo. ¿Qué digo?, la comprensión más profunda con la que la ciencia, despojada del dogmatismo, hubiese poseído la *verdad* bajo una forma no mística. Las religiones deben, pues —tal es la afirmación de los adversarios de la explicación—, expresar el *sensu allegorico*, teniendo en cuenta la inteligencia de las masas, ésa sabiduría de toda la antigüedad, que es la sabiduría en sí, en el sentido de que toda verdadera ciencia de la Edad Moderna habría conducido a ella, no alejado de ella: de manera que entre los más antiguos sabios de la humanidad y todos los que les siguieron, reinaría la armonía y aun la identidad de miras, y el progreso de los conocimientos —suponiendo que de ellos quisiera hablarse— se refería, no al principio, sino a su comunicación. Todo este concepto de la religión y la ciencia es erróneo en el fondo, y no tendría partidarios si la elocuencia de Schopenhauer no la hubiese tomado bajo su protección: esa elocuencia clara, y que sin embargo no llega al auditorio. Si es cierto que se puede sacar mucho provecho de la explicación religioso-moral de Schopenhauer para la comprensión del cristianismo y de las otras religiones, también es verdad que *sobre el valor de la religión para el conocimiento* se ha engañado. Él mismo era en esto un alumno demasiado dócil de los maestros de la ciencia de su tiempo, que hacían sacrificios al romanticismo y habían abdicado el espíritu de razonamiento nacido en nuestra época actual; no habría podido de ningún modo hablar del *sensus allegoricus* de la religión; habría más bien tributado homenaje a la verdad, como acostumbraba hacerlo, en estos términos: *nunca hasta*

hoy religión alguna ha dicho ni mediata ni inmediatamente, ni en dogma ni en parábola, una verdad.

Toda religión ha nacido de la inquietud y de la necesidad, y se ha insinuado en la existencia apoyándose en los errores; alguna vez quizá, puesta en peligro por la ciencia, introduce por mentira en su sistema una teoría filosófica, a fin de que se la encuentre más tarde establecida, pero esto es una habilidad de teólogos, es decir, emanada de un tiempo en que una religión duda ya de sí misma. Esos acontecimientos de la teología, que a la verdad han sido hechos ventajosamente en el cristianismo religión de una edad erudita, penetrada en la filosofía, han conducido a su superstición del *sensus allegoricus*; pero más que ellos, la costumbre de los filósofos (especialmente de los filósofos anfibios, filósofos, poetas y artistas filosóficos), de tratar de manera general todos los sentimientos que se encontraban en sí mismos como esencia fundamental del hombre, y de atribuir así a sus propios sentimientos religiosos una influencia considerable sobre la construcción de sus sistemas. Como los filósofos filosofaban más de una vez bajo la influencia tradicional de los hábitos religiosos, o por lo menos bajo el imperio de la famosa «necesidad metafísica», llegaban a opiniones teóricas que tenían en efecto con las opiniones religiosas, judías o cristianas o indias gran semejanza —como pasa con los niños y sus madres—, salvo que en este caso, los padres no se explican claramente cómo pueda suceder aquello; pero en la inocencia de su admiración, inventaban fábulas sobre el parecido familiar de la religión y la ciencia. En realidad, no existen entre las religiones y la ciencia ni parentesco, ni amistad, ni enemistad siquiera: viven en planetas diferentes. Toda la filosofía, que abre campo, en la obscuridad de sus miras últimas, al brillo de la cola de un cometa religioso, hace sospechoso todo lo que propone como ciencia: eso corresponde a la religión, aunque bajo el disfraz de la ciencia. Hay más: si todos los pueblos se hallaran de acuerdo sobre ciertas materias religiosas, por ejemplo, en la existencia de Dios (lo que, entre paréntesis, no es verdad en especie), esto sería un argumento contra las materias afirmadas, por ejemplo, la existencia de Dios; el *consensum gentium*, y generalmente *hominum*, no puede equitativamente servir de garantía más que a una torpeza. Por el contrario, no existe el *consensus omnium sapientium*, relativamente a una sola materia, salvo la excepción de que hablan los versos de Goethe:

> *Los más sabios de todos los tiempos*
> *sonreían y menean la cabeza y están acordes en decir:*
> *¡locura la de empeñarse en mejorar los locos!*
> *¡Hijos de la sabiduría, temed a los locos*
> *como locos: así conviene!*

Dicho sin versos ni rima y aplicado a nuestro caso: el *consensus sapientium* consiste en tener el *consensus gentium* por una necedad.

111

ORIGEN DEL CULTO RELIGIOSO.— Si nos remontamos a los tiempos en que la vida religiosa florecía más esplendorosamente, encontramos una convicción fundamental de la que ya no participamos, y por consiguiente, vemos cerradas de una vez y para siempre las puertas de la vida religiosa: se refiera a la Naturaleza y sus relaciones. En aquellos tiempos nada se sabe de las leyes naturales; ni para la tierra ni para el cielo se necesitan las estaciones, la salida del sol, la lluvia, pueden venir o no venir; falta en general todo concepto de *causalidad* natural. Cuando se rema, no es el remo el que hace avanzar la embarcación; remar es una ceremonia mágica, por la cual se obliga a un demonio a mover el barco. Todas las enfermedades, la muerte misma, son resultado de influencias maravillosas. No existe nunca ni en la enfermedad ni en la muerte marcha natural; la idea del «desenvolvimiento natural» falta; comienza a aparecer en la Grecia antigua, es decir, en un lugar muy moderno de la humanidad, en la concepción de la Moira, que tiene su trono más alto que los dioses.

Cuando un hombre tira del arco, hay siempre cerca de él una mano y una fuerza racional; las fuentes brotan repentinamente, se piensa desde luego en los demonios subterráneos y en sus artificios; debe ser la flecha de un dios, bajo cuya acción invisible un hombre cae inesperadamente. En las Indias, todos los carpinteros tienen, según Lubbock, la costumbre de ofrecer sacrificios al martillo, al hacha y a los demás utensilios que emplean; un brahmán trata del mismo modo la caña con que escribe, un soldado las armas que emplea en campa, un albañil la llama, un labrador el arado. Toda la Naturaleza es, para los hombres religiosos, un total de actos de seres conscientes, un enorme conjunto de *caprichos*. No hay lugar a ninguna conclusión sobre que algo sea de tal o cual manera, deba llegar de tal o cual manera; lo que existe casi seguro, lo que es objeto de cálculo somos nosotros; el hombre es la *regla*, la Naturaleza *la ausencia de la regla*; esta proposición encierra la convicción fundamental que domina las antiguas civilizaciones groseras, productoras en religión. Nosotros, hombres de hoy, sentimos lo contrario; cuando más rico se siente el hombre interiormente, más polífona se hace la música y el ruido de su alma, más poderosamente actúa sobre él la unidad de la Naturaleza; todos reconocemos con Goethe en la Naturaleza el gran medio de equilibrio para las almas modernas; oímos el martilleo del péndulo, de ese gran reloj con aspiración al descanso, al recogimiento y a la calma, como si pudiéramos embebernos en esta unidad, y por ella solamente llegar al gozo de nosotros mismos. En otro tiempo pasaba lo contrario: si pensamos en los estados groseros y primitivos de los pueblos, o si vemos de cerca los salvajes actuales, los encontramos determinados de la manera más fuerte por la *ley*, la *tradición*; el individuo está ahí encadenado casi automáticamente y se mueve con la regularidad de un péndulo. Para él la Naturaleza —la inconcebible, la terrible, la misteriosa Naturaleza— debe aparecer como *imperio de la libertad*, lo arbitrario, el

poder superior, absolutamente como un grado del ser más elevado que el hombre, como Dios. Pero entonces cada individuo, en los tiempos y en los estados semejantes, siente que su existencia, su dicha, la de su familia, la del Estado, el éxito de todas las empresas depende de los caprichos de la Naturaleza; algunos fenómenos naturales deben producirse en tiempo oportuno, otros cesar en tiempo oportuno también. ¿Cómo ejercer influencia sobre estos horrores desconocidos, como ligarlos al imperio de la libertad? He aquí lo que se pregunta uno, lo que busca ansiosamente: ¿no existen, pues, medios para regular estos poderes por una tradición y una ley? La reflexión de los hombres que creen en la magia y en el milagro, tiende a *imponer una ley a la Naturaleza*, y para hablar brevemente, el culto religioso es el resultado de esta reflexión. El problema que estos hombres se proponen, está emparentado con este otro: «Cómo la raza *más débil* puede dictar, no obstante, leyes a *la más fuerte*, y dirigir sus acciones en relación a la más débil». Pensará uno desde luego en este dominio que se ejerce cuando se ha ganado la simpatía de alguno. Con súplicas y plegarias, con la sumisión, con la obligación por medio de presentes y ofrendas regulares, con celebraciones lisonjeras, es posible también ejercer cierta violencia, cierta presión sobre las potencias de la Naturaleza, una vez que se haya captado su *simpatía*: el amor encadena y es encadenado.

De ahí que se pudieran celebrar una especie de tratados, obligándose recíprocamente a una conducta determinada, dar mutuas prendas y a cambiar juramentos. Pero mucho más importante es el constreñimiento del más fuerte, que se ejerce por medio de la magia y el encanto. Del mismo modo que el hombre, con la ayuda del encantador, sabe causar daño a un enemigo, aunque sea más fuerte, y le tiene angustiado en su presencia, del mismo modo que el filtro del amor actúa a lo lejos, así el hombre más débil cree poder determinar también a los espíritus más poderosos de la Naturaleza. El principal medio de encantamiento es tener en el propio poder algo de propiedad del otro, cabellos, clavos, platos, su retrato, su nombre. Así avituallado, puede proceder desde luego al encantamiento, dado que el supuesto fundamental es: a todo ser espiritual corresponde alguna cosa corporal; por este medio se es capaz de encadenar al espíritu, de hacerle daño, de aniquilarlo; el elemento corporal suministra la presa, y así podremos apoderarnos de lo espiritual. Del mismo modo que el hombre influencia al hombre, del mismo modo influencia también a un espíritu cualquiera de la Naturaleza, desde que éste tiene un elemento corporal por donde puede cogérsele. Se trata, diríamos, de un árbol y del germen de que procede —éste paralelo enigmático parece probar que en una u otra forma un solo y mismo espíritu es incorporado—, tan pronto grande, tan pronto pequeño. Una piedra que rueda repentinamente es el cuerpo en el cual actúa en espíritu; si en una llanura desierta se encuentra un bloque enorme, parece imposible pensar en una fuerza humana que la haya transportado allí; es la piedra la que se ha colocado en ese lugar por propio movimiento; de otro modo, es necesario que lo anime un espíritu. Todo lo que tiene cuerpo es accesible al encantamiento, y por lo mismo, también lo

son los espíritus de la Naturaleza. Si un dios está directamente ligado a su imagen, se puede también ejercer contra el dominio directo (rehusando alimentarle por medio de los sacrificios, flagelándole, encadenándole, etcétera). Las gentes bajas de China, para arrancar a un dios cualquier favor, atan con cadenas la imagen del que los ha abandonado, la destrozan, la arrastran por las calles, por encima de basura y de inmundicias. «Pero, espíritu —dicen—, te hemos hecho habitar un templo magnífico, te hemos dorado lindamente, te hemos engordado, te hemos ofrecido sacrificio, y sin embargo eres tan ingrato». Semejantes medidas de rigor contra las imágenes de los santos y de la Madre de Dios, cuando no querían cumplir con su deber, en épocas por ejemplo, de peste o de sequía, se han producido aun en este siglo en países católicos.

Todas estas relaciones mágicas con la Naturaleza dan origen a innumerables ceremonias, y por fin, cuando se ha hecho demasiado barullo, se esfuerza uno por ordenarlas, sistematizarlas, de manera que cree asegurarse la marcha favorable de la Naturaleza, especialmente de la gran revolución anual, por la marcha correspondiente de un sistema de procedimiento. El sentido del culto religioso es determinar y alistar la Naturaleza en provecho del hombre; por consiguiente, *imprimirle un carácter de legalidad que no tiene de antemano*, mientras que en la época actual es la legalidad de la Naturaleza la que se quiere conocer para penetrar en ella. En una palabra, el culto religioso descansa en las ideas de encantamiento de hombre a hombre, y el encantador es más antiguo que el sacerdote. Pero descansa también en otras ideas más puras; supone las relaciones simpáticas de hombre a hombre, la existencia de la benevolencia, del reconocimiento, de la audiencia concedida a los que suplican, los contratos entre enemigos, la prestación de garantías, el derecho a la protección de la propiedad. El hombre, aun en grados muy inferiores de civilización, no se halla frente a frente de la Naturaleza en la situación de un débil esclavo, no es el servidor pasivo en el grado griego de religión; principalmente en lo que se refiere a las relaciones con los dioses olímpicos, se debe pensar en la existencia común de dos castas: una, más noble, más poderosa; la otra, menos noble, pero ambas correspondiéndose en cierto modo por su origen, que son de una sola especie; no tienen por qué sonrojarse la una de la otra. En esto consiste la nobleza de la religiosidad griega.

112

A PROPÓSITO DE CIERTOS ANTIGUOS APARATOS DE SACRIFICIO.— Cuántos sentimientos se han perdido para nosotros, puede verse, por ejemplo, en la unión de la frase y aun de la obscenidad con el sentimiento religioso: el sentimiento de la posibilidad de esta mezcla desaparece: no comprendemos sino históricamente que haya existido en las fiestas de Demetra y de Dionisios, en los Juegos de Pascua y los misterios cristianos: pero todavía vemos lo sublime aliado de lo burlesco y lo

conmovedor combinado con lo ridículo; esto quizá no lo comprenderá tampoco una edad ulterior.

113

El cristianismo como antigüedad.— Cuando en la mañana de un domingo oímos vibrar las viejas campanas, preguntamos: ¿Es posible que se haga esto por un judío, crucificado hace dos mil años, que se decía el Hijo de Dios? Falta la prueba de tal afirmación. Seguramente la religión cristiana es en nuestros días una antigualla que subsiste de tiempos muy remotos, y el hecho de que se preste asenso a tal afirmación —cuando a la vez se ha llegado a ser en lo demás tan severo—, es tal vez la demostración más antigua de atavismo. Un Dios que hace hijos a una madre mortal; un sabio que recomienda no trabajar, no tener tribunales, sino estar atentos al fin inminente del mundo; una justicia que acepta al inocente como víctima expiatoria; aquél que manda a sus discípulos beber de su sangre; oraciones para obtener milagros; pecados cometidos contra un Dios, expiados por un Dios; el temor de un más allá cuya puerta está en la muerte; la figura de la cruz como símbolo, en un tiempo que no conoce ya la significación y la vergüenza de la cruz, ¡qué sensación de escalofrío brota de todo eso!

114

Lo que no es griego en el cristianismo.— Los griegos no veían los dioses homéricos por encima de ellos como amos, ni a sí mismos por debajo de los dioses como criados, así como los judíos. No veían en ellos sino el espejismo de los ejemplares más perfectos de su propia raza, y por tanto un ideal, no lo contrario de su propio ser. Se creen emparentados los unos con los otros, hay un interés recíproco, una especie de *simmaquia*. El hombre adquiere noble idea de sí cuando se da semejantes dioses y se coloca en una relación parecida a la que existe entre la pequeña y la gran nobleza; en tanto que los pueblos italianos tenían una verdadera religión de compatriotas en continua inquietud, frente a frente de los poderes malignos y caprichosos y de espíritus malhumorados. Allí donde los dioses olímpicos se alejaban, allí la vida griega era más inquieta, más sombría. El cristianismo, por el contrario, quebrantaba y estrellaba al hombre completamente y le hundía en un atolladero profundo, en el sentimiento de una completa abyección, y hacía entonces brillar repentinamente el esplendor de la misericordia divina, a tal punto que el hombre sorprendido, aturdido por la gracia, lanzaba un grito de arrobamiento y por un instante creía que llevaba sobre sí el cielo entero. Es a este exceso enfermizo del

sentimiento, a esta profunda corrupción de la cabeza y el corazón, adonde llevan todas las invenciones psicológicas del cristianismo; quiere aniquilar, romper, aturdir, embriagar; no hay sino una sola cosa que no quiera: la medida, y por esto es, en el sentido más profundo, bárbaro, asiático, sin nobleza, no griego.

115

SER RELIGIOSO CON VENTAJA.— Hay personas honradas y comerciantes íntegros a quienes la religión condecora con insignias de humanidad superior: éstos hacen muy bien en ser religiosos, pues la religión les embellece. Todos los hombres que no se ocupen en algún oficio de armas —y la palabra y la pluma están comprendidas en las armas— son serviles; para tales gentes la religión cristiana es utilísima, porque el servilismo toma entonces el aspecto de virtud y se embellece sorprendentemente. Las personas para quienes la vida diaria es una cosa vacía y monótona, se hacen fácilmente religiosas; en esto son comprensibles y perdonables, pero ningún derecho les queda para reclamar la religiosidad de aquéllos para quienes la vida diaria no corre vacía ni monótona.

116

EL CRISTIANO COMÚN.— Si el cristianismo tuviera razón con sus frases del Dios vengador, del estado general del pecado, de la elección de la gracia y del peligro de una condenación eterna, sería signo de debilidad del espíritu y de falta de carácter *no hacerse* apóstol, sacerdote o misionero, y trabajar con temor e inquietud exclusivamente en favor de la propia salvación: sería un contrasentido perder así de vista la ventaja eterna por la comodidad de un tiempo. Supuesto que generalmente existe la fe de esto, el cristiano común es una figura digna de compasión, un hombre que no sabe contar hasta tres, y que, por su incapacidad mental para calcular, no merecería ser tan severamente castigado como el cristianismo le promete.

117

HABILIDAD DEL CRISTIANISMO.— Es una artimaña del cristianismo el enseñar tan altamente la total indignidad, pecabilidad y depreciación del hombre en general, que el desprecio de los contemporáneos no es con ello posible. «Soy indigno y despreciable en todos los grados», se dice el cristiano. Pero aun este sentimiento ha perdido su aguijón más penetrante, porque el cristiano no cree en su demérito

habitual: es malo como todos los hombres en general, y descansa en el axioma: Todos somos semejantes.

118

CONVERSIÓN DEL PERSONAL.— Luego que una religión llega a hacerse *dominante*, tiene como adversarios a todos los que fueron sus primeros prosélitos.

119

DESTINO DEL CRISTIANISMO.— El cristianismo ha nacido para dar alivio al corazón; pero ahora le es necesario desolar el corazón para después aliviarlo. Después perecerá.

120

LA PRUEBA DEL PLACER.— La opinión agradable es admitida como verdadera; es ésta la prueba del placer (o como dice la Iglesia, la prueba de la fuerza), de la cual todas las religiones se muestran tan orgullosas, cuando deberían sonrojarse de ella. Si la fe no hiciera dichosos, no habría fe; ¡cuán poco valor debe, pues, tener!

121

JUEGO PELIGROSO.— El que hoy dentro de sí abre campo al sentimiento religioso, debe también dejarlo crecer allí, no puede proceder de otro modo. Entonces su ser se transforma poco a poco, las partes dependientes, limítrofes del elemento religioso, toman en él la preeminencia, todo el horizonte de su raciocinio y de su sentimiento está cubierto de nubes, de sombras religiosas que pasan. El sentimiento no puede quedar en reposo; pongámonos, pues, en guardia.

122

LOS DISCÍPULOS CIEGOS.— Mientras un hombre conoce las fuerzas y las debilidades de su teoría, de su arte, de su religión, su fuerza es aún pequeña. El

discípulo y el apóstol que no tiene ojos para ver las debilidades de la teoría, de la religión, etcétera, cegado por la vista de su maestro y su amor hacia él, tiene de ordinario más poder que el mismo maestro. Sin discípulos ciegos, jamás la influencia de un hombre y de su obra se ha hecho grande. Ayudar al triunfo de una idea, no tiene ordinariamente otro sentido que asociarla tan fraternalmente a la necedad, que el peso de la segunda significa también la victoria de la primera.

123

DESMORONAMIENTO DE LAS IGLESIAS.— No hay bastante religión en el mundo para volver a la nada las religiones.

124

IMPECABILIDAD DEL HOMBRE.— Si se ha comprendido cómo «el pecado vino al mundo», a saber, por errores de la razón, en virtud de las cuales los hombres se toman recíprocamente, más todavía, el individuo se toma a sí mismo como más negro y malvado que lo que es, toda la sensibilidad se encuentra aliviada, y hombres y mundo aparecen un día u otro con una aureola de inocencia, al punto que un hombre puede encontrarse allí esencialmente bien. El hombre, en medio de la Naturaleza, es siempre un niño. Y este niño sueña a veces un sueño angustioso, pero cuando abre los ojos vuelve a verse en el paraíso.

125

IRRELIGIOSIDAD DE LOS ARTISTAS.— Homero se halla entre los dioses, y al mismo tiempo con los suyos y en calidad de poeta, se encuentra con aquéllos tan a su satisfacción, que es necesario de todo punto que haya sido esencialmente irreligioso; no obstante la materia que le proponía la creencia popular —una superstición seca, grosera, en parte afrentosa—, él procedía de una manera tan libre como el escultor con la arcilla, y por lo tanto, con aquella despreocupación que poseyeron Esquilo y Aristófanes, y en los tiempos modernos los artistas del renacimiento, como Shakespeare y Goethe.

126

ARTE Y FACULTAD DE LA INTERPRETACIÓN FALSA.— Todas las visiones, los terrores, las desolaciones, los encantamientos del hombre santo son estados mórbidos conocidos que él mismo, por razón de errores religiosos y psicológicos radicados, *interpreta* de otra manera, es decir, no como enfermedades. Así, tal vez el demonio de Sócrates es una enfermedad del oído, que conforme a su tendencia moral dominante, se explica de manera diversa de la que pudiera hacerlo hoy. Lo mismo sucede con la locura y el delirio de los profetas y de los sacerdotes de los oráculos; siempre están en aquel grado de saber, de imaginación, de esfuerzo, de moralidad en el cerebro y en el corazón —*los intérpretes* son los que lo han hecho todo—; entre las facultades mayores de los hombres a quienes se llama genios y santos, es necesario colocar la de procurarse intérpretes que no les entiendan para salud de la humanidad.

127

VENERACIÓN DE LA LOCURA.— Como se notaba que una emoción ponía frecuentemente la cabeza más despejada y evocaba dichosas inspiraciones, pensábase también que por las emociones más fuertes se tomaba parte en las inspiraciones y en las impresiones más dichosas, y así se veneraba a los locos, como si fueran los sabios y ordenadores de los oráculos. Base de todo esto, es un razonamiento falso.

128

PROMESAS DE LA CIENCIA.— La ciencia moderna tiene por fin tanto el menor dolor posible como la más larga vida posible; por consiguiente, una especie de felicidad eterna, a la verdad muy modesta en comparación de las promesas de las religiones.

129

DONACIÓN PROHIBIDA.— No hay bastante amor y bondad en el mundo para tener el derecho de hacer donaciones de ellas a seres imaginarios.

130

SUPERVIVENCIA DEL CULTO RELIGIOSO EN LA CONCIENCIA.— La Iglesia católica, y antes que ella los demás cultos extinguidos, disponían de todo el dominio de los medios por los cuales el hombre es transportado a disposiciones extraordinarias y

arrancado al frío cálculo del interés o al pensamiento de la razón pura. Una Iglesia que hace temblar por sus acentos profundos, los llamamientos sordos, regulares, atrayentes de un ejército de sacerdotes que transmiten involuntariamente su excitación a la comunidad y la hacen ser toda oídos casi ansiosamente, como si un milagro se acercase, la emanación de la arquitectura proviene de una divinidad, ¿para qué volver a predicar otra vez una cosa tan atroz y tan increíble? Pero los resultados de todo esto no se pierden sin embargo: el mundo interior de las disposiciones sublimes, conmovedoras, estáticas, profundamente penetradas, dichosas por la esperanza, se ha tornado innato a los hombres, principalmente por el culto; lo que existe de él en el alma, ha sido cultivado en gran escala cuando germinaba, crecía y florecía.

131

Recuerdos religiosos.— Por mucho que uno se crea desacostumbrado de la religión, no ha llegado al punto de que no se sienta placer de experimentar disposiciones religiosas sin contenido inteligible, como por ejemplo, en la música, y en cuando una filosofía nos expone la justificación de esperanzas metafísicas, de la profunda paz del alma que se debe pedir, y por ejemplo, habla de «todo el Evangelio cierto en la mirada de la Virgen de Rafael», acogemos tales expresiones y demostraciones con disposición de ánimo particularmente cordial, el filósofo tiene en esto demasiada facilidad que comprobar, responde por lo que le place dar a un corazón que ansía recibirlo. A este propósito se nota cómo a los espíritus libres no chocan sino los dogmas, pero reconociendo muy bien el encanto del sentimiento religioso, tienen sentimiento en dejar ir el último por causa de los primeros. La filosofía científica debe estar muy sobre sí para no ir, por causa de esta necesidad, necesidad adquirida —y por consiguiente también pasajera—, a introducir errores de contrabando; aun los lógicos hablan de presentimiento de la verdad en la moral y en el acto (por ejemplo, del presentimiento «que la esencia de las cosas es una»); esto es, por lo tanto, lo que debería prohibirse. Entre las verdades diligentemente descubiertas y sus semejantes «presentidas», queda el abismo infranqueable de que éstas son debidas a la inteligencia y aquéllas a la necesidad. El hombre no prueba que haya un alimento para satisfacerlo, pero lo desea. «Presentir» no significa reconocer en algún grado la existencia de una cosa, sino tenerla como posible en la medida en que uno la desea o la teme; el «presentimiento» no hace avanzar un paso en el país de la certidumbre. Se cree involuntariamente que las partes de una filosofía que lleva consigo un colorido de religión son mejor probadas que las demás; pero en el fondo es lo contrario; se tiene solamente el íntimo deseo de que pueda ser así, y por lo tanto, que aquello que haga dichoso sea lo verdadero. Ese deseo nos conduce a comprar como buenas razones que son malas.

132

La necesidad de la redención cristiana.— Por medio de un examen atento, debe ser posible encontrar en el fenómeno del alma del cristiano, que se llama necesidad de redención, alguna explicación libre de mitología, y por consiguiente, puramente psicológica. Hasta hoy, las explicaciones psicológicas de los estados y de los fenómenos religiosos estuvieron en descrédito, porque una teología sedicente libre cifraba en este dominio su existencia estéril; toda vez que de antemano, según puede deducirse del espíritu de su fundador, Schleiermacher, tenía el designio de mantener la religión cristiana y de hacer subsistir la teología cristiana, la cual, se decía, debía adquirir en los análisis psicológicos de los hechos religiosos nuevo fondo, y sobre todo nueva ocupación. Sin dejarnos conducir por semejantes guías, osamos exponer la explicación del fenómeno en cuestión. El hombre tiene conciencia de ciertas acciones que están por debajo de la escala de su conciencia, aun descubre en él cierta tendencia a acciones de ese género, que le parece tan inmutable como todo su ser. ¡Cuánto desearía ensayarse en esa otra clase de acciones, que son apreciadas por todos generalmente como las más altas y grandes! ¡Cuánto desearía sentirse dueño de la buena conciencia que debe dar el pensamiento desinteresado! Pero por desgracia permanece empeñado en su propósito, el descontento de no poder satisfacer aquellos deseos se agrega a todos los demás descontentos que le trajo en dote la existencia, o que son consecuencia de aquellas acciones que se llaman malas; por eso le aqueja profundo malestar, que le obliga a buscar un médico capaz de suprimir esa causa y todas las demás. Tal situación no causaría tanta amargura si el hombre no se comparase sino con otros hombres imparcialmente; entonces no tendría razón para estar tan descontento de sí mismo; llevaría simplemente su parte de la carga general del descontento y de la imperfección humana. Pero se compara con un ser reputado capaz solamente de acciones no egoístas y que vive en la conciencia perpetua de un pensamiento desinteresado, con Dios; por mirarse en espejo tan refulgente es por lo que le parece su ser tan obscuro, tan notablemente desfigurado. En seguida se siente angustiado, pensando en ese mismo ser que la imaginación se figura tener delante como una justicia castigadora; en todos los detalles de la vida, grandes y pequeños, reconocer sus iras, sus amenazas y hasta sentir de antemano los latigazos de sus jueces y de sus verdugos. ¿Quién le socorrerá en ese peligro, que por la perspectiva de una inconmensurable duración de la pena sobrepasa en crueldad a todos los demás temores de la imaginación?

133

Antes de representarnos esta situación en sus consecuencias ulteriores, confesémonos que el hombre no llegó a tal situación por su «pecado», sino por una serie de errores de la razón. Primeramente, un ser que fuera capaz de acciones libres de todo egoísmo es más fabuloso todavía que el ave fénix, puesto que toda idea de «acción no egoísta» se desvanece ante su análisis exacto. *Jamás* hombre alguno ha hecho nada exclusivamente para los demás y sin ningún móvil personal. Más todavía: ¿cómo podría hacer algo sin relación a él, y por lo tanto, sin una necesidad interior (que debe tener su fundamento en una necesidad personal)? ¿Cómo el ego podría obrar sin ego? Un Dios que es todo amor, tal como se le acepta en ocasiones, no sería, por el contrario, capaz de ninguna acción no egoísta: a este respecto deberíamos acordarnos de un pensamiento de Lichtemberg, tomado, es verdad, de una esfera más humilde: «No podemos sentir por los otros, como dice comúnmente: sentimos por nosotros y nada más. Esta proposición será dura, pero no lo es si se oye bien. No se ama ni al padre, ni a la madre, ni al hijo, sino los sentimientos agradables que nos procuran». O como dice La Rochefoucauld: «Si uno cree que ama a la mujer por el amor de ella, está engañado». Los actos de amor se estiman más que otros, no por su esencia, sino por su utilidad; compárense las observaciones anteriores y las ya hechas al tratar «Del origen de los sentimientos morales». Pero que un hombre deba desear ser como ese Dios, todo amor, hacer y querer todo para los demás, nada para sí, es cosa imposible, por razón de que necesita haber mucho para sí para poder hacer algo por otros. Además, supone esto que el otro es bastante egoísta para aceptar siempre, y siempre de nuevo, este sacrificio, esta vida por él; de manera que los hombres de amor y de sacrificio tienen interés en la conservación de los egoístas sin amor e incapaces de sacrificio y que la alta moralidad para poder existir debería expresamente *producir* la existencia de la moralidad (con lo que, es verdad, se suprimiría ella misma). Por otra parte, la idea de un Dios inquieta y humilla, no tanto porque en ella se cree, sino por la forma como *ha nacido*, sobre lo cual el estado actual de la etnología comparada no puede caber ya duda, y desde que uno se da cuenta de ese nacimiento, tal creencia está arruinada. Pasa con el cristiano que se compara con Dios, como pasaba con don Quijote, que despreciaba su propio valor porque tenía metidos en la cabeza los hechos maravillosos de los héroes de los libros de caballería: la unidad que en estos casos sirve de medida pertenece al dominio de la fábula. Pero si la idea de Dios está arruinada, lo está también el sentimiento del «pecado» como crimen contra los preceptos divinos, como mancilla hecha a los seres consagrados a Dios. Entonces no queda verosímilmente sino esa inquietud que está muy emparentada, muy próxima al temor de los castigos de la justicia mundana o del desprecio de los hombres; el aguijón más penetrante del sentimiento del pecado está para en adelante roto, cuando uno se apercibe de que sin duda ha violado la tradición humana, los preceptos y los mandatos humanos, pero sin poner ello en peligro «la salvación eterna de las almas» y sus relaciones con la divinidad. Si el hombre llega a la vez a adquirir la convicción filosófica de la necesidad absoluta de todas las

acciones y de su completa irresponsabilidad de convertirla en carne y sangre, entonces desaparecerá también ese resto del remordimiento de conciencia.

134

Si, pues, el cristiano, como he dicho, ha llegado al sentimiento del menosprecio de sí mismo por algunos errores, por una falsa explicación de sí mismo por algunos errores, por una falsa explicación anticientífica de sus acciones y de sus sentimientos, debe notar con extrema admiración cómo este estado de desprecio, de remordimiento de conciencia, de disgusto en general, no subsiste; cómo oportunamente llegan horas en que todo esto ha huido del alma y uno se siente de nuevo libre y valeroso. Es el contento de sí mismo, el bienestar por su propia fuerza, de acuerdo con el debilitamiento consiguiente a toda excitación profunda y duradera, quien ha conseguido la victoria: el hombre se ama de nuevo, lo siente; pero precisamente ese amor nuevo, esa nueva estimación de sí, le parece increíble, no puede ver en ella más que el descenso, absolutamente inmerecido, de un rayo de la gracia de arriba. Si antes creía percibir en todas las impresiones, advertencias, amenazas, castigos y toda clase de manifestaciones de las iras divinas, se da ahora una nueva interpretación de todo aquello, dando acceso en sus pruebas a la bondad divina: tal suceso se le presenta amable; tal otro como indicación de remedio; así un tercero, y finalmente, toda su disposición alegre, tranquila, como prueba de que Dios es generoso. Del mismo modo que antes, sobre todo en el estado de disgusto, encontraba falsa explicación a sus acciones, así ahora la encuentra de sus impresiones. Su disposición consolada es conocida para él como el efecto de un poder reinante fuera de él; el amor con el cual se ama a sí mismo le parece un amor divino; lo que llama gracia y preludio de la redención es, en realidad, gracia hacia sí mismo, redención propia.

135

Así, pues, una psicología falsa, determinada, cierta especie de fantasía en la explicación de sus móviles y de sus hechos, es condición necesaria para que un hombre sea cristiano y sienta la necesidad de su redención. ¿Se ve claro tras este extravío de la razón y de la imaginación? Entonces deja de ser cristiano.

136

El ascetismo y la santidad cristiana.— A medida que algunos pensadores aislados se han esforzado por establecer, partiendo de esas raras manifestaciones de la moralidad que se tiene costumbre de llamar ascetismo y santidad, algo milagroso, ante lo cual es casi un crimen y no un sacrilegio sostener una explicación razonable, en esa misma proporción se ha esforzado a su vez la seducción que lleva a tal crimen. Poderoso impulso natural en todos los tiempos, ha conducido a protestar en general contra tales manifestaciones. La ciencia, siendo, como hemos dicho, una imitación de la Naturaleza, se permite, por lo menos, oponer objeciones contra su pretendida inexplicación, podríamos decir inexplicables, con gran contentamiento de los llamados admiradores de lo milagroso-moral. Pues, hablando en general, lo inexplicable es absolutamente antinatural, sobrenatural, milagroso: he ahí el axioma que se formula en las almas de todos los religiosos y metafísicos (de los artistas también, cuando son al mismo tiempo pensadores), a la vez que el hombre de ciencia ve en este axioma el «mal principio». La primera verdad a que se llega por la consideración de la santidad y del ascetismo, es ésta: que su naturaleza es *complicada*, pues dondequiera, así en el mundo físico como en el mundo moral, se ha sentido gran contento en reducir lo que pretende ser maravilloso, lo complicado, a lo múltiplemente condicionado. Arriesguémonos, pues, a aislar de pronto algunos impulsos del alma de los santos y de los ascetas, y para concluir, a figurarnos los combinados.

137

Existe cierta *presunción vanidosa* en manifestaciones sublimes, y a esa presunción corresponden numerosas formas del ascetismo. Algunos hombres tienen, en efecto, una necesidad tan grande de practicar su fuerza y sus inclinaciones a la dominación, que a falta de otros objetos o porque hayan fracasado siempre en otras esferas, llegan a tiranizar ciertas partes de su propio ser, por decirlo así, ciertas porciones o grados de sí mismo. Así es como más de un pensador profesa doctrinas que no sirven visiblemente ni para aumentar ni para disminuir su reputación; más de uno evoca expresamente la desconsideración de los otros hacia él, mientras que si callara le sería más fácil ser considerado; otros recuerdan opiniones anteriores y no se asustan desde aquel punto en ser llamados inconsecuentes; por el contrario, se esfuerzan en ello y se conducen como caballeros temerarios que no sienten placer al cabalgar, sino cuando el caballo se ha puesto furioso, está empapado en sudor, alborotado. Así como el hombre se eleva por caminos peligrosos a las más altas cumbres para reírse de su fatiga y de sus rodillas vacilantes, así también el filósofo profesa opiniones de ascetismo, de humildad, de santidad, con cuyo brillo afea de la manera más odiosa su propia figura. Esta tortura de sí mismo, esta burla de su propia Naturaleza, este *spernere et sperni*, a que han dado tanta importancia las religiones,

es propiamente un grado altísimo de vanidad. Toda la moral del sermón de la montaña se halla en este caso: el hombre siente verdadera fruición voluptuosa en hacerse violencia por exigencias excesivas, y en deificar después lo que gobierna tiránicamente en su alma. En toda moral ascética, el hombre adora una parte de su ser como una divinidad, y debe por esto necesariamente creer diabólicas las demás partes que lo componen.

138

El hombre no es a todas horas igualmente moral; esto está comprobado y es cosa conocida; si se juzga su moralidad según la capacidad de desprendimiento, de renuncia de sí, que conducen al gran sacrificio (el cual, si persiste y llega a hacerse un hábito, se llama santidad), se encuentra que en el estado de *pasión* es cuando se muestra más moral; la emoción superior le ofrece móviles nuevos, de los cuales, en la calma y tranquilidad cotidiana, no se creería nunca capaz. ¿Cómo sucede esto? A nuestro parecer, por el inmediato parentesco que existe entre todo lo que es grande y determina fuertes emociones. Una vez llevado el hombre a una excitación extraordinaria, puede determinarse lo mismo a una venganza horrorosa que a un horroroso anonadamiento de su necesidad de venganza. Lo que él quiere bajo la influencia de la emoción violenta, es siempre lo grande, lo violento, lo monstruoso, y como note por casualidad que su propio sacrificio le produce tanta o más satisfacción que el sacrificio de otro, escoge aquél. Propiamente, pues, no se trata en él sino de descargar su emoción; entonces puede, para aliviar su situación, coger los venablos de sus enemigos y clavarlos en su pecho. Esto hace que en la renuncia de sí mismo, y no solamente en la venganza, exista alguna grandeza que no ha podido ser inculcada a la humanidad sino por largo hábito; una divinidad que se ofreció a sí misma en sacrificio, fue el símbolo más fuerte, más eficaz, de tal clase de grandeza. Es una victoria alcanzada sobre el enemigo más difícil de vencer, es la repentina sujeción de una pasión —tal, a lo menos, *aparece* esa renuncia—, y por lo tanto, se la considera el colmo de la moralidad. Se trata en realidad de la confusión de una idea con otra guardando la conciencia de su misma elevación, su propio equilibrio. Los hombres de sangre fría que tienen calma en presencia de una pasión, no comprenden ya la moralidad de aquellos momentos, pero la admiración de todos los que han vivido en ese tiempo les presta apoyo; el orgullo es su consuelo, cuando la pasión y la inteligencia de su acto se debilitan. Así, pues, en el fondo, estos actos de abnegación, de renuncia de uno mismo, no son tampoco morales mientras no se realicen en favor de otro; mejor dicho, los otros no dan al corazón sobrexcitado sino una ocasión de alivio por medio de tal abnegación.

139

El asceta procura también hacerse la vida ligera, y esto, ordinariamente, por medio de una sumisión completa a una voluntad extraña o a una ley y un ritual extenso, del mismo modo que el brahmán, que nada deja a su propia determinación y se determina a cada minuto por un precepto sagrado. Esta sumisión es un poderoso medio para hacerse soberano de sí mismo; se está siempre ocupado, sin fastidio, por lo tanto, y no se recibe de fuera ninguna excitación a la propia voluntad o a la pasión; consumado el acto, no queda sentimiento alguno de responsabilidad, y por consiguiente, ningún remordimiento, nada de lo que haya que arrepentirse. Una vez por todas, ha renunciado uno a la propia voluntad, y esto es más fácil que renunciarla casualmente, así como es más fácil renunciar a un deseo que moderarlo. Si pensamos en la situación actual del hombre en relación al Estado, encontraremos también allí que la obediencia incondicional es mucho más fácil que la condicionada. El santo se facilita, pues la vida por ese abandono total de su personalidad y uno se engaña cuando admira en este fenómeno el supremo heroísmo de la moralidad. Es en todos los casos más pesado, más penoso, mantener la personalidad sin incertidumbres ni injusticias, que separarse de ella de la manera que acabamos de expresar, además de que para aquello se necesita más espíritu y más reflexión.

140

Aparte de esto, en muchos de los actos más difícilmente explicables de las manifestaciones de este placer de la *emoción en sí*, yo podría también reconocer en el desprecio de sí mismo, que forma parte de los caracteres de la santidad, y aun en los actos de tortura contra el propio ser (hambre, flagelaciones, disloque de miembros, simulación de extravío), un medio con el cual estas naturalezas luchan contra el cansancio general de su voluntad de vivir (de sus nervios): echan mano de los medios de excitación y de tortura para levantarse, a lo menos por algún tiempo, del debilitamiento y del fastidio en que les hacen caer frecuentemente la gran indolencia de espíritu y la sumisión a una voluntad extraña que hemos descrito.

141

El medio que emplea el asceta y el santo para hacerse, por fin, la vida soportable e interesante, consiste en pasar de la victoria a la derrota. Para esto necesita de un adversario y le encuentra en lo que él llama el «enemigo interior». De otro modo, aprovecha su tendencia a la vanidad, al deseo de los honores y de la dominación, a

los apetitos sexuales, para darse el derecho de considerar su vida como una batalla continua y a sí mismo como un campo de batalla, en el cual los buenos y los malos espíritus luchan con éxitos alternativos. Se sabe que la imaginación sensible es moderada, hasta casi suprimida, por la regularidad de las relaciones sexuales; y que, al revés, la irregularidad o la abstinencia en estas relaciones la desencadena y la excitan. La imaginación de muchos santos cristianos era obscena en grado extraordinario, y merced a esta teoría, sus apetitos los convertían en verdaderos demonios que se enconaban en sí mismos. No se sentían, por consiguiente, demasiado responsables; a ese sentimiento debemos la exactitud tan instructiva de los testimonios que de sí nos dejaron. Estaba en su interés que ese combate fuese siempre mantenido en alguna medida, porque era por medio de él como podía sostenerse su vida solitaria. Pero a fin de que el combate pareciese tener siempre bastante importancia para excitar en los no santos un interés y una admiración duraderas, era necesario que los sentidos fuesen más y más execrados y malditos, y que el peligro de la condenación eterna estuviere tan estrechamente ligado a tales cosas, que muy verosímilmente, durante siglos enteros, los cristianos no hicieron hijos sino con remordimiento: ¡cuánto daño pudo haber tenido que sufrir la humanidad por tal despropósito! Y sin embargo, la verdad se presenta allí con la cabeza inclinada, actitud particularmente deshonrosa. Es cierto que el cristianismo había dicho: «Todo hombre es concebido y nace en el pecado», y en el cristianismo superlativo de Calderón, esta idea aparece una vez más condensada y resumida bajo la forma de la más audaz paradoja, en los conocidos versos:

…porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.

En todas las religiones pesimistas, el acto de la generación es mirado como malo en sí, sin que esto quiera decir que sea el juicio de todos los hombres en general, ni aun de todos los pesimistas en particular. Empédocles, por ejemplo, no ve en él nada de vergonzoso, de diabólico, de criminal; muy al contrario, no ve en la gran pradera de perdición sino *una sola* aparición portadora de la salud y la esperanza, Afrodita: ésta le presta seguridad de que la discordia no dominará eternamente, sino que cederá un día u otro a una divinidad más dulce. Los pesimistas cristianos prácticos tenían interés, como he dicho, en que reinase otra opinión; les faltaba para poblar la soledad y el desierto espiritual de su vida un enemigo siempre vivo y generalmente reconocido, de modo tal que el combatirlo y vencerlo siempre les hizo ver en lo no santos seres incomprensibles, a medias sobrenaturales. Cuando, por fin, este enemigo, por causa de su manera de vivir y de su salud perdida, huía para siempre, se imaginaban ver su fuero interno poblado de nuevos demonios. La oscilación del ascenso y descenso de los platillos de la balanza que constituyen el orgullo y la humildad interesaba sus cerebros sutiles, lo mismo que la alteración del deseo y de la calma en él espíritu. Entonces la psicología servía no solamente para sospechar de

todo lo que es humano, sino para calumniarlo, para flagelarlo, para crucificarlo, *querían* encontrarle perverso y malvado hasta el extremo; *buscaban* con anhelo la inquietud sobre la salvación del alma, la desesperación en la propia fuerza. Todo elemento natural al que el hombre une la idea del mal, de pecado (como pasa hoy mismo en lo que se refiere al elemento erótico), importuna, obscurece la imaginación, produce perspectiva aterradora, hace que el hombre esté en lucha consigo mismo y le hace, frente a frente de él, inquieto, desconfiado. Aún sus años le dejan cierto sabor de conciencia torturada. Y sin embargo, esta costumbre de sufrir por causa de lo que es natural está en la realidad de las cosas totalmente desprovista de fundamento, no es sino consecuencia de las opiniones *sobre* las cosas. Se da uno fácilmente cuenta de cómo los hombres se hacen malos desde el momento en que miran como malo lo que es inevitable, natural. Ése es el procedimiento de la religión y de las metafísicas, que queriendo al hombre malo y pecador por naturaleza, le hacen sospechosa la Naturaleza y le *hacen* más malo también a sí mismo, pues de esa manera aprende a creerse malo, porque le es imposible despojarse de su vestido de naturaleza. Poco a poco se siente, habiendo vivido largo tiempo en lo natural, oprimido por un gran peso de pecados, a tal extremo, que para librarse de él, necesita de poderes sobrenaturales: así se produce la sedicente necesidad de la redención, que corresponde a un estado de pecado, no natural, sino adquirido por la educación. Recórranse una a una las tesis morales expuestas en las instituciones del cristianismo, y en todas ellas se hallará que las exigencias son tan desmesuradas que el hombre no puede satisfacerlas: la intención no es que el hombre *se haga* más moral, sino que se sienta lo más *pecador posible*. Si este sentimiento no fuera agradable al hombre, ¿por qué se habría producido tal concepción y mantenídose tan largo tiempo? Así como en el mundo antiguo se gastó fuerza inmensa de espíritu y de invención para aumentar el gozo de vivir entre cultos solemnes, así también en el tiempo del cristianismo se ha sacrificado una suma igualmente inmensa de espíritu con otra tendencia: la de que el hombre se sienta pecador de todas maneras y está por tal causa generalmente *excitado, vivificado,* animado. Excitar, vivificar, animar a toda costa, ¿no era la consiga de una época enervada, demasiado madura, demasiado civilizada? Se había recorrido cien veces el círculo de los sentimientos naturales; el alma se hallaba cansada: entonces el santo y el asceta encontraron un nuevo género de atractivos para la vida. Se exhibieron ante todas las miradas, no tanto para ser imitados, sino como un espectáculo aterrador, sin embargo de que se representaba en los confines del mundo y del ultramundo, en que cada uno entonces creía ver tan pronto rayos de luz celeste como siniestras llamaradas, que brotaban de las profundidades. La visual del santo, dirigida sobre la significación terrible de la corta vida terrestre, sobre lo cercano de la decisión última en relación al nuevo lapso de vida infinita, esa mirada ardorosa en un cuerpo a medias aniquilado, hacía temblar a los hombres del viejo mundo, les hacía mirar, apartar la mirada con espanto, buscar de nuevo lo atrayente del espectáculo, ceder a él, alejarse, hasta que el alma padeciese ardores y escalofríos

de fiebre; tal fue el *último goce que la antigüedad inventó*, después que ella misma se hubo extenuado en el espectáculo de la caza de las fieras y de las luchas del hombre a hombre.

142

Resumiendo: el estado del alma en que el santo o el aprendiz de santo se complacen, está compuesto de elementos que todos nosotros conocemos bastante, salvo que bajo la influencia de otras ideas distintas a las religiosas se presentan con un matiz diferente y entonces de ordinario incurren en la censura de los hombres, tanto bajo el adorno de la religión y de la última significación del ser, pueden contar con su admiración, hasta con su veneración, en la misma proporción con que contaban en tiempos anteriores. Ya practique el santo ese reto a sí mismo, que está emparentado con el deseo de dominación a toda costa que hasta al propio solitario le proporciona el sentimiento del poder; ya su sentimiento desbordante salte del deseo de dar curso libre a sus pasiones, al deseo de refrenarlas como a caballos indómitos, bajo la presión poderosa de una alma soberbia; ya quiera una cesación completa de todos los sentimientos destructores, torturantes, excitantes, soñar despierto, descanso perdurable en el siendo de una indolencia bruta, animal, vegetativa; ya busque la lucha y la encienda en él, porque el fastidio se le presente con faz mohína; azote la divinización de su yo por medio del propio desprecio y la crueldad contra su propio ser; se complazca en el despertar salvaje de sus apetitos y en el dolor penetrante del pecado, hasta en la idea de su perdición; sepa poner traba a sus pasiones, como por ejemplo, a la del extremo deseo de la dominación, o pase a la extrema humildad, y su alma, quebrantada por ese contraste, la sienta arrancada de todos sus goznes; y por fin, cuando sueñe con visiones, con conversaciones con los muertos o con espíritus invisibles, con seres divinos, no será sino una especie rara de placer el que desea, quizá un placer al que vayan ligados todos los demás placeres. Novalis, autoridad en esta materia por experiencia y por instinto, revela en cierta ocasión todo el secreto con ingenua alegría. «Causa bastante admiración que, después de tanto tiempo, la asociación de la voluptuosidad, de la religión y de la crueldad no haya puesto a los hombres en camino de notar el parentesco íntimo y la tendencia común».

143

No es el mismo santo, sino lo que significa a los ojos del no santo, lo que ha dado valor en la historia universal. Era porque uno se engañaba acerca de él, porque se explicaba erróneamente los estados de su alma y se le separaba de sí en lo posible,

como de cosa absolutamente incomparable y extrañamente sobrenatural; por eso se le aseguraba aquella fuerza extraordinaria con la cual pudo imponerse a la imaginación de pueblos enteros, de épocas enteras. El mismo no se conocía; él mismo entendía el libro de sus tendencias, de sus inclinaciones, de sus acciones, conforme a un arte de interpretación tan afectada y tan artificial como la interpretación neumática de la Biblia. Lo que existía de mórbido en su naturaleza, con su amalgama de pobreza de espíritu, de saber malvado, de salud indispuesta, de nervios exasperados, permanecía tan oculto a su mirada como a la del espectador. No era un hombre particularmente bueno, menos tampoco un hombre particularmente sabio, pero *significaba* algo que sobrepasaba la medida humana en bondad y en sabiduría. La fe en él sostenía la fe en lo divino y en lo maravilloso, en un sentido religioso de toda existencia, sin un último día de juicio universal, que es inminente. Con el brillo vespertino de un sol poniente, que vierte sus rayos sobre los pueblos cristianos, la sombra del santo se agiganta en proporciones tales, que aun en nuestro tiempo, que ya no cree en Dios, existen pensadores que creen en los santos.

144

A este boceto de santo, tomado de la especie entera, puede oponerse otro que produciría sin duda impresión más agradable. Hay excepciones aisladas que se distinguen de la especie, sea por una gran dulzura y un gran amor por los hombres se por el encanto de una fuerza de acción inusitada; hay otras que son atrayentes hasta un grado supremo, porque concesiones ilusorias han derramado sobre todo su ser torrentes de luz; tal es el caso, por ejemplo, del célebre fundador del cristianismo que se tenía por Hijo de Dios, encarnado y exento de pecado; bien que por una quimera —que no se debe juzgar muy duramente, porque toda la antigüedad hormiguea de hijos de Dios—, aspiraba al mismo fin: el sentimiento de la completa exención del pecado, de la completa irresponsabilidad, que hoy cualquiera puede adquirir por la ciencia. También yo he descuidado igualmente los santos hindúes, que ocupan una fase intermedia entre el santo cristiano y el filósofo griego, y por consiguiente no representan un tipo puro: el conocimiento, la ciencia —en la medida que allí existía—, la elevación por encima de los demás hombres, por medio de la lógica y de la educación del pensamiento eran entre los budistas tan exigidos como indicio de santidad, tanto como en el cristianismo están descartadas como indicio de *no santidad*.

CAPITULO IV

DEL ALMA DE LOS ARTISTAS Y DE LOS ESCRITORES

145

Lo perfecto tenido como no hecho.— Estamos acostumbrados en presencia de cualquier cosa perfecta a no proponernos el problema de su formación, sino a gozar de su presencia como si hubiera surgido por arte de magia. Verosímilmente nos encontramos entonces todavía bajo la influencia de un antiguo sentimiento mitológico. Nos produce *casi* la misma impresión (por ejemplo, un templo griego como el de Paestum) que si un dios lo hubiera construido en una hermosa mañana para morada suya, con bloques enormes, o como si un alma hubiera repentinamente penetrado por encantamiento en una piedra y quisiera ahora hablar por sus resquicios. El artista sabe que su obra no tendrá pleno efecto sino cuando despierta la creencia de una improvisación, de una milagrosa espontánea producción, y así de buen grado contribuye a esa ilusión e introduce en el arte elementos de inquietud entusiasta, de desorden como palpamientos de ciego, de sueños que cesan en el comienzo de la creación, como un medio de engañar para disponer el alma del espectador, o del oyente, de manera tal que crea en el brote espontáneo de lo perfecto. La ciencia del arte debe contradecir de la manera más terminante esa ilusión y demostrar las conclusiones erróneas y los malos hábitos de la inteligencia, merced a los cuales cae en el dominio del artista.

146

El sentido de la verdad en el artista.— El artista tiene, en lo que respecta al conocimiento de la verdad, una moralidad más débil que el pensador; no quiere dejarse arrebatar las interpretaciones de la vida brillantes, profundas de sentido, y se pone en guardia contra los resultados y los métodos simples y razonados. Aparentemente lucha por la dignidad y la importancia superior del hombre; en la realidad no quiere abandonar las condiciones más *eficaces* para su arte, tales como lo fantástico, lo místico, lo incierto, lo extremo, el sentido del símbolo, la sobreestimación de la personalidad, la creencia en algo de milagroso en el genio; y así tiene la persistencia de su género de creación por más considerable que la abnegación científica, en cualquier forma que se presente.

147

El arte, evocador de los muertos.— El arte asume accesoriamente la tarea de conservar el ser, aun de dar algún color a las representaciones descoloridas y pálidas; teje, cuando llena esa tarea, un lazo alrededor de siglos diversos y hace aparecer los

espíritus de esos siglos. Esto es una vida aparente que surge como por encima de las tumbas y que de ellas toma su nacimiento, o bien es como el regreso de los muertos queridos durante el sueño; para a lo menos, en algunos instantes, el viejo sentimiento se despierta una vez todavía, y el corazón late a impulso de un sentimiento de otra manera olvidado. Es necesario perdonar al artista, considerando esa utilidad general del arte, el que no se coloquen en las primeras filas de la cultura de la civilización progresiva de la humanidad; toda la vida permanece en el adolescente, y se mantiene en el punto en que lo ha fijado su vocación artística; y así sucede que los sentimientos de los primeros años están, según confesión de todos, más próximos de los que se tuvieron en períodos anteriores que de los que se tienen en los actuales. Con buena o mala voluntad, tendrá siempre que realizar la tarea de hacer eternamente niña a la humanidad; ésa es su gloria, pero también su límite.

148

El poeta, aliviador de la vida.— Hemos expuesto que los poetas, queriendo, como quieren, aligerar la vida del hombre, o quitan la mirada del presente desapacible, o le obligan a tomar, enalteciendo el pasado, nuevos coloridos. Para alcanzar tal propósito, les es necesario retrogradar; de manera que pueden servir de puente para llevarnos época e ideas muy lejanas, a religiones y civilizaciones moribundas o muertas. Son siempre propia y necesariamente epígonos. Se puede decir algo desfavorable contra sus medios de aliviar la vida; corrigen y remedian sólo de pasada, sólo por el momento, y hasta impiden al hombre trabajar en pro de la verdadera mejora de su estado, suprimiendo o aligerando, por medio de paliativos, la pasión de los inquietos que impelen a la acción.

149

La lucha lenta de la belleza.— La belleza más noble no es la que nos deslumbra instantáneamente, la que nos seduce por asaltos tempestuosos y embriagadores (que fácilmente llega a disgustar), sino aquélla que se insinúa lentamente, la que uno lleva dentro de sí en el pensamiento, y que un día, soñando se vuelve a ver delante, y que por fin, después de haberse modestamente circunscrito en nuestro corazón, toma posesión completa de nosotros, llena nuestros ojos de lágrimas y nuestro corazón de deseo. ¿Qué anhelamos, pues, ante el aspecto de la belleza? Ser bellos, creyendo que la ventura está unida a la belleza. ¡Terrible error!

150

Vivificación del arte.— El arte se entroniza cuando las religiones decaen. Recoge multitud de sentimientos y de tendencias producidas por la religión; los hace suyos, y entonces se presenta más profundo, más espiritual, a tal punto que puede comunicar la elevación y el entusiasmo, cosa que antes no le era dado. El tesoro del sentimiento religioso, convertido en un torrente, se desborda siempre de nuevo y quiere conquistar nuevos reinos; pero el progreso de las luces ha apagado enormemente los dogmas de la religión e inspirado fundamental desconfianza. Por esto es por lo que el sentimiento se echa en brazos del arte, y en algunos casos hasta en los de la vida política, llegando alguna vez hasta la ciencia. Dondequiera que en los esfuerzos humanos se nota coloración más pronunciadamente obscura, puede conjeturarse que el temor a los espíritus, el perfume del incienso y las sombras de la Iglesia subsisten todavía.

151

Por qué el metro es causa de belleza.— El metro coloca un velo sobre la realidad: da lugar a todo artificio de lenguaje, favorece toda indecisión del pensamiento; por medio de la sombra que proyecta sobre las ideas, tan pronto hace resaltar algo como lo oculta. Así como la sombra es necesaria para embellecer, así también lo sombrío es necesario para iluminar. El arte hace tolerable el aspecto de la vida, cubriéndola con el cendal del pensamiento indeciso.

152

El arte de las almas feas.— Si fijan al arte límites demasiado estrechos, si se exige que sólo las almas bien ordenadas, moralmente equilibradas, pueden tener en él su expresión. Así en las artes plásticas como en la música y en la poesía, *existe el arte de las almas feas al lado del arte de las hermosas almas*; y los más poderosos efectos del arte, destrozar las almas, mover las piedras, cambiar los animales en hombres, quizá los haya obtenido mejor aquel arte.

153

El arte hace pesado el corazón del pensador.— La fuerza de la necesidad metafísica y el trabajo que la Naturaleza encuentra para separarse de ella, puede calcularse pensando en que el propio espíritu libre, aun después de haberse sacudido de toda metafísica, las grandes manifestaciones del arte producen en cierta resonancia de las cuerdas metafísicas, mudas desde hacía largo tiempo, quizá rotas. Pasa eso, por ejemplo, en la novena sinfonía de Beethoven, que parece extenderse mucho más arriba de la tierra, remontarse hasta una cúpula de estrellas, con el ensueño de la *inmortalidad* en el corazón: todas las estrellas parece que centellean alrededor de ésa sinfonía y que la tierra se hunde. Si llega a convencerse de ese estado, quizá sienta que un aguijón penetrante le hiere el corazón, y anhelará que haya algún hombre que le devuelva la amante que había perdido, llámese religión o metafísica. En tales momentos el carácter intelectual está sometido a prueba.

154

Jugar con la vida.— Era necesaria la facilidad y bienestar de la imaginación homérica para adormecer, y por un momento suprimir, por decirlo así, la conciencia desmesuradamente apasionada, la inteligencia demasiado aguda de los griegos. La palabra reside para ellos en la inteligencia: ¡cuán áspera y cruel aparece entonces la vida!, no se hacen ilusión alguna; pero expresamente encubren la vida con el manto de un juego de mentiras. Simónides aconsejaba a sus compatriotas tomar la vida como una diversión; lo serio les era conocido como un dolor (la miseria de los hombres es justamente el tema que los dioses quieren oír cantar), y creían aquéllos que sólo por el arte hasta la misma miseria puede convertirse en gozo. Pero en castigo de esta manera de ver, se infectaron de tal manera del placer de hacer fábulas, que les era penoso en la vida diaria mantenerse libres de mentira y de impostura, a la manera de todo pueblo de poetas, que se goza con la mentira, y por lo tanto, no es responsable de ella. Los pueblos vecinos tenían ocasiones para creer que tal conducta era exasperante.

155

Creencia en la inspiración.— Los artistas tienen interés en que se crea en las instituciones repentinas, en las llamadas inspiraciones: como si la idea de la obra de arte, del poema, el pensamiento fundamental de una filosofía, cayese del cielo como un rayo de la gracia. En realidad, la imaginación del buen artista o pensador produce constantemente lo bueno, lo mediocre y lo malo; pero *su juicio* extremadamente aguzado, ejercitado, rechaza, elige, combina, así es como nos damos cuenta hoy,

viendo los apuntes de Beethoven, de que ha compuesto poco a poco sus más magníficas melodías y las ha entresacado de múltiples bosquejos. El que discierne menos severamente y se abandona de buen grado a la memoria reproductora podrá, en ciertas condiciones, hacerse un gran improvisador; pero la improvisación artística está en un nivel muy bajo en comparación de las ideas de arte elegidas seriamente. Todos los grandes hombres son grandes trabajadores, infatigables, no solamente para inventar, sino todavía para rechazar, modificar, compulsar, arreglar.

156

MÁS SOBRE LA INSPIRACIÓN.— Si la facultad de producir se ha suspendido alguna vez y se ha detenido en su curso por algún obstáculo, se desborda después tan súbitamente como si una inspiración inmediata, sin trabajo interior previo, como sí un milagro le impulsara. Esto es lo que produce la ilusión conocida, en cuyo mantenimiento, como he dicho, están interesados los artistas. El capital no ha hecho más que *acumularse*, no ha caído del cielo una sola vez. Pero queda aún, en diferente escala, alguna otra inspiración aparente; por ejemplo, dentro del dominio de la bondad, de la virtud, del vicio.

157

LOS SUFRIMIENTOS DEL GENIO Y SU VALOR.— El genio artístico quiere producir satisfacción, pero si se eleva a un grado muy alto, le falta fácilmente persona a quien producirla: ofrece manjares sabrosos, pero que el paladar, poco delicado, no saborea. Y como es natural, esto imprime en él, según las circunstancias, o algo patético, o algo conmovedor, o algo ridículo, toda vez que en el fondo no tiene ningún derecho para obligar a los hombres a saborear el placer. Su pífano suena… pero nadie quiere bailar… ¿hay en esto algo de trágico? Y, sin embargo, ¡quién sabe si es así! Pero en compensación de tal privación, siente mayor goce al crear que los demás hombres al ocuparse en otros géneros de actividad. Sus sufrimientos nos producen sufrimiento excesivo, porque su queja es más aguda y su voz más elocuente, y a las veces, sus sufrimientos son demasiado crueles, pero solamente su ambición y sus anhelos son demasiado grandes. El genio que es sabio, como lo fueron Kepler y Spinoza, no es ordinariamente tan exigente, y no pone tampoco en tanto relieve sus privaciones y sus sufrimientos, en realidad grandísimos. Tiene derecho a contar seguramente con el reconocimiento de la posteridad, con mayor certeza, y de rechazar lo presente, mientras que un artista que desempeña un papel, tiene que sentirse desesperado y sufrir horrorosamente por causa de ese desempeño, siempre igual. En algunos casos,

ciertamente muy raros, cuando en el mismo individuo se combinan el genio de producir y de conocer y el genio moral, viene a añadirse a tales dolores otra especie de dolores que deben ser mirados como las excepciones más singulares del mundo: los sentimientos extra y *suprapersonales* que implican a un pueblo, a la humanidad, al conjunto de las civilizaciones, a todo ser que sufre: sentimientos que adquieren todo su valor por la unión con conocimientos particularmente penosos y abstrusos (la piedad en sí tiene muy poco valor). Pero ¿qué medida, qué balanza de prueba existe para su autenticidad? ¿No está casi obligado a desconfiar de todos los que *hablan* de sentimientos de esta naturaleza respecto de sí mismos?

158

FATALIDAD DE LAS GRANDEZAS.— A toda gran revelación sigue la decadencia, especialmente en el dominio del arte. El modelo de la grandeza conduce a las naturalezas un poco vanas hacia la imitación superficial o la exageración; fatalidad que parece reservada a los grandes talentos, es tener que sofocar muchas fuerzas y gérmenes débiles, y hacer, por decirlo así, el vacío de la Naturaleza a su alrededor. El caso más feliz en el desarrollo de un arte es que muchos genios se limiten recíprocamente. En aquella lucha reciben luz y aire las naturalezas más delicadas y más débiles.

159

EL ARTE, PELIGROSO PARA EL ARTISTA.— Cuando el arte se apodera violentamente de un individuo, le atrae en sentido retrospectivo, conduciéndole a las épocas en que florecía con mayor esplendor; ejerce, pues, sobre éste influencia retrógrada. El artista se embebe cada vez más en la veneración por las excitaciones repentinas, cree en los dioses y en los demonios, anima a la Naturaleza, llega a tomar odio a la ciencia, se torna voluble en sus tendencias como los hombres de la antigüedad y anhela un trastorno general en todas las condiciones que no son favorables al arte, y esto con la violencia y la injusticia de un niño. Por consiguiente, el artista es ya de suyo un ser atrasado porque se mantiene dentro de los límites propios de la juventud, de la infancia, a lo cual debe añadirse que poco a poco sufre una deformación retrogradante. Así, acaba por producirse violento antagonismo entre él y los hombres de la misma edad de su época, y, de consiguiente, por tener un fin triste; así Homero y Esquilo acabaron por pasar la vida en honda melancolía y morir en ella.

160

HOMBRES CREADOS.— Cuando decimos que el autor dramático, y generalmente el artista, crea caracteres, nos forjamos una bella ilusión, cuya existencia el arte celebra como un triunfo que no ha buscado, triunfo por decirlo así, superabundante. La verdad es que no sabemos gran cosa de un hombre realmente vivo y hacemos una generalización muy superficial cuando le atribuimos tal o cual carácter. A esta situación, muy imperfecta en relación al hombre, responde el poeta (y en este sentido crea) con rebuscamientos tan superficiales como lo es nuestro conocimiento de los hombres. Muy nublados están los ojos de los artistas cuando crean sus caracteres; no son producciones naturales encarnadas, sino bocetos; no puede vérsele de cerca. Aun cuando se diga que el carácter de los hombres que se equiparan en condiciones personales se contradice a menudo, que el carácter creado por el dramaturgo es el modelo que se propuso la Naturaleza, todo ello es falso. El hombre real es ente absolutamente *necesario* (hasta en lo que se llama sus contradicciones), pero no siempre conocemos esta necesidad. El hombre inventado, el fantasma, tiene la pretensión de significar alguna cosa necesaria, pero solamente para las gentes que no comprenden un hombre real sino en una simplificación grosera y antinatural, toda vez que uno o dos toscos rasgos, a menudo repetidos, con mucha luz por encima y mucha sombra o semiobscuridad alrededor, satisfacen completamente sus pretensiones. Por ello se encuentran fácilmente dispuestos a tratar al fantasma como a un hombre real, necesario, porque están acostumbrados a mirar en el hombre real un fantasma, una silueta, una abreviación arbitraria. Ni el pintor ni el escultor expresan la «idea» del hombre; creerlo es una imaginación y una ilusión de los sentidos: es la tiranía de los ojos la que nos domina cuando nos expresamos de tal manera, porque los ojos sólo ven del cuerpo humano la superficie, la piel; el interior del cuerpo pertenece a la «idea». El arte plástico quiere hacer visibles los caracteres sobre la piel; el arte del idioma usa de la palabra; con el mismo fin trata de manifestar el carácter por el sonido articulado. El arte tiene su origen en la natural *ignorancia* del hombre sobre su ser interior (cuerpo y carácter); no existe ni para los naturalistas ni para los filósofos.

161

EXCESO DE LA PROPIA ESTIMACIÓN EN LA FE, EN LOS ARTISTAS Y EN LOS FILÓSOFOS.— Pensamos todos que la excelencia de una obra de arte, de un artista, está comprobada cuando nos subyugan, cuando se apoderan de nosotros, pero para que así fuese en realidad, sería primero necesario que nuestra *propia excelencia de juicio y de impresión* estuviera también comprobada, lo que no sucede. ¿Quién en el dominio del arte plástico ha seducido más que Bernín? ¿Quién ha obrado más poderosamente que

ese retórico posterior a Demóstenes, que introdujo el estilo asiático y lo hizo dominar durante dos siglos? Ese dominio sobre siglos enteros no prueba nada en favor de la excelencia y el valor durable de un estilo; por esto no debemos tener demasiada confianza en la propia opinión sobre un artista cualquiera; en ella existe no solamente la fe en la verdad de nuestras impresiones, sino además en la infalibilidad de nuestro juicio o impresión, siendo así que nuestro juicio o nuestra impresión o ambos a la vez pueden ser sobreexcitados o incultos, demasiado finos o demasiado toscos. Del mismo modo no prueban nada en favor de la verdad de una filosofía o de una religión sus efectos benéficos o edificantes; y de probar algo, probarían tan poco como prueba la dicha que el loco siente en su idea fija en favor de la sabiduría de esta idea.

162

CULTO DEL GENIO POR VANIDAD.— Pensando bien de nosotros, pero no esperando formar ni aun el bosquejo de un cuadro de Rafael o de una escena dramática de Shakespeare, nos persuadimos de que el talento de producción es un verdadero milagro, una casualidad rarísima, y si aún tenemos sentimientos religiosos, *de que es una gracia de lo alto*. Así es como nuestra vanidad, nuestro amor propio favorece el culto del genio, pues sólo a condición de suponerlo muy alejado de nosotros nos hiere. (Goethe mismo, el hombre sin envidia, llamaba a Shakespeare su estrella de las alturas lejanas, respecto de las cuales podemos recordar los versos del mismo poeta). «No deseamos poseer las estrellas, sino regocijarnos con su esplendor». Haciendo abstracción de estas sugestiones de nuestra vanidad, la actividad del genio no parece muy diferente de la actividad del inventor en mecánica, del sabio astrónomo o del historiador, del maestro en táctica. Todas estas actividades se explican, si uno se representa los hombres cuyo pensamiento es activo, con una dirección única que utilizan absolutamente como materia prima, que no cesan de observar diligentemente su vida interior y la del otro, y que no cesan de combinar sus medios. El genio no hace más que aprender a colocar las piedras y en seguida construir. Toda actividad humana está complicada con el milagro, no solamente la del genio; pero no hay tal milagro. ¿De dónde viene, pues, la creencia de que no existe genio sino en el artista, el orador y el filósofo, y que sólo ellos tienen intuición?, (palabra con la cual se les atribuye una especie de anteojo por medio del que ven directamente en el ser). Los hombres no hablan intencionalmente de genio sino cuando los efectos de la gran inteligencia les son muy agradables, y no quieren experimentar envidia. Llamar a uno «divino», vale tanto como decir: «Con éste no podemos compararnos». En resumen; todo lo que es definido, perfecto, excita la imaginación, todo lo que está en vías de realización despreciable. El arte acabado de la expresión descarta toda idea de llegar a ser; se impone tiránicamente como una perfección actual. He aquí por qué principalmente los artistas de la expresión son los que pasan por geniales, y no los

hombres de ciencia. En realidad, esta apreciación y depreciación no son más que una niñería de la razón.

163

LA CONCIENCIA DEL OFICIO.— Guardaos de hablar de dones naturales, de talentos innatos. Pueden citarse grandes hombres de todo género bien mal dotados. Pero *adquirieron* la grandeza, se hicieron «genios» (como se dice), por medio de cualidades, cuya falta no quiere uno señalar sino cuando las siente en sí: tuvieron todos la conciencia de los artesanos, que comienzan por aprender o conformar perfectamente las partes antes de arriesgarse a hacer un gran conjunto. Se dieron tiempo para eso, porque sentían mayor placer en el perfeccionamiento del detalle, de lo accesorio, que en el efecto de un conjunto deslumbrante. Es fácil, por ejemplo, dar la receta para que un hombre se haga novelista; pero la ejecución supone cualidades que uno tiene costumbre de perder de vista cuando dice: «No tengo bastante talento». Háganse ciento o más esbozos de novelas que no pasen de dos páginas, pero cuya pureza sea tal, que no haya ni una palabra innecesaria; escríbanse día por día anécdotas, hasta que llegue a encontrarse su forma más llena y más eficaz; que no se descanse en recoger y en describir tipos y caracteres humanos; que se narre tan a menudo como sea posible, y se escuche narrar con mirada y oído perspicaces y atentos para poder penetrar el efecto producido en los demás asistentes; que se viaje como paisajista y dibujante de costumbres; que se extraiga para el propio uso de cada ciencia aquello que, bien expuesto, produce efectos artísticos; que se reflexione, en fin, sobre los motivos de las acciones humanas; que no se desdeñe ninguna indicación que pueda instruir, y se haga uno coleccionador de semejantes cosas día y noche; dejemos pasar unos diez años empleados en este múltiple ejercicio, y entonces todo lo que produzca podrá también salir a la calle. ¿Qué hacen, por el contrario, la mayor parte? No comienzan por el detalle, sino por el conjunto. Alguna vez despertarán la atención, y desde entonces su labor irá de mal en peor, por razones muy naturales. A veces, cuando faltan el carácter y la inteligencia para formarse tal plan de vida artística, son el destino y la necesidad los que toman su lugar y guían paso a paso al maestro futuro a través de todas las exigencias de su oficio.

164

PELIGRO Y VENTAJA DEL CULTO DEL GENIO.— La fe en los espíritus grandes, superiores, fecundos, está, no precisamente de un modo necesario, sino muy a menudo, unida todavía a la superstición (enteramente, o a medias religiosa) de que

esos espíritus tienen origen sobrehumano y poseen ciertas facultades maravillosas, por medio de las cuales adquieren sus conocimientos por un camino enteramente distinto que el resto de los hombres. Se les atribuye una vista inmediata de la esencia del mundo, como por un agujero en el manto de la apariencia, y se cree que sin el trabajo y los esfuerzos de la ciencia, merced a su divina mirada maravillosa, podrían comunicar algo definitivo y decisivo sobre el hombre y el mundo. En tanto que el milagro en materia de conocimiento halle todavía creyentes, tal vez pueda juzgarse que ello provenga de la utilidad que proporciona a los mismos creyentes, manifiesto, como está, que éstos, con su absoluta sumisión a los grandes espíritus, aseguran a los suyos para el tiempo de su desarrollo la mejor disciplina y la mejor escuela. Por el contrario, es cosa de preguntarse si la superstición del genio, de sus privilegios y de sus facultades especiales es de utilidad para el genio mismo cuando se radica en él. Es síntoma peligroso el que un hombre sea presa de ese temor religioso de sí mismo, pues puede tratarse de aquel célebre temor de los Césares o del temor del genio, y peor síntoma es todavía cuando el olor de los sacrificios que no se ofrecen más que a un solo Dios, penetra en el cerebro del genio hasta el punto de hacerle vacilar y creerse algo sobrenatural. Las consecuencias son el sentimiento de la irresponsabilidad, de los privilegios personales, la persuasión de que hace favor nada más que con lo que hace, una loca rabia a propósito de toda tentativa de compararle con otros o ponerle bajo el nivel de éstos, de sacar a relucir los defectos de su obra. Por lo mismo que deja de criticarse a sí mismo, acaban por caer una a una las plumas de su plumaje; esa superstición mira las raíces de su fuerza, y hará quizá de él un hipócrita una vez que esta fuerza le abandone. Aún para los grandes espíritus es más útil darse cuenta de su fuerza y de su origen, comprender así qué cualidades han confluido en ellos, qué circunstancias felices concurrieron para hacerles de ese modo; una energía que un día encuentra su camino, una aplicación decidida, un gran valor personal, y además y después la suerte de una educación que por fortuna le ha proporcionado los mejores maestros, los mejores modelos, los mejores métodos. Si su fin es producir el mayor *efecto* posible, la incertidumbre de sí mismo y esa adición de una semilocura, le sirven mucho, pues lo que se ha admirado y envidiado siempre en ellos es justamente esa fuerza, gracias a la cual arrebatan la voluntad a los hombres y les encadenan a la ilusión de que guías sobrenaturales van delante de ellos. Si eleva y anima a los hombres el creer a alguien en posición de fuerzas sobrenaturales, en este sentido el delirio, como dijo Platón, produjo en los hombres frutos de bendición. En *raros casos*, tal delirio puede muy bien haber sido el medio por el cual una naturaleza exuberante ha podido sostenerse sólidamente en todas direcciones: aun en la vida de los individuos, los conceptos ilusorios tienen frecuentemente la importancia de los remedios que de suyo son venenosos; sin embargo, el veneno, acaba, en todo «genio» se hace viejo: acordémonos, por ejemplo, de Napoleón, cuyo ser se había formado justamente por esa fe en sí mismo y por el desprecio de los hombres que de aquélla emanaba, hasta producir la poderosa unidad que le hace sobresalir entre todos los

hombres modernos, hasta que esa misma creencia le llevó a un fatalismo casi insensato, le quitó toda la rapidez y penetración de su golpe de vista, y fue la causa de su ruina.

165

El genio y la nulidad.— Son precisamente, tratándose de los artistas, los cerebros originales, creadores por sí mismos, los que pueden en ciertas circunstancias producir el vacío y la nada completos, mientras que las naturalezas más dependientes, los talentos, abundan en recuerdos de todo lo bueno posible y aun en su mayor debilidad producen algo pasadero. Pero si los originales, los creadores, se abandonan a sí mismos, el recuerdo no les ayuda: llegan a hacerse vacíos.

166

El público.— El pueblo pide a la tragedia que sea conmovedora, que le arranque lágrimas; el artista, por el contrario, al ver la tragedia nueva, encuentra placer en las invenciones y los procedimientos técnicos ingeniosos, en el tratamiento y división de la materia, en el nuevo matiz dado a viejos motivos, a viejos pensamientos. Su situación frente a la obra de arte es la situación del que crea.

167

Educación artística del público.— Si el mismo tema es tratado de cien diversas maneras por diferentes maestros, el público no aprende a elevarse por encima del interés del sujeto.

168

El artista y su cortejo deben andar con lentitud.— El paso de un grado de estilo a otro debe ser bastante lento para que no sólo los artistas, sino también el público, se compenetren y sepan exactamente lo que pasa. De otro modo se produce de un golpe un gran abismo entre el artista que crea sus obras sobre una altura aislada y el público que no es capaz de llegar a tanta altura y que tiene al fin que descender con disgusto. Puede cuando el artista no eleve a su público, éste cae rápidamente, y su caída es tanto más profunda y peligrosa cuanto el genio le ha llevado más alto.

169

ORIGEN DE LO CÓMICO.— Si consideramos que durante miles de años el hombre fue un animal temeroso, y que todo lo que es repentino, inesperado, le obligaba a estar pronto a combatir, quizá pronto a morir, que más tarde, toda la seguridad descansaba sobre la tradición, no debemos admirarnos de que en presencia de todo lo que es repentino, inesperado en palabra y en acción que se produce sin peligro ni daño, el hombre pase a lo opuesto del temor; el ser que temblaba de angustia, volviendo sobre sí mismo se solaza a su placer, ríe. Esta transición de una angustia momentánea a una alegría de corta duración es lo que se denomina lo cómico. Por el contrario, en el fenómeno de lo trágico el hombre pasa rápidamente de una gran alegría duradera a una gran angustia; pero como entre los mortales la gran alegría duradera es mucho más rara que los motivos de angustia, abunda mucho más lo cómico que lo trágico en el mundo; ríe más veces el hombre que se conmueve.

170

AMBICIÓN DEL ARTISTA.— Los artistas griegos, por ejemplo, los trágicos, componían para vencer; su arte no puede ser imaginado; la buena Eris de Hesiodo, la ambición, prestó las alas a su genio. Por consiguiente, esta ambición quería que su obra fuese excelente *a sus propios ojos*, tal como *éstos* la comprendían, sin relación a un gusto reinante ni a la opinión general, y por eso Esquilo y Eurípides permanecieron largo tiempo sin tener éxito, hasta que por fin llegaron a *formarse* jueces para su arte, jueces que apreciaban sus obras según las reglas que ellos mismos establecieron. Así, pues, buscando la victoria conforme a su propia manera de apreciar, querían *ser* más excelentes, para pedir después la aprobación extraña, la confirmación de su propio juicio. Buscar el honor quiere decir «hacerse superior y que esta superioridad se haga pública». Si lo primero falta y se ambiciona lo segundo, hablase de *vanidad*. Falta lo segundo y se nombra el orgullo.

171

LO NECESARIO EN LA OBRA DE ARTE.— Los que tanto hablan del elemento necesario a una obra de arte, exageran si son artistas *in majorem artis gloriam*, y si profanos, por ignorancia. Las formas de una obra de arte que dan a su pensamiento la palabra, que son, por consiguiente, su manera de expresarse, tienen siempre algo de peculiar. El escultor puede añadir o quitar muchos pequeños rasgos, así como el intérprete, el comediante, o si se trata de la música, el profesor o director de orquesta. Esos

numerosos pequeños detalles, esos refinamientos, le causan hoy placer, mañana no; corresponden más al artista que al arte, pues también aquél tiene necesidad alguna vez, entre la violencia y el esfuerzo sobre sí mismo que la expresión de su pensamiento principal le exige, de echar mano de medios de distracción, para no hacerse melancólico.

172

OLVIDAR AL MAESTRO.— El pianista que ejecuta la obra de un maestro habrá tocado lo mejor posible cuando haya hecho olvidar al maestro y causado la ilusión de que contaba una historia de su vida o algo que vive actualmente. Si no *vale*, todos maldecirán la jactancia con que nos habla de su vida. Es necesario, pues, que procure cautivar la imaginación del auditorio. De ese modo se explican a su vez todas las debilidades y las locuras de la «virtuosidad».

173

CORREGIR LA FORTUNA.— Existen en la vida de los grandes artistas enojosas circunstancias que le obligan a no mostrarse tal y como son, forzándoles, al pintor, por ejemplo, a no pintar el cuadro más importante, como obligaron a Beethoven a no dejarnos de sus grandes sonatas (entre otras, la compuesta en *si mayor*) más que la insuficiente reducción para piano. En esto el artista que viene más tarde debe buscar la manera de corregir en cierto modo la vida del gran hombre; esto es lo que haría, por ejemplo, aquél que estando en posesión de todos los efectos de orquesta despertara a la vida para nosotros ésta sinfonía muerta aparentemente en el piano.

174

REDUCIR.— Muchos sucesos o personas no pueden ser tratadas en pequeño, como es necio reducir el grupo de Laocoon a una miniatura. Pero todavía es mucho más raro que alguna cosa de naturaleza pequeña soporte el engrandecimiento; por esto a los biógrafos les es más fácil empequeñecer a un hombre grande que engrandecer a un pequeño.

175

SENSIBILIDAD EN EL ARTE DEL PRESENTE.— Los artistas están descontentos cuando trabajan por el efecto sensible de sus obras, pues el público no tiene igual manera de sentir. Su sensibilidad comienza quizá donde cesa la del artista; se encuentran, pues, cuando más, en un punto.

176

SHAKESPEARE MORALISTA.— Shakespeare ha reflexionado mucho sobre las pasiones, y sin duda en su temperamento había abundante cosecha de ellas (los poetas dramáticos son, por lo general, malos hombres). Sin embargo, no podía, como Montaigne, hablar por sí mismo; pero suponía sus consideraciones en labios de las figuras apasionadas, cosa, en verdad, contraria a la Naturaleza, pero que hace que sus dramas estén tan llenos de pensamientos y que a su lado los demás parezcan imbéciles. Las máximas de Schiller (que se fundan casi siempre en ideas falsas e insignificantes), son teatrales y producen efectos muy fuertes; las máximas de Shakespeare hacen honor a su modelo Montaigne y encierran pensamientos graves, pero demasiado finos para el público teatral, y por lo tanto carecen de efecto.

177

BUENA COLOCACIÓN EN RELACIÓN AL OÍDO.— Es necesario no solamente saber tocar bien, sino también estudiar la manera de que los oídos reciban bien las impresiones musicales, colocarse en el lugar más conveniente.

178

LO INCOMPLETO CONSIDERADO COMO LO EFICAZ.— Del mismo modo que las figuras en relieve actúan tan fuertemente sobre la imaginación, porque se hallan, por decirlo así, como desprendiéndose de los murales, y que al mismo tiempo se detienen sin saber por qué, así, a veces, la exposición incompleta como en relieve de un pensamiento, de una filosofía entera, es más eficaz que la explicación completa: cuanto más se deja que hacer al espectador, más se excita en triunfar el mismo del obstáculo que hasta entonces se oponía al desenvolvimiento completo de la idea.

179

CONTRA LOS ORIGINALES.— Cuanto el arte se viste con la tela más gastada, es cuando se le conoce mejor por arte.

180

ESPÍRITU COLECTIVO.— Un buen escritor no tiene solamente su propio espíritu, sino también el de sus amigos.

181

DOS CLASES DE DESCONOCIMIENTO.— La desgracia de los escritores penetrantes y claros es que se les tome por superficiales, y por consiguiente, nadie se tome acerca de ellos ningún trabajo, y la suerte de los escritores obscuros consiste en que el lector se consuma estudiándolos y ponga en su cuenta el goce que le causa su diligencia.

182

RELACIONES CON LA CIENCIA.— No tienen verdadero interés por una ciencia los que no comienzan por entusiasmarse con ella, como si de hecho la hubiesen descubierto.

183

LA LLAVE.— El pensamiento aislado al cual un hombre de valer atribuye gran precio, en medio de las risas y burlas de las gentes sin valer, es para él una llave de tesoros ocultos, mientras que para los demás es un pedazo de hierro viejo.

184

INTRADUCIBLE. Ni lo mejor ni lo peor de un libro es intraducible.

185

PARADOJAS DEL AUTOR.— Las paradojas de que el lector se sorprende, no están a menudo en el libro, sino en la cabeza del que lee.

186

ESPÍRITU.— Los autores más espirituales producen una sonrisa poco sensible.

187

LA ANTÍTESIS.— La antítesis es la puerta por la cual el error se desliza voluntariamente hasta la verdad.

188

LOS PENSADORES COMO ESTILISTAS.— La mayor parte de los pensadores escriben mal, porque no nos comunican solamente sus pensamientos, sino también la razón de sus pensamientos.

189

IDEAS EN LA POESÍA.— El poeta conduce triunfalmente sus ideas sobre el carro del ritmo, ordinariamente, porque éstas no son capaces de ir a pie.

190

PECADO CONTRA EL ESPÍRITU DEL LECTOR.— Cuando un hombre rebaja su talento únicamente para ponerse al nivel del lector, comete un pecado mortal que éste no le perdonará nunca, suponiendo, por supuesto, que se dé cuenta de ello. Puede uno decirle al hombre cosas atroces, pero enalteciendo su vanidad.

191

LÍMITES DE LA HONRADEZ.— Aún al escritor más honrado se le escapa una palabra de más si quiere redondear un período.

192

EL MEJOR ESCRITOR.— El mejor escritor es aquél que se avergüenza de serlo.

193

LEY DRACONIANA CONTRA LOS ESCRITORES.— Debería considerarse a todo escritor como un malhechor que en muy contados casos merece perdón y gracia. Éste sería un remedio contra la invasión de los libros.

194

LOS LOCOS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA.— Los bufones de las cortes de la Edad Media corresponden a nuestros folletinistas; son la misma clase de hombres, a medias razonables; burlones exagerados, tontos, que no lo hacen a veces sino para aliviar lo patético de la situación por medio de agudezas, de jactancias, y apagan así con sus gritos el toque de agonía demasiado solemne de los grandes sucesos, a veces en servicio de los príncipes y de los nobles, y otras en servicio de los partidos (del mismo modo que en espíritu sobrevive ahora todavía una parte de la antigua obsequiosidad de las relaciones de pueblo a príncipes). Pero todas las clases de literatura moderna se aproximan mucho a la de los folletinistas; son éstos los locos de la civilización moderna que se juzgan con mayor indulgencia si no se les toma por enteramente irresponsables. Considerar el oficio de escritor como una profesión, es una locura.

195

RENOVADO DE LOS GRIEGOS.— Lo que dificulta hoy la marcha de la ciencia es que todas las palabras, por una exageración de sentimiento, se han hecho hinchadas y ampulosas. El grado superior de cultura que se mantiene bajo el dominio (si no bajo la tiranía) de la ciencia, necesita debilitar el sentimiento y compulsar todas las palabras, en lo cual los griegos del tiempo de Demóstenes nos han precedido. Distingue a todos los escritos modernos la hinchazón. Severa reflexión, concisión,

sangre fría, simplicidad, sencillez llevada aun voluntariamente hasta el límite, tales son los únicos remedios aplicables. Por lo demás, esta manera fría de escribir y de sentir es, a título de contraste, muy atrayente y un nuevo peligro, dado que la frialdad penetrante es un medio de excitación como el más alto grado de calor.

196

BUENOS NARRADORES, MALOS EXPLICADORES.— Entre los nuevos narradores, una gran seguridad y un error psicológico admirable contrastan de modo verdaderamente risible con la falta de ejercicio de su reflexión psicológica, de la misma manera que su cultura aparece por un momento tan pronto eminentemente elevada, como lamentablemente baja. Hasta sucede con demasiada frecuencia que explican *en falso* expresamente sus propios héroes y sus actos. Esto no cabe duda, aun cuando parezca inverosímil. Quizá los mejores pianistas han reflexionado muy poco sobre la importancia, los defectos, la utilidad y la educabilidad especiales de cada dedo (ética dactílica), y cometen faltas groseras al hablar de cosas de este género.

197

LOS LIBROS DE PERSONAS QUE NO SON CONOCIDAS Y SUS LECTORES.— Leemos los escritos de personas que nos son conocidas (amigas o enemigas) de una manera doble, atendiendo a que nuestro conocimiento está sin cesar murmurando: «Es de él, es una muestra de su interior, de sus aventuras, de su talento», mientras que por otra parte, otra especie de conocimiento busca fijar cuál es el provecho de la obra en sí, qué estimación merece en general, abstracción hecha de su autor. Las dos maneras de leer y de apreciar, se destruyen recíprocamente del mismo modo que la conversación con un amigo sólo producirá buenos frutos de conocimiento cuando el uno y el otro acaben por no pensar más que en la cosa misma y olviden que son amigos.

198

SACRIFICIO RÍTMICO.— Muy buenos escritores modifican el ritmo de más de un período, únicamente porque no reconocen en los lectores ordinarios capacidad suficiente para apreciar la medida que seguía el período en su primera forma; por esto les proporciona una facilidad devolviendo la preferencia a ritmos más conocidos. Esta revelación de la incapacidad rítmica del lector actual ha arrancado ya más de un suspiro.

199

LO INCOMPLETO COMO ATRACTIVO ARTÍSTICO.— Lo incompleto produce a menudo mayor efecto que lo completo, especialmente en el panegírico: para su fin se tiene precisamente necesidad de una laguna, como de un elemento irracional que hace reflejar un mar ante la imaginación del oyente y semejante a una bruma cubre la ribera opuesta, y por consiguiente, los límites del objeto que se trata de alabar. Al citar los méritos conocidos de un hombre, si se es extenso, despiértase la sospecha de que sean éstos los únicos. El hombre que alaba completamente se pone por encima del que alaba, lo *ve desde alto*. Por esto lo completo produce un efecto debilitante.

200

PRECAUCIÓN ESCRIBIENDO Y ENSEÑANDO.— Quien ha escrito una vez y siente la pasión de escribir, no se da cuenta de que todo lo que hace y vive es literalmente comunicable. No piensa ya más que en el escritor y en su público; quiere la comprensión, pero no para su propio uso. El que enseña es la mayor parte del tiempo incapaz de tarea alguna para su propio bien, piensa siempre en el bien de sus alumnos, y el conocimiento no le produce placer sino en tanto que pueda enseñarlo. Acaba por considerarse como un pasaje del saber, como un medio, en suma, al punto de que ha perdido la serenidad para lo que le concierne.

201

MALOS ESCRITORES NECESARIOS.— Será siempre necesario que haya malos escritores, pues responden al gusto de las edades no desarrolladas, no maduradas, y éstas tienen también sus necesidades como las más maduras. Si la vida humana fuera más larga, el número de los individuos llegados a la madurez sería superior, o a lo menos igual al de los individuos no maduros; pero sucede que la gran mayoría muere demasiado joven, es decir, que siempre tienen mal gusto. Estas desean, además, con la gran vehemencia de la juventud, la satisfacción de sus necesidades y por eso *se procuran* malos autores.

202

Demasiado cerca y demasiado lejos.— Si el autor y el lector no se comprenden es porque el autor conoce demasiado bien su tema y le encuentra fastidioso, y el lector es extraño al asunto y lo encuentra poco justificado.

203

Una preparación para el arte desaparecido.— En el gimnasio, lo más importante era el ejercicio del estilo latino: por oposición a las demás ocupaciones, no tenían más fin que el de saber. Dar la preferencia a la composición alemana es una barbarie, pues no tenemos de estilo alemán modelo apropiado a la elocuencia pública; pero si se quiere por medio de la composición alemana favorecer el ejercicio de pensamiento, será mejor hacer completa abstracción del estilo, y por lo tanto, distinguir entre el ejercicio del pensamiento y la expresión. La simple expresión de una materia dada era la tarea del discurso latino, por medio del cual los antiguos maestros poseían una agudeza de oído de que no hay idea. El que antes escribía bien en cualquier lengua moderna, lo debía a ese ejercicio (hoy se debe, a falta de algo mejor, seguir la escuela de los viejos franceses). Pero hay más: adquiría cierta concepción de la grandeza y de la dificultad de la forma y de antemano estaba preparado para el arte en general por la sola verdadera vía, por la práctica.

204

Lo obscuro y lo demasiado claro, el uno al lado del otro.— Los escritores que no sepan dar ninguna claridad a sus ideas, elegirán para el detalle las denominaciones y los superlativos: de ello nace un efecto de luz semejante a una claridad de antorcha entre los embrollados senderos de una selva.

205

Pintura literaria.— Un asunto importante tendrá su mejor representación cuando sus colores se arranquen, como un químico los colores de un cuadro, del asunto mismo, y se les aplique después como un artista: de manera que se haga nacer el dibujo de las limitaciones y de las transiciones de estos colores. Así el cuadro adquirirá algo del atrayente elemento natural que da al objeto su propia significación.

206

LIBROS QUE ENSEÑAN A BAILAR.— Hay escritores que representan lo imposible como lo posible, hablan de lo moral y genial como si uno y otro fueran una fantasía, un capricho, provocan un sentimiento de libertad gozosa, como si el hombre se posase sobre las puntas de los pies, por un gozo interior estuviese absolutamente obligado a bailar.

207

IDEAS QUE NO HAN LLEGADO A TÉRMINO.— Del mismo modo que no tan sólo la edad viril, sino también la juventud y la infancia tienen valor *en sí*, y no deben apreciarse solamente como transiciones y pasajes, así también los pensamientos que no se han terminado tienen su valor. No debemos, pues, mortificar a un poeta por un comentario sutil y reírnos de la incertidumbre de su horizonte como si el camino que lleva a más altas ideas estuviese ya expedito. Se detiene uno en el umbral: se espera como para el desenterramiento de un tesoro; procede como si debiera hacerse un feliz hallazgo de pensamientos profundos. El poeta extrae algo del pensador al encontrar una idea capital, y nos deja ávidos de ella hasta el punto de que nos empeñamos en su caza; pero pasa revoloteando por encima de nuestra cabeza mostrando bellas alas de mariposa, y sin embargo, se nos escapa.

208

EL LIBRO TROCADO CASI EN UN HOMBRE.— Es para todo escritor sorpresa enojosa y siempre nueva que su libro, desde que se separa de él, viva con vida propia. Quizá lo olvidará casi enteramente, quizá se elevará por encima de los conceptos que en él ha depositado, quizá ni lo entenderá ya y habrá perdido el alto vuelo a que se remontara para concebirlo; sin embargo, el libro es buscado por los lectores, produce dicha o desdicha, es causa de nuevas obras; se hace el alma de principios y de acciones: en una palabra, vive como un ser provisto de espíritu y de alma, y sin embargo no es un hombre. Es una dicha para el autor poder decir que todo lo que en él existía de ideas y de sentimientos creadores de vida, fortificantes, edificantes, esclarecedores, vive todavía en sus obras, y que él mismo no es más que la ceniza gris, mientras que el fuego ha sido conservado y propagado por todas partes. Si se considera, pues, que toda acción de un hombre, y no solamente un libro, sirve por algún motivo de ocasión a otras acciones, decisiones y pensamientos, que todo lo que se hace está anudado a lo que se hará, tendremos que reconocer verdadera inmortalidad existente, la del movimiento.

209

Gozo en la ancianidad.— El pensar y aun el artista que ha puesto lo mejor de sí mismo en sus obras, experimenta un goce casi maligno cuando ve cómo su cuerpo y su espíritu son quebrantados y destruidos lentamente por el tiempo, como si viera a un ladrón descerrajar la caja de caudales, sabiéndola vaciar.

210

Fecundidad tranquila.— Los aristócratas del espíritu no se apresuran; sus creaciones aparecen y caen del árbol como en una tranquila tarde de otoño, sin que sean anhelosamente deseadas ni solicitadas. El deseo incesante de crear es vulgarísimo y atestigua recelos, envidia, ambición. Si es uno algo, no tiene necesidad de hacer nada. Por encima de los hombres «productores» existe una especie superior.

211

Aquiles y homero.— Pasa como en el caso de Aquiles y de Homero: el uno tiene la vida, el sentimiento; el otro los *describe*. Un verdadero escritor no da fija más que la pasión y la experiencia de otro: es artista para saber sacar mucho de lo poco que ha sentido u oído. Los artistas no son los hombres de gran pasión, sino lo que se las *dan* de tales, con el sentimiento inconsciente de que se concederá mayor crédito a su pasión pintada si su propia vida habla en favor. Para ello no hay más que dejarse llevar, no apasionarse, dar salida a la cólera, al apetito. Pronto el mundo exclamará: «¡Qué apasionado es!». Pero tratándose de la pasión que domina profundamente, que devora al individuo y hasta lo aniquila con frecuencia, la cosa tiene alguna importancia; el que la sufre no la describe ciertamente en dramas, melodías ni novelas. Los artistas son a menudo individuos *sin freno*, justamente en la medida en que no son artistas. Pero eso es cosa distinta.

212

Viejas dudas sobre la acción del arte.— ¿Son la piedad y el terror, como quiere Aristóteles, purificados por la tragedia, aun cuando el oyente vuelve a casa más frío y más en calma? ¿Las historias de las apariciones hacen menos timorato y menos supersticioso? Verdad es que en ciertos hechos físicos, en la pasión amorosa,

por ejemplo, la satisfacción de una necesidad produce alivio momentáneo del instinto. Pero el terror y la piedad no son necesidad de órganos determinados, y a la larga, todo instinto humano se *fortifica* con el ejercicio de su satisfacción, a pesar de esos sedantes periódicos. Es posible que en cada caso particular fuesen aliviados el terror y la piedad por la tragedia; sin embargo, podría muy bien suceder que se robustecieran por la influencia trágica, y Platón tendría, a pesar de todo, razón cuando juzga que por la tragedia se hace uno más inquieto y más impresionable. El mismo poeta trágico adquiriría entonces necesariamente una vista del mundo sombría, aterradora, y un alma angustiada, excitable, ávida de lágrimas. No nos repugna la opinión de Platón de que los poetas trágicos y hasta las ciudades enteras que se complacen con ellos, desciendan a una falta de medida y de freno siempre creciente. Pero ¿qué derecho tiene nuestro tiempo, en general, para dar una respuesta a la gran cuestión platónica de la influencia moral del arte? ¿De dónde tomamos la influencia, *una* influencia *cualquiera* del arte?

213

PLACER SACADO DE LO ABSURDO.— ¿Cómo puede el hombre experimentar placer en lo absurdo? ¡Tanto como hay de qué reír en el mundo! Hasta puede decirse que casi donde existe una dicha, existe placer sacado de lo absurdo. La inversión de la experiencia en su contraria, de lo que tiene fin en lo que no le tiene, de lo necesario en lo caprichoso, sin que, sin embargo, estos hechos produzcan ningún daño y sean concebidos como manifestaciones de buen humor, son motivo de júbilo, pues nos libran momentáneamente de las imposiciones de la necesidad, de la apropiación a los fines y de la experiencia, en los cuales vemos amos incapaces de piedad; gozamos y nos reímos cuando lo esperado (que de ordinario trae consigo sombra e inquietud) se realiza sin perjudicarnos. Es algo parecido al júbilo de los esclavos en las fiestas Saturnales.

214

ENNOBLECIMIENTO DE LA REALIDAD.— Porque los hombres veían en el instinto afrodisíaco una divinidad y la sentían agitarse en ellos con un reconocimiento llevado hasta la adoración, esta pasión, en el transcurso del tiempo, se ha complicado con series de concepciones más elevadas, y por lo tanto, se ha ennoblecido. Así fue como algunos pueblos, gracias a este arte de idealización, hicieran de ciertas enfermedades poderosos auxiliares de la civilización, por ejemplo, los griegos, que en primitivos tiempos sufrían grandes epidemias nerviosas (bajo la forma de epilepsia y baila de

San Vito), formaron de ello el tipo magnífico de la Bacante. Los griegos lo poseían todo menos una salud equilibrada; su secreto estribaba en hacer a la enfermedad, teniendo en cuenta su *poder*, los honores de una divinidad.

215

MÚSICA.— La música no es en sí y por sí de tal manera significativa a nuestro ser íntimo, tan profundamente conmovedora, que pueda pasar como el lenguaje *inmediato* del sentimiento; pero su antigua unión con la poesía ha puesto tanto simbolismo en el movimiento rítmico, en las fuerzas y debilidades del sonido, que ahora tenemos la ilusión de que habla *al ser íntimo* y proviene de *él*. La música dramática no es posible sino cuando el arte de los sonidos tiene conquistado inmenso imperio de medios simbólicos, por las canciones, la ópera y cien formas de ensayos de pintura, por medio de los sonidos. La «música absoluta» es, o bien una forma en sí, un estado grosero en el cual el sonido mesurado y diversamente acentuado causa placer en general, o bien el simbolismo de las formas hablando al entendimiento sin ayuda de la poesía, puesto que durante una larga evolución las dos artes han estado unidas, y que, en fin, la forma musical está ya enteramente cargada de ideas y de sentimientos. Los hombres que han quedado rezagados en la evolución de la música pueden sentir un mismo trozo de música de un modo formal, cuando a su vez los más avanzados lo sienten simbólicamente. Por sí sola ninguna música es profunda ni significativa; no habla ni de «voluntad» ni de «cosa en sí»; es algo que el intelecto no podría imaginarse sino en un siglo que hubiera conquistado por el simbolismo musical todo el dominio de la vida interior. Es el mismo intelecto el que ha *introducido* la significación de los sonidos; del mismo modo que lo ha hecho en las relaciones de las líneas y de la masa en arquitectura, dándoles una significación que de suyo es enteramente extraña a las leyes mecánicas.

216

GESTO Y LENGUAJE.— Más antiguo que el lenguaje es la imitación de los gestos que se producen involuntariamente, y aún hoy, a pesar de la restricción del lenguaje de los gestos y del dominio de los músculos que se ha adquirido, es tan fuerte que no podemos ver un rostro en movimiento sin que nuestros nervios se contraigan también (cuando alguien bosteza, bostezan todos los que con él se hallan). El gesto imitado conducía al imitador al sentimiento que expresaba el rostro o el cuerpo del imitado. Así era como se aprendía a comprender, así es como hoy mismo aprende el niño a conocer a la madre. En general, los sentimientos dolorosos pueden expresarse

también por gestos que produzcan por su parte un dolor (ejemplo, arrancarse los cabellos, golpearse el pecho, desfigurar y contraer violentamente los músculos de la cara). A la inversa, los gestos del placer eran por sí mismos placenteros y se prestaban a la comunicación de la inteligencia (siendo la risa manifestación del halago). Desde que uno se entiende por medio de gestos, puede nacer un *simbolismo* de los gestos; quiero decir que podía uno entenderse por medio de un lenguaje de sonidos, a condición de que se produjeran a la vez el sonido y el gesto (al cual se añadía como símbolo); luego solamente el sonido. Parece entonces que en una época antigua haya acaecido frecuentemente lo mismo que ahora produce en nuestros ojos y en nuestros oídos en el desenvolvimiento de la música, y más notablemente de la música dramática. Mientras que al principio la música, desprovista del baile y de la mímica (lenguaje de los gestos) que la explican, era un vano ruido, el oído, por la larga costumbre de percibir la asociación de la música y el movimiento, se ha instruido lo suficiente para interpretar las figuras de los sonidos, y ha llegado, finalmente, a un grado de comprensión rápida, en el que no necesita del movimiento visible y *comprende* sin él al compositor. Se trata entonces de la música absoluta, es decir, de la música en que todo es conocido a primera vista, sin ayuda auxiliar alguna.

217

La inmaterialidad del gran arte.— Nuestros oídos, gracias al ejercicio extraordinario del entendimiento por el desarrollo artístico de la música nueva, se han hecho intelectuales. Lo que nos hace soportables acentos mucho más fuertes, mucho más «ruido», es que nos hemos ejercitado mucho mejor, para oír en *él la significación*, que nuestros antepasados. Todos nuestros sentidos, por lo mismo que demandan desde luego la significación, y por consiguiente lo que «eso quiere decir», no «lo que es», están en cierto modo entorpecidos; tal entorpecimiento se revela, por ejemplo, en el reino absoluto del temperamento de los sonidos, pues hoy los oídos capaces de distinciones finas, por ejemplo, entre un *do sostenido* y un *re bemol*, son excepcionales. Desde este punto de vista, nuestro oído se ha hecho algo más torpe. Por otra parte, el lado originalmente hostil a los sentidos ha sido conquistado por la música; el dominio de su poder, especialmente por la expresión de lo sublime, de lo terrible, de lo misterioso, se ha extendido de un modo sorprendente. Nuestra música hace hablar a lo que en otro tiempo no tenía palabras. De manera análoga algunos pintores han hecho la vista más intelectual y han avanzado mucho más allá de lo que antes se llamaba el placer de los colores y de las formas. También en esto la parte del mundo que pasaba por repugnante ha sido conquistada por la inteligencia artística. —¿Cuál es la consecuencia de todo esto?—. Cuanto más susceptible de pensamiento se hacen el oído y la vista, más se acercan a los límites de lo inmaterial; el placer radica en el cerebro, los órganos de los sentidos se reblandecen y debilitan, el simbolismo

toma cada vez más el lugar de lo real, y así llegamos por este camino a la barbarie tan seguramente como por cualquiera otro. Entretanto, podemos decir: el mundo es más feo que antes, pero *significa* un mundo más bello. Cuanto más el perfume de esta significación se esparce y se volatiliza, más raros son los que la comprenden. El resto permanece en la fealdad y busca el modo de gozar directamente con ella; de aquí que fracasen siempre. Así, hay en Alemania una doble corriente de desenvolvimiento musical: aquí un grupo de diez mil personas de pretensiones cada vez más delicadas y que escuchan «lo que esto quiere decir», y allá la inmensa mayoría, que cada año se hace más incapaz de comprender el elemento significativo aún bajo la forma de fealdad material, y por esta razón aprende a tomar de la música lo que es en sí feo y repugnante, es decir, bajamente material, con mayor placer.

218

La piedra es hoy más piedra que nunca.— No comprendemos la arquitectura, hablando en general, de la misma manera que comprendemos la música. Hemos crecido fuera de lo simbólico de las líneas y de las figuras, nos hemos desacostumbrado de los efectos sonoros de la retórica, y ya no hemos mamado más esa especie de leche material de la educación. En un edificio griego o cristiano, todo significaba algo, y esto en relación a un orden de cosas superior; la idea de una significación inagotable se mantenía alrededor del edificio y le cubría a la manera de un velo encantado. La belleza no entraba sino accesoriamente en el sistema, sin interesar esencialmente el elemento fundador, fuente de sublimidad siniestra, de consagración por su vecindad de los dioses y de la magia; la belleza *suavizaba* extraordinariamente el *horror*, pero este horror era dondequiera la condición primera. ¿Qué es hoy para nosotros la belleza de un edificio? Lo mismo que el hermoso rostro de una mujer sin espíritu, algo así como una máscara.

219

Origen religioso de la música moderna.— La música espiritual nació del catolicismo regenerado después del Concilio de Trento, siendo Palestrina quien sirvió de resonancia al espíritu nuevo, íntima y profundamente emocionado; más tarde pasó lo mismo con Bach en el protestantismo, a la medida en que éste había sido hecho por los pietistas más profundo y más se separaba de su carácter dogmático originario. La condición y la base necesarias a estas dos creaciones era la posesión de una música tal como el Renacimiento y el prerrenacimiento la tenían, es decir, estudio sabio de la música, placer en el fondo científico que se tomaba de las obras de arte de la armonía

y método de las voces. De otro lado, también debía haber precedido la ópera: la ópera, en la cual el profano protestaba contra la música fría que había llegado a hacerse demasiado sabia, y quería volver a dar a Polymnia un alma. Sin esa tendencia profundamente religiosa, sin la expresión sonora del alma, íntimamente conmovida, la música habría permanecido muy sabia, o de ópera; el espíritu de *contrarreforma* es el espíritu de la música moderna (pues hasta el pietismo de la música de Bach es una especie de contrarreforma). Es lo que le debemos a la vida religiosa. La música fue el contrarrenacimiento en el dominio del arte; de ella salió la pintura posterior de los Carraccio, de ella también quizá el estilo extravagante; más en todo caso que la arquitectura del Renacimiento o de la antigüedad. Y ahora podríamos preguntarnos: nuestra música moderna, removedora de ruinas, ¿podría reunirlas en una arquitectura antigua? Lo dudo mucho. Lo que reina en la música, la pasión, el placer en disposiciones elevadas, muy exaltadas, la sucesión rápida de las sensaciones, el mayor efecto del relieve en luz y sombra, la yuxtaposición del éxtasis y de lo ingenuo, todo ello ha reinado ya una vez en las plásticas y creado nuevas leyes de estilo, pero nada de ello existía ni en la antigüedad ni en el Renacimiento.

220

EL MÁS ALLÁ EN EL ARTE.— No puede declararse sin profundo disgusto que los artistas de todos los tiempos, en sus aspiraciones más altas, han atribuido precisamente tales representaciones a una explicación celeste, que todos reconocemos hoy por falsa: son los glorificadores de los errores religiosos y filosóficos de la humanidad, y no hubieran podido serlo sin la fe en su verdad absoluta. Luego si la fe en tal verdad disminuye, los colores del arco iris palidecen en torno de los fines extremos del conocimiento y de la perfección humana: así, esa especie de arte no puede reflorecer ya. Arte como la *Divina Comedia*, los cuadros de Rafael, los frescos de Miguel Ángel, las catedrales góticas, supone no solamente una significación cósmica, sino además metafísica de los objetos. Será alguna vez conmovedora la leyenda de que hayan podido existir tal arte y tal fe en los artistas.

221

LA REVOLUCIÓN DE LA POESÍA.— La severa limitación que los autores dramáticos franceses se imponen con motivo de la unidad de acción, de lugar y de tiempo; de la estructura del estilo, del verso y de la frase; de la elección de las palabras y de los pensamientos, ha sido una escuela tan importante como la del contrapunto y de la fuga para el desenvolvimiento de la música moderna, o como las figuras a lo Gorgias

en la elocuencia griega. Someterse a tales lazos puede parecer absurdo, y sin embargo, no hay otro medio para salir del naturalismo que comenzar por limitarse de la manera más fuerte (tal vez la más arbitraria). Se aprende así poco a poco a marchar por los senderos más estrechos que pasan como puentes por encima de horrorosos precipicios y se adquiere la más extremada agilidad del movimiento. Esto es lo que la historia de la música prueba a todo el que vive actualmente. En esto es donde puede verse cómo paso a paso los lazos van haciéndose más flojos, hasta que al fin pueden aparecer rotos totalmente: tal apariencia es el resultado supremo de una evolución necesaria en el arte. En la poesía moderna no ha existido una manumisión tan gradual de los lazos que a sí misma se ha impuesto. Lessing tomó la forma francesa, es decir la única forma del arte moderno, y la ridiculizó en Alemania, volviendo a Shakespeare; y así se perdió la continuidad de esa manumisión y se dio un salto atrás en el naturalismo, es decir, se llegó a los comienzos del arte. Goethe trata de huir de ello sin cesar, imponiéndose vínculos de diversas clases; pero aun el mejor dotado se pierde en tanteos cuando el hilo de la evolución está roto. Schiller debe la seguridad relativa de su forma al ejemplo, involuntariamente respetado, aunque negado, de la tragedia francesa, y se mantiene bastante independiente de Lessing, de quien rechazaba, como se sabe, las tendencias dramáticas. Aun entre los franceses, después de Voltaire, faltaron los grandes talentos que hubieran podido continuar la evolución de la tragedia desde lo forzado a esta apariencia de libertad. Dieron más tarde, siguiendo el ejemplo de Alemania, un salto a una especie de estado de naturaleza a lo Rousseau. Léase de cuando en cuando el *Mahomet*, de Voltaire, y bastará para comprender claramente todo lo que por esta ruptura de la tradición ha perdido de una vez para siempre la cultura europea. Voltaire fue el último de los poetas dramáticos que sujetó su alma, conforme a la medida griega, a mil formas, nacida espontáneamente para las mayores tempestades trágicas: podía lo que ningún alemán podía entonces, porque la naturaleza de los franceses está mucho más emparentada con la griega que la naturaleza alemana; lo mismo que fue también el último gran escritor que en el manejo de la prosa tuvo el oído, la conciencia artística y la sencillez y agrado de un griego: como que hasta ahora ha sido uno de los más grandes hombres que supieron reunir la más alta libertad de espíritu a una disposición absolutamente contrarrevolucionaria. Desde entonces el espíritu moderno con su inquietud, su odio contra todo lo que sea medida o trabas, ha llegado al imperio en todos los dominios tan pronto desencadenado por la fiebre de la revolución, o volviendo a refrenarse cuando le arrojaba a ella la inquietud y el horror de sí mismo. Pero este freno era freno de la lógica fría, no el de la medida artística. En verdad, nosotros hemos gozado, por medio de esta libertad, de la poesía de todos los pueblos, de todo lo que en ella existe, en lugares ocultos, de arranque natural, de vegetación primitiva, de florecimiento salvaje, de belleza milagrosa y de irregularidad gigantesca, desde la canción popular hasta el bárbaro de Shakespeare; gustamos las alegrías del color local y de las costumbres de la época, que hasta entonces habían permanecido

extrañas a todos los pueblos artistas; usamos ampliamente de las ventajas de la barbarie de nuestro tiempo, que Goethe hace valer contra Schiller, para destacar favorablemente los defectos de forma de su *Fausto*. Pero ¿cuánto tiempo pasará esto aún? La ola invasora de la poesía de todos los estilos de todos los pueblos *debe* ciertamente poco a poco arrastrar en su curso el dominio terrestre, sobre el cual un apacible florecimiento oculto hubiese sido posible; todos los poetas *deben* hacerse imitadores, experimentadores, copistas, por grande que sea su potencia al comenzar. El público, que ha olvidado en la *trabazón* de la fuerza expresiva en la dominación organizadora de todos los medios del arte, el acto propiamente artístico, *debe* tomar más y más la fuerza por el amor de la fuerza, el color por el amor del color, el pensamiento por el amor del pensamiento, la inspiración por el amor de la inspiración. No gozará, pues, más de los elementos y de las condiciones del arte sino aisladamente, y para colmo de bienes exigirá que el artista se *muestre* aisladamente también. Se han rechazado los lazos «irracionales» del arte greco-francés, pero insensiblemente nos hemos acostumbrado a encontrar irrazonables todos los lazos, todas las limitaciones; y si el arte marcha al encuentro de la independencia y toca al mismo tiempo —cosa en verdad eminentemente instructiva— todas las fases de sus extremos, de su niñez, de su imperfección, de sus tentativas de otros tiempos, repita al ir a su ruina, su progreso, su nacimiento. Uno de los más grandes en instinto, de quien sin duda puede uno fiarse y a cuya teoría sólo ha faltado *un suplemento* de treinta años de práctica, lord Byron, ha dicho una vez: «En lo que concierne a la poesía en general, estoy, cuanto más he reflexionado en ello, más firmemente convencido de que todos, en tanto que somos, seguimos falso camino, un sistema revolucionario radicalmente falso; nuestra generación o la próxima llegará todavía con el mismo prejuicio». El mismo Byron dijo: «Shakespeare es el peor de los modelos, aunque también el más extraordinario de los poetas. Y en el fondo, la intuición artística de Goethe madurada, en la segunda parte de su vida, ¿no dice exactamente lo mismo? ¿No es posible que Goethe no haya ejercido todavía su acción y que su tiempo esté por venir?». Fue precisamente porque su naturaleza le mantuvo en el carril de la revolución poética, porque explotó a fondo lo que indirectamente, por su ruptura con la tradición, había sido descubierto y de lo que había sido al mismo tiempo exhumado de debajo de las ruinas del arte, por lo que su metamorfosis y su marcha posterior tuvieron tanto peso; esto significa que sentía la necesidad profunda de representar la tradición del arte y de prestar a los escombros y a los cuerpos de las columnas, restos del templo, a lo menos imaginariamente, a la mirada, la perfección y la integridad antiguas, si la fuerza del brazo era demasiado débil para construir (se necesitaron fuerzas monstruosas para derribar). Vivía, pues, en el arte como en la reminiscencia del arte verdadero; su poesía se había hecho auxiliar de la inteligencia, de las épocas del arte antiguo, retrogradándolas a lo lejos. Sus deseos eran, a la verdad, irrealizables, en relación al poder de la edad moderna; pero su disgusto por ello fue largamente sobrepasado por el gusto de que un día

serían realizadas y de que nosotros podríamos participar de esta realización. Nada de individuos; nada de máscaras más o menos ideales, nada de realidad, sino una generalidad alegórica; los caracteres de la época, los colores locales volatilizados casi hasta lo invisible; la sensación actual y los problemas de la sociedad actual reducidos a las formas más sencillas, despojados de sus cualidades atrayentes, sobrexcitantes, patológicas, dejadas *sin efecto* en todo otro sentido distinto al sentido artístico; nada de materias ni de caracteres nuevos: he aquí el arte tal como Goethe lo comprendía tardíamente, tal como los griegos y también los franceses practicaban.

222

Lo que queda del arte.— Tiene el arte un valor mucho más grande en ciertas hipótesis metafísicas, por ejemplo, si se admite la creencia de que el carácter es inmutable y que el ser del mundo se repite perpetuamente en todos los caracteres y en todas las acciones: en este caso, la obra del artista viene a ser la imagen de lo *eternamente estable*, mientras que, en nuestro concepto, el artista no puede jamás dar a su imagen valor sino para cierto tiempo, porque el hombre, en general, es el producto de una evolución y está sujeto a cambios, y el individuo no es nada fijo ni duradero. Lo mismo pasa en otra hipótesis metafísica: suponiendo que nuestro mundo visible no fuese más que una apariencia, como admiten los metafísicos, el arte vendría a colocarse demasiado cerca del mundo real, pues entre el mundo de la apariencia y el mundo del sueño habría en este caso demasiada semejanza, y las diferencias que quedaran realizarían más la importancia del arte que la importancia de la Naturaleza, porque el arte expresaría las formas idénticas, los tipos y los modelos de la Naturaleza. Pero tales hipótesis son falsas; ¿qué lugar, después de esta consideración queda al arte? Antes que todo, ha, durante millares de años, enseñado a considerar con interés y gozo la vida bajo todas sus formas y a embellecer la vida. Esta teoría del arte embelleciendo la existencia y la de mirar la vida humana como un pedazo de la Naturaleza, esta teoría ha echado raíces en nosotros y se presente al sol como una necesidad todopoderosa de conocimiento. Se podría abandonar el arte sin que se perdiera la facultad recibida de él del mismo modo que se ha abandonado la religión, pero no los transportes del alma conquistados gracias a ella. Así como el arte plástico y la música miden la riqueza de sentimientos realmente conquistada y ganada por la religión, así también, después de una desaparición del arte, la intensidad y la multiplicidad de los goces de la vida que él ha implantado pedirían aún reconocimiento. El hombre de ciencia es el desarrollo ulterior del artista.

223

CREPÚSCULO DEL ARTE.— Del mismo modo que la vejez recuerda la juventud, la adolescencia, los primeros años, del mismo modo la humanidad considera el arte como un *recuerdo* de los goces de la juventud. Quizá nunca ha sido comprendido el arte con tanta profundidad como en la época actual, en que la magia de la muerte parece jugar alrededor de él. Recuérdese esa ciudad griega de la Italia meridional, que un día al año celebra aún sus fiestas griegas, lamentándose y llorando de ver la barbarie extranjera triunfar de sus costumbres originales; jamás se ha gozado de lo que es griego; en ninguna parte se saboreó ese néctar con tanta voluptuosidad como entre los helenos moribundos. El artista pasará bien pronto, y como a un maravilloso extranjero, se le harán honores que no tributamos fácilmente a nuestros contemporáneos, a nuestros semejantes. Lo mejor que hay en nosotros viene de este sentimiento de épocas anteriores que apenas podemos alcanzar directamente: el sol se ha ocultado ya, pero todavía ilumina e inflama el cielo de nuestra vida, aunque no la divisemos.

CAPITULO V

CARACTERES DE ALTA Y BAJA CIVILIZACIÓN

Ennoblecimiento por degeneración.— Enseña la historia que la línea en que un pueblo se conserva mejor es aquélla en que la mayor parte de los hombres tienen un vivo sentimiento común por causa de la identidad de sus principios esenciales e indisputables, y, por lo tanto, por causa de su creencia común. Allí es donde se fortifican las buenas costumbres, donde se aprende la subordinación del individuo, donde el carácter recibe la fijeza, nada más que por sus vínculos, acrecentándola después por medio de la educación. El peligro de esas comunidades, fundadas en individuos característicos de una misma especie, es la bestialización por herencia, que sigue, además, siempre a la estabilidad como su sombra. De los individuos menos seguros, más independientes y moralmente más débiles, es de quienes depende en semejantes comunidades el *progreso intelectual*, y éstos son los hombres que más buscan la novedad y sobre todo la diversidad. Un número infinito de hombres de esta especie perecen, a causa de su debilidad, sin acción visible; pero en total, y sobre todo si tienen descendientes, le sirven de acomodamiento, y de cuando en cuando llevan al elemento estable de la comunidad un refuerzo. En tal situación *se inocula* algún elemento nuevo, a semejanza del ser; pero es necesario que su fuerza general sea bastante grande para recibir en su sangre este elemento y asimilárselo. Las naturalezas en degeneración son de extrema importancia dondequiera que deba realizarse un progreso.

Todo progreso va precedido de un debilitamiento parcial. Las naturalezas *fuertes conservan* el tipo fijo, las débiles contribuyen a *desarrollarlo*. Algo análogo se produce entre los hombres tomados aisladamente: rara vez una decadencia, una lesión, una falta, y generalmente cualquier pérdida material o moral, deja de producir provecho en otro respecto. El hombre enfermizo tendrá, por ejemplo, en el seno de una raza guerrera y turbulenta, mejor ocasión de vivir para sí mismo, y, por consiguiente, para hacerse más tranquilo y más sabio; el miope tendrá más fuerte la vista, el ciego verá más profundamente en el ser íntimo, y en general oirá más finamente. En tales condiciones, la famosa lucha por la existencia me parece no sólo el punto de vista desde donde puede explicarse el progreso o el robustecimiento de la fuerza de un hombre, de una raza. Veo en ella más bien el concurso de dos elementos diversos: primero, el aumento de la fuerza estable por la unión de los espíritus en la comunidad de creencia y de sentimiento, y después la posibilidad de alcanzar fines más altos por el hecho de que nace naturalezas en degeneración, y por consiguiente, de debilitamientos y lesiones de esa fuerza estable; es precisamente la naturaleza más delicada la que, siendo más delicada y más independiente, hace todo progreso generalmente posible. Un pueblo que tiene algo gangrenado y débil, pero cuyo conjunto es todavía robusto y sano, es capaz de recibir la influencia del elemento nuevo y de incorporárselo con ventaja. En el hombre tomado aisladamente, la tarea

de la educación es ésta: proporcionarle un asiento tan firme y tan seguro que no pueda ya extraviarse. Pero entonces el deber del educador es herirle o aprovechar las heridas que le infiera el destino, y cuando así hayan nacido, el dolor y la necesidad puede tener en esos sitios, delicados por las heridas, lugar para la inoculación de algo bueno y noble. Toda su naturaleza recogerá ese abono, y más tarde el ennoblecimiento dejará ver sus frutos. En lo que concierne al Estado, Maquiavelo dice que «la forma de los gobiernos es de muy poca importancia, aunque las gentes de cultura media piensen de otro modo. El fin principal del arte y de la política debería de ser la *duración*, superior a cualquier otra cualidad, y que es mucho más hermosa que la libertad misma». Sólo sobre una gran permanencia, firmemente asegurada, pueden desarrollarse una constante evolución y una inoculación ennoblecedora.

225

ESPÍRITU LIBRE, CONCEPCIÓN RELATIVA.— Se llama espíritu libre aquél que piensa de manera distinta a la que se cree de él por causa de su origen, de sus relaciones, de su situación y de su empleo, o por causa de las miras reinantes en los tiempos actuales. Es la excepción; los espíritus siervos son la regla; éstos le reprochan que sus principios libres deben comunicar un mal en su origen, o bien tender a acciones libres, es decir, a acciones que no se concilian con la moral dependiente. Dícese que tales o cuales principios libres deben derivarse de una sutileza o de una excitación mental. Los que hablan así no creen en lo que dicen, se sirven de ese procedimiento para hacer daño, pues el espíritu libre tiene generalmente el testimonio de la bondad y de la penetración superior de su inteligencia, grabado en el rostro tan legiblemente que hasta los espíritus dependientes lo comprenden. Las otras dos derivaciones del librepensamiento son entendidas lealmente: el hecho es que se producen muchos espíritus libres de una y otra manera. Acaso será ésta una razón para que los principios a los cuales se ha llegado por estos caminos, sean más verdaderos y más dignos de confianza que los que siguen los espíritus dependientes. En el conocimiento de la verdad, se trata de lo que se *tiene*, no de saber por qué motivo o por qué camino se ha buscado. Si los espíritus libres tienen razón, los espíritus dependientes no, sin que para esto importe que los primeros hayan llegado a la verdad por medio de la inmoralidad, y que los otros, a causa de su moralidad, se hayan sostenido en lo erróneo. Por lo demás, no estriba la esencia del espíritu libre en tener miras más justas, sino solamente en libertarse de lo tradicional, sea con buen o mal éxito. Por lo general, están en la verdad, el espíritu libre busca razones, los demás buscan una creencia.

226

Origen de la fe.— El espíritu dependiente obra, no por razones, sino por costumbre; si es, por ejemplo, cristiano, no es porque haya examinado las religiones y elegido entre ellas; si es inglés, no es porque sea partidario de Inglaterra; adoptó al cristianismo y a Inglaterra, a la manera de un hombre que por haber nacido en un país vitícola, se hace bebedor.

Oblíguese, por ejemplo, a un espíritu dependiente, a exponer sus razones contra la bigamia, y se verá por la experiencia como un sagrado celo por la monogamia descansa en la costumbre. El habituarse a principios intelectuales no apoyados en razones, es lo que se llama *creencia*.

227

Deducido de las consecuencias de lo fundado y lo no fundado.— Todos los estados y órdenes de la sociedad, las clases, el matrimonio, la educación, el derecho, todo esto no tiene fuerza y duración sino por la fe que en ello tienen los espíritus siervos, y por lo tanto, en la carencia de razones o a lo menos en el hecho de que no quieran tocarse esas razones. Esto es lo que los espíritus siervos no quieren conceder, a pesar de que sienten que es un *pudendum*. El cristianismo, que era muy inocente en sus fantasías intelectuales, no notaba nada en este *pudendum*; pedía fe y nada más que fe, rechazando con ardor toda solicitación de razones justificadas. «Vais desde ahora —decía— a sentir la ventaja de la fe; vais a ser dichosos por ello». En la práctica, también el Estado se conduce como un padre en la educación de su hijo. «Ten esto por verdadero —dice— y verás como eres feliz». Esto significa que la de la *utilidad* personal que acarrea una opinión, debe sacarse la prueba de su *verdad*. Es, ni más ni menos, que si un reo dijese ante el tribunal: «Mi defensor dice la verdad; atended solamente a lo que se sigue de su discurso; pronto estaré en libertad y seré resarcido». Como los espíritus siervos sostienen sus principios por su utilidad, creen que el espíritu libre busca la utilidad por medio de las convicciones, y dicen así: «No pueden tener razón, porque nos perjudica».

228

El carácter fuerte y bueno.— La servidumbre de las convicciones, hecha ya instituto por el hábito, conduce a lo que se llama energía de carácter. Cuando alguien obra por un pequeño número de motivos, pero siempre los mismos, adquieren sus acciones gran energía; si esas acciones están de acuerdo con los principios de los

espíritus siervos, producen en el que las ejecuta el sentimiento de la buena conciencia. Un pequeño número de motivos, una acción enérgica y una buena conciencia constituyen lo que se llama energía de carácter. En el hombre de carácter escasea mucho el conocimiento de las múltiples posibilidades y direcciones de la acción, su inteligencia es dependiente, sierva, toda vez que no le muestra en caso dado más que dos posibilidades. Lo que se llama buen carácter en un niño, prueba que es siervo de un hecho existente; poniéndose al lado de los espíritus siervos, producen en el que las ejecuta el sentimiento de la acción enérgica y una buena conciencia constituyen lo que se llama energía de carácter. En el hombre de carácter escasea mucho el conocimiento de las múltiples posibilidades y direcciones de la acción, su inteligencia es dependiente, sierva, toda vez que no le muestra en caso dado más que dos posibilidades. Lo que se llama buen carácter en un niño, prueba que es siervo de un hecho existente; poniéndose al lado de los espíritus siervos, el niño hace alarde desde luego de un sentido común, pero fundándose en este sentido común, será más tarde útil a su estado o su clase.

229

MEDIDA DE LAS COSAS EN LOS ESPÍRITUS SIERVOS.— Hay cuatro especies de cosas que los espíritus siervos justifican. Primera, todas las que tienen duración; segunda, todas las que no son enojosas; tercera, todas las que nos producen ventajas; cuarta, todas aquéllas por las cuales nos hemos sacrificado. Este último punto explica, por ejemplo, por qué una guerra que comienza contra la voluntad del pueblo continúa con entusiasmo en cuanto se han hecho sacrificios. Los espíritus libres que litigan su causa en el *forum* de los espíritus, tienen que demostrar que siempre han existido espíritus libres, y por lo tanto, que la libertad del espíritu dura; en seguida, que no quieren ser enojosos, y por fin, que llevan ventaja a los espíritus siervos; pero como no pueden convencerlos de este último punto, de nada les sirve haber demostrado el primero y el *segundo*.

230

ESPÍRITU FUERTE.— Comparando con aquél que tiene la tradición de su parte y no tiene necesidad de razones para su conducta, el espíritu libre es siempre débil, especialmente en la acción; pues conoce demasiados motivos y puntos de vista, y por ello su mano está poco segura. Por consiguiente, ¿qué medio hay de hacerlo *relativamente fuerte*, al punto de poder a lo menos sostenerse y no perecer? ¿Cómo nace el espíritu fuerte? Éste es un caso particular del problema de la producción del

genio. ¿De dónde viene la energía de su fuerza inflexible, la persistencia con que el individuo, contra la tradición, trata de adquirir un conocimiento completamente individual del mundo?

231

LA PRODUCCIÓN DEL GENIO.— La ingeniosidad del prisionero para buscar medios de evadirse, la utilización más fría y más paciente de la más nimia ventaja, puede expresar qué procedimiento emplea la Naturaleza para producir el genio, palabra que yo ruego se entienda sin ninguna reminiscencia mitológica ni religiosa. O valiéndose de otra imagen: un hombre que se ha extraviado en una selva, pero que se esfuerza con energía en salir a campo raso tomando una dirección cualquiera, descubre a veces un camino nuevo que nadie conocía. Así se producen los genios. Se ha observado que una mutilación o desviación de un órgano favorece el crecimiento de otro, porque éste ya no tiene que atender a dos funciones. Así se explica el origen de algunos talentos. De estas indicaciones generales acerca de la producción del genio, hágase aplicación al caso particular del espíritu libre.

232

CONJETURA ACERCA DEL ORIGEN DEL «ESPÍRITU LIBRE».— Así como los glaciares se aumentan cuando el sol abrasa en el Ecuador, así la libertad de espíritu, cuando es muy fuerte, puede indicar que el valor del sentimiento aumentó extraordinariamente.

233

LA VOZ DE LA HISTORIA.— La historia, en su conjunto, *parece* que enseña de este modo la producción del genio. Maltratad y torturad a los hombres —grita a la Envicia, al Odio y a la Tentación—, poned un pueblo contra otro pueblo durante siglos. Entonces la chispa del genio se convertirá en llama, la voluntad será un caballo sin freno. Los que así obran son tan malos como la Naturaleza. Pero quizá no nos hemos entendido.

234

VALOR DE NUESTRA ÉPOCA.— Acaso la producción del genio está reservada a un limitado período de la humanidad. Del porvenir no puede esperarse lo pasado; no habrá sentimiento religioso. Éste tuvo su época y produjo cosas muy hermosas, ya imposibles. No puede haber en lo futuro un horizonte de vida limitado por la religión. El tipo de santo no es posible sin cierta servidumbre del espíritu. También hubo y hay una época de la inteligencia, por consagrarse la voluntad a fines intelectuales: cuando esta energía desaparezca, se acabará la dominación de la ciencia. Hasta podría suceder que las fuerzas que dan vida al arte, por ejemplo, la mentira, la indecisión, el simbolismo, la embriaguez, el éxtasis, cayeran en el desprecio. Si algún día se organiza la vida, si se llega a un estado perfecto, no habrá poesía, como no sea para los hombres retrasados. Éstos mirarían con cierta melancolía los tiempos presentes del estado imperfecto, de la sociedad semibárbara.

235

CONTRADICCIÓN DEL GENIO CON EL ESTADO IDEAL.— Los socialistas desean establecer el bien sobre el mayor número posible. Si algún día se llega a este estado perfecto, no habrá terreno para la inteligencia, para la individualidad poderosa: la humanidad será un rebaño inerte. ¿No es preferible que la vida conserve el estado actual de violencias y energías? El corazón sensible desea la supresión de estas violencias, y cuanto más sensible, con mayor violencia lo desea; de modo que quiere la supresión de sí mismo. Una alta inteligencia y un corazón muy sensible no pueden conciliarse en una persona: el sabio está por encima del bien. El sabio debe oponerse a los deseos de la bondad ignorante, porque conoce que en el estado perfecto sería imposible el genio. Cristo, que fue muy sensible y muy bueno, quería el embrutecimiento de los hombres, la protección de los débiles. El tipo opuesto, es decir, el sabio, quiere lo contrario. Si el Estado exagera su oficio de proteger a los individuos, caerá en el extremo contrario, en la supresión de la individualidad.

236

LAS ZONAS DE LA CIVILIZACIÓN.— Podría decirse que las épocas de la civilización corresponden a las zonas de los diversos climas, enlazándose por continuidad de tiempo. En comparación de la zona templada en que vivimos, la última nos hace la impresión de un clima *tropical*. Violentos contrastes, brusca sucesión de la noche y el día, color y magnificencia de colorido, adoración de todo lo que es súbito, misterioso, terrible, rápida sucesión de tempestades, prodigalidad de la Naturaleza. Por el contrario, en nuestra civilización cielo claro, aunque no luminoso, aire blando,

frescura, frialdad. Cuando vemos en la época anterior domadas las pasiones por ideas metafísicas, es como si viéramos enroscado a un tigre de los trópicos una serpiente; en nuestro clima templado no se da tan hermoso espectáculo, ni por sueños. ¿Será menester que deploremos la pérdida del arte? Razón tienen los artistas para negar «el progreso»: en efecto, aun dentro del arte es dudosa la progresión de estos tres mil años. Y en el orden metafísico y religioso, Schopenhauer niega con razón el progreso de estos últimos cuatro mil años. Pero yo sí creo que al existencia de la zona templada de la civilización es un progreso.

237

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.— El Renacimiento italiano contenía todas las fuerzas positivas que debemos a la civilización moderna: libertad de pensamiento, desprecio de la autoridad, triunfo de la cultura, entusiasmo por la ciencia nueva y antigua, independencia individual, entusiasmo por la verdad y por la perfección (aun en las obras literarias la buscaban): tales fuerzas eran mayores que las de hoy. Fue la edad de oro de este milenario, a pesar de sus defectos. En su contra se levantó la Reforma alemana, como protesta de hombres llenos de Edad Media, asustados de la descomposición religiosa. Enérgicos, como septentrionales, produjeron la contrarreforma, es decir, un catolicismo de defensa, sin garantías constitucionales, retrasando dos o tres siglos la marcha de las ciencias e impidiendo, quizá para siempre, la fusión del espíritu antiguo con lo nuevo. *El espíritu alemán echó a perder la obra del Renacimiento*. Gracias a un extraordinario astro de la política, pudo vivir Lutero; el emperador le protegía contra el Papa y el Papa contra el emperador. Si no, habría sido quemado como Huss, y la aurora le habría levantado antes y con un resplandor que ni presentimos.

238

JUSTICIA AL DIOS DEL PORVENIR.— Cuando toda la historia de la civilización es un tejido de bienes y males y una nave en que todos se marean, compréndese bien que allá a lo lejos aparezca un Dios como un faro. La divinización del porvenir es una perspectiva metafísica en que hallan su consuelo muchos eruditos históricos. Sólo quien, como Schopenhauer, niega la evolución, puede negar el Dios del porvenir y burlarse de él con justicia.

239

A CADA ESTACIÓN SUS FRUTOS.— Un porvenir mejor tiene mucho de peor. Es ilusión creer que un grado de evolución contiene toda la bondad de los grados anteriores. Cada estación tiene sus frutos, sus ventajas. Lo que creció a la sombra de la religión no volverá ya; brotará algún que otro retoño, pero nada más.

240

GRAVEDAD CRECIENTE DEL MUNDO.— Cuanto mayor es la cultura de un hombre, tanto menor es su inclinación a la burla y a la sátira. Voltaire daba gracias a Dios en el fondo de su corazón por la invención de la Iglesia y del matrimonio. Pero él y su siglo, y aun antes del siglo XVI. Nuestra edad busca las causas: en los mismos contrastes busca el por qué, y así no deja lugar al ridículo. Cuanto más profundamente comprenda un hombre la vida, tanto menos se burla, como no sea de su misma comprensión.

241

EL GENIO DE LA CIVILIZACIÓN.— ¿Cómo será el genio de la civilización? Empleará como instrumentos la mentira, la violencia, el egoísmo; pero sus fines serán grandes y buenos. Será un centauro, semibestia, semihombre y con alas de ángel en la cabeza.

242

EDUCACIÓN MILAGROSA.— Así como el arte de curar no floreció hasta que cesó la fe en las curaciones milagrosas, así el interés por la educación no cobra fuerza sino cuando se abandona la fe en Dios y en su provincia. Hoy todo el mundo cree en la educación milagrosa: del mayor desorden y obscuridad han salido hombres grandes, potentes; ¿cómo no ha de ser esto milagroso? Estúdiense de cerca estos casos y se verá que no son milagros. Miles de individuos perecen en la lucha y sólo se salva el más fuerte; aquí no hay milagro. Una educación antimilagrera tendrá en cuenta estas tres cosas: 1.ª Cuánta energía se heredó. 2.ª Cómo podría obtenerse nueva energía. 3.ª Cómo el individuo podrá amoldarse a las múltiples exigencias de la vida social, cómo puede dar su nota en la melodía.

243

EL PORVENIR DEL MÉDICO.— La profesión que puede progresar hoy es la de médico. Sobre todo desde que perdieron su influencia los médicos de almas. La cultura de un médico no consiste sólo en el diagnóstico; necesita elocuencia persuasiva, arrogancia que quite la timidez del enfermo, habilidad diplomática, ingenio de agente de policía; en una palabra, todas las cualidades de las demás profesiones. Es el verdadero bienhechor de la sociedad; puede formar una aristocracia de cuerpo y espíritu y finalmente, destruir los remordimientos de conciencia. Es un salvador que no necesita ser crucificado.

244

EN LAS FRONTERAS DE LA LOCURA.— La civilización es una carga tan pesada, que en los países europeos reina una inquietante neurosis y en cada familia hay un individuo próximo a la locura. Por muchos medios se busca hoy la salud, pero el principal sería disminuir esta neurosis, esta sobrexcitación de los sentimientos producida por el cristianismo y por su séquito de poetas, músicos, místicos, etc. Hace falta un *renacimiento*. El espíritu frío de la ciencia podrá refrescar el torrente inflamado de la fe.

245

VACIADO DE LA CIVILIZACIÓN.— La civilización nació como una campana en el molde de materia más grosero: de la falsedad, de la violencia, del egoísmo, del patriotismo. ¿No es tiempo de suprimirla ya? El líquido se ha fijado; las buenas ideas han encarnado; no hay, pues, necesidad de símbolos erróneos y crueles. Los gobiernos de la tierra deben mirar atentamente el porvenir.

246

LOS CÍCLOPES DE LA CIVILIZACIÓN.— Allí donde causa estragos un glaciar no es fácil ver un prado florido. Y sin embargo, *lo hay* muchas veces. Lo mismo sucede en la historia de la humanidad; las fuerzas más salvajes abren el camino, por la destrucción, a las costumbres más dulces. La energía terrible del mal es el arquitecto de la humanidad.

247

MARCHA CIRCULAR DE LA HUMANIDAD.— Quizá la humanidad no sea más que una breve fase de la evolución de una especie de animales; de manera que el hombre, habiendo sido mono, vuelva a ser mono. Así como la civilización romana volvió a la barbarie, así toda la civilización romana volvió a la barbarie, así toda la civilización humana podría volver al embrutecimiento. Si podemos preverlo, procuremos evitarlo.

248

EL CONSUELO DE UN PROGRESO DESESPERADO.— Nuestra época es interina: las viejas civilizaciones todavía existen y a las nuevas aún no nos hemos adaptado. Los músculos de soldado están indecisos entre la marcha militar y la ordinaria. Pero no por eso nos cansamos y dejamos de marchar. Ya no podemos volver a lo antiguo: hemos quemado los buques. Algún día nuestra *marcha* será un *progreso*. Si no, se nos podrá decir, como consuelo, aquello de Federico el Grande: *¡Ah, mi querido Sulzer!, no conoce usted la raza maldita a la que pertenecemos*.

249

SUFRIMIENTO POR EL PASADO DE LA CIVILIZACIÓN.— El que se ha formado una idea clara del problema de la civilización, sufre como quien ha heredado una fortuna ilegítima o como el que reina por la tiranía de sus antepasados. Le come el remordimiento y la vergüenza. Su cansancio equilibra su felicidad. El porvenir le parece melancólico: prevé que sus descendientes sufrían como él.

250

LOS BUENOS MODALES.— Los buenos modales desaparecen con la influencia cortesana y aristocrática; de siglo en siglo se van haciendo vulgares. Ya nadie obsequia o adula de una manera elegante; y de ahí que cuando el obsequio es oportuno, por ejemplo, a un hombre de Estado o a un gran artista, se toma prestado el lenguaje del sentimiento y de la fidelidad respetuosa, sin espíritu y sin gracia. Así, los saludos públicos y solemnes parecen sinceros sin serlo. Pero ¿decaerán sin remedio los modales? A mí me parece que describen una curva. Cuando la sociedad esté segura de sus principios, hallará un conjunto de modales para expresarlos. La mejor división del trabajo, el ejercicio gimnástico, la reflexión estricta, darían al cuerpo habilidad y ligereza. A este propósito pienso con ironía en nuestros sabios, que pretenden ser los precursores de la civilización nueva, y sin embargo, no se

distinguen precisamente por sus buenos modales. Su espíritu está pronto, sin duda, pero la arcilla que le envuelve es débil. Pesa mucho en sus músculos el pasado de la civilización. Son medio eclesiásticos, medio pedagogos; están momificados. Son cortesanos de la civilización vieja. En ellos abundan los fantasmas del pasado y los del porvenir. ¿Qué tiene, pues, de extraño que no han bien los gestos?

251

El porvenir de la ciencia.— La ciencia da mucha satisfacción a quien la trabaja, pero muy pocas ventajas a quien la aprende. Mas como todas las verdades se hacen pronto vulgares, aun esta satisfacción se pierde; ya hemos olvidado el placer del admirable *dos y dos son cuatro*. Si, pues, la ciencia produce cada vez menos placer, dejando todo consuelo para la metafísica, para la religión y para el arte, síguese que se va secando esta fuente de placer, a la cual debemos toda nuestra humanidad. Por eso una cultura superior debe dar al hombre dos comportamientos cerebrales: en el uno estará la fuerza y en el otro su regulador; en el uno las ilusiones, los prejuicios, las pasiones, y en el otro la fría serenidad de la ciencia. Si no se satisface a esta exigencia de la cultura superior, puede predecirse con certeza el curso ulterior de la evolución humana; el interés por la verdad disminuirá con el placer; la ilusión, el error, la fantasía, recobrarán su dominio; decaerán las ciencias, volverá la barbarie; la humanidad recomenzará su tela, destruida durante la noche, como la de Penélope. Pero ¿quién nos garantizará para entonces *fuerza*?

252

El placer del conocimiento.— ¿Cuál es la causa de que el conocimiento produzca placer? El que da conciencia de la fuerza, como los ejercicios gimnásticos. Además, porque en esta lucha con la verdad aparece el hombre vencedor. Finalmente, porque sentimos estar solos y los primeros en la verdad descubierta. Hay otros motivos secundarios, cuya lista puse en mi obra parenética acerca de Schopenhauer (Tercera parte de las *Consideraciones intempestivas*; *Schopenhauer, educador*.), a satisfacción de los experimentados, quienes verán allí quizá un poco de ironía. Porque si es verdad que «a la formación del sabio concurren muchos instintos demasiado humanos», esto mismo debe decirse del artista, del filósofo, del genio moral. *Todo* lo que es humano merece, en su *origen*, esta consideración irónica. Por eso la ironía es en el mundo tan *superflua*.

253

La fidelidad, prueba de solidez.— Es un indicio de la bondad de una teoría la confianza del autor en ella, por más de cuarenta años, mas creo que ningún filósofo ha dejado de mirar en su vejez con desprecio o con desconfianza las teorías de su juventud. Quizá por ambición no diga nada; quizá por el deseo de no perder sus adeptos.

254

Crecimiento de lo interesante.— Cada día encuentra el hombre más interés en las cosas y con mayor facilidad el lado instructivo, el objeto que llena una laguna de sus pensamientos. Así va desapareciendo el hastío. El hombre circula entre sus semejantes observándose a sí mismo como un animal curioso.

255

Superstición de la simultaneidad.— Lo que es simultáneo tiene un lazo común, así piensa la gente. Un pariente muere lejos al mismo tiempo que soñamos con él. Pero también otros muchísimos mueren sin que soñemos. Es como los náufragos que hacen votos; ¿cesan en los templos los exvotos de los que se ahogaron? Un hombre muere, una mujer chilla, un reloj se para; ¿no es esto un halagador indicio de la intimidad del hombre con la Naturaleza? Esta superstición se halla refinada en los historiadores y sociólogos, en quienes la yuxtaposición de hechos sociales causa una especie de *idiofobia*.

256

La ciencia como ejercicio de poder, no de saber.— La ventaja de pasar muchos años en practicar una *ciencia exacta* no consiste en la suma de verdades adquiridas, siempre insignificante, sino en el aumento de energía, de razonamiento, de *apropiación de los medios al fin*. Para esto servirá algún día el haber sido sabio.

257

ATRACTIVO DE LA JUVENTUD EN LA CIENCIA.— Hoy amamos la ciencia porque es joven; aborrecemos el error porque es viejo. ¿Qué sucederá cuando la verdad envejezca? Obsérvese que el momento culminante de una ciencia es cuando se acaba de hallar su concepción fundamental; después, todo en ella es un otoño melancólico (como acontece con algunas disciplinas de la historia).

258

LA ESTATUA DE LA HUMANIDAD.— El genio de la civilización obra como Cellini cuando hacía la estatua de Perseo: la masa líquida amenazaba con no adherirse, y él echó platos y fuentes y todo lo que hallaba a mano. Así el genio echa en la fundición errores, vicios, esperanzas, ilusiones, para que la estatua de la humanidad se perfeccione y tome forma: ¿qué importa la materia?

259

UNA CIVILIZACIÓN DE HOMBRES.— Tal es la griega clásica. Tocante a las mujeres, lo dijo todo Pericles en dos palabras: «Lo mejor es que no se hable de ellas entre los hombres». Las relaciones eróticas de los hombres con los adolescentes fue la condición necesaria, única de toda educación viril (como entre nosotros se funda la educación de la mujer en el amor y en el matrimonio). En los adolescentes se fijó todo el idealismo de la fuerza griega, y jamás fueron tratados con mayor cariño, según aquella máxima de Hoelderlin: «Amando produce el mortal su mayor bien». Cuanto más se elevaba el concepto de estas relaciones, tanto más se rebajaba el comercio con la mujer, el cual se reducía al placer y a la procreación; no había con ellas comercio intelectual ni amor verdadero. Hasta eran excluidas de los juegos: como medio de educación, quedábales sólo la religión. Si en la tragedia se representaban *Electra y Antígona*, era por una tolerancia artística, así como hoy lo patético nos parece insoportable en la vida, aunque nos agrade en el teatro. La misión de la mujer griega era criar niños robustos, para contrarrestar la excitación nerviosa de una civilización floreciente. Esto es lo que mantuvo en larga juventud la cultura griega: en las madres griegas, el genio de la Grecia volvía a la Naturaleza.

260

EL PREJUICIO EN FAVOR DE LA GRANDEZA.— Los hombres encuentran útil que alguien invierta todas sus fuerzas en el ejercicio y desarrollo de un órgano

monstruoso, absorbente, que conduce casi a la locura, como en los grandes genios y artistas. Seguramente, lo más conveniente al individuo es el desarrollo proporcional y armónico de sus facultades: el genio es un vampiro. La medianía es necesaria para formar la corte del genio.

261

LOS TIRANOS DEL ESPÍRITU.— Sólo por el rayo de lo mítico tiene brillo la vida de los griegos: todo lo demás es obscuro. Pero los filósofos se privan justamente de ese mito: ¿y no es esto como si quisieran retirarse del sol para ponerse a la sombra en la obscuridad? No hay planta que se aparte de la luz. Lo que en el fondo pasa es que esos filósofos buscan un sol más *claro*, el mito no es a sus ojos bastante puro, bastante brillante, y encuentran esa luz en su conocimiento, en lo que llamaban su «Verdad». Pero entonces el conocimiento tenía todavía un esplendor mayor, era joven y creía poder ponerse de un salto en el centro del ser y resolver desde allí el enigma del mundo. Tenían robusta fe en sí mismos y en su verdad, y la empleaban para derribarlo todo: cada uno de ellos se convertía en tirano batallador y violento. Quizá la fe en la posesión de la verdad no haya sido nunca mayor en el mundo, pero tampoco lo ha sido el orgullo, la dureza y el carácter tiránico de semejante fe. Eran tiranos, porque todos los griegos querían serlo. Quizá se exceptúe Solón, a juzgar por sus poesías. Pero lo hacía por amor de sus propias leyes; dar leyes es la forma más refinada de la tiranía. Parménides dio leyes; también Pitágoras y Empédocles; Anaximandro fundó una ciudad. Platón fue el deseo encarnado de ser un gran filósofo, un legislador del Estado filosófico: parece que sufrió mucho por no conseguirlo, y los últimos años de su vida estuvieron amargados por la bilis negra. Cuanto más poder perdió la filosofía griega, más atrabiliaria se hizo; cuando los filósofos invadieron las calles, pasearon su envidia y su rabia, mostraron la tiranía de sus almas. Se habrían comido crudos los unos a los otros: sólo les quedaba de bueno la complacencia en sí mismos. Finalmente, no se desmintió en ellos el axioma de que todos los tiranos dejan exigua posteridad.

Su historia es corta, violenta, su influencia se interrumpe bruscamente. Casi de todos los grandes helenos puede decirse que parecen haber venido demasiado tarde; tanto de Esquilo como de Píndaro, de Demóstenes, de Tucídides, como de la generación que les siguió, y así de todos los demás. Es lo que existe de tempestuoso y extraño en la historia griega. Hoy, es verdad, la admiración se dirige el Evangelio de la tortuga.

Pensar como historiador significa imaginarse que en todos los tiempos la historia hubiera tenido como consigna «hacer lo menos posible en el mayor tiempo posible». ¡Ah, la historia griega corre tan rápida! Nunca hubo vida tan pródiga, tan excesiva. No puedo convencerme de que la historia de los griegos haya tomado ese curso

natural que tanto se celebra en ella. Estaban provistos de dones demasiado múltiples para ir *progresivamente*, paso a paso, a la manera de la tortuga que luchara en la carrera con Aquiles, y esto es lo que se llama desenvolvimiento natural. Entre los griegos se avanza aprisa, pero se retrocede también aprisa; la marcha de toda la máquina es tan intensa, que una sola piedra arrojada bajo sus ruedas la hace saltar. Una de estas piedras fue, por ejemplo, Sócrates; en una sola noche la evolución de la ciencia filosófica, hasta entonces tan maravillosamente regular, pero también demasiado prematura, quedó destruida. No es cuestión ociosa preguntar si Platón, quedando libre del encanto socrático, no hubiera encontrado un tipo más elevado todavía del hombre filósofo, perdido para nosotros para siempre. Se quiere ver en los tiempos anteriores a él, como en un taller de escultor, muestras de semejantes tipos; pero los siglos V y VI prometieron más que produjeron. Y, sin embargo, apenas hay pérdida más sensible que al de un tipo, la de una *forma nueva de la vida filosófica*. Aún la mayor parte de los tipos distinguir entre los filósofos anteriores: Aristóteles mismo parece no tener ojos para esto. Como si tales filósofos hubiesen vivido en vano, como si no hubieran hecho más que parar los batallones parlanchines de las escuelas socráticas. Hubo una ruptura en la serie de la evolución: alguna catástrofe hubo de acontecer; el único tipo que prometía, se rompió en mil pedazos: en el taller quedó sepultado el secreto de esta desgracia. Lo que entonces aconteció entre los griegos —que todo gran pensador, creyéndose en posesión de la verdad absoluta, vino a ser un tirano—, acaece en épocas recientes, aunque no con la candidez de conciencia de los filósofos griegos. En nuestra época tiene más fuerza la doctrina contraria, el escepticismo: posó la edad de los tiranos intelectuales. En las esferas de la cultura superior siempre hay alguna dominación, pero de hoy más, este dominio está en manos de la *oligarquía del espíritu*. Forma entre todas las naciones una sociedad coherente, cuyos miembros *se conocen* y *se reconocen*, a pesar de la opinión pública y de los críticos. La superioridad intelectual, que en otro tiempo dividía, hoy une: ¿cómo podría un hombre nadar contra la corriente si no viene aquí y allá quien le dé la mano contra el carácter oligarca de la semicultura? Los oligarcas se necesitan mutuamente y se comprenden, por más que cada uno sea libre y en su terreno quiera ser el primero.

262

HOMERO.— El más grande acontecimiento de la civilización griega, será siempre el panhelenismo de Homero. Toda la libertad intelectual y humana a que llegaron los griegos provino de tal hecho; pero fue esto al mismo tiempo la fatalidad propia de la civilización griega, pues Homero humillaba centralizando y disolvía los más serios instintos de independencia. De tiempo en tiempo se elevó del fondo más íntimo del helenismo una protesta contra Homero; pero quedó siempre vencedor. Todas las

grandes potencias espirituales ejercen al lado de su acción libertadora otra acción deprimente: pero a la verdad, en la ciencia es muy diferente que sea Homero o la Biblia quien tiraniza a los hombres.

263

DONES NATURALES.— En una humanidad tan superiormente desarrollada como la actual, cada uno recibe de la Naturaleza el acceso de muchos talentos; cada cual tiene un *talento innato*: pero a muy pequeño número sólo es dado por naturaleza y por educación el grado de constancia, de paciencia, de energía necesaria para que llegue a hacerse verdaderamente un talento, que así haga lo que es, es decir, el gasto en obras y en actos.

264

EL INGENIOSO MENOSPRECIADO.— Los hombres no científicos, pero listo, aprecian todo indicio de ingenio, sea en el camino de la verdad o en el de la mentira: quieren que se les distraiga, que se les estimule, que se les inflame, como un amuleto contra el fastidio. Por el contrario, los hombres de ciencia estiman más el freno de la reflexión que el flujo de ideas, quieren más realidad que apariencia: no distinguen, como Aristóteles, entre el «ingenioso». De ahí la antipatía entre los de la ciencia y los del ingenio, entre los sabios y los artistas.

265

LA RAZÓN EN LA ESCUELA.— El oficio de la escuela es enseñar el pensamiento severo, el juicio prudente, el raciocinio, debe abstraer de todo lo demás, incluso de la religión. La humanidad llegará a librarse del pensamiento estrecho. Pero mientras esto llega, la escuela debe producir aquello que es hoy esencial en el hombre: «la razón y la ciencia, la más elevada de todas las fuerzas humanas» —a lo menos en opinión de Goethe—. El gran naturalista von Baer sostiene que la superioridad de los europeos sobre los asiáticos consiste en la capacidad adquirida de dar la razón de cuanto creen. Europa piensa y critica; Asia no distingue entre el pensamiento y la poesía, entre la razón y la imaginación. La escuela hizo a Europa, y en la Edad Media estuvo a punto de convertirse en una provincia asiática perdiendo el sentido científico que heredó de los griegos.

266

Poco aprecio de la segunda enseñanza.— Conviene fijar la atención en las cosas que allí se aprenden para no olvidarlas nunca, y no en las que se estudian para sacudirse luego de ellas. La enseñanza clásica se hace por un método monstruoso: los niños no están maduros para tanto, y los maestros resultan poco claros. Pero en esto consiste la utilidad. Estos maestros hablan de la *lengua abstracta de la alta cultura*, pesada y difícil, verdadera gimnasia del cerebro: ideas, expresiones, métodos que no hallan los alumnos en su casa o en la calle. Basta que entiendan. Esta disciplina no puede menos de infundirles la «abstracción».

267

Aprender muchas lenguas.— El aprender muchas lenguas llena de palabras la capacidad limitada de la memoria. Da la ilusión de tener talento. Se opone la adquisición de conocimientos útiles y reales. Es cortar de raíz el sentimiento delicado de la lengua materna. Los dos pueblos que han producido los mejores artistas del estilo, los griegos y los franceses, no aprendían lenguas extranjeras. Pero el comercio es cosmopolita, hoy un buen negociante de Londres debe hablar ocho lenguas: hasta que el exceso de mal traiga su remedio, inventándose una lengua universal para el tráfico mercantil y científico. Tan cierto como que se inventará la navegación aérea. Y si para esto no, ¿para qué fatigarse de la lingüística?

268

La guerra en el individuo.— Dentro de una misma vida hallamos una lucha tenaz entre lo heredado y lo adquirido, entre lo del padre y lo del hijo, entre dos generaciones; cada cual sabe muy bien el estado de la parte contraria, pero con conocimiento injusto de sus medios y sus fines.

269

Un cuarto de hora de adelanto.— A veces hallamos un hombre cuyas ideas se elevan más alto que su época, pero sólo para apropiarse las ideas vulgares del siglo próximo. Ha conocido la opinión en su germen, y su éxito suele ser brillante, aunque vulgar; más brillante que el éxito de los hombres superiores.

270

EL ARTE DE LEER.— Toda tendencia fuerte es exclusiva; se acerca a la línea recta, y no tiene ondulaciones ni tangencias; por eso los filólogos son exclusivistas. La restauración, conservación e interpretación de los textos, practicada durante siglos por una corporación, halló por fin los verdaderos métodos. Toda la Edad Media era incapaz de una explicación filológica, es decir, de comprender sencillamente lo que dijo el autor. Si la ciencia ha ganado en continuidad y estabilidad, se debe a que la filología, o sea el arte de bien leer, ha llegado a su apogeo.

271

EL ARTE DE RAZONAR.— El mayor progreso de los hombres consiste en el arte de *razonar bien*. No es cierto, lo que dice Schopenhauer de que «todos son aptos para razonar, pocos para juzgar». El razonar mal es propio de los tiempos antiguos, díganlo si no las mitologías de todos los pueblos, su magia y superstición, su culto religioso, su derecho.

272

FASES DE LA CULTURA INTELECTUAL.— La fuerza o la debilidad de la producción intelectual no depende tanto de las facultades heredadas como de la energía transmitida. La mayor parte de los intelectuales se planta a la edad de treinta años, y en este punto solsticial de su vida no quieren nuevas orientaciones. De ahí la necesidad de una nueva generación: el hijo gasta menos fuerza en llegar adonde llegó su padre, y con el resto llega más allá. Hay hombres enérgicos, como Goethe, que avanzan un siglo; pero son la excepción. En este punto, la evolución individual es un compendio de la específica. El niño es religioso, y suele llegar al *summun* de esta fase a la edad de diez años. Entonces pasa al panteísmo; deja tras de sí a Dios, a la inmortalidad, etcétera, pero cede a la magia de una metafísica. Luego es el arte lo que les atrae; en todo ven al arte, todo lo refieren a la belleza, incluso la misma metafísica de antaño. Finalmente, se va desarrollando el sentido científico al par que se debilita el del arte. Todo esto pasa en los treinta primeros años de un hombre. Exactamente lo mismo que pasó en los treinta primeros años de un hombre. Exactamente lo mismo que pasó en los treinta millares de años de la humanidad.

273

ATRÁS, PERO NO HACIA ATRÁS.— Hoy, el que se ata por mucho tiempo a los sentimientos religiosos y vive, por consiguiente, muchos años en la metafísica y en el arte, se atrasa y entra con mal pie en la lucha humana. Mas por eso mismo se fortalecieron sus pulmones en aquella región de las pasiones volcánicas; sale de ellas con más fuerza; su peso es alado, su respiración tranquila, larga, constante. Retrocedió para dar un salto; su marcha es terrible, amenazadora.

274

UNA SECCIÓN DE NUESTRO YO SIRVE DE OBJETO ARTÍSTICO.— Es una señal de superior cultura mantener en la conciencia ciertas fases de evolución que otros borran pronto; he aquí la especia más sublime del arte de la pintura. Es necesario aislar estas fases. Los estudios históricos nos fuerzan a este ejercicio, ya que por unos fragmentos de vida antigua nos reconstituyen un horizonte de pensamientos y una dirección de sentimientos, como cuando se reconstruye un templo por las columnas y paños que quedan. Tal es el sentido histórico. El primer efecto es considerar a nuestros semejantes como sistemas determinados y como representantes de culturas diversas. Y también, en nuestra propia evolución, seremos capaces de aislar pedazos y estudiarlos aparte.

275

CÍNICOS Y EPICÚREOS.— El cínico reconoce la relación de independencia que existe entre los dolores del hombre superior y la masa de sus necesidades: sabe que la muchedumbre de opiniones acerca de lo bello, de lo gracioso, de lo pulcro, de lo agradable, debe mostrar muchas fuentes de placer, pero también de disgusto. Por eso abandona estas opiniones y se sustrae a las exigencias de la civilización, y poco a poco, hecho a esta vida, siente menos los disgustos y se asemeja al animal doméstico; además, en todo percibe de buen grado el contraste e injuria, en esto ya es superior al animal. El epicúreo tiene el mismo punto de vista que el cínico; no hay entre ambos otra diferencia que el temperamento. El epicúreo tiene el mismo punto de vista que el cínico; no hay entre ambos otra diferencia que el temperamento. El epicúreo se sirve de su civilización superior para escapar a su dominio, mientras que el cínico permanece en su negación. Marcha por el frondoso valle bien al abrigo, a media luz, oyendo silbar al viento huracanado en las cimas de los árboles, mientras que el cínico camina solo y desnudo, con la piel endurecida al sol y al aire.

276

Microcosmo y macrocosmo de la civilización.— El hombre puede hacer en sí mismo curiosas experiencias acerca de la cultura, cuando se encuentra dotado de facultades heteróclitas. Si un hombre esta llevado por el amor de la ciencia como por la afición al arte plástico o a la música, puede construir en su interior un edificio vasto uniendo estas facultades conciliadoras muy fuertes. Ahora bien; el edificio de la cultura en este hombre, se parecerá mucho al de la humanidad entera. Porque el esfuerzo de la civilización tiende a formar una coalición de fuerzas irreconciliables sin encadenarlas.

277

Felicidad y cultura.— La vista de los lugares en que se pasó nuestra infancia, nos emociona: el jardín público, la iglesia, el cementerio, el estanque, el bosque. Tenemos compasión de nosotros mismos, porque de entonces acá, ¡cuántos dolores hemos sufrido! Allí cada cosa subsiste con un aire tan calmoso, tan eterno… nosotros somos los cambiados; aún hallamos hombres tan inmutables como una encina: campesinos, pescadores. La emoción, la compasión de sí mismo ante una cultura inferior es el signo de la cultura superior; de donde se sigue que ésta no ha ganado mucho en felicidad. El que quiera vivir feliz y tranquilo, apártese de la cultura moderna.

278

Como el baile.— En nuestros días es preciso considerar como signo decisivo de la cultura el poseer un hombre bastante fuerza y ligereza para ser claro y riguroso en el conocimiento, y para ceder desde lejos al poder y belleza de la poesía, de la religión y de la metafísica. Es una posición difícil, porque la ciencia lleva a la dominación absoluta de sus métodos, y si no se cede a este impulso, hay que oscilar entre dos tendencias opuestas. Para abrir una perspectiva en la solución de esta fidelidad, recuérdese que la danza es algo más que un absurdo vaivén. Pues bien; la alta cultura es como la danza; necesita de fuerza y de ligereza.

279

El alivio de la vida.— Aliviar la vida es idealizar sus sucesos; para esto es menester tener idea clara de lo que es idealizar, según la pintura. El pintor desea que la mirada del que contempla no sea ni muy exacta ni muy aguda, y le obliga a colocarse a cierta distancia; se ve forzado a suponer una distancia determinada, y a admitir en el espectador un grado de agudeza de vista muy determinado; acerca de estos puntos no tiene el derecho de estar indeciso. Así, todo hombre que quiera idealizar su vida, no debe mirarla muy de cerca sino a cierta distancia, como hacía Goethe.

280

Agravación a manera de alivio, y viceversa.— Muchas cosas que en cierto grado de humanidad son una agravación de la vida, sirven de alivio en un grado superior, porque estos hombres han conocido males mayores. También ocurre lo contrario: así, la religión tiene dos aspectos, según que el hombre acuda a ella para alivio de su carga, o según que la mire como una traba que le impide volar por los aires.

281

La cultura superior no puede ser comprendida.— El que ha puesto sólo dos cuerdas en su guitarra —como los sabios que no tienen más que el instinto científico y el religioso—, no comprende a los hombres que tocan con más cuerdas. Es propio de la cultura superior de numerosas cuerdas ser siempre interpretada erróneamente por la inferior; esto es lo que sucede, por ejemplo, cuando el arte pasa por una forma disfrazada de la religiosidad. Aún hay gentes que son religiosas sólo por oír que hasta la ciencia es una investigación del sentimiento religioso, así como los sordomudos no saben de la música sino que es un elemento visible.

282

Lamento.— Pueden ser quizá las ventajas de nuestra época las que traen consigo un retroceso y en ocasiones una depreciación de la *vida contemplativa*. Pero es necesario confesar que nuestro tiempo es pobre en grandes moralistas; que Pascal, Epicteto, Séneca, Plutarco, son muy poco leídos; que el trabajo y el celo, en otro tiempo escolta de la grandiosa salud, parecen como una enfermedad. Como falta el tiempo para pensar y guardar calma en el pensamiento, no se estudian ya las

opiniones divergentes, se contenta uno con odiarlas. En la enorme prisa de la vida, la vista y el espíritu están acostumbrados a una visión y un juicio falsos e incompletos, y cada uno de ellos se parece a aquellos viajeros que se forman el conocimiento de un país o de una población desde el ferrocarril. Una actitud independiente y prudente del conocimiento, se juzga como una manía: la libertad del espíritu es desconsiderada especialmente por los sabios, que querrían encontrar en aquel arte de considerar las cosas su solidez y su labor de abejas, y que les confinarían de buen grado en un solo rincón de la ciencia, la cual, sin embargo, debe extender desde una posición aislada su manto sobre todas las fuerzas de la ciencia y de la erudición, y de hacerles ver todos los caminos y los fines de su cultura. Una lamentación como la que acaba de entonarse, resonará un día en una vuelta ofensiva del genio de la meditación.

283

DEFECTO PRINCIPAL DE LOS HOMBRES DE ACCIÓN.— Los hombres de acción escasean ordinariamente de la actividad superior: quiero decir, de la individual. Obran a título de funcionarios, de mercaderes, de eruditos; dicho de otro modo, como representantes de una especie, no como hombres determinados, aislados y únicos: son en este respecto perezosos. Desgracia de las gentes de acción es que su actividad sea siempre poco razonada. No se puede, por ejemplo, preguntar al banquero que amontona el dinero el fin de su incesante actividad; es irrazonada las gentes de acción que ruedan como rueda la piedra siguiendo la ley ruda de la mecánica. Todos los hombres se han dividido en todos los tiempos, y aun en nuestros días, en esclavos y libres, pues aquél que no ha hecho los dos tercios de su jornada por sí mismo, es esclavo, aun cuando después sea lo que quiera: político, comerciante, funcionario, erudito.

284

EN FAVOR DEL OCIOSO.— Es señal de lo que ha bajado el valor de la vida contemplativa, que los sabios luchen hoy con las gentes de acción en una especie de gozo apresurado, al punto de que parecen también ellos apreciar más esta manera de gozar que lo que les conviene. Los sabios tienen vergüenza del *otium*. Y sin embargo, es cosa noble. Si la ociosidad es el *comienzo de todos los vicios*, también es la proximidad de las virtudes: el hombre ocioso es siempre mejor que el activo. No creas, señor perezoso, que hablo contigo.

285

LA INQUIETUD MODERNA.— Hacia el Oeste, crece más la agitación humana, aunque los americanos se figuren a los europeos amigos del ocio y de los placeres. Y es tan grande esta agitación, que la cultura moderna no tiene tiempo de madurar sus frutos: es como si se sucedieran rápidamente las estaciones. Por falta de reposo, nuestra civilización corre de nuevo a la barbarie. Nunca fueron más estimados los trabajadores. Así, pues, entre las enmiendas de la humanidad, es preciso incluir la vuelta a la vida contemplativa. De hoy más, todo individuo calmoso y sereno puede creer que no sólo posee un buen temperamento, sino que también una virtud de utilidad general, la cual tiene el deber de conservar.

286

EN QUÉ MEDIDA EL HOMBRE ACTIVO ES PEREZOSO.— Yo creo que todo hombre debe tener, sobre aquello que es posible formarse opinión, una propia, porque él mismo es algo especial, no existiendo sino una vez, que ocupa en relación a las demás cosas una situación nueva que jamás existió. Pero la pereza que existe en el fondo del alma del hombre activo, le impide sacar el agua de su propia fuente. Paso con la libertad de las opiniones lo que con la salud: una y otra son individuales, pero ni de la una ni de la otra puede formarse concepto de un valor general. Lo que a un hombre es necesario para su salud, para otro es causa de enfermedad y muchos medios, y caminos que conducen a la libertad del espíritu, puede por causas de un grado más alto de desarrollo, ser medios y camino de dependencia.

287

CENSOR VITAL.— Alternar el amor con el odio distingue por largo tiempo el estado interior de un hombre que quiera ser libre en su juicio sobre la vida. Por fin, cuando toda la mesa de su alma está cubierta con notas de la experiencia, no tendrá para la existencia desprecio, ni odio ni tampoco amor; morará muy por encima de ella, dirigiéndole semejante a la Naturaleza, tendrá en el pensamiento, bien el verano, bien el otoño.

288

CONSECUENCIA ACCESORIA.— El que quiere seriamente hacerse libre, pierde por ése solo hecho, sin violencia alguna, la tendencia a las faltas y a los vicios: el fastidio y el despecho le mortifican más raramente. Es que su voluntad sólo desea conocer

urgentemente y poseer los medios de conocimiento, es decir, el estado en que se halle en las condiciones más convenientes para conocer.

289

Importancia de la enfermedad.— El hombre enfermo llega a enterarse de que por lo común lo está por causa de su propio empleo, de sus negocios o de su sociedad, y que por ellas ha perdido todo conocimiento razonado de sí mismo: gana ésa sabiduría en el ocio a que le obliga su enfermedad.

290

Impresión en el campo.— Si no se tienen en el horizonte de la vida líneas firmes y apacibles semejantes a las que hacen la montaña y la selva, la voluntad interior del hombre se encuentra inquieta, distraída y turbada por deseos como la naturaleza de los que habitan en las ciudades: ni tienen dicha ni la dan.

291

Circunspección de los espíritus libres.— Los hombres de espíritu libre que viven únicamente para el conocimiento, habrán alcanzado bien pronto su fin exterior, su situación definitiva en relación a la sociedad y al Estado, y se declararán satisfechos de un empleo o de una fortuna que baste para su subsistencia. Un espíritu así preparado no ambiciona ver las cosas bajo todos los aspectos, en toda la amplitud y abundancia de su desenvolvimiento: quiere más bien desenvolverse en las cosas. Conoce muy bien los días de la falta de libertad, de la dependencia, de la servidumbre. Pero de tiempo en tiempo le es necesario un domingo de libertad; de otro modo, no podría soportar la vida. Es probable que aún su amor por los hombres sea de corto aliento, pues la medida en que quiere empeñarse en el mundo de los instintos y de la ceguedad es la que justamente necesita para el fin del conocimiento es la que justamente necesita para el fin del conocimiento que se propone. En su manera de vivir y de pensar existe un *heroísmo refinado* que se avergüenza en ofrecerse al respeto de las masas, como hace su hermano, más grosero, menos delicado, y que sigue silenciosamente su camino por el mundo y fuera del mundo. Por muchos que sean los laberintos que tenga que atravesar, por muchas que sean las rocas que detengan su marcha momentáneamente, desde el momento que ve la luz

sigue su camino iluminado por claridad meridiana, casi sin ruido, dejando a los rayos del sol que penetren hasta lo más íntimo.

292

ADELANTE.— Así, pues, ¡sigue con paso firme por el camino de la sabiduría! ¡Cualquiera que sea la condición en que te encuentres, sírvete a ti mismo de fuente de experiencia! Arroja, echa fuera la amargura de tu ser; perdónate tu propio yo, puesto que tienes en ti una escala de cien grados, por encima de los cuales puedes llegar al conocimiento. El siglo en que te lamentas de existir, te considera dichoso por tal fortuna. No te arrepientas de haber sido religioso, penétrate bien de cómo has tenido todavía acceso legítimo en el arte. ¿No puedes con la ayuda de estas experiencias seguir las inmensas etapas de la humanidad anterior? ¿No es justamente a este terreno que tanto te disgusta, al terreno del pensamiento turbado, adónde han ido encaminados las más bellos frutas de la antigua civilización? Es preciso haber amado la religión y el arte, como se ama a la madre y a la nodriza: de otra manera no puede llegarse a ser sabio. Pero es menester dirigir la mirada más allá, saber crecer más todavía, por encima de todo eso; si nos quedamos dentro de esos límites no comprenderemos todo aquello. Del mismo modo, es menester estar familiarizado con los estudios históricos y con el juego de la balanza: «ya hacia un lado, ya hacia el otro». Haz un viaje retrospectivo caminando sobre los vestigios en que la humanidad ha dejado marcada su larga marcha dolorosa, a través del desierto del pasado, y así aprenderás seguramente a conocer qué dirección no puede ni seguir la humanidad futura. Y en tanto que investigas el nudo gordiano del porvenir, tu propia vida toma el valor de un instrumento y de un medio de conocimiento. De ti depende que tus ensayos, tus errores, tus ilusiones, tus faltas, tus sufrimientos, tu amor y tu esperanza coadyuven sin excepción a tu designio, y este designio es el de llegar a ser tú mismo una cadena necesaria de anillos de la civilización, y el deducir, por esta necesidad, la necesidad de la marcha de la civilización universal. Cuando tu vista haya adquirido bastante fuerza para poder mirar hasta el fondo el lago turbio de tu ser y de tus conocimientos, quizá también en ese espejo las estrellas lejanas de las civilizaciones del porvenir se te harán visibles. ¿Crees que tal vida, con tan alto grado de designio, puede hacérsete demasiado penosa, demasiado desnuda de todo consuelo? Si tal crees, es que no has aprendido a conocer que no hay miel más dulce que la del conocimiento, y que en los senos de la aflicción habrás de amamantarte y que de ellos sacarás la leche de su refrigerio. Cuando tengas más edad, verás cuántas veces has oído la voz de la Naturaleza, de esa Naturaleza que gobierna el Universo por medio del placer; la misma vida que nos lleva a la vejez, nos lleva también a la sabiduría, gozo constante del espíritu ante esa dulce luz solar: vejez y sabiduría vienen por una misma vertiente; así lo ha querido la Naturaleza. Entonces llega la hora de la

aproximación de la muerte, sin que puedas indignarte por ello. Será hacia la luz tu último movimiento, será un ¡hurra!, de reconocimiento tu último grito.

CAPITULO VI

EL HOMBRE EN LA SOCIEDAD

293

DISIMULO BENÉVOLO.— Es necesario en el trato de los hombres recurrir a un disimulo benévolo, como si no penetráramos los motivos de su conducta.

294

COPIAS.— No es raro encontrar copias de hombres de consideración, y la mayor parte de las personas, como sucede con los cuadros, tienen mayor aprecio por las copias que por los originales.

295

EL ORADOR.— Se puede hablar de una manera perfectamente justa, y sin embargo, de modo que todo el mundo pregone lo contrario; es cuando no se habla para todo el mundo.

296

FALTA DEL ABANDONO.— La falta del abandono entre amigos es una falta que no puede repetirse sin hacerse irremediable.

297

SOBRE EL ARTE DE DAR.— La obligación de rehusar un don únicamente porque no es ofrecido con buenas maneras, prepara contra el dador.

298

EL ADICTO MÁS PELIGROSO.— En todo partido existe un hombre que, profesando exageradamente los principios de ese partido, excita a los demás a desertar de él.

299

CONSEJEROS DEL ENFERMO.— Quien da consejos a un enfermo, se asegura un sentimiento de superioridad sobre él, sean seguidos o rechazados. Tal es la causa de que los enfermos irritables y orgullosos aborrezcan a los consejeros más que a la enfermedad misma.

300

DOS ESPECIES DE IGUALDAD.— La sed de igualdad puede manifestarse en que se quiere, o bien someter a los demás rebajándolos, reduciéndolos al silencio, mirándolos sobre el hombro, o bien elevarse con todos (haciéndoles justicia, ayudándolos, regocijándose de los éxitos de otros).

301

CONTRA EL ENCOGIMIENTO.— El medio mejor de socorrer a las personas que se hallan muy agobiadas y de tranquilizarlas, consiste en alabarlas de una manera decidida.

302

PREFERENCIA POR CIERTAS VIRTUDES.— Nosotros esperamos para dar valor particular a la profesión de una virtud, haber notado su completa ausencia en nuestros enemigos.

303

POR QUÉ SE CONTRADICE.— SE contradice frecuentemente una opinión, mientras que en realidad es solamente el tono en que se nos ha presentado el que no nos es simpático.

304

CONFIANZA Y CONFIDENCIA.— El que busca con propósito deliberado penetrar en lo confidencial de otra persona, no está de ordinario cierto de poseer su confianza. El

que está seguro de la confianza, da poco valor a la confidencia.

305

EQUILIBRIO DE LA AMISTAD.— Muy a menudo, en nuestras relaciones con otro, la vuelta al justo equilibrio de la amistad se consigue si añadimos en nuestro platillo algunos granos de injusticia.

306

LOS MÉDICOS MÁS PELIGROSOS.— Los médicos más peligrosos son los que nacidos comediantes, imitan al médico nacido con un arte consumado de ilusión.

307

CUÁNDO LAS PARADOJAS SE HALLAN EN SU PUESTO.— Para atraerse a las personas de ingenio en favor de una proposición basta a veces presentarla bajo la forma de una paradoja monstruosa.

308

CÓMO SE GANA A LAS PERSONAS DE VALOR.— Para atraer a las personas de valor a una acción basta presentarla mucho más peligrosa de lo que es.

309

GRACIOSIDADES.— Las personas que odiamos cometen según nosotros un crimen cuando nos hacen algún favor.

310

HACER ESPERAR.— Seguro medio de exasperar a las personas y de inculcarles malos pensamientos es hacerlas esperar. Esto hace inmoral.

311

Contra los confiados.— Las personas que nos brindan su plena confianza creen por ello tener derecho a la nuestra. Es un error de razonamiento: los dones no dan derecho.

312

Medio de apaciguamiento.— Basta a menudo presentar a otro a quien hayamos causado algún agravio la ocasión de expresar alguna palabra en favor nuestro, para procurarle una satisfacción personal, para disponerle bien con relación a nosotros.

313

Vanidad de la lengua.— Sea que el hombre oculte sus malas cualidades y sus vicios, sea que los confiese con franqueza, su vanidad desea siempre, en uno y otro caso, encontrar una ventaja; obsérvese con qué finura distingue ante quien oculta sus cualidades y ante quien es honrado y franco.

314

Por consideración.— No querer mortificar, no querer herir a nadie, puede ser lo mismo una muestra de justicia como de timidez.

315

Indispensable para la disputa.— El que no sabe poner sus ideas entre hielo no debe empeñarse en el calor de la discusión.

316

Frecuentación y arrogancia.— Olvida uno la arrogancia siempre que se sabe entre personas de mérito; estar solo produce presunción. Los jóvenes son arrogantes,

pues frecuentemente sus compañeros todos, no siendo nada, quieren pasar por ser mucho.

317

MOTIVO DEL ATAQUE.— No se ataca solamente por hacer mal a alguno, por vencerlo, sino quizá también por el solo placer de adquirir conciencia de la propia fuerza.

318

ADULACIÓN.— Las personas que en nuestras relaciones con ellas quieren aturdir nuestra prudencia con sus lisonjas, usan de un medio peligroso, semejante al narcótico, que si no adormece, nos tiene más insomnes.

319

BUEN EPISTOLAR.— El que no escribe libros, piensa mucho y vive en una sociedad que no le supera, es siempre un buen epistológrafo.

320

LO MÁS FEO POSIBLE.— Ningún viajero ha encontrado en ninguna parte del mundo sitios más feos que en la faz humana.

321

LOS COMPASIVOS.— Las naturalezas compasivas, prontas a socorrer en el infortunio, son rara vez al mismo tiempo complacientes; son superfluas, no se sienten en posesión de su superioridad, y por eso muestran fácilmente su despecho.

322

PADRES DE UN SUICIDA.— Los padres de un suicida suelen abominar al hijo para dejar a salvo su reputación.

323

PREVER LA INGRATITUD.— El que da algo grande no encuentra reconocimiento, pues al favorecido le pesa demasiado la grandeza.

324

EN UNA SOCIEDAD SIN ESPÍRITU.— Nadie es capaz de buena voluntad para el hombre espiritual por su cortesía, cuando se pone al nivel de una sociedad en que no es cortés ser espiritual.

325

PRESENCIA DE TESTIGOS.— Cualquiera es capaz de arrojarse dos veces tras de un hombre que cae al agua, si hay personas que no se atreven a hacerlo.

326

CALLARSE.— La manera más desagradable de replicar en una polémica es la de enojarse y la de callar, pues el agresor interpreta ordinariamente el silencio como desprecio.

327

EL SECRETO DEL AMIGO.— Habrá pocas personas que si se hallan embarazadas por no encontrar materia de conversación, guarden los secretos del amigo.

328

HUMANIDAD.— Lo humano de las celebridades del espíritu, en sus relaciones con personas no célebres, consiste necesariamente en el agravio que infieren.

329

EL EMBARAZADO.— Los hombres que no se sienten satisfechos en sociedad, aprovechan cualquier ocasión para hacer sobre cualquiera de los que le rodean prueba pública de superioridad, por ejemplo, incomodándole.

330

AGRADECIMIENTO.— Un alma delicada se duele de saber que alguien le debe reconocimiento; un alma grosera al saber que se lo debe a alguien

331

SIGNO DE INCOMPATIBILIDAD.— El indicio más fuerte de la incompatibilidad de miras entre dos hombres que se hablen recíprocamente con algo de ironía, sin que ni el uno ni el otro la sientan.

332

PRETENSIÓN A PROPÓSITO DE SERVICIOS.— La pretensión a propósito de los servicios que se prestan, ofende más todavía que la pretensión sin esos servicios; el servicio por ése solo hecho es una ofensa.

333

PELIGRO EN LA VOZ.— Alguna vez, en la conversación, el sonido de nuestra propia voz nos causa molestia y nos lleva a afirmaciones que no están del todo conformes con lo que opinamos.

334

TEMOR AL PRÓJIMO.— Tememos en el prójimo una disposición hostil, porque tememos que por esa disposición penetre nuestros secretos.

335

DISTINGUIR POR LAS CENSURAS.— Las personas muy distinguidas distribuyen sus censuras de manera que notemos su distinción.

336

DESPECHO POR BENEVOLENCIA DE OTRO.— Siempre exageramos el grado de odio o de temor que creemos inspirar, pues si conocemos a fondo el grado de nuestro alejamiento de una persona, de una tendencia, de un partido, éstos, por el contrario, nos conocen muy superficialmente, y por esta razón nos odian superficialmente también. Encontramos a menudo una benevolencia inexplicable que nos ofende, porque muestra que no se nos toma bastante en serio.

337

VANIDADES QUE SE CRUZAN.— Cuando se encuentran dos personas cuya vanidad es igualmente grande, se impresionan malamente porque se halla tan preocupada cada una en la impresión que quiere producir sobre la otra, que ambas se dan cuenta al fin que su afán es necio, y se imputan mutuamente la falta.

338

MALOS MODALES, BUENA SEÑAL.— El espíritu superior encuentra placer en las faltas de tacto, en las arrogancias, en las hostilidades de los jóvenes ambiciosos; son éstos como resabios de caballos fogosos, que no ha montado ningún jinete y que muy pronto se mostrarán orgullosos de llevarlos.

339

CUÁNDO ES OPORTUNO SER CULPADO.— Se hace muy bien en aceptar inculpaciones, sin rechazarlas, aunque nos agravien, cuando su autor siente mayor agravio de nuestra parte si lo replicamos o le refutamos. Es verdad que a un hombre puede inculpársele siempre cuando es razonable.

340

POCO HONRADO.— Las personas presuntuosas a quienes se ha dado señales de estimación menor de la que esperaban, buscan largo tiempo el modo de cambiarlas en sí mismas y en los demás, haciéndose sutiles psicólogos para llegar a concluir que se les ha honrado suficientemente: si no alcanzan su fin, si se rasga el velo de su ilusión, se entregan a un terrible furor.

341

ECOS DE ESTADOS PRIMITIVOS EN EL DISCURSO.— En la manera con que los hombres emiten hoy sus afirmaciones en el mundo, se reconoce frecuentemente un eco del tiempo en que se inclinaban a las armas: tan pronto sostienen sus afirmaciones como los tiradores al blanco su fusil, tan pronto se cree sentir el roce y el chocar de las espadas: en algunos hombres, una afirmación cae silbando como un proyectil. Las mujeres, por el contrario, hablan como seres que durante siglos estuvieran sentadas al pie del huso o manejando la aguja o jugando como niñas con los niños.

342

EL NARRADOR.— El que hace una narración, un cuento, deja fácilmente notar por qué el hecho le interesa o por qué quiere interesar. En el último caso exagerará, usará de superlativos y de procedimientos semejantes. Entonces narra muy mal, porque no piensa tanto en el hecho como en él mismo.

343

EL LECTOR.— El que lee en alta voz poemas dramáticos descubre su propio carácter: encuentra su voz más natural para ciertas situaciones y escenas que para otras; por ejemplo, para todo lo que es patético o para todo lo que es bufo, mientras

que en la vida ordinaria quizá no tendría ocasión ni aun de mostrar la pasión o la agudeza de ingenio.

344

Una escena de comedia que se representa en la vida.— *Hay quien por la reflexión* llega a una opinión ingeniosa para exponerla en una reunión. Podría entonces hacerse una comedia viendo cómo despliega todas las velas para llegar a ese punto y embarcar hacia un lugar donde pueda ser notada, cómo a veces, perdida la dirección, vuelve a tomarla hasta perder el aliento casi; entonces alguno le adelanta la observación, se la quita de la boca. ¿Qué hará? ¿Oponerse a su propia opinión?

345

Impolítico mal de su grado.— Cuando un hombre, mal de su grado, comete una falta de política hacia alguno, por ejemplo, no lo saluda, se siente contrariado, aunque no pueda hacer reproche alguno a sus intenciones; sufre por la mala opinión que ha podido despertar en otro respecto de sí o teme las consecuencias de una desavenencia: pueden excitarse así la vanidad o el temor o la simpatía, o quizá todo a un mismo tiempo.

346

Obra maestra de traición.— Expresar contra un conjurado la enojosa sospecha de que os traiciona, en el momento mismo en que traicionáis, es un golpe maestro, porque obligáis a aquél a ocuparse de su persona y a mostrar durante algún tiempo una conducta exenta de toda sospecha, franca y abierta; de modo que el verdadero traidor queda enteramente libre para proceder.

347

Ofender y ser ofendido.— Es más agradable ofender y pedir perdón después, que ser ofendido y conceder el perdón. El que hace lo primero manifiesta una prueba de su poder, primero, y después, de su bondad de carácter. El otro, si no quiere pasar por inhumano, *está obligado* a perdonar; el gozo que procura la humillación de otro es muy escaso.

348

En la disputa.— Cuando uno contradice una opinión y al mismo tiempo expone la propia, el continuo ocuparse de la opinión ajena desordena ordinariamente la actitud natural de nuestra opinión: se muestra más decidida, más decisiva, y hasta quizá exagerada.

349

Artificio.— El que quiere obtener de otro alguna cosa difícil, no debe de ningún modo presentarla como un problema, sino establecer simplemente su plan como si fuera el único posible: desde el momento en que vea por la mirada del interlocutor que va a aparecer la objeción, la réplica, rompa con viveza la conversación para no dejarle tiempo.

350

Remordimientos que siguen a ciertas reuniones.— ¿Por qué sentimos remordimiento después de habernos encontrado en reuniones vulgares? Porque hemos tratado muy ligeramente cosas importantes, porque hablando de ciertas personas no hemos hablado de buena fe o porque hemos guardado silencio cuando debimos tomar la palabra, porque en la ocasión oportuna no nos levantamos bruscamente dejando esa compañía, porque, en fin, nos hemos conducido en ella como si a ella perteneciéramos.

351

Uno es juzgado erróneamente.— El que escucha los juicios que de él se hacen, estará siempre disgustado, pues somos malamente juzgados por los que nos tienen cerca («que nos conoce mejor»). Aún los buenos amigos dejan a veces escapar su desacuerdo: ¿y serían amigos nuestros si nos conocieran bien? Los juicios de los indiferentes hacen mucho daño, porque tienen un tono de imparcialidad casi impersonal. Pero si advertimos que alguno que nos es hostil conoce algún secreto nuestro, nos sentimos cogidos por el despecho.

352

Tiranía del retrato.— Los artistas y los hombres de Estado que por rasgos aislados componen la imagen entera de un hombre o de un suceso, son siempre injustos, porque exigen que sea realmente tal como lo han pintado.

353

El padre considerado como el mejor amigo.— Los griegos, que sabían tan bien lo que es un amigo, hicieron un estudio filosófico, profundo, múltiple, de la amistad, al punto de ser los primeros y hasta hoy los últimos para quienes el amigo ha parecido un problema digno de solución: esos mismos griegos han adjudicado a los padres un término que es el superlativo de la palabra «amigo». Esto es para mí inexplicable.

354

Honradez desconocida.— Cuando alguno en la conversación se cita a sí mismo («yo digo», «yo tengo costumbre decir») nos molesta la pretensión, mientras que, a la inversa, nos parece lo contrario.

355

El parásito.— Es señal de la falta de sentimientos nobles vivir en la dependencia, a expensas de otro, para no trabajar, y ordinariamente con cierta secreta prevención contra aquéllos de quienes depende. Tal disposición es mucho más frecuente entre los hombres que entre las mujeres, y también mucho más perdonable (por razones históricas).

356

En el altar de la reconciliación.— Hay circunstancias en las cuales el medio de obtener una cosa de un hombre es herirle y hacer de él un enemigo: este sentimiento de tener un enemigo le atormenta a tal punto, que aprovecha el primer

indicio de disposición más suave para reconciliarse, y sacrifica en el altar de la reconciliación aquéllas que antes no quería hacer ningún precio.

357

Reclamar piedad, signo de pretensión.— Hay hombres que cuando se encolerizan y ofenden a los demás, exigen con esto, primeramente, que nada se tome a mal en ello, y después, que se les tenga compasión porque están sujetos a paroxismos tan violentos. A tanto alcanza la pretensión humana.

358

Cebo.— «Todo hombre tiene su precio»: esto no es exacto. Pero puede encontrarse para cada cual el cebo apropiado. Así, para ganar muchas personas a una causa, no hay más que dar a ésta el barniz de la filantropía, de la nobleza, de la beneficencia, de sacrificio, ¡y a qué causa no podrá dársele!… Es el confite y la golosina para sus almas; pero hay también otros cebos.

359

Continencia en relación al elogio.— Si buenos amigos alaban la Naturaleza bien dotada, ésta se mostró a menudo contenta por cortesía y benevolencia, ¡pero en realidad es igual! Su esencia particular es indolente a este respecto, y por consiguiente, mal dispuesta a dar un paso para salir del sol o de la sombra en que se halla reclinada; pero como los hombres, por la alabanza, quieren contestar, sería disgustarlos no manifestarse contento de *sus* alabanzas.

360

La experiencia de sócrates.— Cuando se ha llegado a ser maestro en una cosa, se es por lo general aprendiz en la mayor parte de las otras, pero creyendo siempre lo contrario, como Sócrates. Tal es lo que hace desagradable el trato de los maestros.

361

MEDIOS DE DEFENSA.— En la lucha con la necedad, los hombres más moderados acaban por ser brutales. Quizá están por ello en el verdadero camino de la defensa, pues ante un contrario estúpido, el argumento que conviene es el puño cerrado.

362

CURIOSIDAD.— Si la curiosidad no existiera, se haría muy poco por el prójimo. Porque la curiosidad se insinúa bajo el nombre de deber o de compasión en la casa del que sufre y del necesitado. Quizá aun en el famoso amor maternal exista una buena parte de curiosidad.

363

EQUIVOCACIONES DE LA SOCIEDAD.— Este desea hacerse interesante por sus juicios, aquél por sus simpatías y sus aversiones, el tercero por sus conocimientos, el cuarto por su aislamiento, y todos se equivocan, pues el único espectáculo digno de consideración es uno mismo.

364

DUELO.— En favor del honor y de los duelos, puede decirse que si un hombre tiene un noble sentimiento tan arraigado que no puede vivir si tal o cual dice o piensa tal o cual cosa sobre su persona, puede exigir la muerte del uno o del otro. Esta susceptibilidad no hay que discutirla; somos en esto los herederos del pasado, de su grandeza, así como de sus exageraciones, sin las cuales no existió jamás la grandeza. Es un gran beneficio que exista hoy un código de honor que hace de la primera sangre el equivalente de la muerte, de manera que después de un duelo parece que se alivia la conciencia, porque de otro modo muchas existencias humanas estarían en peligro. Tal institución enseña, por otra parte a los hombres a reprimirse.

365

NOBLEZA Y RECONOCIMIENTO.— Una alma noble se sentirá de buen grado obligada al reconocimiento, y no evitará las ocasiones en que pueda quedar obligado.

366

Las horas de elocuencia.— Hay quien para hablar bien necesita de alguno que le sea decidida y notoriamente superior, los hay que no pueden estar más que delante de quien puedan dominar con plena libertad de palabra y hermosos giros de elocución: en los dos casos la razón es la misma: hablan bien cuando hablan *sin inquietud*, el uno porque delante de su superior no siente el aguijón de la concurrencia, de la rivalidad; el otro porque se halla en el mismo caso ante su inferior. Hay aún otra clase de hombres que no hablan bien más que con emulación, con intención de vencer. ¿Cuál de las dos especies es más ambiciosa, la que habla bien cuando se despierta su ambición, o la que por el mismo motivo habla mal o no habla?

367

El talento de la amistad.— Entre los hombres que tienen un don particular para la amistad, se presentan dos tipos. El uno está en elevación continua y encuentra para cada fase de su desenvolvimiento un amigo adecuado. La serie de amigos de que se hace, está rara vez en alianza mutua, a menudo se halla en mala inteligencia y en contradicción, puesto que las fases ulteriores de su desenvolvimiento anulan o alteran los anteriores. Tal hombre puede por broma llamarse *hombre escala*. El otro tipo está representado por el que ejerce una fuerza de atracción sobre caracteres y talentos muy diversos, tanto que se atrae a todo un círculo de amigos; pero éstos llegan por eso mismo a relaciones amistosas entre sí, a despecho de todas las diferencias. Tal hombre puede llamarse *hombre círculo*, pues ese acuerdo de situaciones y de naturalezas tan diversas, debe ser en algún modo una forma preexistente de él. Por lo demás, el talento de tener buenos amigos es en muchos mayor que el de ser buen amigo.

368

Táctica en la conversación.— Después de una conversación con algunas personas, se halla uno bien dispuesto hacia su interlocutor, si ha tenido ocasión de desplegar ante él su espíritu, su amabilidad, en todo su brillo. Es lo que aprovechan los hombres malignos que quieren predisponer a alguien en su favor, procurándole en la conversación ocasiones de hacer una frase, etcétera. Imaginaos lo que sería una conversación entretenida entre dos malignos que quieren ponerse en disposición favorable, y con esta mira desparraman aquí y allá en la conversación se proseguiría

enteramente desnuda de espíritu y de amabilidad, porque cada uno dejaría al otro la ocasión de mostrar amabilidad y espíritu.

369

DESCARGO DEL MAL HUMOR.— El hombre que fracasa en alguna cosa, prefiere achacar ese descalabro a la mala voluntad de otro que a la casualidad. Su sobrexcitación se calma con el hecho de imaginarse que el fracaso lo debe a una persona, no a una cosa, pues de las personas puede uno vengarse y del destino hay que devorar los agravios. El cortejo de un príncipe tiene la costumbre por esta razón, cuando ha fracasado en algo, de designarle como sediciente causa; un personaje único, sacrificado en interés de todos los demás cortesanos, pues de otro modo el mal humor del príncipe se ejercitaría sobre todos ellos, ya que de la diosa del destino no se puede vengar.

370

TOMAR EL COLOR DEL MEDIO.— ¿Por qué la simpatía y la aversión son tan contagiosas, que apenas si se puede vivir cerca de un hombre de pasiones fuertes, sin llenarse como un tonel de su pro y de su contra? Primero la completa abstención del juicio es difícil, a veces insoportable para nuestra vanidad: tiene el mismo color que la pobreza de inteligencia y de sentimiento, o que la timidez y la falta de virilidad, y así nos sentimos arrastrados, cuando menos, a tomar un partido, aunque vaya contra la tendencia de quienes nos rodean, si esa actitud causa mayor placer a nuestro orgullo. Pero de ordinario —segundo punto— no adquirimos conciencia del paso de la indiferencia a la simpatía o a la aversión, sino que nos acostumbramos poco a poco a la manera de sentir de quienes nos rodean, y como la aprobación simpática y la cordialidad mutua son cosas muy agradables, no tardamos en tomar todos los caracteres y colores del medio en que vivimos.

371

IRONÍA.— La ironía no es oportuna más que como método pedagógico de un maestro en sus relaciones con los discípulos, de cualquier clase que sean; su fin es la humillación, la confusión; pero de esa especie saludable que despierta buenas resoluciones y que llega a obligarnos, para quien nos ha tratado así, al respeto, a la gratitud, como a nuestro médico. El ironista afecta un aire de ignorancia, y esto hace

que los que con él conversan sean engañados, adquieran seguridad en la convicción de su propia superioridad y ofrezcan así toda clase de motivos de ironía; pierden su reserva, se muestran tales como son, hasta que en momento dado la luz que tenían en la boca de su maestro haga caer de manera muy humillante sus ratos sobre ellos mismos. Allí donde una relación semejante a la del maestro y el discípulo no tiene lugar, es un mal procedimiento, una vulgar aceptación. Todos los escritores irónicos *cuentan con aquella especie necia de hombres que se creen de grado superiores a todos los demás, juntamente con el autor, a quien consideran órgano de su pretensión*. El hábito de la ironía, como el del sarcasmo, corrompe la moral.

372

PRETENSIÓN.— Nada hay que deba evitarse tanto como el crecimiento de esa mala hierba que se llama pretensión y nos malogra las mejores cosechas, pues puede haber pretensión en la cordialidad, en los testimonios de respeto, en la confianza benevolente, en la caricia, en el consejo amistoso, en la confesión de las faltas, en la compasión por otro, y todas esas cosas tan bellas producen repugnancia cuando esta hierba crece en ellas. El pretencioso, es decir, el que quiere tener más importancia de la que tiene o *de la que se le presta*, hace siempre un cálculo falso. Es verdad que se asegura el éxito de un momento, en el sentido de que las personas delante de las cuales se muestra pretencioso le concede ordinariamente la medida de honor que reclama, por timidez o por indiferencia; pero sacan de ella una dura venganza, retirándole el equivalente de lo que ha reclamado en proporción mucho mayor del valer que le atribuían hasta entonces. Nada hay que los hombres se hagan pagar más caro que la humillación. El pretencioso deja siempre amenguado a los ojos de los demás su mérito real. Tampoco debería uno permitirse una actitud soberbia, sino allí donde se tiene la seguridad de no ser mal comprendido y mirado como pretencioso, como por ejemplo, ante su amigo o su mujer. No hay en el tratado social mayor locura que atraerse la reputación de pretencioso; esto es peor aún que no haber aprendido a mentir por cortesía.

373

CONVERSACIONES A SOLAS.— El *vis* a *vis* es la conversación perfecta porque todo lo que dice el uno recibe su matiz determinado, su timbre, el gesto que lo acompaña *únicamente en relación al otro interlocutor*; es, por consiguiente, algo análogo a lo que sucede en la correspondencia, a saber: que una misma y sola persona muestra diez aspectos de la expresión de su alma, según que escriba al uno o al otro. En el *vis*

a *vis* no hay sino una sola refracción del pensamiento: la que produce el interlocutor como el espejo en el cual queremos ver nuestras ideas reflejadas tan fielmente como sea posible. Pero ¿qué pasa en el caso de dos, de tres y de mayor número de interlocutores? Entonces la conversación pierde necesariamente en finura individualizante, las diversas relaciones se atraviesan, se destruyen: el giro que satisface al uno no satisface al otro. Por esto es por lo que el hombre en relación con muchos se encerrará en sí mismo, establecerá los hechos como son, pero quitará a los sujetos esa libre atmósfera de humanidad que hace de una conversación una de las cosas más agradables del mundo. Escuchad, si no, el tono en que se habla con grupos enteros de hombres, como si la base fundamental de todo el discurso fuera ésta: «¡He aquí lo que yo soy, lo que yo digo; tomad de ello lo que queráis!». Es la razón porque las mujeres espirituales dejan, en quien las ha conocido, una impresión sorprendente, penosa, desconsoladora: el hecho de hablar a muchas personas les quita el agrado, y sólo dejan traslucir el reposo consciente sobre sí mismas, su táctica y la intención de triunfar, mientras que las mismas damas, en el *vis* a *vis*, vuelven a ser mujeres y a encontrar su espíritu.

374

GLORIA PÓSTUMA.— Esperar en el reconocimiento de un lejano porvenir no tiene sentido sino admitiendo que la humanidad es esencialmente inmutable, y que todo lo que es grande debe sentirse grande, no para un tiempo solamente, sino para todos los tiempos. Esto es un error; la humanidad en todo lo que es impresión y juicio sobre lo bello y el bien, se modifica muchísimo; es un delirio creer que el conjunto de la humanidad siga *nuestro* camino. Además, un sabio que sea desconocido puede contar hoy decididamente con que su descubrimiento será hecho por otros, y que cuando más, algún día, un historiador reconocerá que él también había sabido ya esto y aquello, pero que no pudo hacerlo creer. No haberse dado a conocer, no haber sido reconocido, será mirado siempre por la posteridad como falta de fuerza. En resumen, no se debe tomar el partido de aislamiento orgulloso. Existen casos excepcionales, pero la mayor parte de las veces son nuestras faltas, nuestra debilidad y nuestras locuras lo que impide el reconocimiento de nuestras cualidades.

375

LOS AMIGOS.— Considera solamente una vez contigo mismo cuán diversos son los sentimientos, cuán divididas las opiniones aun entre los conocimientos más próximos, y aún cuántas opiniones semejantes tienen en el cerebro de tus amigos una

orientación y una fuerza muy diversas de las que tiene en el tuyo; en cuántos centenares de formas se presenta la ocasión de desavenencias y desacuerdos y de huirse recíprocamente como enemigos. Después de haber meditado todo esto, te dirás: ¡Qué próximos están los chubascos o el mal tiempo! ¡Qué aislado se halla el hombre! Si alguien se da perfecta cuenta de esto, y además de que todas las opiniones, y su especie, y su fuerza, son entre sus contemporáneos tan necesarias e irresponsables como sus acciones, si adquiere vista para mirar esa necesidad íntima de las opiniones y salir del indisoluble enlace del carácter, de la ocupación, del talento, del medio, perderá quizá la amargura y la aspereza de sentimiento con el cual un sabio exclamaba: «Amigos, no hay amigos». Se hará más bien esta confesión: «Sí, hay amigos; pero es el error, la ilusión quien los ha conducido hasta ti, y les es necesario haber aprendido a callarse para permanecer siempre amigos, pues casi siempre tales relaciones humanas descansan sobre que una o dos cosas no se dirán nunca ni serán tocadas jamás; pero esos guijarros ruedan, y tras ellos va la amistad y se rompe». ¿Hay, por ventura, hombres para quienes no fuese mortal herida el saber lo que sus más fieles amigos sienten de ellos en el fondo? Aprendiendo a conocernos a nosotros mismos, a considerar nuestro mismo ser como una esfera móvil de opiniones y de tendencias, y así a despreciarlo un poco, pongámonos en parangón con los demás. Es verdad que tenemos razones para estimar poco a los que conocemos, pero también otras semejantes para volver ese sentimiento contra nosotros mismos. Así, pues, soportemos a los demás lo que a nosotros nos soportamos, y quizá llegará un día en que podáis exclamar con el sabio moribundo: «¡Amigos, no hay amigos!», añadiendo: «¡Enemigos, no hay enemigos!».

CAPITULO VII

LA MUJER Y EL NIÑO

376

La mujer perfecta.— La mujer perfecta es un tipo más elevado de la humanidad que el hombre perfecto; es también algo más raro. La historia natural de los animales ofrece un medio para hacer esta proposición verosímil.

377

Amistad y matrimonio.— El mejor amigo tendrá probablemente también la mejor esposa, porque el buen matrimonio descansa en el talento de la amistad.

378

Prolongación de la vida de los padres.— Las resonancias no resueltas en las relaciones de carácter y de manera de ser el espíritu de los padres, continúan resonando en el niño y producen su historia pasional interior.

379

De la propia madre.— Cada uno lleva en sí una imagen de la mujer, sacada de la propia madre; por esto se halla determinado a respetar a las mujeres en general, o a despreciarlas o a ser totalmente indiferente respecto de ellas.

380

Corregir la naturaleza.— Si no se tiene un buen padre, debe hacérselo uno mismo.

381

Padre e hijo.— Mucho tienen que hacer los padres para compensar el hecho de tener hijos.

382

Error de las mujeres distinguidas.— Las mujeres distinguidas piensan que una cosa no existe cuando no es posible hablar de ella en el mundo.

383

Enfermedad de los hombres.— Contra la enfermedad de los hombres, que consiste en rebajarse, el remedio más seguro es que sean amados por una mujer recta.

384

Especie de celos.— Las madres se encelan fácilmente de los amigos de sus hijos cuando aquéllos tienen sobre éstos una influencia marcada. Habitualmente lo que una madre ama de un hijo es más *a ella misma* que al hijo.

385

Sin razón razonable.— En la madurez de la vida y de la inteligencia, siente el hombre que su padre ha cometido un pecado engendrándolo.

386

Bondad maternal.— Muchas madres tienen necesidad de hijos felices y honrados: muchas de hijos desgraciados; de otra manera la bondad materna no podría manifestarse.

387

Lamentos diversos.— Algunos hombres se han lamentado de que les hayan quitado su mujer: la mayor parte de que nadie quiera quitársela.

388

MATRIMONIOS DE AMOR.— Las uniones que se hacen por amor (lo que se llama matrimonio por amor), tienen el error por padre y la necesidad por madre.

389

AMISTAD DE LAS MUJERES.— Las mujeres pueden muy bien trabar amistad con un hombre, pero para mantenerla es necesario que concurra una pequeña antipatía física.

390

FASTIDIO.— Muchas personas, especialmente las mujeres, no conocen el fastidio, porque jamás han aprendido a trabajar regularmente.

391

UN ELEMENTO DE AMOR.— En toda especie de amor femenino se transparenta también algo del amor maternal.

392

LA UNIDAD DEL LUGAR Y EL DRAMA.— Si los esposos no vivieran juntos, los buenos matrimonios serían más frecuentes.

393

RESULTADOS HABITUALES DEL MATRIMONIO.— Todo trato frecuente que no eleva, rebaja, y viceversa. Por esto los hombres descienden algo ordinariamente cuando toman mujer, mientras que las mujeres se elevan algo también. Los hombres demasiado espirituales tienen tanta necesidad del matrimonio, que se resistan a él como a una medicina repugnante.

394

ENSEÑANZA DE GOBERNAR.— A los hijos de familia modestos es tan necesario enseñarles el gobierno por medio de la educación como a otros niños la obediencia.

395

EL DESEO DE SER CARIÑOSOS.— Los novios que la conveniencia ha unido se esfuerzan frecuentemente por hacerse cariñosos, para evitar el reproche de frío cálculo interesado, del mismo modo que los que por interés se convierten al cristianismo se esfuerzan por hacerse piadosos, pues así la religión se les hace más fácil.

396

NO HAY TÉRMINO PARA EL AMOR.— Un músico que ame el movimiento lento tocaría los mismos trozos siempre con más lentitud. Así en ningún amor existe la voz de ¡alto!

397

PUDOR.— Con la belleza de las mujeres aumenta por lo general su pudor.

398

MATRIMONIO EN BUENAS CONDICIONES.— Un matrimonio en que cada uno quiere por medio del otro alcanzar un fin personal, es sólido, por ejemplo, cuando la mujer quiere tener por medio de su marido reputación y el marido el amor por su mujer.

399

NATURALEZA DE PROTEO.— Las mujeres se hacen por el amor tales como se hallan en la idea de los hombres de quienes son amadas.

400

AMAR Y POSEER.— Las mujeres aman la mayor parte de las veces a un hombre de valor, de manera tal que quisieran poseerlo solas. Le aislarán si su vanidad no las disuadiera de ellos; ésta ambiciona que también a otras parezca un hombre de valor.

401

PRUEBA DE UNA BUENA FAMILIA.— La bondad de una familia se prueba en algo que alguna vez soporta una excepción.

402

MEDIOS DE LLEVAR A CUALQUIER HOMBRE A LO QUE SE QUIERE.— Por medio de las molestias, las inquietudes, la acumulación del trabajo y de los pensamientos, se puede de tal manera fatigar y debilitar a cualquier hombre, que deje de oponerse a lo que tenga cualquiera suerte de complicación y lo ceda. Es lo que saben los diplomáticos y las mujeres.

403

HONRADEZ Y HONESTIDAD.— Las niñas que no quieren deber sino al atractivo de su juventud el medio de proveer a toda su existencia, y cuya destreza está manejada por madres listas, persiguen el mismo fin que las cortesanas, salvo que son todavía más deshonestas.

404

MÁSCARAS.— Hay mujeres en las que, por más que se busque y se analice, no se encuentra nada interior; son simplemente máscaras. Es de lamentar que se abandone el hombre a estos seres casi fantasmagóricos, incapaces necesariamente de satisfacer; pero son ellas justamente las capaces de despertar con más intensidad el deseo del hombre; éste busca en ellas un alma, y continúa buscándola siempre.

405

El matrimonio considerado como una larga conversación.— Se debe, en el momento de formar una familia, proponerse a sí mismo esta cuestión: ¿Crees que podrás entretenerte hasta la vejez con esta mujer? Todo lo demás del matrimonio es transitorio, pues la mayor parte de la vida común está dedicada a la conversación.

406

Sueños de las doncellas.— Las doncellas inexperimentadas se lisonjean con la idea de que son capaces de hacer la felicidad de un hombre; más tarde llegan a saber que esto equivale a despreciar a un hombre, admitiendo que se necesita una joven para hacer su felicidad. La vanidad de las mujeres exige que un hombre sea algo más que un marido dichoso.

407

Desaparición de Fausto y Margarita.— Según la sutil observación de un sabio, los hombres cultos de la Alemania actual parecen una mezcla de Mefistófeles y de Wagner, pero en modo alguno de Fausto: era Fausto a quien sus abuelos (a lo menos en la juventud) sentían agitarse dentro de sí. Hay, pues —continuando la proposición—, dos razones para que las Margaritas no les convengan. Y no siendo ya solicitada, parece justo que desaparezcan.

408

Las niñas en el liceo.— ¡Por nada en el mundo queráis dar educación de gimnasio a las niñas! Vosotros, jóvenes a menudo espirituales, sedientas de saber, seríais copia de vuestros maestros.

409

Sin rivales.— Las mujeres notan fácilmente en un hombre si su alma está ya ocupada; quieren ser amadas sin rivales de ningún género y le reprochan el fin de su ambición, sus deberes políticos, su ciencia y su arte, y si tiene pasión por cosas semejantes, salvo que de ellas saquen lustre y esplendor; entonces esperan, encadenándose en el amor de él, acrecentar al mismo tiempo su propio brillo; si esto es así, favorecen al amante.

410

LA INTELIGENCIA FEMENINA.— La inteligencia de las mujeres se presenta como dominio perfecto, presencia de espíritu, utilización de todas las ventajas. La transmiten como herencia a los hijos, y el padre añade a ella el fondo obscuro de la voluntad. Su influencia determina, por decirlo así, el ritmo y la armonía conforme a los cuales la vida nueva debe ejecutarse; pero la melodía proviene de la mujer. Lo decimos a las personas capaces de comprendernos; las mujeres tienen el entendimiento, los hombres la sensibilidad y la pasión. Y no puede contradecirse esta afirmación porque los hombres lleven su entendimiento mucho más lejos; tienen móviles más profundos, más poderosos, y son estos móviles los que llevan más lejos su entendimiento, que en sí tiene algo de pasivo. Las mujeres, por lo común, se admiran interiormente del gran respeto que los hombres imponen a su sensibilidad. Si en la elección del conjunto los hombres buscan, en primer término, un ser profundo, lleno de sensibilidad, las mujeres, por el contrario, un ser hábil, listo, brillante; se ve con claridad que el hombre busca al hombre ideal, la mujer, la mujer ideal, y que, por lo tanto, no buscan complemento, sino el perfeccionamiento de sus propias ventajas.

411

JUICIO DE HESÍODO CONFIRMADO.— Es un indicio de la habilidad de las mujeres, que en casi todas las partes y casi siempre han sabido hacerse mantener como los zánganos en la colmena. Medítese un poco lo que significa esto en el origen y por qué no son los hombres los que se hacen mantener por las mujeres. Seguramente será porque la vanidad y la ambición masculinas son más grandes que la habilidad femenina, pues las mujeres han sabido, subordinándose a ellos, procurarse la ventaja preponderante, hasta el dominio. Aún los cuidados que debe tenerse por los niños han podido originariamente ser utilizados por la habilidad de las mujeres, para sustraerse al trabajo. Aún hoy ellas procuran, cuando están realmente ocupadas, por ejemplo, en cuidar de la familia, en mejorar la hacienda, hacer de modo tal que los hombres tengan habitualmente, por el merecimiento de estas ocupaciones, una estimación diez veces mayor.

412

LOS MIOPES SON AMOROSOS.— A veces basta el empleo de lentes más fuertes para curar al que fácilmente se enamora, y el que tenga bastante potencia imaginativa para

representarse un rostro, un talle con veinte años más, se alejará quizá exento de toda inquietud.

413

Las mujeres en el odio.— En el estado del odio, las mujeres son más peligrosas que los hombres, tanto porque no detiene su hostilidad, una vez que se ha despertado, ningún escrúpulo de equidad, sino que dejan tranquilamente crecer su odio hasta las últimas consecuencias, cuanto porque se han ejercitado en encontrar los puntos vulnerables (que todo hombre presenta en todas partes) para dirigir allí sus golpes (les sirve admirablemente a este objeto su espíritu, aguzado a manera de puñal), mientras que los hombres, retrocediendo al aspecto de las heridas, se hacen a menudo magnánimos y misericordiosos.

414

Amor.— La idolatría que las mujeres tienen por el amor es en el fondo y originariamente una invención de sus inclinaciones, en el sentido de que por todas esas idealizaciones del amor aumentan su poder y se muestran a los ojos de los hombres siempre más deseables. Pero el hábito secular de esta estimación exagerada del amor, ha hecho que hayan caído en sus propias redes y olvidado tal origen. Son ellas ahora más engañadas que los hombres, y por lo mismo sufren con mayor intensidad cualquier desilusión que tiene que producirse casi necesariamente en la vida de una mujer; por supuesto, suponiendo que tenga bastante espíritu e imaginación para sentir ilusiones o desilusiones.

415

A propósito de la emancipación de la mujer.— ¿Pueden las mujeres, por regla general, ser justas, estando tan acostumbradas a amar, a inclinarse súbitamente por un pro o por un contra? Por eso rara vez se apasionan de las cosas, sino mucho más frecuentemente de las personas; pero cuando lo están por alguna cosa, la hacen desde luego un negocio de partido y corrompen así la acción pura e inocente.

Nace de ahí un peligro que no es despreciable, si se les confía la política y ciertas partes de la ciencia, por ejemplo, la historia. Porque ¿habría algo más raro que una mujer que supiera realmente lo que es la ciencia? Hasta las mejores sienten hacia ella

dentro de sí un desprecio secreto, como si por algún concepto le fueran superiores. Puede ser que esto llegue a cambiar, pero por ahora, así sucede.

416

La inspiración en el juicio de las mujeres.— Las decisiones repentinas de las mujeres sobre el pro y sobre el contra, tan comunes en ellas, sus apreciaciones tan rápidas como relámpagos en lo que atañe a sus relaciones personales, en que sólo predominan la antipatía o la simpatía, no obstante ser prueba de la injusticia femenina, han sido orladas por los hombres con una aureola de amor, como si todas las mujeres tuviesen inspiraciones de sabiduría y fueran capaces de vaticinar, aunque no posean el trébol délfico ni la corona de laurel, y sus asertos, aun mucho tiempo después de hechos, son interpretados y justificados como oráculos sibilinos. Pero si se considera que en todas las personas y en todas las cosas se puede encontrar algo que les sea favorable y algo también que les sea adverso; que todo lo que vemos no tiene sólo una, sino dos, tres y hasta cuatro caras, es verdaderamente difícil engañarse por completo en tan repentinas decisiones; hasta podría decirse: la naturaleza de las cosas está dispuesta de tal manera, que las mujeres siempre tienen razón.

417

Dejarse amar.— Como de dos personas que se aman, la una es ordinariamente la persona amante, la otra la persona amada, ha nacido la creencia de que en todo comercio amoroso hay una cantidad constante de amor, y que cuanto más toma el uno de ella, menos queda a la otra. Por excepción sucede que la vanidad persuada a cada una de las dos personas de que *ella* es la que debe ser amada; de manera que una y otra quieren dejarse amar; de ahí resultan, especialmente en el matrimonio, escenas medio divertidas, medio absurdas.

418

Contradicciones de los cerebros femeninos.— Como las mujeres se ocupan mucho más de las personas que de las cosas, se concilian dentro de la esfera de sus ideas tendencias que lógicamente son irreconciliables: tienen por hábito entusiasmarse por lo que les representa esas tendencias y asimilárselo por entero, a medida que se va presentando ante sus ojos; de manera que en sus cerebros se construye un nicho para toda nueva personalidad que adquiere preponderancia. Quizá

hay motivo para decir que toda la filosofía en el cerebro de una mujer vieja consiste en poseer muchos nichos de este género.

419

¿Quién sufre más?— Después de toda disputa y querella personal entre una mujer y un hombre, éste sufre sobre todo con la idea de haberle hecho mal, mientras que aquélla se lamenta, por el contrario, de no haberle hecho todo el mal posible, y se esfuerza en mortificarle con sus lágrimas y sollozos y gestos de disgusto.

420

Ocasión para que se muestre la magnanimidad femenina.— Si prescindiéramos una vez siquiera de las exigencias de la moral, podríamos examinar si no es verdad que la Naturaleza y la razón piden al hombre varias uniones sucesivas poco más o menos en la forma siguiente: primero, a los veintidós años, con una mujer de mayor edad que él, que le fuera superior, intelectual y moralmente, y pudiera ser su guía en medio de los peligros de la juventud (ambición, odio, desprecio de sí mismo, pasiones de toda especie). El amor de esa mujer se trocaría bien pronto en afecto maternal, y no sólo soportaría, sino que exigiría en la forma más conducente que el marido, al llegar a los treinta años, contrajese nueva unión con otra mujer, lo más joven posible, de cuya educación necesitaría de los veinte a los treinta años; útil, pero no necesaria, de los treinta a los cuarenta; más tarde perniciosa y lleva consigo la decadencia intelectual del hombre.

421

Tragedia de los niños.— No es raro, sino muy frecuente, que los hombres de tendencias nobles y levantadas tengan que librar las batallas más rudas durante su niñez, ya porque hayan de sostener su modo de pensar contra sus padres, de estrechas miras y aficionados a la apariencia y a la mentira, o bien, como los lord Byron, porque debían vivir en lucha eterna y continua con una madre colérica y pueril. Cuando se ha pasado por semejante prueba, nadie se atormentará en indagar, durante su vida, quién ha sido el enemigo más real y más peligroso que haya podido tener.

422

NECEDAD DE LOS PADRES.— Los más groseros errores de apreciación de un hombre los cometen sus padres: ésta es una gran verdad; pero ¿cómo explicárnosla? Los padres, que tienen mayor experiencia respecto de sus hijos, ¿no son capaces de encauzar esa experiencia? Nótese que los que viajan por países extranjeros adquieren en los primeros días el conocimiento de sus caracteres generales; pero cuanto más llegan a conocerlos más descuidan el estudio de lo que tienen de típico. Desde que pueden ver de cerca, sus ojos cesan de ver lejos. ¿Sería necesario decir que si los padres juzgan equivocadamente a un hijo es porque nunca se han alejado lo bastante de él? Otra explicación muy distinta: los hombres tienen la costumbre de no reflexionar respecto a aquello que les rodea, sino que se contentan con aceptarlo. Tal vez la falta de reflexión, hábito de los padres, sea la causa de que si alguna vez tienen que emitir un juicio sobre sus hijos, lo hagan erróneamente.

423

EL PORVENIR DEL MATRIMONIO.— Las mujeres nobles, de espíritu libre, que toman por tarea la educación y ennoblecimiento de su sexo, no deberían descuidar el siguiente punto de vista: el matrimonio, concebido en su más alta acepción, como la unión de las almas de dos seres humanos de diferente sexo, y consumado, como se espera en lo porvenir, por la reproducción y educación de una generación nueva, tal elemento que no usa del elemento sensual sino como de un medio raro para un fin superior, tiene necesidad imperiosa —preciso es que lo comprendamos— de un auxiliar: el *concubinato*, pues si para salud del hombre, la mujer casada debe servir también de satisfacción del deseo sexual, será un punto de vista falso contrario a los fines propuestos el que dirija la elección de esposa, con lo que el cuidado de la prole será accidental y la educación de ella inverosímil. Una buena esposa debe ser amiga, coadjutora, reproductora, madre, jefe de la familia, ama de gobierno, y al mismo tiempo, independientemente del hombre, ocuparse de sí misma; por eso no puede ser a la vez concubina: esto sería pedirle demasiado. Podría entonces suceder en lo porvenir lo contrario de lo que pasó en Atenas en el siglo de Pericles: los hombres que tenían entonces sus mujeres como concubinas, hubieron de inclinarse hacia las Aspasias[4], porque aspiraban a la posesión de los atractivos de un comercio libertador del cerebro y del corazón, que sólo puede procurar al hombre el encanto y la flexibilidad intelectual de las mujeres. Todas las instituciones humanas, como el matrimonio, no soportan sino cierto grado moderado de idealización en la práctica; de otro modo, se hace inmediatamente necesario echar mano de tópicos groseros.

424

PERÍODO MILITANTE DE LAS MUJERES.— En las tres o cuatro comarcas civilizadas de Europa, se podrá, por medio de una educación especial de algunos siglos, hacer de las mujeres todo lo que se quiere, hasta hombres, no en el sentido sexual, es cierto, pero sí en todos los demás sentidos. Por efecto de tal influencia, recibirán algún día todas las virtudes y fuerzas del hombre, pero también sus debilidades y sus vicios. Más ¿cómo podremos soportar el estado de transición que sobrevendrá y que podrá durar más de un siglo, en el cual las necedades e injusticias femeninas y sus antiguas aficiones querrán imponerse sobre todo lo adquirido y aprendido? ¿Será aquél el tiempo en que la cólera constituye la pasión propiamente viril, la cólera de ver todas las ciencias y todas las artes inundadas y obstruidas por un diletantismo inaudito, de ver la filosofía moribunda bajo el peso de una charla capaz de volver loco, la política más fanática y parcial que nunca, la sociedad en plena descomposición, porque las guardianas de la moral antigua aparecerán ridículas a sus propios ojos y se esforzarán por apartarse de todo lo moral? Si las mujeres tenían en la moral su mayor poder, ¿de qué medio podrán valerse para reconquistar semejante cantidad de poder, una vez que hayan abandonado la moral?

425

ESPÍRITU LIBRE Y MATRIMONIO.— Los espíritus libres ¿vivirán con mujeres? Creo que, en general, semejantes a los pájaros de la antigüedad, siendo como son los que piensan y dicen la verdad del presente, preferirán volar solos.

426

FELICIDAD DEL MATRIMONIO.— Toda costumbre teje en nuestro alrededor una tela cada vez más resistente de hilos de araña, y pronto tenemos que darnos cuenta de que la telaraña se ha trocado en red y que en ella estamos envueltos y que debemos vivir de nuestra propia sangre, puesto que no podemos salir de su centro ni desenmarañarla. Tal es la causa por la cual el espíritu libre odia todas las costumbres y las reglas, todo lo perdurable y definitivo, y tal es la causa también porque se empeña siempre de nuevo, con dolor, en romper la tela que le circunda, aunque tenga que inferirse por ello grandes y pequeñas heridas, porque arranca esos hilos de su *mismo yo*, de su cuerpo, de su alma. Necesita aprender a amar lo que odiaba y odiar lo que amaba. No debe ni aún serle imposible sembrar cardos y espinas en los mismos terrenos que ayer mismo vertía la abundancia de su bondad. Puede, pues, deducirse si está hecho para la felicidad del matrimonio.

427

DEMASIADO CERCA.— Viviendo demasiado cerca de un hombre, puede sucedernos lo mismo que con un buen grabado si lo cogemos con los dedos sucios: cualquier día no tenemos entre las manos más que un pobre papel arrugado y puerco. También el alma de un hombre se desgasta por el roce continuo; a lo menos acaba por *parecérnoslo*, y no tornamos a ver su figura y su belleza original. Se pierde siempre en tratar demasiado íntimamente a las mujeres y los amigos, la perla de la vida.

428

LA CUNA DE ORO.— El espíritu libre respirará cuando se haya resuelto a sacudirse de los ciudadanos y vigilancia maternales de que le rodean las mujeres. ¿Qué mal puede acarrearle un aire fuerte, de que con tanto afán se le resguarda, que signifique una desventaja real, una pérdida, un accidente, una enfermedad, una deuda, una seducción más o menos en su vida, si se compara con la falta de libertad de la cuna de oro, o por mejor decir, de la jaula de oro, de esa vanidad de pavo real haciendo la rueda y del sentimiento y teniendo que agradecer todavía que se le cuide y se le mime como un niño de pecho? Fácil es que la leche de las mujeres que le vigilan con solicitud maternal y que le brindan a diario, llegue a convertirse en hiel.

429

VÍCTIMA VOLUNTARIA.— No existe mejor medio para que las mujeres de mérito hagan la vida fácil y cómoda a sus maridos, cuando son célebres y grandes, que convertirse por propia voluntad en una especie de receptáculo de la malquerencia general y del malhumor ocasional de los demás hombres. Los contemporáneos tienen la perversa costumbre de achacar a los grandes hombres errores y tonterías, y aun actos de torpe injusticia, siempre que encuentran alguna víctima voluntaria a quien puedan maltratar e inmolar para descargo de la propia conciencia. No es raro encontrar mujeres que tengan el deseo de entregarse a ese sacrificio como víctimas propiciatorias, y en ese caso, el hombre debe hallarse muy satisfecho, siempre que sea lo suficientemente egoísta para mirar impaciente la abnegación de ese pararrayos, paratruenos y paraguas voluntario.

430

AMABLES ADVERSARIOS.— La inclinación natural de las mujeres a una existencia pacífica y a relaciones amistosas de armonía, de concordia feliz, lo que sus influencias arrojan de aceite y de calma sobre el mar agitado de la vida, contraste notablemente y trata de anular los ímpetus heroicos del espíritu libre. Sin notarlo, las mujeres laboran a la manera de quien quitara las piedras del camino que sigue un mineralogista, para que no encuentre obstáculos, siendo así que su excursión no ha tenido *otro objeto* que tropezar con ellas.

431

DISCORDIA DE DOS ACUERDOS.— Las mujeres tratan siempre de ser serviciales, y en ello poner su mayor afán; el espíritu libre no quiere ser servido, y en ello cifra también su ventura.

432

JANTIPA.— Sócrates encontró una mujer adecuada; pero no la hubiera buscado de conocerla lo suficiente. Lo cierto es que Jantipa le hizo avanzar en su misión, al tornarle inhabitable e inhospitalarios la casa y el hogar: ella le enseñó a vivir en las calles, y sobre todo, donde se podría charlar y holgazanear; con ello le hizo el primer dialéctico de Atenas, hasta el punto de llegar a compararse a sí mismo con un tábano que cierto dios había colocado sobre el hermoso caballo Atenas, para no dejarle reposar jamás.

433

CEGUERA PARA LO LEJANO.— Del mismo modo que las madres no tienen, hablando con propiedad, sentidos ni ojos sino para los dolores visibles y sensibles de sus hijos, así también las mujeres de hombres de aspiraciones y propósitos levantados no pueden soportar que sus esposos tengan que padecer sufrimientos, pobreza y menosprecio, no obstante que tal vez estas amarguras no solamente indiquen que han sabido elegir la dirección de su vida, aunque garanticen sus grandes propósitos *llegarán* a tener realización cumplida. Las mujeres intrigan siempre secretamente contra la elevación del alma de sus maridos; tratan de malograrles su porvenir en pro de un presente exento de penas, fácil y cómodo.

434

PODER Y LIBERTAD.— Por elevado que sea el concepto que las mujeres tengan de sus maridos y el respeto que les guarden, respetan, sin embargo, con mayor intensidad todavía las fuerzas y las concepciones reconocidas por la sociedad: están habituadas desde hace siglos a marchar ante cualquier dominio, con las manos cruzadas sobre el pecho, y desaprueban toda insubordinación contra el poder público. Por eso van siempre a colocarse sin haber tenido siquiera la intención de hacerlo, casi instintivamente, como una pieza de más entre las ruedas de un movimiento independiente de libre pensamiento, e impacientan en ocasiones a sus maridos, sobre todo cuando éstos piensan todavía que es el amor el que, en el fondo, impulsa a sus mujeres a ese proceder. Desaprobar los medios que se valen las mujeres y rendir magnánimo homenaje a los móviles de los mismos medios, tal es la manera de ver de los hombres y frecuentemente su desesperación.

435

«CETERUM CENSEO».— Da risa ver una sociedad de desharrapados decretar la supresión de la herencia, y a gentes sin hijos esforzarse en dictar las leyes de un país; ni los unos ni los otros tienen en su embarcación bastante lastre para darse a la vela con seguridad en el océano del porvenir. Pero parece igualmente absurdo que el que ha tomado como tarea el conocimiento más general y la estimación del conjunto de los seres, vaya a encargarse de detalles personales de familia, de manutención, de protección, de tutela de la mujer y del niño, y a desplegar ante su telescopio ese velo opaco que deja apenas penetrar algunos rayos del mundo lejano de los astros. Viendo esto, ha llegado al principio de que, en lo que concierne a las altas especulaciones filosóficas, todas las personas casadas son sospechosas.

436

PARA CONCLUIR.— Hay bastantes clases de cicuta, y de ordinario la suerte encuentra ocasión propicia para llevar a los labios del espíritu libre una copa de esta bebida envenenada para castigarle como dice el mundo. ¿Qué harán entonces las mujeres en torno de él? Se pondrán a gritar, a gemir y quizá hasta turbar el reposo vespertino del pensador; lo mismo que hicieron en la prisión de Atenas, «*¡Oh Critón!, manda que echen fuera a esas mujeres*» —dijo Sócrates.

CAPITULO VIII

OJEADA SOBRE EL ESTADO

437

El carácter demagógico y el designio de influir sobre las masas, es actualmente común a todos los partidos políticos; todos se hallan en la necesidad, en vista de ese designio, de transformar sus principios en grandes majaderías pintadas al fresco sobre las murallas. Es inútil protestar contra esto. (Decía Voltaire: *Cuando el populacho se mezcla en razonamientos, todo está perdido*). Después de aquel cambio, es necesario adaptarse a las nuevas condiciones, como hay que adaptarse cuando un temblor de tierra ha trastornado las demarcaciones y límites antiguos de la figura del suelo y modificado el valor de la propiedad. Por otra parte, si se trata en adelante de hacer la vida soportable al mayor número posible, es también asunto que corresponde a ese mayor número determinar lo que entiende por una vida soportable; si se cree con inteligencia suficiente para encontrar los verdaderos medios de llagar a este fin, ¿de qué servirá dudar? *Quieren* para en adelante ser los propios causantes de su dicha y de su desgracia, y si este sentimiento de enseñoramiento de sí mismos; si su orgullo por las cinco o seis ideas que encierra y pone de manifiesto su cerebro, les hace la vida tan agradable que soportan voluntariamente las consecuencias fatales del apocamiento de su espíritu, pocas objeciones hay que hacer, siempre que esa estrechez de espíritu no llegue hasta pedir que *todo* pertenezca a la política en este sentido, y que *todos* debamos vivir y actuar. Primeramente, es hoy más necesario que nunca que se permita a algunos retirarse de la política y caminar por sí solos; es allí adonde les conduce el placer de ser dueños de sí mismos, y puede haber en ese deseo algo de jactancia en el callar cuando se hable demasiado o se hable mucho. Se debe después perdonarles, si no toman tan a lo serio la dicha del mayor número, y si al oír hablar a los pueblos o las clases populares responden con una mueca irónica, pues su aspecto serio se halla en otra parte, su dicha es otra concepción, y su fin el de no ser arrastrados por una mano grosera, por el solo hecho de tener cinco dedos. Llega, por último —y esto es lo que se les concede con mayor lentitud, pero que de todos modos tiene que concedérseles al fin y al cabo— un momento en que salen de su soledad taciturna, y ensayan una vez más la fuerza de sus pulmones; entonces se llaman a grandes voces como los extraviados en la selva, para reconocerse e infundirse valor recíprocamente, y en esas voces de llamada se oyen muchas cosas que suenan mal a los oídos de aquéllos para quienes no se grita. Pues bien pronto renace la calma en la selva, calma en que se percibirá de nuevo el ruido, el zumbido, el revoloteo de los innumerables insectos que viven en ella, sobre ella y por bajo de ella.

438

CIVILIZACIÓN Y CLASE.— Una civilización superior no puede nacer sino allí donde existen dos clases distintas de la sociedad: la de los trabajadores y la de los ociosos, capaces de odio verdadero, o en términos más precisos, la clase del trabajo forzado y la clase del trabajo libre. El punto de vista de la división de la dicha no es esencial, cuando se trate de una clase superior; pero en todo caso, la raza de los que no trabajan es la más capaz de sufrimientos, la que más sufre, se contenta con menos y su deber es mayor. Prodúzcase un cambio entre las dos clases, de suerte que las familias de más baja esfera y menos intelectuales desciendan de la clase superior a la inferior, y que al contrario, los hombres más libres de ésta pidan el acceso a la superior; se encontrará un estado enfermizo, donde no se ve más que un océano de aspiraciones ilimitadas. Así nos lo pide la experiencia, la voz expirante de todos los tiempos antiguos; pero ¿dónde existen hoy oídos para oír esas palabras?

439

POR LA SANGRE.— Lo que los hombres y las mujeres tienen por la sangre de ventaja sobre los demás, y lo que les da un derecho indiscutible a una estimación más alta, son dos artes que la herencia ha acrecentado más y más: el arte de saber mandar y el arte de la obediencia fiera. Pero sucede que en dondequiera que él manda constituye una faena diaria (como en el mundo del gran negocio y de la gran industria), se produce algo semejante a esas razas «por la sangre»; pero les falta la noble actitud en la obediencia, que en aquéllas es un legado de las condiciones feudales, y que en nuestro clima de civilización no aumentarse.

440

SUBORDINACIÓN.— La subordinación, tan altamente estimada en la milicia y en la administración, llegará a ser pronto para nosotros tan increíble, como lo es ya la táctica particular de los jesuitas; y cuando esta subordinación no sea posible, habrá en ella una cantidad de defectos de los más sorprendentes que no podrán realizarse, y el mundo empobrecerá. Es necesario que desaparezca, pues su fundamento, que es la fe en la autoridad absoluta, en la verdad definitiva: aun en los Estados militares, la violencia física no basta producirla sino que es necesaria la adoración del carácter del príncipe como de algo sobrehumano. En un *estado de libertad mayor*, no se subordina uno sino bajo las condiciones, por consecuencia de un contrato recíproco, partiendo siempre del interés personal.

441

EJÉRCITOS NACIONALES.— *El mayor inconveniente de los ejércitos nacionales, tan alabados en nuestros días, consiste en que destruyen hombres de la más elevada civilización*; gracias a un dichoso acuerdo de todas las circunstancias, existen todavía tales hombres: ¡con qué reserva debería privarse de ellos, dado que es necesario tanto tiempo para crear condiciones favorables a la producción de cerebros de organización tan delicada!, pero del mismo modo que los griegos se cebaban en la sangre de los griegos, los europeos se ceban hoy en la sangre europea, y el hecho es que son relativamente siempre los mejor cultivados, los más sacrificados, los que garantizan una posteridad rica y excelente; en efecto, están en la lucha, encargados del mando, y son, por consiguiente, los que, por su mayor ambición, se exponen más a los peligros. *El grosero patriotismo romano es, hoy que se imponen deberes más levantados que patria y honor, poco honrado o indicio de ideas retrógradas*. Hay, teniendo corazón e inteligencia, que ser antimilitaristas. El ejército y la Iglesia morirán al mismo tiempo. No pueden subsistir el uno sin el otro.

442

LA ESPERANZA COMO PRETENSIÓN.— Nuestro orden social se fundirá lentamente, como ha pasado con todos los órdenes anteriores, luego que el sol de las ideas nuevas brille con nuevo ardor sobre los hombres. No se puede *desear* esta fundición sino esperándola, y no se puede razonablemente esperarla si uno se atribuye a sí mismo y a sus semejantes más fuerza en el corazón y en la cabeza que a los representantes de las cosas existentes. Así, esta esperanza será una *pretensión*, un *exceso de estimación de sí mismo*.

443

GUERRA.— *Para desprestigiar la guerra, puede decirse: la guerra hace vencedor bruto, y al vencido, malvado*. En favor de la guerra, introduce la barbarie en las dos consecuencias dichas y conduce a la Naturaleza: es para la civilización un sueño o una invernada; el hombre sale de ella más fuerte para el bien y para el mal.

444

EN SERVICIO DEL PRÍNCIPE.— Un hombre de Estado no podría hacer nada mejor que realizar sus trabajos, no para él, sino para el príncipe. El brillo de ese desinterés completo ciega los ojos del espectador, de modo que no ve las perfidias y crueldades que entraña la labor del hombre de Estado.

445

CUESTIÓN DE PODER, NO DE DERECHO.— Para los hombres que en todo consideran la utilidad superior, no hay en el socialismo, en el caso de que fuera realmente la sublevación de los hombres oprimidos, rebajados durante siglos, contra sus opresores, un problema de *derecho* (que comprende esta cuestión ridícula: «¿en qué medida *se debe* ceder a sus exigencias?»). Es igual que si se tratase de una fuerza natural, por ejemplo, del vapor, que o bien está constreñido por el hombre a su servicio, como un genio de las máquinas, o bien cuando hay defectos en la máquina, es decir, defectos de cálculo humano en su construcción, destroza la máquina y el hombre al mismo tiempo. Para resolver esta cuestión de poder, es necesario saber cuál es la fuerza del socialismo, bajo qué forma; en el juego actual de las fuerzas políticas puede ser utilizado en calidad de resorte poderoso; en ciertas condiciones sería necesario no omitir esfuerzo para fortificarlo. La humanidad debe, a propósito de toda gran fuerza —aun de la más peligrosa— pensar en hacer de ella un instrumento para servir sus designios. Para que el socialismo adquiera un *derecho*, es necesario por de pronto que parezca haber venido para la lucha entre los dos poderes, los representantes de lo antiguo y de lo nuevo, y que entonces el cálculo prudente de las probabilidades de conservación y de utilidad en los dos partidos haga nacer el deseo de un contrato. Sin contrato no hay derecho. Hasta ahora no hay en este terreno ni guerra ni contratos, y por consiguiente, ni derecho ni «deber».

446

UTILIZACIÓN DE LA PEQUEÑA FALTA DE HONRADEZ.— El poder de la prensa consiste en que los individuos que están a su servicio se sientan muy poco obligados. Dicen ordinariamente su opinión, pero también alguna vez no la dicen, para servir a su partido, a la política de su país o a sí mismos. Estos pequeños delitos de falta de honradez, o quizá solamente de silencio poco honrado, son de consecuencias extraordinarias, porque los comenten muchas personas a la vez. Cada una de ellas se dice: «Por el precio de un tan pequeño servicio yo viviré mejor, podré encontrar mi subsistencia; por la ausencia de tan pequeños escrúpulos, no me haré imposible». Como moralmente parece casi indiferente escribir una línea más o no escribirla, el

hombre que posee dinero o influencia puede hacer de cualquier opinión la opinión pública. El que sabe que la mayor parte de los hombres son débiles en las cosas más pequeñas y quiere alcanzar por ellos sus propios fines, es siempre un hombre peligroso.

447

Un tono demasiado alto en la requisitoria.— Por el hecho de que una situación crítica (por ejemplo, la violación de una Constitución, la corrupción y el favoritismo entre políticos o sabios) sea pintada en tonos muy exagerados, esa pintura pierde, es verdad, su acción sobre los clarividentes, pero actúa con mucha mayor fuerza aún sobre los que no lo son (a los que una exposición hecho con conciencia y medida habría dejado indiferentes). Pero como éstos constituyen inmensa mayoría y poseen grandes energías y deseo más impetuoso de ponerse en acción, esa exageración resulta la ocasión de informaciones, de castigos, de promesas, de reorganizaciones. Es, en este sentido, útil exagerar en la pintura de las situaciones críticas.

448

Los arbitrios engañosos de la lluvia y del buen tiempo en política.— Del mismo modo que el pueblo supone tácitamente en el hombre que se ocupa en el estudio de la lluvia y del buen tiempo y los anuncia con algún anticipo, el poder de hacerlos, del mismo modo también no pocas personas, aun cultas y sabias, atribuyen a los grandes hombres de Estado, con gran fe supersticiosa, todas las revoluciones y coincidencias importantes que han tenido lugar durante su gobierno como obra que les es propia, siempre que sea evidente que lo han sabido más pronto que otros, y en ello hayan fundado sus cálculo: se les toma como dispensadores de la lluvia y del buen tiempo, y esta creencia no es lo que menos sirve a su poder.

449

Nuevo y antiguo concepto del gobierno.— Establecer entre el gobierno y el pueblo esta comparación: que dos esferas separadas de poder, la una más fuerte y superior, la otra más débil e inferior, tratarían y se unirían, es un resto de sentimiento político transmitido por herencia, que en la mayor parte de los Estados corresponde aún exactamente a la constitución histórica de las relaciones de poder. Cuando, por

ejemplo, Bismarck define la forma constitucional como un compromiso entre gobierno y pueblo, habla conforme a un principio que tiene su razón en la historia, y por consiguiente también, su poco de sinrazón, sin el cual nada humano puede existir. Por el contrario, se debe aprender, conforme a un principio que es pura creación del *cerebro* y que no se halla aún en *vísperas* de hacer historia, que el gobierno no es más que un órgano del pueblo y no un respetable *superior*, en relación a un *inferior* habituado a la modestia. Antes de admitir este enunciado, hasta aquí no histórico y arbitrario, aunque más lógico, del concepto de gobierno, considérense a lo menos sus resultados, pues las relaciones entre pueblo y gobierno son las relaciones típicas más fuertes sobre las cuales se modelan involuntariamente entre profesor y alumno, amo y sirviente, padre y familia, jefe y soldado, patrono y aprendiz. Todas estas relaciones, bajo la influencia de la forma dominante del gobierno constitucional, se modifican hoy algo; *llegan a ser* compromisos. Pero ¡cuántas vicisitudes y cuántas deformaciones deberán soportar! ¡Cuántos cambios de nombre y de naturaleza, hasta que un concepto del todo nuevo se haya hecho en todas partes dueño de los cerebros! Es verdad que para ello podría faltar un siglo. A este fin nada *más* de desear que la prudencia y la evolución lenta.

450

JUSTICIA COMO PALABRA DE ORDEN DE LOS PARTIDOS.— Puede muy bien ser que representes nobles (aunque no muy inteligentes) de las clases dirigentes se «propongan tratar a todos los hombres como iguales, reconocerles derechos iguales»: en este sentido, una concepción socialista que descanse en la justicia es *posible*, pero como he dicho, sólo en el seno de la clase dirigente, que en este caso *ejerce* la justicia por sacrificios y abdicaciones. Por el contrario, *reclamar* la igualdad de los derechos, como hacen los socialistas de las clases dirigidas, no es nunca emanación de la justicia, sino de la codicia. Muéstrense a una fiera pedazos de carne sangrienta en sus proximidades; retíreselos después, hasta que ruja; ¿este rugido significa justicia?

451

PROPIEDAD Y JUSTICIA.— Cuando los socialistas prueban que la división de la propiedad en la humanidad actual es consecuencia de innumerables injusticias y violencias, y que declinan *in summa* toda obligación hacia una cosa cuyo fundamento es tan injusto, consideran un hecho aislado. Todo el pasado de la antigua civilización está fundado en la violencia, la esclavitud, el engaño, el error; pero nosotros, herederos de todas las condensaciones y circunstancias de ese pasado, no podemos

anonadarlo por decreto, ni tenemos tampoco derecho para suprimir de él ni un solo pedazo. Los sentimientos de injusticia están igualmente en las almas de los no poseedores; no son mejores que los poseedores y no tienen ningún privilegio moral, pues han tenido alguna parte de los antiguos poseedores. No es de nuevas particiones hechas por la violencia, sino de transformaciones graduales de las ideas, de lo que tenemos necesidad; es necesario que en todos la justicia se robustezca y se debilite el instinto de la violencia.

452

EL HOMBRE DE LAS PASIONES.— El hombre de Estado provoca las pasiones públicas para sacar el provecho de la pasión contraria que aquéllas despiertan. Tomemos un ejemplo: un hombre de Estado alemán sabe bien que la Iglesia católica no tendrá jamás designios idénticos a los de la Rusia, que aun antes que a ella uniría a los turcos; de otro lado, sabe que todo peligro de alianza entre Francia y Rusia es una amenaza para Alemania. Si puede entonces hacer de Francia el hogar y trinchera de la Iglesia católica, encuentra que se ha descartado por largo tiempo de ese peligro. Tiene, por consiguiente, interés en mostrar odio contra los católicos, y por medio de hostilidades de toda naturaleza en hacer de aquéllos que reconocen la autoridad del Papa una potencia política apasionada, que será hostil a la política alemana y naturalmente se amalgamará con la Francia en calidad de adversario de Alemania; tiene a la catolización de Francia, tan necesariamente como Mirabean veía en su descatolización la salvación de su patria. Un Estado se propone así el embrutecimiento de millones de cerebros en otro Estado, para sacar de ese embrutecimiento el mayor provecho. Es la misma tendencia de espíritu que presta apoyo al establecimiento en el Estado vecino de la forma republicana —*el desorden organizado*, como dice Mérimée— por la sola razón de que cree que esta forma de gobierno hace al pueblo más débil, más dividido, menos apto para la guerra.

453

LOS ESPÍRITUS PELIGROSOS ENTRE LOS REVOLUCIONARIOS.— Deben distinguirse los que sueñan en una sublevación de la sociedad, en personas que quieren alcanzar algo para sí mismos y en personas que lo quieren para sus hijos y sus nietos. Los últimos son más peligrosos porque tienen la fe y la recta conciencia del desinterés. Los otros pueden ser hartados; la sociedad que domina tiene siempre para esto recursos y medios eficaces. El peligro comienza luego que el fin se hace impersonal; los

revolucionarios por interés impersonal pueden considerar a todos los defensores del estado de cosas existentes como egoístas, y por lo tanto, creerse superiores a ellos.

454

IMPORTANCIA POLÍTICA DE LA PATERNIDAD.— Cuando el hombre no tiene hijos no tiene derecho integral para deliberar sobre las necesidades de un Estado particular. Es necesario que se haya aventurado como los demás lo que hay de más caro: sólo esto une sólidamente al Estado; es necesario que uno considere la dicha de su posteridad para tomar en todas las instituciones y en sus cambios una parte equitativa y natural. El desenvolvimiento de la moral superior depende de que cada cual tenga hijos; esto le independiza del egoísmo; o con mayor precisión, esto extiende su egoísmo y hace que persiga con celo fines que van más allá de su existencia individual.

455

ORGULLO DE LOS ABUELOS.— Se puede estar orgulloso de una línea no interrumpida de abuelos *buenos*, de padre a hijo, pero no de la línea misma, pues cada cual tiene otra semejante. La descendencia de abuelos buenos constituye la verdadera nobleza del nacimiento; una sola solución de continuidad en esa cadena, un solo antepasado malo suprime esa nobleza. Se puede preguntar a cualquiera que hable de su nobleza: «¿No tienes entre tus antecesores ningún hombre violento, avaro, extravagante, malvado, cruel?». Si puede con toda ciencia y conciencia responder que no, procuremos su amistad.

456

ESCLAVOS Y OBREROS.— El hecho de que demos mayor importancia a una satisfacción de vanidad que a cualquier otra ventaja (seguridad, abrigo, placeres de toda especie), se muestra en un grado ridículo en que cada cual (prescindiendo de las razones políticas) anhela la abolición de la esclavitud y rechaza con horror la idea de colocar a los hombres en ese estado, mientras que lo que cada cual debe decirse es que los esclavos tienen bajo todo aspecto una existencia más segura y más dichosa que el obrero moderno, que el trabajo servil es poca cosa comparado con el trabajo del obrero. Se protesta en nombre de la «dignidad humana»; pero, hablando claramente, en nombre de esa vanidad que mira como la más dura suerte no estar en un pie de igualdad absoluta, ser contado públicamente como inferior. El cínico piensa

de diversa manera acerca de esto, porque desprecia el honor, y así es como Diógenes fue un tiempo esclavo y preceptor doméstico.

457

ESPÍRITUS DIRIGENTES Y SUS INSTRUMENTOS.— Vemos a los grandes políticos, y en general a todos los que deben servirse de muchos hombres para la ejecución de sus planes, proceder tan pronto de una manera como de otra, o bien eligen con mucha indagación y cuidado los hombres que convienen a sus designios, dejándoles entonces una libertad relativamente grande, al saber que la naturaleza de las personas elegidas conduce justamente en la dirección en que ellos mismos quieren tenerlas, o bien las escogen mal, y aun toman lo primero que se les presenta al alcance de la mano, pero formando de esa arcilla algo que sirva para sus fines. La segunda especie de espíritus es la más violenta, exige también instrumentos más dominados y un conocimiento de los hombres, por lo común, mucho menor. Desprecia a los hombres, pero la máquina que construyen, por lo general, trabajo mucho mejor que la máquina que sale de los talleres de los demás.

458

NECESIDAD DE UN DERECHO ARBITRARIO.— Los juristas disputan sobre si el derecho más completamente profundo por la reflexión o el más fácil de comprender es el que debe triunfar en un pueblo. El primero, cuyo modelo es el derecho romano, parece al profano incomprensible y que no es, por lo tanto, expresión de su sentimiento del derecho. Los derechos populares, por ejemplo, los derechos germánicos, eran groseramente supersticiosos, ilógicos, en parte absurdos, pero respondían a costumbres y a sentimientos nacionales hereditarios muy determinados. Pero allí donde, como entre nosotros, el derecho no es una tradición, necesita ser un *imperativo* —obligatorio—; no tenemos ya sentimiento del derecho tradicional, y por consiguiente, debemos contentarnos con *derechos arbitrarios*, expresiones de la necesidad de *que es menester que haya un derecho*. El más lógico es entonces el más aceptable, porque es *el más imparcial*, y esto aunque se acordara que en todos los casos la unidad más pequeña en la relación del delito a la pena está fijada arbitrariamente.

459

El grande hombre del vulgo.— La receta para hacer lo que el vulgo llama un grande hombre, es fácil. Cualesquiera que sean las circunstancias, procuradle algo que le sea muy agradable o metedle en la cabeza que esto o aquello es muy agradable, y se lo dais después. Pero nunca en seguida: conquistadle con grandes esfuerzos, o fingid conquistarle. Es necesario que el vulgo tenga la impresión de que hay en ello una fuerza de voluntad poderosa, casi incontrarrestable; por lo menos es necesario que parezca que existe. La voluntad fuerte es admirada por todo el mundo porque nadie la tiene, y porque cada cual dice que si la tuviera no habría límites para él ni para su egoísmo. Por lo demás, que tenga todas las cualidades del vulgo: cuando menos se sonroje, más popular será. Así, que sea violenta, envidiosa, explotadora, intrigante, engañadora, rastrera, hinchada de orgullo, todo según las circunstancias.

460

Príncipe y dios.— Los hombres se conducen bajo muchos respectos con su príncipe como con Dios, como que muy a menudo fue el representante de Dios, o a lo menos su gran sacerdote. Esta disposición de inquietud y de respeto casi penoso se ha hecho y es ahora mucho más débil, pero algunas veces reaparece y se vincula por lo general en los personajes poderosos. El culto del genio es una reminiscencia de esta veneración de los príncipes-dioses. Dondequiera que uno se esfuerce por elevar a los hombres individualmente a lo sobrehumano, nace la propensión a representarse generaciones enteras del pueblo como más groseras y más bajas de lo que son en realidad…

461

Mi utopía.— En un mejor orden de sociedad, el trabajo penoso y la dificultad de la vida serán atribuidas al que sufra menos, es decir, al más estúpido, y así por grados, hasta el que sea más accesible a las especies refinadas de sufrimiento, y que por consiguiente, aun en el mayor placer de la vida, sufre sin embargo.

462

Ilusión de la teoría de la Revolución.— Hay soñadores políticos y sociales que gastan calor y elocuencia en reclamar un cataclismo en todos los órdenes, en la creencia de que por efecto del mismo se levantaría bien pronto el soberbio templo de una bella humanidad. En estos sueños peligrosos persiste un eco de la superstición de

Rousseau, que cree en una bondad de la humana Naturaleza, maravillosa, original, pero, por decirlo *así, enterrada*, y pone en cuenta a las instituciones de civilización, a la sociedad, al Estado, a la educación, toda la responsabilidad de ese entierro. Desgraciadamente se sabe por experiencias históricas que todo convulsionamiento de ese género resucita de nuevo las energías salvajes, los caracteres más horrorosos y más desenfrenados de las edades anteriores; que, por consiguiente, un trastorno tal puede ser una fuente de fuerza para la humanidad inerte, pero no ordenador, arquitecto, artista, perfeccionador de la naturaleza humana. No es la naturaleza de Voltaire, con su moderación, su tendencia a arrancar, a purificar, a modificar, sino las locuras y mentiras de Rousseau lo que ha despertado el espíritu optimista de la Revolución contra la cual yo grito: ¡*Aplastad al infame*! Por él el espíritu de las luces y de la evolución progresiva, han sido desterrados para largo tiempo: ¡veamos —cada uno a solas consigo mismo— si es posible repartirlo!

463

MEDIDA.— La plena decisión del pensamiento y de la indagación, hace mesuradas las acciones, puesto que debilita la codicia, atrae hacia sí mucha parte de la energía de que se dispone, en provecho de fines intelectuales, y muestra la semiutilidad o la inutilidad y el peligro de todos los cambios bruscos.

464

RESURRECCIÓN DEL ESPÍRITU.— En la enfermedad política, un pueblo se rejuvenece y recupera ordinariamente su espíritu, que perdió poco a poco en la indagación y conquista del porvenir. La civilización no es deudora sino a los tiempos políticamente débiles.

465

IDEAS NUEVAS EN LA CASA VIEJA.— El convulcionamiento de las ideas no es inmediatamente seguido del convulsionamiento de las instituciones, sino que de las ideas nuevas habitan largo tiempo en la casa de sus predecesores, que se ha hecho desolada e incómoda y la conservan aún por falta de alojamiento.

466

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA.— La instrucción en los grandes Estados será, cuando más, mediocre, por la misma razón que en las grandes cocinas se hace todo medianamente.

467

CORRUPCIÓN INOCENTE.— En todas las instituciones en que no llega a soplar el aire penetrante de la crítica pública, la menor corrupción brota y crece como un hongo (por ejemplo, en las corporaciones sabias y en las academias).

468

EL SABIO COMO HOMBRE POLÍTICO.— A los sabios que se hacen hombres políticos, se les confía de ordinario el cómico papel de ser forzosamente la buena conciencia de una política.

469

EL LOBO OCULTO TRAS EL CORDERO.— Todo político tiene alguna vez, en determinadas circunstancias, tal necesidad del apoyo de un hombre honrado, que semejante a un lobo hambriento, se introduce en el rebaño, no para devorar a los corderos, sino para ocultarse bajo su piel.

470

TIEMPO DICHOSO.— Un siglo dichoso es absolutamente imposible, por la razón de que los hombres quieren desearlo, pero no tenerlo, aprende a pedir al cielo turbaciones y miseria. El destino de los hombres está dispuesto *para momentos dichosos*, que toda vida tiene, pero no para épocas dichosas. Sin embargo, estas épocas quedan «por encima de los montes[5]» en la imaginación de los hombres como un legado de los antepasados, puesto que, sin duda desde tiempos muy remotos, este concepto del siglo dichoso proviene de ese estado del hombre, en que después de la tensión violenta de la caza y de la guerra, se abandona al reposo, extiende sus alas y siente batir alrededor de él el sueño. Por un falso razonamiento cree el hombre que, conforme a ese antiguo hábito, *después de períodos enteros* de antigua y de pesares puede gozar *en un grado y tiempo proporcionales* su estado de dicha.

471

RELIGIÓN Y GOBIERNO.— Luego de que el Estado, o más claramente el gobierno, se cree establecido como un tutor de una masa menor, y se proponga, por causa de ella, la cuestión de saber si la religión debe ser sostenida o dejada de la mano, es de todo punto probable que se determinará siempre por el mantenimiento de la religión, pues la religión pacífica, la conciencia individual en los tiempos de pérdidas, de escaseces, de terror, de desconfianza, y por consiguiente, en aquello en que el gobierno se encuentra incapacitado para obrar directamente, por tratarse del alivio de los sufrimientos morales del hombre privado. Hay más todavía: aun en los males generales inevitables y que no pueden preverse hambres, crisis pecuniarias, guerras, la religión asegura una actitud de las masas tranquila, de expectación, de confianza. En todas partes donde las lagunas necesarias u ocasionales del gobierno, o bien las peligrosas consecuencias de intereses dinásticos, se hacen sentir para el hombre inteligente y le predispone a la rebelión, los no inteligentes creen ver el dedo de Dios y se someten con paciencia a las disposiciones de *lo alto* (concepto con el cual se confunden de ordinario las maneras de gobernar divinas y humanas): así, la paz interior y la continuidad de la religión se encuentran garantizadas. El poder que reside en la unidad del sentimiento popular, en opiniones y fines iguales para todo, es protegido y sellado por la religión, salvo los raros casos en que un clérigo se olvida de ello y entra en lucha con la fuerza gubernativa. De ordinario, el Estado sabrá atraerse a los sacerdotes porque tiene necesidad de su educación de las almas, privada y oculta, porque sabe apreciar a servidores que aparente y exteriormente representan un interés muy distinto. Sin la ayuda de los sacerdotes, aún hoy ningún poder llegaría a ser «legítimo», como lo comprendió Napoleón. Así, van siempre juntos un gobierno absoluto y un mantenedor absoluto de la religión. Por otra parte, es necesario sentar en principio que el personal y las clases dirigentes están edificadas sobre la utilidad que les asegura la religión y por consiguiente, hasta cierto punto se sienten superiores a ella, desde que la emplean como medio: fue también lo que dio origen a la libertad de pensamiento. Pero ¿qué sucederá si una concepción totalmente distinta de la idea de gobierno, cual hoy se enseña en los Estados *democráticos*, comienza a difundirse? ¿Qué sucederá si no se ve en el gobierno más que al instrumento de la voluntad del pueblo, y no su superioridad en comparación de una inferioridad, sino exclusivamente una función del soberano único, es decir, del pueblo? En este caso, el gobierno toma, en orden a la religión, la misma posición del pueblo; toda difusión de cultura deberá tener su resonancia hasta en sus representantes, la utilización y explotación de las impulsiones y consuelos religiosos con fines políticos, no será fácilmente posible (a menos que jefes de partidos poderosos no ejerzan influencia semejante a la del despotismo ilustrado). Pero cuando el Estado no puede ya sacar él mismo utilidad de la religión o el pueblo tenga sobre las cosas de religión diversas

opiniones para que sea posible al gobierno seguir en las cosas concernientes a la religión con una conducta idéntica y uniforme, el remedio que se presentará necesariamente será tratar a la religión como un asunto privado y relacionarla con la conciencia y las costumbres de cada cual. Consecuencias de ello: el sentimiento religioso aparecerá robustecido en el sentido de que las excitaciones ocultas y oprimidas a las cuales el Estado, voluntaria o involuntariamente, no suministraba aire vital, harán entonces explosión y se dilatarán hasta el extremo; más tarde se demostrará que se han sembrado a profusión dientes de dragón en el campo religioso, desde el instante en que se hace de él un asunto privado. El espectáculo de la lucha, la revelación hostil de todas las doctrinas religiosas, permitirá un sólo remedio, y es que los mejores y mejor dotados hagan de la religión su negocio privado, y sobre todo, este estado de espíritu dominará entonces aun en el 2espíritu del personal gubernativo, y casi a despecho de su voluntad, dará a las medidas que tome carácter antirreligioso. Una vez que esto se produzca, la tendencia de los hombres animados todavía por sentimientos religiosos, que antes adoraban al Estado como cosa sagrada, a medias o totalmente, se trocará en otra tendencia decididamente *hostil al Estado*; aborrecerán las medidas de gobierno, tratarán de detenerlo, de atravesarse en su camino, de inquietarlo en la medida de su poder, y obligarán así, por el calor de su oposición, a los partidos contrarios, los irreligiosos, a entrar en un entusiasmo casi fanático *por* el Estado, a todo lo cual vendrá a unirse un motivo secreto: que en estos partidos los corazones sentirán un vacío después de su ruptura con la religión, y procurarán crearse un sucedáneo, una especia de bocamina, en su amor al Estado.

Después de estas luchas de transición, que quizá duren largo tiempo, se decidirá por fin la cuestión: si los partidos religiosos son bastante fuertes para volver a su estado antiguo y dar máquina atrás, en este caso es inevitablemente el despotismo ilustrado (quizá más tímido que antes), el cual tomará al Estado por la mano; o bien los partidos irreligiosos adquirirán la superioridad, y entonces suprimirán y harán imposible la reproducción de sus adversarios después de algunas generaciones. Pero entonces también en éstos disminuirá ese entusiasmo por el Estado: aparecerá más y más claramente que con esa adoración religiosa, según la cual el Estado es un misterio, una institución sobrenatural, se han quebrantado también el respeto y la piedad en sus relaciones con él. Por lo mismo, los individuos lo mirarán desde el lado en que pueda serles útil o nocivo, y se dedicarán por todos los medios a tener influencia sobre él. Solamente que esta concurrencia se hará muy pronto demasiado grande, los hombres y los partidos variarán demasiado ligeros, se precipitarán ferozmente unos sobre otros hasta la falda de la montaña, apenas llegados a su cumbre. Faltará a todas las medidas que adopten los gobiernos la garantía de su duración; se retrocederá ante empresas que deberían tener durante decenas y centenas de años un crecimiento lento y seguro para tener tiempo de madurar su frutos. Nadie sentirá ya, ante una ley, otro deber que el de inclinarse momentáneamente delante de la fuerza que la ha producido; pero pronto se emprenderán trabajos de zapa por una

fuerza nueva, por una nueva mayoría que habrá de formarse. Al fin —esto puede declararse con seguridad—, la desconfianza hacia todo gobierno, la inteligencia de lo que tienen de inútil y de extenuante estas luchas, llevarán a los hombres a una resolución enteramente nueva: a la supresión de la oposición «privada y pública». Las sociedades privadas atraerán hacia sí, paso a paso, los asuntos del Estado, aun la pieza más sólida que quedará de la antigua labor del gobierno (aquella función, por ejemplo, que debe garantir a los particulares contra los particulares), asegurada un día por emprendedores privados. El descrédito, la decadencia y la muerte del Estado, la manumisión de la persona privada (no tengo recelo de decir del individuo), es la consecuencia de la idea democrática del Estado: en eso consiste su misión. Una vez realizada su tarea —que, como toda cosa humana, lleva en su seno mucho de razón y de sinrazón—, una vez vencidas todas las recaídas de la antigua enfermedad, se añadirá una página al romancero de la humanidad, en el cual se leerán historias extrañas, y quizá también algunas cosas buenas. Repitiendo brevemente lo que acabamos de decir: el interés del gobierno tutelas y el interés de la religión marchan de la mano; de manera que si ésta comienza a perecer, el interés del Estado será quebrantado. La creencia en un orden divino de las cosas políticas, en un misterio en la existencia del Estado, es de origen religioso: desaparecida la religión, el Estado perderá inevitablemente su antiguo velo de Isis y no recobrará más su respeto. La soberanía del pueblo, vista de cerca, servirá para hacer desvanecer hasta la magia y la superstición última en el dominio de estos sentimientos; la democracia moderna es la forma histórica de *la decadencia del Estado*. La perspectiva que ofrece esta decadencia cierta no es, por otra parte, desgraciada bajo todos los aspectos: la habilidad y el interés de los hombres son, de todas sus cualidades, la mejor formada: cuando el Estado no corresponda ya a las exigencias de estas fuerzas, no será por cierto el caos el que le sucederá en el mundo, sino que será una invención mucho más apropiada que el Estado la que triunfará del Estado, del mismo modo que la comunidad ha visto ya perecer potencias organizadoras, por ejemplo, la de la comunidad de la raza, que durante muchos años fue mucho más poderosa que la de la familia. Aún nosotros mismos vemos que la importante idea del derecho y del poder de la familia, en otro tiempo dominante en toda la extensión del mundo romano, se va tornando cada día más pálida y más débil. Así, una raza futura verá el Estado perder su importancia en algunas regiones de la tierra, concepto en el cual muchos hombres del presente apenas pueden pensar sin temor y sin horror. *Trabajar* en propagar y en realizar este concepto es, a la verdad, asunto distinto: es necesario tener una idea soberbia de su razón y comprender a medias la historia, para poner desde ahora la mano en el arado, en el tiempo en que nadie es capaz de mostrar todavía las semillas que deberán sembrarse en el terreno labrado. Tengamos, pues, confianza en la «habilidad y en el interés de los hombres» para mantener *todavía ahora* al Estado durante un buen rato y rechazar los ensayos de los semisabios en extremo celosos y demasiado apresurados.

472

EL SOCIALISMO DESDE EL PUNTO DE VISTA DE SUS MEDIOS DE ACCIÓN.— El socialismo es el fantástico hermano menor del despotismo casi difunto, cuya herencia quiere recoger; sus esfuerzos son, pues, reaccionarios. Desea una plenitud de poder del Estado como el propio despotismo no tuvo jamás; sobrepasa lo que enseña el pasado, porque trabaja por reducir a la nada formalmente al individuo: es que éste le parece un lujo injustificable de la Naturaleza y debe ser corregido por él en un *órgano útil de la comunidad*. Como consecuencia de esta afinidad, se deja ver siempre alrededor de todos los desarrollos excesivos de poder, como el viejo socialista tipo, Platón, en la corte del tirano de Sicilia: anhela (y aún exige en ocasiones) el despotismo cesáreo de este siglo, porque como he dicho, desearía ser su heredero. Pero aún esta herencia no bastaría a sus fines; le es necesaria la servidumbre completa de todos los ciudadanos al Estado absoluto, tal como jamás ha habido otra semejante, y como no tiene el menor derecho para contar con la vieja piedad religiosa hacia el Estado, sino que al contrario, debe de bien o mal grado trabajar constantemente por su supresión —pues que en efecto trabaja por la supresión de todos los *Estados* existentes— no puede tener esperanza de una exigencia futura, sino por cortos períodos, aquí y allá, gracias al más extremo terrorismo. Por esto se prepara silenciosamente para la dominación por el terror, y hunda en las masas medio cultas, como un clavo en la cabeza, la palabra «Justicia», a fin de quitarles toda inteligencia (después de que esta inteligencia ha sufrido bastante por cierto en la semicultura) y de procurarles, por el villano juego que ellos tendrán que hacer, una buena conciencia. El socialismo puede servir para enseñar de manera brutal el peligro de todas las acumulaciones de poder en el Estado, y en este sentido insinuar una desconfianza contra el Estado mismo. Cuando su ruda voz se mezcla al grito de guerra «*Lo más Estado posible*», este grito resultará de pronto más ruidoso que nunca; pero en seguida estallará con no menor fuerza el grito opuesto: «*Lo menos Estado posible*».

473

EL DESARROLLO DEL ESPÍRITU, CAUSA DE TEMOR PARA EL ESTADO.— La ciudad griega (*polis*) era, como todo poder político, organizadora, exclusiva y desconfiada respecto al acrecentamiento de la cultura: su instinto seguro de violencia, casi no mostraba en relación a ella sino tormentos y trabas. No quería admitir en la cultura ni historia ni progreso: la educación establecida en la constitución debía obligar a todas las generaciones y mantenerlas en un nivel único, así como Platón lo quería todavía para su Estado ideal. Fue, pues, *a despecho* de la polis el desarrollo de la cultura: es verdad que indirectamente y a su pesar, le prestaba una ayuda, la ambición de cada

particular, estando como estaba en la polis excitada hasta el más alto punto, de manera que una vez empeñando en la vía del progreso intelectual, empujaba por ello también hasta el último límite. No se debe replicar tomando como base el panegírico de Pericles, pues éste no era sino un gran miraje optimista sobre la unión que se decía necesaria entre la polis y la cultura ateniense. Tucídides la hace brillar una vez más antes que la noche invadiese a Atenas (la peste y la ruptura de la tradición): luminoso crepúsculo destinado a hacer brillar el triste día que le precedió.

474

El hombre europeo y la destrucción de las naciones.— El comercio y la industria, el cambio de libros y de cartas, la comunidad de toda alta cultura, el rápido cambio de lugar y de país, la vida nómada, que es actualmente la de todas las personas que no poseen terreno propio, todas estas condiciones entrañan necesariamente el debilitamiento, y al fin la destrucción de las naciones, por lo menos las europeas, si bien es cierto que debe nacer de ellas, por causa de cruzamientos continuos, una raza mezclada, la de los hombres europeos. A este fin se opone actualmente, a sabiendas o no, el exclusivismo de las naciones por la producción de las enemistades *nacionales*, pero la marcha de esa mezcla no camina por eso menos lentamente, a pesar de todas las corrientes contrarias momentáneas; este nacionalismo artificial es, por lo demás, tan peligroso como ha sido el catolicismo artificial, pues es por esencia un estado de restricción, impuesto por un pequeño número a la mayoría, y tiene necesidad de la farsa, de la mentira y de la violencia para mantener su crédito. No es el interés del mayor número (de los pueblos), como se ha dado en decir, sino, antes que todo, el interés de ciertas dinastías, y después el de ciertas clases del comercio y de la sociedad, lo que conduce a este nacionalismo; después que se ha conocido tal hecho, no se debe temer llamarse solamente *buen europeo*, ni trabajar en pro de la fusión de las naciones, a lo cual los alemanes pueden contribuir muy bien por su vieja cualidad probada de ser *intérpretes e intermediarios de los pueblos*. Sigamos adelante: todo el problema de los *judíos* no existe sino en los límites de los Estados nacionales, en el sentido de que en ellos su actividad y su inteligencia superior, el capital de espíritu y de voluntad que han ido acumulando, debe llegar a predominar generalmente en una medida tal, que despertará el odio y la envidia hasta el punto de que en todas las naciones de hoy, y con toda mayor fuerza cuanto mayor es su nacionalismo, se propaga la impertinencia de la prensa, que consiste en llevar a los judíos al matadero como a machos cabríos, emisarios de todos los males públicos y privados. Cuando no exista la cuestión de conservar o establecer las naciones, sino la de producir y educar una raza mezclada de europeos tan fuerte como sea posible, el judío será un ingrediente tan útil y tan deseable como cualquier otro. Toda nación, todo hombre tiene rasgos desagradables y hasta peligrosos; es, pues, barbarie creer

que el judío constituya una excepción. Puede ser que sus rasgos presenten un grado particular de peligro y de horror, y puede ser también que el joven usurero judío sea en suma la invención más repugnante de la raza humana. Pero a pesar de todo, yo quisiera saber cuánto, en una recapitulación total, se debe perdonar a un pueblo que, no sin falta de todos nosotros, ha tenido entre todos los pueblos la historia más penosa, y al que se debe el hombre más digno de amor (el Cristo), el sabio más íntegro (Spinoza), el libro más poderoso y la ley moral más influyente del mundo. Por otra parte, en los tiempos más sombríos de la Edad Media, cuando el telón de las nubes asiáticas pesaba terriblemente sobre Europa, fueron los librepensadores, los sabios, los médicos judíos los que sostuvieron la bandera de las luces y de la independencia de espíritu, bajo la dominación personal más dura, y los que defendieron la Europa contra el Asia; a sus esfuerzos debemos en gran parte que una explicación más natural del mundo, más razonable, y en todo caso libre del mito, haya podido lograr la victoria, y que la cadena de la civilización que nos ata a las luces de la civilización grecorromana haya podido no ser interrumpida. Si el cristianismo ha procurado orientalizar el Occidente, el judaísmo ha contribuido a occidentalizarlo de nuevo; lo que equivale a decir en cierto sentido, que ha hecho de la misión y la historia de Europa *una continuación de la historia griega*.

475

SUPERIORIDAD APARENTE DE LA EDAD MEDIA.— La Edad Media nos presenta en la Iglesia una institución que se propone un fin universal, abarcando la humanidad en su conjunto, y además un fin necesario al interés —dicen— supremo de la humanidad. Considerados desde ese aspecto los fines de los Estados y de las naciones que muestra la historia moderna, producen una impresión de estrechez, aparecen mezquinos, bajos, materiales, limitados, en el espacio. Pero esta impresión de nuestra imaginación no debe determinar nuestro juicio, pues aquella institución universal respondía a necesidades artificiales, que descansaban en ficciones, que necesitaba hacer que nacieran allí donde no existían (necesidades de redención); las instituciones nuevas remedian enfermedades reales, y llegará el tiempo en que nacerán instituciones destinadas a servir las verdaderas necesidades comunes de todos los hombres, a echar en la sombra y en el olvido el ideal de fantasía, la Iglesia católica.

476

LA GUERRA INDISPENSABLE.— Es una vana idea de utopistas y bellas almas esperar mucho todavía (o mucho solamente entonces) de la humanidad, cuando se haya

olvidado de hacer la guerra. Entretanto, no conocemos otro medio que pueda dar a los pueblos fatigados esa ruda energía del campo de batalla, ese profundo odio impersonal, esa sangre fría en el que mata unida a una buena conciencia, ese ardor común por el aniquilamiento del enemigo, esa audaz indiferencia por las grandes pérdidas, por la propia vida y la de las personas que se ama, ese quebrantamiento sordo de las almas comparable a los terremotos, con tanta fuerza y seguridad como los produce toda gran guerra: los arroyos y los torrentes que se muestran entonces corriendo, es verdad, sobre lechos de piedras y de fango de todas clases y arruinado los prados de cultivo más delicado, ponen en seguida en movimiento las ruedas de los talleres del espíritu, que vuelven a girar con fuerza. La civilización no puede prescindir de las pasiones, de los vicios y de las maldades. Cuando los romanos del imperio se cansaron algo de la guerra, trataron de sacar nuevas fuerzas de la caza de bestias feroces, de los combates de los gladiadores y de las persecuciones de los cristianos. Los ingleses de hoy, que han renunciado también a la guerra, toman otro medio de entretener esas fuerzas que decrecen: los viajes peligrosos de descubrimientos, travesías, ascensiones, empresas, con ésos que llaman fines científicos, pero que son en realidad un suplemento de fuerza. Se inventarán bajo diversas formas semejantes sustitutos de la guerra, pero quizá harán éstos conocer más y más que una humanidad de cultura tan elevada como al europea actual, y que está por lo mismo tan fatigada, tiene necesidad, no solamente de la guerra, sino de guerras más terribles —de regresos momentáneos a la barbarie— para no gastar en medios de civilización su propia civilización y aun su propia existencia.

477

ACTIVIDAD EN EL SUR Y EN EL NORTE.— La actividad se produce de dos maneras diversas. Los obreros del Sur son activos, no por el deseo de provecho, sino por la necesidad constante de los demás. Como siempre llega alguno que quiera herrar un caballo, componer un coche, el herrero es activo. Si no viniera nadie se iría a callejear. El alimento no es grave necesidad en un país fértil; para obtenerlo sería menester pequeñísima cantidad de trabajo, pero en ningún caso de actividad; cuando le fuera peor se contentaría con mendigar. La actividad del obrero inglés supone, por el contrario, el gusto del provecho; tiene conciencia de sí mismo y de su fin, quiere conquistar por la propiedad el poder, por el poder la mayor libertad y nobleza individual posible.

478

LA RIQUEZA, ORIGEN DE UNA NOBLEZA DE RAZA.— La riqueza produce necesariamente una aristocracia de raza, pues pone en condiciones de poder elegir las mujeres más bellas, de pagar los mejores maestros, procura al hombre la propiedad, el tiempo para ejercitar su cuerpo, y sobre todo, la posibilidad de evitar el trabajo corporal embrutecedor. En este sentido crea todas las condiciones para que los hombres durante algunas generaciones se porten y se conduzcan noble y virtuosamente; la libertad de conciencia, la ausencia de mezquindades miserables, del rebajamiento ante los que procuran el pan, del ahorro centavo a centavo. Precisamente estas ventajas negativas son las más rica dote para el hombre joven; un hombre muy pobre se arruina de ordinario por su nobleza de pensamiento: si no aprovecha, si no adquiere, su raza no es viable. Pero a pesar de todo es necesario considerar que la riqueza produce casi los mismos efectos, no obstante la desigualdad que en ellas exista, sea que un hombre pueda gastar trescientos escudos[6] o treinta mil al año; ya desde entonces no hay progresión real de circunstancias favorables. Solamente, tener menos o no tener, mendigar en la infancia y humillarse es cosa terrible, aunque para quienes buscan la dicha en el esplendor de las cortes, o en la subordinación a los poderosos e influyentes, o quieren llegar a ser príncipes de la Iglesia, pueda ser este buen punto de partida. En él se aprende el modo de encorvarse para penetrar en los senderos subterráneos del favor.

479

ENVIDIA Y PEREZA EN SENTIDOS DIVERSOS.— Los dos partidos adversarios, el socialista y el nacionalista, cualesquiera que sean los nombres que tengan en las diversas comarcas de Europa, son dignos el uno del otro: la envidia y la pereza, en el uno y en el otro, son las potencias motrices. En uno de los campos se quiere trabajar lo menos posible con los brazos; en el otro lo menos posible con la cabeza: en el último se odia, se envidia a los individuos eminentes que se engrandecen en su seno, que no se dejan colocar en filas para una acción en masa; en el primero se odió a la casta de la sociedad mejor establecida en condiciones más favorables, cuya misión, la producción de los beneficios superiores de la civilización, hace interior la vida más pesada y dolorosa. Si se lograse, es verdad, hacer de ese espíritu la acción en masa el espíritu de las clases elevadas de la sociedad, los batallones socialistas tendrían el derecho de aplicar el nivel entre ellos y aquellas clases, puesto que, moralmente, en la cabeza y el corazón se creen mutuamente en el mismo nivel. ¡Vivid como hombres superiores y haced sin cesar los negocios de la civilización superior; entonces todo lo que vive en ella reconocerá vuestros derechos, y el orden de la sociedad de que sois la cumbre será garantido de todo atentado!

480

La gran política y sus inconvenientes.— Del mismo modo que un pueblo no sufre los mayores inconvenientes de la guerra y de su preparación en los gastos de la misma, en la paralización del comercio y de las comunicaciones, ni tampoco en el sostenimiento de los ejércitos permanentes —por graves que puedan ser estos inconvenientes, hoy que ocho Estados de Europa gastan en ello anualmente la suma de cinco mil millones—, sino en que de año en año los hombres más sanos, más fuertes, más laboriosos, son arrancados a sus ocupaciones y a sus vocaciones para hacerlos soldados; así también un pueblo que se propone como deber hacer gran política y asegurarse una voz preponderante entre las potencias, no soporta los mayores inconvenientes allí donde se encuentran de ordinario. Es verdad que a partir de ese momento sacrifica continuamente multitud de talentos eminentes en el «altar de la patria» o por ambición nacional, siendo así antes que esos talentos que hoy devora la política, encontraban abiertos otros campos de acción. Pero al lado de esas catástrofes públicas, y en un fondo mucho más horroroso, tiene lugar un drama que no cesa de representarse en cien mil actos simultáneamente.

Todo hombre sano, laborioso, inteligente, activo de un pueblo tan ávido de las coronas de la gloria política, está dominado por esa avidez y no se entrega a su labor tan completamente como en otro tiempo; los problemas y las inquietudes diariamente renovados por el bien público, devoran porción considerable del capital de la cabeza y del corazón de cada ciudadano; la suma de todos estos sacrificios y pérdidas de energía y de trabajo individuales, es tan enorme, que el florecimiento político de un pueblo acarrea casi necesariamente su empobrecimiento y debilitamiento intelectual, y una disminución de capacidad para las obras que exijan mucha concentración y atención. Finalmente, puede uno preguntarse: «*¿Se encuentra el propio provecho* en todo este florecimiento y magnificencia del conjunto (que, en último término, no se manifiesta sino en el espanto de los otros Estados a la vista del coloso nuevo, y en una protección arrancada al extranjero para la prosperidad industrial y comercial de la nación)? Y a estas flores groseras y pintarrajeadas, ¿deben sacrificarse las plantas y hierbas más tiernas y más intelectuales, cuyo suelo era hasta entonces tan rico?».

481

Repitámoslo.— Opiniones públicas, *perezas privadas*.

CAPITULO IX

El hombre consigo mismo

482

ENEMIGOS DE LA VERDAD.— Las convicciones son más peligrosos enemigos de la verdad que las mentiras.

483

MUNDO AL REVÉS.— Se critica con severidad a un pensador cuando emite una proposición que nos desagrada; y sin embargo, sería más razonable hacerlo cuando nos agrada la proposición.

484

HOMBRE DE CARÁCTER.— Un hombre parece tener más carácter cuando sigue su temperamento que cuando sigue sus principios.

485

LA ÚNICA COSA QUE SEA NECESARIA.— Una sola cosa es necesaria: espíritu ligero por la naturaleza o espíritu aligerado por el arte y por la ciencia.

486

LA PASIÓN POR LAS COSAS.— Quien pone su pasión en las cosas (ciencias, intereses de la civilización, artes) quita mucho ardor a su pasión por las personas (aun cuando sean representantes de las mismas cosas, como los filósofos, artistas etcétera).

487

EL DESCANSO EN LA ACCIÓN.— Así como el agua al precipitarse se hace más lenta y más aérea, así por lo común el hombre grande realiza la acción con *más* calma que la que le hacía esperar su deseo tempestuoso.

488

NO TAN PROFUNDAMENTE.— Las personas que han abrazado una causa en toda su profundidad, rara vez permanecen fieles. Han apreciado la profundidad a la luz del día y en ella hay siempre mucho malo que ver.

489

ILUSIÓN DE LOS IDEALISTAS.— Todos los idealistas se imaginan que las causas que ellos sirven son mejores por esencia que todas las demás causas del mundo, y no quieren creer que su causa necesita del mismo estiércol pestilente que todas las demás empresas humanas.

490

OBSERVACIÓN DE SÍ MISMO.— El hombre se halla muy bien defendido contra sí mismo; de ordinario no puede percibir de su propio ser más que las obras exteriores. La ciudadelas, propiamente dicha, le es inaccesible, aún invisible, a menos que amigos y enemigos no se hagan traidores y le introduzcan dentro de sí mismo por un camino desconocido.

491

LA JUSTA FUNCIÓN.— Los hombres ejercen rara vez una función que no juzguen fundamentalmente más importante que todas las demás. Les pasa lo mismo que a las mujeres con los amantes.

492

NOBLEZA DE PENSAMIENTO.— La nobleza de pensamiento consiste, en gran parte, en un buen corazón y falta de desconfianza, y contiene así, precisamente, aquello sobre que los hombres interesados y amigos del fausto tratan de pasar con aires de superioridad y de burla.

493

Fines y caminos.— Muchas gentes son temerarias en lo que toca al camino una vez tomado, pocas en lo que toca al fin.

494

Lo que indigna en una manera de vivir particular.— Todos los modos de vivir muy particulares sublevan a los hombres contra aquél que los sigue; se sienten rebajados, como seres vulgares, por la conducta extraordinaria de un hombre.

495

Privilegio de la grandeza.— Es privilegio de la grandeza procurar mucha felicidad con dones mínimos.

496

Noble sin quererlo.— El hombre se conduce noblemente sin quererlo, cuando está habituado a no querer nada de los demás.

497

Condición del heroísmo.— Los héroes precisan una serpiente que se torne en dragón; de otro modo le faltará su enemigo legítimo.

498

Utilizar el flujo y el reflujo.— Es necesario, en vista del conocimiento, saber utilizar esa corriente interior que nos lleva hacia una cosa y aquello que, después de cierto tiempo, nos separa de ella.

499

COMPLACERSE A SÍ MISMO.— Decimos: «complacerse en una cosa», pero en realidad es complacerse a sí mismo por medio de aquella cosa.

500

EL MODESTO.— El que es modesto en relación a las personas, muestra mayor pretensión en relación con las cosas (ciudad, sociedad, tiempo, humanidad). Ésa es su venganza.

501

ENVIDIA Y CELO.— Envidia y celo es lo más vergonzoso del alma humana.

502

EL MÁS NOBLE DE LOS HIPÓCRITAS.— No hablar absolutamente del yo es una nobilísima hipocresía.

503

DESPECHO.— El despecho es una enfermedad corporal, que no queda de ningún modo suprimida por el solo hecho de que la causa del despecho sea descartada por la consecuencia.

504

REPRESENTANTES DE LA VERDAD.— No es cuando hay peligro en decir la verdad cuando ésta encuentra representantes, sino cuando es fastidiosa.

505

MÁS ENOJOSO AÚN QUE LOS ENEMIGOS.— Las personas sobre las que no se tiene convicción de hallar siempre actitud simpática en todas las circunstancias, mientras

que por nuestra parte estamos obligados por algún motivo (por ejemplo, el reconocimiento) a conservar la apariencia de una simpatía absoluta, atormentan nuestra imaginación mucho más que nuestros enemigos.

506

La plena Naturaleza.— Si nos encontramos tan a nuestra satisfacción en plena Naturaleza, es porque no tiene poder sobre nosotros.

507

Cada cual superior en una cosa.— En las relaciones del mundo civilizado, cada cual se siente superior en otro en algo por lo menos; en eso descansa, pues, la benevolencia general, puesto que si cada uno es capaz de prestar un servicio en determinada ocasión, puede en otra aceptarlo sin avergonzarse.

508

Motivos de consuelo.— Después de un fallecimiento, existe muy a menudo la necesidad de motivos de consuelo, no tanto para aliviar la vivacidad del dolor, sino para tener una excusa de haberse consolado tan fácilmente.

509

La fidelidad en las convicciones.— Todo aquél que tiene mucho que hacer, guarda sus convicciones y sus puntos de vista generales casi inmutablemente. Del mismo modo, todo aquél que trabaja en servicio de una idea, no percibirá jamás la idea en sí; no tiene tiempo para ello. ¿Qué digo? Es contrario a sus intereses tenerla aún como discutible.

510

Moralidad y cantidad.— La moralidad de un hombre superior comparada con la de otro, no consiste por lo general sino en que sus fines son cuantitativamente más

grandes. El otro está detenido en lo bajo, por el hecho de ocuparse en pequeñeces dentro de un círculo estrecho.

511

La vida, fruto de la vida.— El hombre siente placer en extenderse tanto como quiere por su conocimiento, representarse objetivamente; al fin de todo ello no saca más que su propia bibliografía.

512

La necesidad de bronce.— La necesidad de bronce es algo de que los hombres se dan cuenta en el curso de la historia como cosa que no es ni de bronce ni necesaria.

513

Sacado de la experiencia.— Lo absurdo de una cosa no prueba nada contra su existencia, es más bien condición de ella.

514

Verdad.— Nadie muere hoy a causa de verdades mortales; hay muchos contravenenos.

515

Vista fundamental.— No hay armonía preestablecida entre el progreso de la verdad y el bien de la humanidad.

516

Destino humano.— Quien piense con alguna profundidad, sabrá que su juicio tendrá siempre faltas, que trata y juzga como quiere.

517

LA VERDAD «CIRCE[7]».— El error ha hecho de los animales hombres; la verdad, ¿estará en estado de hacer del hombre un animal?

518

PELIGRO DE NUESTRA CIVILIZACIÓN.— Nos hallamos en una época cuya civilización está en peligro de perecer por los medios civilizadores.

519

GRANDEZA SIGNIFICA DIRECCIÓN.— Ningún curso de agua es por sí mismo grande y rico; por recibir y reunir muchos afluentes secundarios es por lo que se vuelve caudaloso. Lo mismo pasa con todas las grandezas de espíritu. Se trata solamente de que un hombre dé tal dirección, que la sigan muchos afluentes, y no de que sea pobre o rico de dones naturales.

520

CONCIENCIA DÉBIL.— Los hombres que hablan de su importancia para la humanidad, tienen en el mantenimiento de sus empeños, de sus promesas, una conciencia más débil de la burguesía.

521

QUERER SER AMADO.— La exigencia de ser amado es la mayor de las pretensiones.

522

DESPRECIO DE LOS HOMBRES.— El indicio menos equívoco del desprecio de los hombres, es que no se da valor a ninguno sino como medio de alcanzar el propio fin.

523

OLVIDAR SUS AVENTURAS.— Quien piensa mucho y piensa prácticamente, olvida con facilidad sus propias aventuras, pero nunca las ideas que éstas han evocado en él.

524

MANTENERSE EN UNA OPINIÓN.— Uno sostiene su opinión, porque se imagina que ha llegado a ella por sí mismo; otro porque la ha alcanzado: ambos por vanidad.

525

RECHAZAR LA LUZ.— La acción buena rehúsa la publicidad tanto como la mala: la una teme que la revelación le acarreé dolor (bajo forma de castigo), la otra que la revelación desvanezca el contento, es decir, ese contento puro de sí mismo, que cesa tan pronto como una satisfacción de vanidad viene a juntársele.

526

LO LARGO DE LA JORNADA.— Cuando hay muchas cosas que poner en ella, la alforja tiene cien senos.

527

GENIO TIRÁNICO.— Cuando en un alma se despierta un deseo indomable de conducirse como tirano y se despierta y mantiene constantemente su ardor, entonces cualquier talento mediocre (en los políticos y los artistas) se torna poco a poco en fuerza natural casi irresistible.

528

LA VIDA DEL ENEMIGO.— El que vive de combatir a un enemigo, tiene interés en dejarle la vida.

529

MÁS CONSIDERABLE.— Se aprecia la cosa obscura no explicada como más digna de consideración que la cosa clara explicada.

530

EVALUACIÓN DE LOS SERVICIOS PRESTADOS.— Apreciamos los servicios que alguien nos presta, conforme al valor que él les fija, no conforme al que tienen para nosotros.

531

INFORTUNIO.— La distinción que uno encuentra en el infortunio (como si fuera un signo de placidez, de falta de ambición, de vulgaridad, el creerse dichoso) es tan grande, que si se dice a tal, ¡qué feliz es usted!, protesta ordinariamente.

532

IMAGINACIÓN DE LA INQUIETUD.— La imaginación de la inquietud es aquel malvado gnomo en figura humana que salta sobre las espaldas del hombre, justamente cuando tiene más que llevar sobre sí.

533

VENTAJAS DE ADVERSARIOS INSÍPIDOS.— Nadie permanece fiel a una causa sino porque sus adversarios no cesan de ser insípidos.

534

VALER DE UNA PROFESIÓN.— Cualquier profesión liberta pensamientos. Es una barrera detrás de la cual podemos legítimamente retirarnos cuando los cuidados e inquietudes de toda especie nos asalten.

535

TALENTO.— El talento de un hombre parecerá siempre menor de lo que es, cuando se entregue a tareas demasiado groseras.

536

JUVENTUD.— La juventud es desagradable, porque en esa edad no es posible ni razonable ser productor en ningún sentido.

537

EN PRO DE GRANDES FINES.— El que se propone abiertamente grandes fines, y por las consecuencias se da cuenta de que es demasiado débil, no tiene de ordinario bastante fuerza tampoco para renunciar a ellos abiertamente y se hace entonces inevitablemente hipócrita.

538

EN LA CORRIENTE.— La corriente arrastra muchos guijarros y zarzas; los espíritus fuertes muchas cabezas hueras.

539

PELIGROS DE LA INDEPENDENCIA DEL ESPÍRITU.— En la manumisión del espíritu seriamente razonada de un hombre, sus pasiones y sus apetitos también esperan en secreto descubrir sus ventajas.

540

ENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU.— Cuando un hombre piensa mucho y prudentemente, no es sólo su rostro, sino también su cuerpo entero el que toma un aire de prudencia.

541

VER Y OÍR MAL.— El que ve mal, ve siempre demasiado poco; el que oye mal, oye siempre demasiado.

542

CONTENTAMIENTO DE SÍ MISMO EN LA VANIDAD.— El hombre vano no quiere tanto distinguirse, como sentirse distinguido; por esto no rechaza ningún medio de engañarse y de mentirse a sí mismo. No es la opinión de los demás, sino su propia opinión la que le amarga.

543

VANO POR EXCEPCIÓN.— El hombre que para lo ordinario se basta a sí mismo, es por excepción vano y accesible a la gloria y a las alabanzas, y eso sólo cuando está enfermo del cuerpo. Es que a medida que se siente en vías de perderse, busca medios de volver sobre sí mismo, dejando a un lado lo exterior, consultando la opinión extraña.

544

LOS «ESPIRITUALES».— No tiene espíritu quien busca espíritu.

545

AVISO A LOS JEFES DE PARTIDO.— Cuando uno puede llevar a los hombres a declararse abiertamente en favor de alguna cosa, se les tiene en la mayoría de los casos empeñados en declararse por ella interiormente; quieren para en adelante que se les halla consecuentes.

546

DESPRECIO.— Ser despreciado por otros es más duro al hombre que serlo por sí mismo.

547

LAZOS DE GRATITUD.— Hay almas viles que llevan tan lejos el reconocimiento por los servicios prestados, que se estrangulan a sí mismas con el lazo de la gratitud.

548

ARTIMAÑA DE PROFETA.— Para adivinar las maneras de obrar de hombres ordinarios, es necesario saber que hacen siempre el menor gesto de espíritu para librarse de una situación desagradable.

549

EL ÚNICO DERECHO DEL HOMBRE.— Quien se separa de la tradición es víctima de lo extraordinario; quien permanece en la tradición es su esclavo. En ambos casos camina uno siempre a su ruina.

550

MÁS BAJO QUE EL ANIMAL.— Cuando el hombre se pone a reír a carcajadas sobrepasa a todos los animales en vulgaridad.

551

MEDIA CIENCIA.— El que habla un poco de una lengua extranjera siente en ello más gusto que quien la habla bien. El placer reside en la casa del semisabio.

552

SERVICIALIDAD PELIGROSA.— Hay gente que quiere hacer la vida pesada a los hombres, sin otra razón que ofrecerles su receta para aliviársela, por ejemplo, su cristianismo.

553

CELO Y CONCIENCIA.— El celo y la conciencia son frecuentemente antagónicos, porque el celo quiere coger verdes los frutos del árbol y la conciencia los deja en él largo tiempo, hasta que caigan y se malogren.

554

SOSPECHAR.— Los hombres a quienes no podemos sufrir, tratamos de que se nos hagan sospechosos.

555

LAS CIRCUNSTANCIAS FALTAN.— Muchas personas esperan toda la vida la ocasión de ser buenas a su manera.

556

FALTA DE AMIGOS.— La falta de amigos hace concluir en la envidia o en pretensión. Más de uno no debe sus amigos sino a la circunstancias dichosa de que no envidian.

557

PELIGRO DE PLURALIDAD.— Con un talento más se está en un pie menos seguro que con un talento menos, del mismo modo que una mesa se sostiene mejor con tres que con cuatro pies.

558

SERVIR DE MODELO A LOS DEMÁS.— Quien quiere dar buen ejemplo debe añadir a su virtud un grano de locura; entonces imita y se eleva por encima de lo que imita, que es lo que los hombres quieren.

559

SERVIR DE PETO.— Los malos propósitos de otro sobre nosotros no se dirigen a menudo contra nosotros propiamente, sino que son la expresión de una majadería que proviene de razones muy distintas.

560

FÁCILMENTE RESIGNADO.— Poco sufre de deseos difíciles de saciar el que ha ejercitado la imaginación en afear el pasado.

561

EN PELIGRO.— Más en peligro se halla uno de ser aplastado cuando acaba de esquivar un carruaje.

562

SEGÚN LA VOZ, EL PAPEL.— El que se ve obligado a hablar más alto de lo que está acostumbrado (como, por ejemplo, ante un sordo o un gran auditorio), exagera ordinariamente las cosas que quiere comunicar. Más de uno se ha vuelto conspirador, buhonero de calumnias, intrigante, únicamente porque su voz se presta de un modo especial al cuchicheo.

563

AMOR Y ODIO.— El amor y el odio no son ciegos, sino que están cegados con el fuego que llevan en sí mismo.

564

Atacado con ventaja.— Los hombres que no pueden hacer completamente claros sus servicios al mundo, tratan de encontrar en ello terrible hostilidad. Tienen entonces el consuelo de pensar que éste quiere atravesarse entre sus servicios y su reconocimiento, y que otros tienen la misma opinión, cosa muy ventajosa por la estimación que han hecho de sí mismos.

565

Confesión.— Olvida uno su falta después de haberla confesado a otro, pero de ordinario el otro no la olvida.

566

Contento de sí mismo.— El toisón de oro del contento de sí mismo garantiza contra una puñada, pero no contra un alfilerazo.

567

Sombre en la tea.— La tea no es luminosa por sí misma, sino por las que enciende: del mismo modo el sabio.

568

Opiniones propias.— La primera opinión que nos viene cuando se nos interroga de improviso sobre cualquier cosa, no es ordinariamente la nuestra, sino la opinión común, la de nuestra situación, nuestro origen: las opiniones propias rara vez flotan a la superficie.

569

Origen del valor.— El hombre ordinario es valeroso e invulnerable como un héroe cuando no ve el peligro, cuando no tiene ojos para verlo. Al revés, el héroe

tiene en las espaldas su único punto vulnerable, porque en ellas no tiene ojos.

570

PELIGRO DEL MÉDICO.— Es necesario haber nacido para nuestro médico; de otro modo, pereceremos por nuestro médico.

571

VANIDAD MILAGROSA.— El que por tres veces ha profetizado el tiempo con seguridad y ha acertado, cree algo en su don profético. Aceptamos lo milagroso, lo irracional, cuando lisonjea nuestra propia estimación.

572

PROFESIÓN.— Una profesión es el espinazo de la vida.

573

PELIGRO DE LA INFLUENCIA PERSONAL.— El que sabe que ejerce sobre otra gran influencia interior, debe dejarle la brida en el cuello, y aun verle de buen grado resistir en ocasiones, y aun procurárselas; de otro modo se hará inevitablemente con un enemigo.

574

ACEPTAR HEREDERO.— Quien ha fundado algo grande en un pensamiento desinteresado, sueña en procurarse herederos. Es la señal de una nobleza tiránica ver en todos los herederos posibles de su obra adversarios y vivir siempre en estado de defensa contra ellos.

575

MEDIA CIENCIA.— La ciencia media triunfa más fácilmente que la ciencia completa: ve las cosas más sencillas que lo que son, y por lo mismo, su opinión es más comprensible y más convincente.

576

INEPTO PARA SER HOMBRE DE PARTIDO.— Todo el que piensa es inepto para hombre de partido; hace pasar demasiado pronto su pensamiento a través del partido.

577

MALA MEMORIA.— La ventaja de tener mala memoria consiste en que se goza muchas veces las mismas cosas.

578

PROCURARSE TRABAJOS.— La falta de escrúpulo del pensamiento es a menudo señal de una disposición interior inquieta, que busca cómo aturdirse.

579

MÁRTIR.— El adepto de un mártir sufre más que el mártir mismo.

580

VANIDAD ATRASADA.— La vanidad de muchas gentes que no tuvieron necesidad de ser vanas, es una costumbre guardada, que data del tiempo en que no tenían derecho de creer en ellos mismos y no hacían sino mendigar esa creencia a otros en pequeñas monedas.

581

«PUNETUM SALIENS» DE LA PRISIÓN.— Aquél que se halla en disposición de encolerizarse o de entregarse a una pasión de amor violenta, ha llegado a un punto en que el alma está llena como un tonel; sin embargo, le falta todavía el exceso de una gota de agua, de la buena voluntad por la pasión que se llama también de ordinario mala. No es necesario sino ese grano pequeñísimo para que el tonel se desborde.

582

PENSAMIENTO DE MALHUMOR.— Hay hombres que se asemejan a una pila de carbón en el bosque. Sólo cuando de jóvenes han ardido y se han carbonizado, como aquél, es cuando se hacen utilizables. Mientras que arden y humean son más interesantes, pero inútiles, y muy a menudo incómodos. La humanidad emplea, sin contar, a todos los individuos como combustible para caldear sus grandes máquinas; pero ¿qué objeto tienen esas grandes máquinas si todos los individuos (es decir, la humanidad) no son buenos sino para mantenerla? Máquinas que tienen su fin en ellas mismas, ¿es esta comedia la humana?

583

LA PEQUEÑA AGUJA DE LA VIDA.— La vida se compone de raros momentos aislados de extrema importancia y de intervalos en número infinito, en los cuales, cuando más, las sombras de esos momentos llegan hasta nosotros. El amor, la primavera, toda melodía bella, la montaña, la luna, el mar, no hablan sino una vez enteramente al corazón, si bien sucede que toman la palabra en seguida. Muchas gentes, sin embargo, no tienen ni aun estos momentos y son ellas mismas los intervalos y las pausas en la sinfonía de la vida.

584

ASALTAR O INVADIR.— Comentemos frecuentemente la falta de tratar como enemigo una tendencia, un partido o una época, porque no llegamos sino por casualidad a ver su lado exterior o los «defectos de sus cualidades», que están a ella necesariamente unidos, quizá porque nosotros mismos hemos tomado parte en ellos. Entonces le volvemos las espaldas y tomamos una dirección opuesta, cuando lo mejor sería buscarles su lado bueno o creerlo en nosotros mismos. Es verdad que es necesaria una mirada muy fuerte y una voluntad mejor para hacer progresar lo que evoluciona y no está concluido sino para penetrarlo y relegarlo en su imperfección.

585

MODESTIA.— Existe una verdadera modestia (la de *reconocer* que no somos nuestra propia obra), y conviene bien, sin duda, al espíritu grande, porque puede quizá comprender justamente la idea de plena irresponsabilidad (aun para el bien que cree). La inmodestia del hombre grande no es odiosa en lo que él sienta su fuerza, sino porque quiera probar su fuerza maltratada a los demás, tratándolos como su señor y observando hasta qué punto le tolera. Ordinariamente, esto prueba la falta de sentimiento seguro de su fuerza, y por ello hace dudar a los hombres de su grandeza. En este sentido la inmodestia, aunque no sea sino desde el punto de vista de la habilidad, debe aconsejársele con tesón.

586

EL PRIMER PENSAMIENTO DEL DÍA.— El mejor pensamiento medio de comenzar bien el día es pensar si durante él se puede favorecer por lo menos a un hombre. Si esto pudiera establecerse en reemplazo de la costumbre religiosa de la oración, los demás hombres obtendrían ventaja de tal cambio.

587

LA PRETENSIÓN, MEDIO ÚLTIMO DE CONSUELO.— Si uno se da cuenta de un fracaso, de la propia insuficiencia intelectual, de su enfermedad, viendo en ello la suerte a que estaba predestinado, la prueba que debe sufrir o el castigo de una falta interior, entonces hace su propio ser más interesante y se eleva con el pensamiento por encima de sus semejantes. El pecador orgulloso es figura conocida en todas las sectas clericales.

588

VEGETACIÓN DE LA DICHA.— Al lado del dolor del mundo, y muchas veces en su suelo volcánico, el hombre ha establecido su pequeño jardín de felicidad. Que se considere la vida con la mirada del hombre que no quiere sino el conocimiento de su ser, o del que se abandona y se resigna o del que cifra su satisfacción en la dificultad vencida —dondequiera se encuentra alguna dicha arrojada al lado del infortunio, y

tanto mayor cuanto más volcánico es el suelo—; sería simplemente ridículo decir que por esta dicha el mismo sufrimiento está justificado.

589

La senda de los antepasados.— Es razonable que cualquiera perfeccione en sí mismo el talento en que su padre o su abuelo han gastado su esfuerzo en lugar de ponerse a su vez a una nueva faena: de otro modo se aparta la posibilidad de llegar a la perfección en cualquier materia. Por esto dice el proverbio: «¿Por qué senda debes caminar? —Por la de tus abuelos».

590

Vanidad y ambición educadoras.— En tanto que un hombre no llegue a ser instrumento del interés general de los demás, la ambición puede atormentarle; pero si alcanza su fin, si trabaja por necesidad como una máquina por el bien de todos, la vanidad puede sobrevenir. Ésta le humanizará, le hará más sociable, más soportable, más indulgente, luego que la ambición ha terminado en él la obra (hacerlo útil).

591

Novicios en filosofía.— Acaba uno de recibir la sabiduría de un filósofo y se va por las calles con el sentimiento de estar reformado y hecho un gran hombre, pues sólo encuentra personas que no conocen ésa sabiduría; por consiguiente, tiene algo desconocido que decir sobre todo. Cuando llega uno a conocer un código, piensa en seguida en ser juez.

592

Agradar desagradando.— Los hombres que prefieren chocar y por ello desagradar, desean lo mismo que aquéllos que quieren no chocar y agradar, solamente en un grado mucho más alto e indirectamente, por medio de una marcha intermediaria, por la cual en apariencia se alejan de su fin. Quieren la influencia y el poder, y por esta razón muestran su superioridad, aun de manera que cause impresión desagradable, pues saben que aquél que por fin ha llegado al poder, agrada casi en todo lo que hace y dice y que aun en aquello en que desagrada, tiene, a pesar de todo,

el aire de agradar. El espíritu libre también, y lo mismo el creyente, quieren el poder a fin de agradar un día por él; si a causa de su teoría un mal destino, persecución, prisión, suplicio, les amenazaba, sienten placer en pensar que de esa manera su teoría se grabará en la humanidad por el hierro y por el fuego: lo aceptan como un medio doloroso, pero eficaz, bien que tratando tardíamente de llegar aún, a pesar de todo, al poder.

593

«CASUS BELLI» Y ANÁLOGOS.— El príncipe que una vez decidida la guerra al vecino, inventa un *casus belli*, se asemeja al padre que da a un hijo una madre supuesta que debe figurar como tal. ¿Y no es verdad que casi todos los motivos abiertamente dados de nuestras acciones son como otras tantas madres supuestas?

594

PASIÓN Y DERECHO.— Nadie habla con más apasionamiento de su derecho que aquél que en el fondo del alma tiene duda sobre él. Empleando la pasión en su favor, quiere aturdir la razón, y sin duda, así gana la buena conciencia, y con ella el éxito ante los demás.

595

ARTIFICIO DEL ABSTINENTE.— Quien proteste contra el matrimonio a la manera de los sacerdotes católicos, tratará de entenderlo en su concepto más bajo, más vulgar. Del mismo modo, quien rehúsa la estimación de sus contemporáneos, tomará la idea de aquélla de manera baja; se facilitará así la abstinencia y la resistencia; por lo demás, aquél que rehúsa muchas cosas en conjunto, se acordará fácilmente de la indulgencia en detalle. Sería posible que aquél que se ha elevado por encima de la aprobación de los contemporáneos, no quisiera, sin embargo, quitarse la satisfacción de pequeñas vanidades.

596

EDAD DE LA PRETENSIÓN.— Entre los veintiséis y los treinta años se extiende en los hombres de talento el período propio de la pretensión; es el tiempo de la madurez

primera, con algún resto de acidez. Uno protesta, por lo que siente en sí, de que haya hombres que no le vean, y se vengan de los que incurren en tal falta con esos gesto pretencioso, ese sonido de voz que un observador atento reconoce en todas las producciones de esta edad, sean poemas, filosofías, pinturas o música. Los hombres de experiencia se sonríen y piensan con emoción en aquella hermosa edad de la vida en que se enoja uno contra el destino de ser tanto y *parecer* tan poco. Más tarde se *parecerá* realmente más, pero se habrá perdido la firme convicción de *ser* mucho, que toda la vida es un foco incorregible de vanidad.

597

ILUSORIO, Y POR LO TANTO ÚTIL.— Así como para bordear un principio o atravesar un riachuelo profundo sobre una viga, se tiene necesidad de un repecho o pretil, no para sostenerse en él, pues se rompería inmediatamente con nuestro peso, sino para dar a la vista la idea de la seguridad, del mismo modo tenemos en nuestros comienzos necesidad de personas que inconscientemente nos prestan el servicio de pasamanos. Es cierto que no nos ayudarán si queremos realmente apoyarnos en ella ante algún gran peligro; pero producen la impresión tranquilizadora de que nos protegen desde muy cerca (los padres, maestros, amigos).

598

APRENDER A AMAR.— Es necesario aprender a amar, aprender a ser bueno, y esto desde la juventud; si la educación y la suerte no nos brindan ocasión de ejercitarnos en estos sentimientos, nuestra alma se hará estéril, seca y aun impropia para la inteligencia de todas esas tiernas invenciones de los hombres amantes. Del mismo modo, debe aprenderse a alimentarse el odio, si se quiere saber odiar; de otra suerte, los gérmenes morirán poco a poco.

599

LAS RUINAS SIRVIENDO DE ADORNO.— Los que pasan por muchas transformaciones del espíritu, conservan algunas ideas y hábitos anteriores, los cuales se acomodan en su pensamiento y en su nueva conducta como un fragmento de antigüedad inexplicable y de muralla gris: frecuentemente, como ornamento de todo el paisaje.

600

AMOR Y RESPETO.— El amor desea, el temor evita. En esto consiste que nadie pueda ser amado y temido a la vez por la misma persona, a lo menos a un tiempo. Desde que el que respeta reconoce el poder, le teme; su condición es la de un temor respetuoso. Pero el amor no reconoce ningún poder, nada que separe, distinga, establezca superioridad o inferioridad. Por esto el que no respeta más que a los hombres ambiciosos siente en secreto o abiertamente repugnancia del hecho de ser amado.

601

PREJUICIO EN FAVOR DE LOS HOMBRES FRÍOS.— Los hombres que se enardecen pronto, pronto se enfrían, y por ello son poco seguros en general. Por esto se tiene con respecto a los que están siempre fríos o se fingen tales el prejuicio favorable de que son dignos de confianza y seguros; se les confunde con aquéllos que se enardecen lentamente y conservan ese fuego largo tiempo.

602

EL PELIGRO DE LAS OPINIONES LIBRES.— El ligero contacto con las opiniones libres procura una excitación como una especie de grito de júbilo; si se le da más, se comienza a producir un frotamiento que al fin forma una llaga dolorosa, es decir, hasta que la opinión libre comienza a turbarnos, a torturarnos en el rumbo de nuestra existencia, en nuestras relaciones sociales.

603

DESEO DE UN PROFUNDO DOLOR.— La pasión deja, después de haber pasado, un recuerdo triste de ella, y nos dirige mientras desaparece una mirada seductora. Es menester, para eso, que haya una especie de placer en ser azotado por ella. Los sentimientos mediocres están vacíos; se ama más a lo que aparece en el disgusto violento que en el placer vulgar.

604

MALHUMOR CONTRA LA MORAL Y CONTRA EL MUNDO.— Cuando, como sucede tan a menudo, achacamos nuestro malhumor a culpa de otro, mientras que sentimos realmente que es nuestro, nos esforzamos, en el fondo, por obscurecer y abusar de nuestro juicio, queremos motivar ese malhumor *a posteriori*, en los errores y defectos de los otros y perder así de vista a nosotros mismos. Los hombres de una religión estricta que son contra sí propios jueces inexorables, son al mismo tiempo los que han dicho las peores cosas de la humanidad: santo que guarde para sí los pecados y para los demás las virtudes, no ha existido jamás, como tampoco ha existido quien, siguiendo a Buda, oculte a las personas lo que hay de bueno y no dejar ver sino lo que de malo existe.

605

CAUSA Y EFECTO CONFUNDIDOS.— Buscamos inconscientemente los principios y las opiniones teóricas que son apropiadas a nuestro temperamento, aunque parezca que son apropiadas a nuestro temperamento, aunque parezca que son los principios y las teorías las que han creado nuestro carácter. Nuestro pensamiento y nuestro juicio son reputados, conforme a las apariencias, ser la causa de nuestro ser; pero en el hecho es *nuestro* ser la causa de que juzguemos y pensemos de tal o cual manera. ¿Y qué es lo que nos determina a esta comedia casi inconscientemente? La indolencia y el dejar hacer, y algo también el deseo vanidoso de que lo tengan a uno por lógico y uniforme en el pensamiento, pues esto procura la consideración, da la confianza y el poder.

606

EDAD Y VERDAD.— Los jóvenes aman lo interesante y lo singular, importándoles poco lo que tenga de verdadero o de falso. Los espíritus más maduros aman de la verdad lo que hay en ella de más interesante y singular. Los cerebros bien madurados ya, en fin, aman la verdad aun en las cosas en que aparece desnuda y simple y causa fastidio al hombre vulgar, porque han observado que la verdad tiene la costumbre de decir lo que posee de más elevado en espíritu con aire de sencillez.

607

LOS MALOS POETAS.— Así como los malos poetas en la segunda parte del verso buscan la idea por la rima, del mismo modo los hombres, en la segunda parte de la

vida, haciéndose más inquietos, tienen costumbre de buscar las acciones, las situaciones, las relaciones, que encuadren con las de su vida anterior, de manera que exteriormente todo se manifieste de acuerdo; pero su vida no está ya dominada y siempre en nivel determinado por un pensamiento fuerte; éste ha sido reemplazado por la intención de encontrar una rima.

608

Fastidio y juego.— La necesidad nos obliga al trabajo cuyo producto la satisface: el despertar siempre nuevo de las necesidades nos habitúa al trabajo; pero en los interregnos, en que las necesidades están satisfechas, y por decirlo así, adormecidas, el fastidio viene a apoderarse de nosotros. ¿Qué quiere decir esto? Es la costumbre del trabajo general, que al presente existe como una necesidad nueva, y será tanto más fuerte ésta cuando más habituado esté uno a trabajar y quizá cuanto mayores sean las necesidades que ha sufrido. Para escapar al fastidio, el hombre trabaja más allá de la medida de sus demás necesidades, o inventa el juego, es decir, el trabajo que no apacigua ninguna otra necesidad. Aquél que está harto del juego y no tiene por nuevas necesidades razón para trabajar, buscará con ansia un tercer estado, que sería en relación al juego lo que patinar es a bailar, lo que bailar a caminar, un movimiento dichoso y apacible: tal es la división de la dicha de los artistas y de los filósofos.

609

Enseñanza por los retratos.— Contemplando una serie de retratos de uno mismo, desde los días de la primera infancia hasta la madurez viril, se echa de ver con agradable sorpresa que hay mayor parecido entre el hombre y el niño que entre el hombre y el adolescente, y que, por lo tanto, verosímilmente, de manera análoga, se ha producido en el intervalo un alejamiento temporal del carácter esencial, cuya fuerza acumulada, amontonada, se ha hecho de nuevo dueña del hombre. A tal observación, corresponde esta otra: todas las fuertes influencias de pasiones, maestros, sucesos políticos que nos arrastran en la juventud, parecen reunirse más tarde en una medida fija: seguramente continúan viviendo y actuando en nosotros; pero el sentimiento el pensamiento fundamental no tienen menor predicamento, y las emplean sin duda como fuentes de fuerza, pero no ya como reguladoras, como sucede en los veinte años. Del mismo modo aún, el pensamiento y el sentimiento del hombre formado parecen más conformes con los de su edad infantil, y este hecho interior tiene su expresión en los rasgos exteriores que ya he mencionado.

610

SONIDO DE LA VOZ DE LAS EDADES.— El tono con que los jóvenes hablan, alaban, censura, hacen versos, disgusta a las gentes de edad, porque es demasiado alto, y al mismo tiempo sordo e incierto, semejante al sonido lanzado en una sala abovedada, a través del vacío, adquiere tanta fuerza de resonancia, pues la mayor parte de lo que los jóvenes piensan no ha sido inspirado por su propia naturaleza, sino que es una resonancia, un eco de lo que se piensa, se dice, se alaba o se censura por los que le rodean. Pero los sentimientos (de simpatía y de aversión) resuenan en ellos con mucha mayor fuerza que los motivos que los causan, y así se produce, cuando ceden la palabra a un sentimiento, ese tono sordo de eco que revela la ausencia o la pobreza de los motivos. El todo de la edad más madura es preciso, breve, moderadamente levantado, pero como todo lo que es claramente articulado, alcanza muy lejos. La vejez, en fin, lleva en la voz cierta indulgencia y dulzura, y por decirlo así, almíbar: en algunos casos, a la verdad, la hace más áspera.

611

HOMBRES ATRASADOS Y AVANZADOS.— El que está lleno de desconfianza, y siente con envidia todo éxito dichoso de sus colegas y de sus vecinos y se pone violento y furioso contra las opiniones disidentes, muestra que pertenece a un grado anterior de la civilización, que es una supervivencia, pues la forma en que trata con los hombres era la buena y conveniente para las condiciones de la edad del derecho del más fuerte; es un hombre *atrasado*. Otro carácter, que es rico de simpatías, se hace de amigos en todas partes, siente con cordialidad todo lo que se acrecienta y engrandece, comparte todos los placeres del honor y del éxito de otro y no pretende el privilegio de ser el único en el conocimiento de lo verdadero, sino que está lleno de modesta confianza: es un hombre avanzado que lucha por una civilización superior de los hombres. El carácter desagradable se deriva de los tiempos en que los groseros fundamentos de la sociedad humana estaban todavía en formación; el otro vive en los pisos más altos tan alejado como puede del animal salvaje, que encerrado en las cavernas, bajo los cimientos de la civilización, rabia y huye.

612

CONSUELO PARA LOS HIPOCONDRÍACOS.— Si algún gran pensador se encuentra momentáneamente sujeto a las torturas de la hipocondría, puede decirse para consolarse: «Es de tu propia gran fuerza de la que este parásito se alimenta y

desarrolla: si aquélla fuese menos tendrías menos que sufrir». Así puede también hablar el hombre de Estado cuando la envidia y el sentimiento de la venganza (de una manera general la tendencia al *bellum omnium contra omnes*, de la cual, siendo el representante de una nación, debe necesariamente tener un gran don natural) se insinúa aún en sus relaciones personales y le hace dura la vida.

613

Retirado del presente.— Hay grandes ventajas en retirarse completamente de su época, y por decirlo así, en dejarse arrastrar por su corriente sobre el océano de las concepciones pasadas del mundo. Desde allí, mirando hacia el río, abraza uno por primera vez la configuración del conjunto, y cuando se acerca a ella tiene la ventaja de comprenderlo mejor que aquéllos que jamás lo han dejado.

614

Sembrar y recoger sobre los defectos personales.— Hombres como Rousseau utilizan sus debilidades, sus lagunas, sus faltas, como de un depósito de desperdicio para su talento. Si éste se lamenta de la corrupción y de la decadencia de la sociedad como de una funesta consecuencia de la civilización, hay en el fondo de ello una experiencia personal, cuya amargura le da la aspereza de una condenación general y envenena las flechas que arroja; se alivia de pronto como individuo y piensa en buscar un remedio que será de utilidad para la sociedad directamente, pero indirectamente, y gracias a ella, para él.

615

Tener el espíritu filosófico.— De ordinario hace uno esfuerzos para procurar a todas las situaciones y a todos los sucesos de la vida *una sola* dirección de conciencia, *una sola*, especie de puntos de vista; esto es lo que se llama tener espíritu filosófico. Pero para enriquecer el conocimiento puede haber mayor interés en no uniformizarse de tal manera, sino en escuchar la voz ligera de las diversas situaciones de la vida; éstas llevan consigo su punto de vista propio. Así se toma una parte consciente en la vida y en la existencia de muchos, no tratándose uno a sí mismo como un individuo fijo, consistente, uno.

616

EN EL FUEGO DEL DESPRECIO.— Es un nuevo paso hacia la independencia el atreverse a expresar apreciaciones que han de causar vergüenza a quienes las propagan. En este caso, hasta los amigos y conocidos se manifiestan inquietos. Es éste todavía un fuego por el cual debe pasar la naturaleza bien dotada; en seguida se pertenece aún más a ella misma.

617

SACRIFICIO.— Cuando se prefiere un gran sacrificio a uno pequeño, es porque con el gran sacrificio nos causamos daño, admirándonos a nosotros mismos, lo que no nos es posible con el *pequeño*.

618

EL AMOR COMO ARTIFICIO.— Quien quiere aprender realmente a *conocer* alguna cosa nueva (sea un hombre, un suceso, un libro), hace bien en adoptar esta novedad con todo el amor posible, en separar pronto su vista de lo que en ella encuentra de hostil, de chocante, de falso, y aun olvidarlo, por más que al autor de un libro se da la mayor importancia y que de pronto, como en una carrera, desea uno con el corazón palpitante que llegue a la meta. Por este procedimiento penetra uno la cosa hasta el corazón, hasta su punto conmovedor; esto es lo que se llama aprender a conocer. Una vez allí, el razonamiento hace de golpe sus restricciones; esta estimación demasiado alta, esta suspensión momentánea del péndulo crítico, era un artificio para coger con lazo el alma de una cosa.

619

PENSAR DEMASIADO BIEN Y MAL DEL MUNDO.— Ya se piense demasiado bien o demasiado mal de las cosas, siempre tiene en ello ventaja de experimentar mayor satisfacción, pues con una buena opinión preconcebida ponemos de ordinario en los sucesos mayor dulzura de lo que contienen en realidad. Una mala opinión preconcebida causa una decepción agradable; el placer que de suyo existía en las cosas aumenta con el placer de la sorpresa. Un temperamento sombrío hará, en uno y otro caso, la experiencia inversa.

620

HOMBRES PROFUNDOS.— Aquéllos que tienen su fuerza en la profundidad de sus impresiones, y a quienes habitualmente se llama hombres profundos, son en presencia de toda aparición repentina relativamente resueltos, puesto que en el primer momento de la impresión era aún superficial, *no siendo* profunda hasta *después*. Son las cosas y las personas, previstas y esperadas largo tiempo, las que excitan más aquellas naturalezas, haciéndolas casi incapaces de presencia de ánimo cuando llegan por fin.

621

RELACIONES CON EL YO SUPERIOR.— Todo hombre tiene un día feliz en que encuentra su yo superior, y la verdadera humanidad quiere que no se aprecie a nadie sino después de haber llegado a ese día, a ese estado, y no en los días laboriosos de dependencia y de servilismo. Se debe, por ejemplo, juzgar y honrar a un pintor según la visión más alta que haya podido concebir y reproducir. Pero los hombres por sí mismos tienen relaciones muy diversas con ese yo superior y son a menudo sus propios comediantes en el sentido de que siempre recomienzan a imitar en lo sucesivo lo que son en esos momentos. Muchos viven en el horror y la humildad ante su ideal, y quisieran renegar de él; tienen miedo a su yo superior, porque cuando habla, habla con arrogancia. Goza, además, de la libertad misteriosa de venir y de irse como le place; por esto se le llama un don de los dioses, aunque en realidad sea cualquier cosa menos eso (casualidad).

622

HOMBRES SOLITARIOS.— Muchos hombres están tan acostumbrados a estar solos consigo mismos, que no se comparan a los demás, sino que desarrollan el monólogo de su existencia en un estado de espíritu apacible y alegre, en conversaciones y hasta en risas a solas. Pero si se les lleva a compararse con otro, se inclinan a una sutil depreciación de ellos mismos, hasta el punto de que es necesario forzarlos a volver a tomar de otros una buena y justa idea de sí, y todavía, de esa idea tomada, quieren siempre retirar y corregir algo. Es necesario, pues, conceder a ciertos hombres su soledad y no lamentarla neciamente.

623

Sin melodía.— Hay hombres a los que es de tal manera propio un perpetuo descanso sobre sí mismos y una disposición armónica de todas sus facultades, que toda actividad en vista de un fin les repugna. Se asemejan a una música que sólo se compone de acordes armónicos largo tiempo sostenidos, sin que en ella se muestre jamás ni siquiera el comienzo de un movimiento melódico encadenado. Todo movimiento comunicado de fuera no sirve más que para volver a dar al esquife un nuevo equilibrio sobre el mar de la consonancia armónica. Los hombres modernos sienten generalmente extrema impaciencia cuando se encuentran con semejantes naturalezas que no *producen* nada, sin que tampoco pueda decirse de ellas que *son* nada. Pero hay disposiciones particulares cuya vista propone esta cuestión extraordinaria: ¿De qué sirve en total la melodía? ¿Por qué no nos basta que nuestra vida se refleje apaciblemente en un lago profundo? La Edad Media era más rica que la nuestra en naturaleza semejantes. Es raro encontrar hoy un hombre que pueda vivir así en eterna paz y gozo consigo mismo, aun entre la multitud, que diga como Goethe: «Lo mejor que existe es la calma profunda en que yo vivo y crezco a los ojos del mundo, adquiriendo lo que no sabría proporcionarme ni por el hierro ni por el fuego».

624

Vida y aventuras.— Ciertas gentes saben arreglarse con sus aventuras, sus aventuras insignificantes de cada día, de manera que llegan a ser como un terreno que produce frutos tres veces al año, mientras que otros ¡y tantos!, son arrastrados por los golpes de mar de las vicisitudes, por las corrientes más variadas de los tiempos y de los pueblos, y sin embargo, permanecen siempre ligeros, siempre en la superficie como el corcho. Ante esto está uno tentado a dividir la humanidad en una minoría insignificante de hombres que saben hacer de poco mucho, y una mayoría inmensa de hombres que saben hacer de mucho poco.

625

Seriedad en el juego.— En Génova, desde lo alto de una torre, oí el crepúsculo de la tarde una larga música de campanillas: no quería concluir y resonaba, como insaciable de sí misma, por encima del murmullo de las calles, en el cielo del anochecer, tan triste, tan pueril al mismo tiempo, tan melancólica. Entonces pensé en las palabras de Platón y las sentí de golpe en el fondo de mi espíritu: «Lo que es humano no vale nada al lado de lo serio, y por lo tanto…».

626

DE LA CONVICCIÓN Y LA JUSTICIA.— Lo que el hombre en la pasión dice, promete, resuelve y lo sostiene con sangre fría y calma, es deber nuestro colocarlo en el número de las cosas que más pesan sobre la humanidad. Estar obligado a admitir para siempre las consecuencias de la cólera, de la venganza inflamada, de la abnegación entusiasta, puede despertar contra estos sentimientos una amargura tanto mayor, cuanto que justamente en relación a ellos, en todas partes, y especialmente entre los artistas, se práctica un culto idólatra. Los artistas pagan cara *la estimación* acordada a las pasiones, y lo han hecho siempre; es verdad que exaltan también la satisfacción de las pasiones que un hombre saca por sí mismo de esas explosiones de venganza seguidas de muerte, de mutilación, de destierro voluntario, y esa resignación del corazón destrozado. Siempre los curiosos deseos de pasiones se hallan despiertos; parecería que dicen: «Sin pasiones no habríais vivido». Porque haya jurado fidelidad (a un ser puramente ficticio, a un dios), porque haya entregado su corazón a un príncipe, a un partido, a una mujer, a una orden religiosa, un artista, un pensador, en un estado de ilusión ciega, subyugado por su seducción, que hacía aparecer estos seres como dignos de todos los respetos, ¿por eso estaremos ligados a ellos indisolublemente? ¿No nos habíamos engañado a nosotros mismos? ¿No era esto una promesa hipotética, bajo la condición que, a decir verdad, no se ha realizado, de que esos seres a quienes consagrábamos serían realmente lo que parecían ser en nuestra imaginación? ¿Estamos obligados a ser fieles a nuestros errores, aún con la idea de que por esta fidelidad causamos daño a nuestro yo superior? No, no hay ley, no hay obligación de este género; *debemos* ser traidores, practicar la infidelidad, abandonar siempre que sea preciso a nuestro ideal.

No pasamos de un período a otro de la vida sin sentir también los dolores de la traición. ¿Sería necesario que para escapar a esos dolores nos pusiéramos en guardia contra los transportes de nuestros propios sentimientos? ¿El mundo entonces no sería tan vacío, tan espectral? Preguntémonos mejor si esos dolores en el momento de un cambio de convicción son necesarios o si dependen de una opinión de una apreciación errónea. ¿Por qué admiramos a aquél que permanece fiel a su convicción y desprecia a todo aquél que la cambia? Temo que la respuesta sea: Porque cada uno supone que sólo motivos de bajo interés o de temor personal ocasionen tal cambio. Hablando de otro modo, se cree en el fondo que nadie modifica sus opiniones en tanto que le producen ventaja o por lo menos no le causen daño. Pero si esto es así, hay en ello un testimonio enojoso de la importancia *intelectual* de todas las convicciones. Examinemos un poco cómo las convicciones nacen, y veamos si no se ha hecho de ellas demasiado caso; esto mostrará que el *cambio* de convicciones está también medido en una escala falsa, y que hasta aquí tenemos costumbre de sufrir este cambio.

627

Una convicción es la creencia de estar, desde un punto cualquiera del conocimiento, en posesión de la verdad absoluta. Esta creencia supone, pues, que hay verdades absolutas; supone al mismo tiempo que uno ha encontrado los métodos perfectos para llegar a ellas; supone, en fin, que todo hombre que tiene convicciones aplique esos métodos perfectos. Estas tres condiciones muestran desde luego que el hombre de convicciones no es el hombre de pensamiento científico; está ante nosotros en la edad de la inocencia teórica, es un niño, cualquiera que sea su talla. Pero siglos enteros han vivido en estas ideas pueriles, y de ellos han brotado las más poderosas fuentes de fuerza de la humanidad. Los innumerables hombres que sacrificaban por sus convicciones, creían hacerlo por la verdad absoluta. Todos estaban engañados por esto; verosímilmente, jamás un hombre se ha sacrificado por la verdad; por lo menos, la expresión dogmática de su creencia ha debido ser anticientífica o semicientífica.

Pero querían propiamente que se les diera la razón, porque pensaban *deber* tenerla. Dejarse arrancar la creencia, quería decir poner la dicha eterna. En un caso de tan extrema importancia, la voluntad era demasiado claramente la inspiradora de la inteligencia. La hipótesis preliminar de todo creyente de esta tendencia era no poder ser refutado: las razones contrarias se mostraban muy fuertes, pues quedaba entonces siempre el recurso de calumniar a la razón en general y aun de enarbolar el *credo quia absurdum est*, bandera del extremo fanatismo. No ha sido la lucha de las opiniones que ha hecho la historia tan violenta, sino más bien la lucha de la fe en las opiniones, es decir, de las convicciones.

Si todos los que se formaban de su convicción una idea tan grande que le ofrecían sacrificios de toda naturaleza y no escatimaban en su servicio ni el propio honor ni la propia vida, hubieran consagrado solamente la mitad de su fuerza a indagar el derecho porque se vinculaban a una convicción mejor que a otra y por qué camino habían llegado a ella, ¡qué aspecto tan pacífico habría tomado entonces la historia de la humanidad! ¡Cuánto mayor hubiera sido el número de conocimientos! Todas esas excusas crueles que ofrece la persecución de las herejías de todo género, nos hubiesen sido ahorradas por dos razones: primera, porque los inquisidores hubieran dirigido antes la Inquisición sobre ellos mismos y habrían concluido con la pretensión de defender la verdad absoluta, y después, porque los partidarios de principios tan mal fundados como son los principios de todos los sectarios y de los *creyentes en el derecho*, habrían cesado de seguirles después de haberlos estudiado.

628

Desde los tiempos en que los hombres se acostumbraron a creer en la posesión de verdades absolutas, se ha derivado un profundo malestar en todas las actitudes escépticas y relativas, tomadas en relación a cualquier problema del conocimiento: se prefiere mucho más a menudo consagrarse, con los pies y manos atados, a una convicción que sea la de las personas que tienen autoridad (padres, amigos, maestros, príncipes), y se siente, al no hacerlo, una especie de remordimiento. Esta tendencia es muy comprensible y sus consecuencias no autorizan vivos reproches contra el desenvolvimiento de la razón humana. Pero poco a poco el espíritu científico debe madurar en el hombre esa virtud de *la abstención prudente*, esa sabia moderación, que es más conocida en el dominio de la vida práctica que en el de la teórica, y que por ejemplo, Goethe ha representado en Antonio[8], como un objeto de amargura para todos los Tasso, o mejor, para las naturalezas anticientíficas y al mismo tiempo desprovistas de actividad. El hombre de convicciones tiene el derecho de no comprender al hombre del pensamiento prudente, al teórico Antonio: el hombre de ciencia, por el contrario, no tiene el derecho de censurar al otro; observa desde lo alto, y sabe además, en ciertas ocasiones, que el otro vendrá todavía a él como Tasso concluye por hacer con Antonio.

629

El que no ha atravesado convicciones diversas, sino que permanece empeñado en la creencia que de pronto le ató, es en todos los casos, por causa de su inmutabilidad misma, un representante de culturas atrasadas; es, por tal falta de educación, duro, poco inteligente, rebelde a toda enseñanza, sin dulzura, sospechando eternamente, sin escrúpulos, empleando todos los medios de hacer prevalecer su opinión, porque no puede ni aun comprender que deben existir las opiniones de los demás; pero es también quizá por esto una fuente de energía y hasta saludable en las civilizaciones que han llegado a hacerse demasiado libres y demasiado blandas, pero solamente por cuanto excita con fuerza la contradicción: en esta ocasión la delicada naturaleza de la civilización nueva, obligada a luchar con él, se robustece en la lucha.

630

Somos en el fondo hoy los mismos hombres que éramos en la época de la Reforma. Pero el hecho es que hay algunos medios que no nos valemos ya para asegurar el triunfo a nuestra opinión, y por lo mismo, hay algo que nos distingue de aquella época y prueba que pertenecemos a una civilización más elevada. Aquél que en nuestros días, a la manera de los hombres de la Reforma, combate y derriba las

opiniones por medio de sospechas, por explosiones de rabia, descubre claramente que habría quemado a sus adversarios si hubiese vivido en otro tiempo, y que habría echado mano de todos los medios de la Inquisición, si hubiesen sido adversarios de la Reforma. Esta Inquisición era entonces razonable, pues no representaba sino el gran estado de sitio que debía declararse en todo el reino de la Iglesia, el cual, como todo estado de sitio, autorizaba aún las medidas más extremas, con la condición previa (ya no participamos de ella) de que la verdad no era *poseída* sino por la Iglesia, y que era *necesario* a toda costa, por medio de todos los sacrificios, conservarla para salud de la humanidad.

Pero en nuestros días no se concede tan fácilmente a nadie que posea la verdad: los métodos exactos de indagación han esparcido bastante desconfianza y prudencia para que todo hombre que defienda violentamente sus opiniones con la palabra y con los hechos, sea considerado como un enemigo de nuestra civilización actual, o por lo menos como un retrógrado. En efecto, la declaración enfática de que se posee la verdad, vale hoy mucho menos, casi nada, al lado de la otra declaración, más modesta y menos sonora, de la investigación de la verdad, que no se cansa jamás de aprender y de hacer nuevas experiencias.

631

Por lo demás, la investigación metódica de la verdad es en sí el resultado de esos tiempos en que las convicciones peleaban unas contra otras. Si cada uno no se hubiera interesado en su «verdad», es decir, en el mantenimiento de su derecho, no existiría método alguno de investigación; pero así, en la lucha eterna de las pretensiones de diversos individuos por la verdad absoluta, se avanzaba paso a paso en el descubrimiento de principios irrefutables, conforme a los cuales se pudiese examinar el derecho de los pretendientes y apaciguar el conflicto. De pronto uno se decidía, siguiendo a las autoridades; en seguida se hacía mutuamente la crítica de los caminos y medios por los cuales la sediciente verdad había sido encontrada; en el interregno existía un período en el que se sacaban las consecuencias del principio adverso y se podía encontrarlas perniciosas y maléficas, de donde resultaba entonces, a juicio de cada uno, que en la convicción del adversario había un error. *La lucha personal de los pensadores* ha aguzado, finalmente, de tal manera los métodos, que se puede realmente descubrir las verdades, y los falsos procedimientos de los métodos precedentes han sido puestos al desnudo de los ojos de todos.

632

En el conjunto, los métodos científicos son una conquista de la investigación tan considerable, por lo menos, como cualquier otro resultado: en efecto, el espíritu científico descansa en la armonía del método, y todos los resultados de las ciencias no podrían, si esos métodos llegaran a perderse, impedir un nuevo triunfo de la superstición y del absurdo. Las personas de espíritu tienen bastante que *aprender*, si quieren poseer los resultados de la ciencia; se apercibe uno siempre en su conversación, y particularmente en las hipótesis que durante ella proponen, que les falta espíritu científico: no tienen esa desconfianza instintiva contra los extravíos del pensamiento, que por causa de un largo ejercicio ha echado raíces en el alma de todo hombre de ciencia. Basta que encuentren sobre un sujeto una hipótesis cualquiera para que, en el mismo instante, sea todo ardor, todo fuego para sostenerla, y creen que así está dicho todo. Tener una opinión significa, por tal causa, para ellas, volverse bien pronto fanáticos, y finalmente, tomarla tan a pechos como una convicción. Se acaloran, a propósito de una cosa inexplicada, por la primera fantasía que les pasa por la cabeza y que se asemeja a una explicación, de donde resultan continuamente, en particular en el dominio de la política, las más enojosas consecuencias. Por esto en nuestros días cada uno debía haber aprendido *una* ciencia a fondo; entonces sabría siempre lo que es un método y cuán necesaria es la circunspección. Particularmente a las mujeres, debe darse este consejo: son hoy víctimas incurables de todas las hipótesis, sobre todo si éstas producen la impresión de lo ingenioso, de lo seductor, de lo vivificante, de lo fortificante. Cuanto más se observa, más se da uno cuenta de que la gran mayoría de personas cultas pide todavía al pensador convicciones, nada más que *convicciones*, y que una pequeña minoría solamente quiere una *certidumbre*. Aquéllas desean ser fuertemente entusiasmadas y arrastradas, para adquirir por ello un aumento de fuerza; éstas, el menor número, tienen por las cosas mismas ese interés, que hace abstracción de las ventajas personales, y por supuesto, también del referido aumento de fuerza. En la primera clase, que es la predominante, hallase el pensador que se da y se toma por *un genio*, considerándose, por lo tanto, interiormente, como un ser superior, que tiene derecho a la autoridad. Siempre que el genio de toda especie mantenga el fuego de las convicciones y despierte desconfianzas contra la idea prudente y modesta de la ciencia, es un enemigo de la verdad, aun cuando se crea elevado sobre sus secuaces.

633

Existe, es verdad, una especie de genio enteramente diverso, el genio de la justicia; yo no puedo resolverme a estimarlo inferior a cualquier otro genio, ni, al filosófico, ni al político, ni al artístico. Consiste en separarse de todo lo que ciega y extravía el juicio sobre las cosas, con cordial repugnancia; es, por consiguiente, *un enemigo de las convicciones*, pues quiere dar a cada objeto, vivo o muerto, real o

imaginario, lo que le corresponde, y para esto necesita tener un conocimiento perfecto del objeto; pone, pues, cada objeto a la luz del mediodía y hace su examen con mirada muy atenta. Finalmente, da aún a su enemigo la miope «convicción» (como la llaman los hombres, que entre las mujeres se llama fe), lo que conviene a la convicción, por amor a la verdad.

634

De las pasiones nacen las opiniones: la *pereza de espíritu* las hace cristalizar en *convicciones*. Quien se cree un espíritu libre, infatigable, en la vida, puede impedir esta cristalización por un cambio constante; y si siempre fuera una bola de nieve pensante, tendrá formado en su cerebro un caudal, no de opiniones, sino de concepciones ciertas y verosimilitudes medidas con precisión. Pero nosotros, que somos seres mixtos, tan pronto inflamados por el fuego como refrescados por el espíritu, doblamos la rodilla ante la justicia, como ante la única diosa superior a nosotros mismos. *El fuego* que está en nosotros nos hace por lo común injustos, y a los ojos de esta diosa, impuros; nunca nos ha permitido, durante este estado, llegar hasta ella; jamás nos dirigió la más leve sonrisa de complacencia. *La veneramos* como al Isis velado de nuestra vida; llenos de vergüenza le rendimos el tributo y el sacrificio de nuestro dolor, cuando el fuego nos abrasa y amenaza devorarnos. El espíritu es quien nos salva de ser enteramente consumidos y reducidos a cenizas; nos separa de tiempo en tiempo del altar de los sacrificios a la justicia, o bien nos oculta bajo un incombustible tejido de amianto. Liberados del fuego marchábamos entonces, empujados por el espíritu, de opinión en opinión, a través del cambio de las partes, *traicionando* noblemente todo aquello que puede ser traicionado, y, sin embargo, sin el menor sentimiento de culpabilidad.

635

EL VIAJERO.— El que quiere solamente, dentro de cierta medida, llegar a la libertad de la razón, no tiene derecho durante mucho tiempo para creerse sino un viajero, y no como el que hace el viaje *hacia* un fin último, porque no lo tiene. Pero se propondrá observar bien, tener los ojos muy abiertos para todo lo que pasa realmente en el mundo; por esto no puede vincular su corazón con demasiada estrechez a nada particular; es necesario que exista en él algo del viajero que encuentra su goce en el cambio y en la mudanza. Sin duda que tal hombre tendrá que pasar noches en que, sintiéndose cansado, hallará cerrada la puerta de la ciudad donde buscaba el descanso; quizá otras como en Oriente, el desierto se extenderá delante de

él o sobrevendrá un siroco, o, por fin, los bandidos le robarán sus animales de carga y silla. Entonces quizá la noche caerá sobre su corazón como un segundo desierto dentro del desierto, y su corazón estará ya cansado de viajar. Que se eleve entonces el alba para él, candente, abrasadora, como la divinidad de la cólera; que la ciudad se abra, y tal vez halle en el rostro de sus habitantes mayor desierto, mayor ansiedad, mayor engaño, mayor inseguridad que antes de penetrar en la población; y así, el día será peor que la noche. Tal sucede frecuentemente al viajero; pero en compensación, contempla otras regiones y otros días, las brumas de los montes y los corazones de las musas que avanzan danzando a su encuentro, en los cuales un poco más tarde, cuando plácido, en el equilibrio del alma, se pasee por la mañana bajo los árboles, verá caer a sus pies de sus copas y de sus ramas los dones saludables de los espíritus libres de los que tienen su morada en la montaña, en la selva y en la soledad, y que así como él son viajeros y filósofos a su manera, tan pronto alegre y ligera, tan pronto reflexiva. Nacidos entre los misterios matinales, piensan en lo que puede recibir del día, entre el décimo y duodécimo sonido de la campana que da las horas, un rostro purísimo, radiante de luz, gozoso por su aureola de claridad: buscan la filosofía del *antimeridiano*.

ENTRE AMIGOS

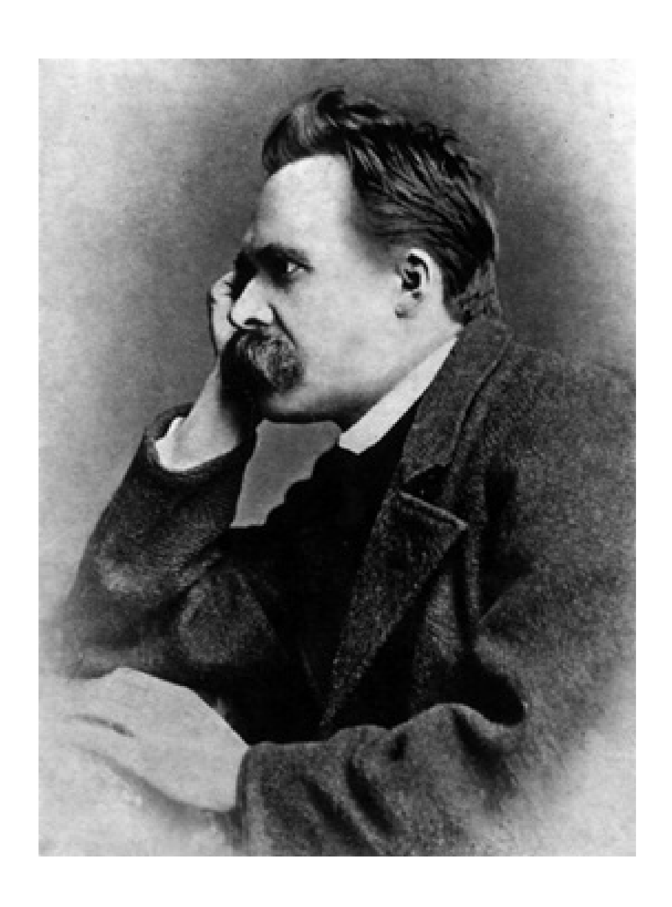
POST LUSURA

Es muy bello callar,
pero reír más bello todavía
cuando un cielo de seda nos cobija,
reímos francamente, sin nada
que amengüe o turbe la expansión amiga.

Si procedo bien, callaremos,
y si procedo mal, podemos reír,
pero siguiendo firmes en la empresa.
Cuando mayor sea el daño,
mayor risa se nos ofrece
hasta que descendamos a la huesa.

¡Nada de excusas!
Acoged este libro en vuestros brazos,
vosotros los de corazón libre,
y creed que jamás mis sinrazones,
por muchos odios que me atraigan,
sirvieron para execrar nada.

De lo que encuentro y busco con empeño
¿habló algún libro jamás?
¡Ven en mí la pasión de los locos!
Honradme, que anhelé vuestra ventura;
y sacad de este libro amargo
razones para todo.



FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Este trabajo afectó profundamente a generaciones posteriores de teólogos, antropólogos, filósofos, sociólogos, psicólogos, poetas, novelistas y dramaturgos.

Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la Ilustración, expresada en su observación «Dios ha muerto», de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Si bien hay quienes sostienen que la característica definitoria de Nietzsche no es tanto la temática que trataba sino el estilo y la sutileza con que lo hacía, fue un autor que introdujo, como ningún otro, una cosmovisión que ha reorganizado el pensamiento del siglo XX, en autores tales como Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Gianni Vattimo o Michel Onfray, entre otros.

Nietzsche recibió amplio reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX como una figura significativa en la filosofía moderna. Su influencia fue particularmente notoria en los filósofos existencialistas, críticos, fenomenológicos, postestructuralistas y postmodernos, y en la sociología de Max Weber. Es

considerado uno de los tres «Maestros de la sospecha» (según la conocida expresión de Paul Ricoeur), junto a Karl Marx y Sigmund Freud.

El 3 de enero de 1889 Nietzsche sufrió un colapso mental. Ese día fue detenido tras, al parecer, haber provocado algún tipo de desorden público, por las calles de Turín. Lo que pasó exactamente es desconocido. La versión más extendida sobre lo sucedido dice que Nietzsche caminaba por la Piazza Carlo Alberto, un repentino alboroto que causó un cochero al castigar a su caballo llamó su atención, Nietzsche corrió hacia él y lanzó sus brazos rodeando el cuello del caballo para protegerlo, desvaneciéndose acto seguido contra el suelo. En los días siguientes, escribió breves cartas para algunos amigos, incluidos Cósima Wagner y Jacob Burckhardt, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía.

El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía. Por deseo de Elisabeth, su hermana, fue inhumado como su padre en la iglesia de Röcken.

Notas

[1] Todas y cada una de las siguientes notas fueron tomadas de la traducción de Carlos Vergara, siendo estas notas del mismo. (N. del E. D).

Según la tragedia de Sófocles sobre Ayax, el héroe homérico, enloquecido por una injusticia cometida contra él por los aqueos, dio muerte al ganado de éstos creyendo acabar con sus enemigos; al recobrar la razón, se consideró deshonrado y se suicidó. <<

[2] Nietzsche hace alusión al pasaje contenido en el libro V, 84-114, de Tucídides. <<

[3] «Cada cual tiene tanto derecho cuanto poder posee (o más exactamente; cuanto poder se cree que posee)». <<

[4] Célebre griega notable por su talento y cultura, en cuya casa se reunían los filósofos y escritores más conocidos de la época. <<

[5] Esta expresión parece ser empleada aquí en el sentido figurado de un excesivo conservadorismo. <<

[6] «Escudos» o «Táleras»: Moneda antigua alemana de plata, equivalente a cinco pesetas de la época. <<

[7] Personaje de *La Odisea* que convirtió en cerdos a los compañeros de Ulises. **<<**

[8] Personaje que aparece en la obra teatral de Goethe, *Torquato Tasso,* escrita en el segundo período de su producción (1790) e inspirada en el conocido poeta italiano cuyo nombre da título a la pieza. Su compleja personalidad atrajo mucho a Goethe. <<